

EL PORTAL DE LOS OBELISCOS

PREMIO HUGO 2017 A LA MEJOR NOVELA

N. K. JEMISIN



NOVA

EL PORTAL DE LOS OBELISCOS

N. K. JEMISIN

Traducción de David Tejera Expósito
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer

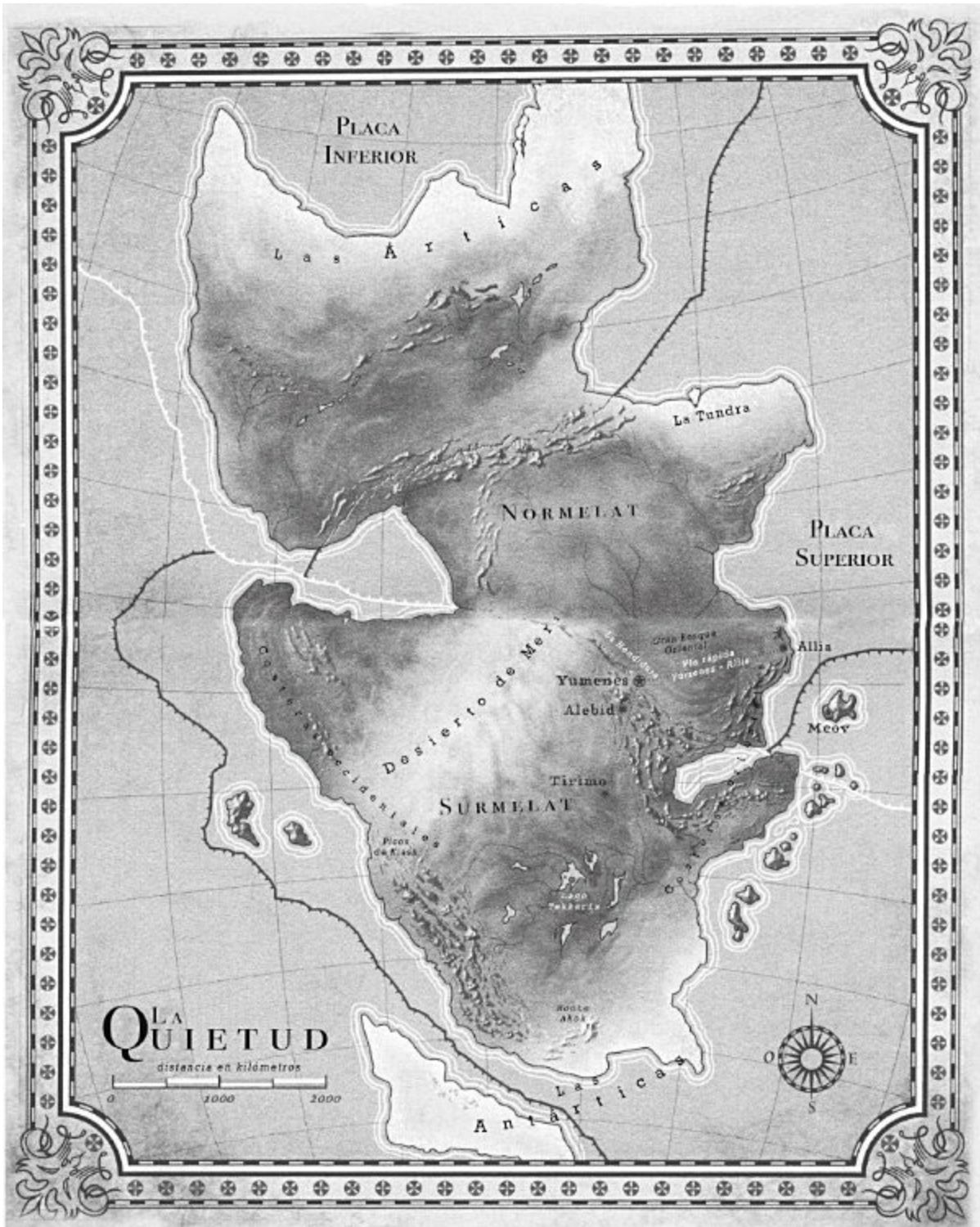


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para aquellos a los que no les queda otra opción
que preparar a sus hijos para la batalla*

-



Nassun, en las rocas

Mmm. No, no lo estoy contando bien.

Al fin y al cabo, una persona está compuesta por sí misma, y también por los demás. Las relaciones esculpen la forma definitiva de cada individuo. Damaya era ella, pero también la familia que la rechazó y las personas del Fulcro que la tallaron hasta darle forma. Sienita era Alabastro e Innon y los pobres habitantes de Allia y Meov. Ahora tú eres Tirimo y los que deambulan por las carreteras repletas de ceniza y tus hijos muertos... y también la que queda viva. Esa que has decidido recuperar.

No te estoy destripando nada. Eres Essun, después de todo. Es algo que sabías, ¿verdad?

Vamos con Nassun, pues. Nassun, quien solo tiene ocho años cuando termina el mundo.

Es imposible saber lo que habrá pasado por la cabeza de la pequeña Nassun cuando llegó una tarde a casa de sus prácticas y se encontró a su hermano pequeño muerto en el suelo de la sala de estar, y a su padre al lado del cadáver. Podemos imaginar lo que pensó, lo que sintió, lo que hizo. Podemos especular. Pero no lo sabremos jamás. Quizá sea lo mejor.

Una cosa sé a ciencia cierta: ¿sabes esas prácticas que acabo de mencionar? Nassun se prepara para convertirse en una acervista.

La Quietud tiene una relación complicada con los autoproclamados protectores del litoacervo. Hay registros de acervistas que datan de la remota y mucho tiempo rumoreada Estación de la Cáscara de Huevo. Esa en la que,

debido a unas emisiones de gases, todos los niños nacidos en las Árticas durante varios años tuvieron unos huesos delicados que se rompían al tocarlos y se torcían al crecer; eso, los que crecían. (Los arqueomestros de Yumenes discutieron durante siglos si había sido a causa del estroncio o del arsénico, y también si había que considerarlo una Estación, ya que solo había afectado a unos cientos de miles de bárbaros enclenques, pálidos y débiles de la tundra septentrional. Fue en ese preciso momento cuando los habitantes de las Árticas se granjearon la reputación de debiluchos.) Aquello fue hace unos veinticinco mil años, según los propios acervistas, aunque muchos creen que es una mentira descarada. Lo cierto es que los acervistas forman parte de la Quietud desde hace mucho más tiempo. Veinticinco mil años es el período que ha transcurrido desde que su labor devino en prácticamente inútil.

Todavía siguen por el lugar, aunque han olvidado hasta la cantidad de cosas que han olvidado. La orden, si es que puede considerarse una orden, ha sobrevivido a pesar de que desde la Primera a la Séptima Universidad se ha rechazado y considerado apócrifo e impreciso su trabajo, a pesar de que los gobiernos de todas las eras han recurrido a la propaganda para socavar su sabiduría. Y a pesar de las Estaciones, claro. Hubo un tiempo en el que todos los acervistas pertenecían a una raza llamada regwo: habitantes de las Costeras occidentales con piel cetrina y rojiza y de labios negros congénitos que adoraban la conservación de la historia igual que otras personas adoraban a los dioses en épocas menos complicadas. Solían tallar el litoacervo en las laderas de las montañas, en tablillas tan altas como el cielo, con el objetivo de que todos las observaran y adquiriesen la sabiduría necesaria para sobrevivir. Pero ya se sabe: en la Quietud, hasta el mero berrinche de un orogén recién nacido es capaz de destruir montañas. Destruir gente cuesta un poco más.

Los acervistas ya no son regwo, aunque la mayoría de ellos se tiñen los labios de negro en su recuerdo. Eso sí: muchos ya no recuerdan la razón. Es

la mejor manera de reconocer a un acervista: por los labios, y también por la pila de tablillas de polímero, y por las ropas desgastadas que suelen llevar, y por el hecho de que no suelen tener apellidos de comu de verdad. Ten en cuenta que no son comubundos. Que, en teoría, la mayoría podría regresar a sus comus si tuviera lugar una Estación, aunque su oficio los lleva a viajar tan lejos que, de hecho, volver les resulta imposible. Las comunidades suelen acogerlos, hasta cuando tiene lugar una Estación, ya que incluso las comunidades más seguras necesitan entretenimiento para las noches largas y frías. Por esa razón, muchos acervistas se forman en las artes: música, comedia y ese tipo de cosas. También hacen de profesores y cuidadores de los más jóvenes cuando nadie se puede encargar de ello y, lo más importante, también sirven para recordar que hay quienes han sobrevivido a cosas peores a lo largo de la historia. Algo que se necesita en todas las comus.

La acervista que se encuentra en Tirimo se llama Renthree Acervista Piedra. (Todos los acervistas usan el apellido de comu Piedra, y también usan Acervista, uno de los de casta al uso menos frecuentes.) La mujer no tiene demasiada importancia, pero hay algo que deberías saber de ella. Hubo un tiempo en el que se llamaba Renthree Semental Tenteek, antes de que se enamorara del acervista que visitó Tenteek, quien sedujo a la entonces joven para que abandonara una vida aburrida como vidriera. Su vida habría sido un tanto más interesante si la Estación hubiese llegado antes de que se marchara, ya que el cometido de un Semental en esas circunstancias está muy claro, y quizás ese fuera el incentivo para marcharse. ¿O quizá fuera una de esas locuras que los jóvenes hacen por amor? Es difícil de determinar. El acervista del que se enamoró Renthree acabó por abandonarla en las afueras de una ciudad de las Ecuatoriales llamada Penphen, con el corazón roto y la cabeza a rebosar de acervo. También con la cartera llena de esquirlas de jade, cabujones y una madreperla ahumada en forma de marquesa. Renthree se

gastó la madreperla en unas tablillas que le compró a un esmerador, usó las esquirlas de jade para comprar provisiones para el viaje y quedarse en una posada durante los días en que el esmerador las estuvo preparando y compró todo tipo de bebidas fuertes en una taberna con los cabujones. Luego, con aquel nuevo equipo y las heridas remendadas, se marchó por su cuenta. Así es como se perpetúa el oficio.

Cuando Nassun llega a la estación donde la acervista ha montado su tienda, es posible que la chica le recuerde a sus propias prácticas. (No a la parte de la seducción, ya que a Renthree le gustan las mujeres mayores —mujeres, que quede claro—, sino a lo ingenua y soñadora que ella era también.) El día anterior, Renthree había pasado por Tirimo y comprado en los puestos del mercado, sonriendo animada con los labios embadurnados de negro para hacer notar su presencia en la zona. No vio cómo Nassun se dirigía a casa desde el creche, se detenía y se la quedaba mirando, sorprendida, con una esperanza irracional y repentina.

Aquel día, Nassun se había fugado del creche para acudir al encuentro de ella y llevarle una ofrenda. Es una tradición. La ofrenda, no que las hijas de las profesoras se fuguen del creche. Hay dos adultos de la ciudad que ya han llegado a la estación y se encuentran sentados en un banco mientras oyen hablar a Renthree, y la copa de ofrendas de Renthree ya está llena con esquirlas facetadas y de colores con la marca del cuadrante. Renthree parpadea, sorprendida, al ver a Nassun: una chica larguirucha con las piernas más largas que el torso, los ojos más grandes que el rostro y demasiado joven para estar fuera del creche a esas horas cuando no es temporada de cosecha.

Nassun se detiene a recuperar el aliento en el umbral de la estación, por lo que su entrada es muy dramática. Los otros dos visitantes se giran para mirar a la primogénita de Jija, que suele ser muy tranquila, y la presencia de esas personas es lo único que evita que Nassun suelte allí mismo sus intenciones.

Su madre le ha enseñado a ser muy cautelosa. (Su madre se enterará de que se ha fugado del creche. A Nassun no le importa.) Traga saliva y se acerca de inmediato a Renthree mientras le tiende algo: un pedazo de roca negra, en la que se ha incrustado un diamante pequeño y casi cúbico.

Nassun no tiene dinero —aparte de su paga, claro— y ya se la había gastado en libros y dulces cuando se enteró de que había un acervista en la ciudad. Pero nadie en Tirimo sabe que hay una posible mina de diamantes en la región. Nadie excepto los orogenes, por supuesto. Y estos, solo si la buscan a conciencia. Nassun es la única que se ha preocupado en hacerlo en varios miles de años. Sabe que no debería de haber encontrado un diamante así. Su madre le ha enseñado que no dé indicios de su orogenia y que no la use fuera de las sesiones de entrenamiento que realizan en un valle cercano cada pocas semanas. Nadie usa los diamantes como moneda porque no se pueden esquirlar con facilidad para dar cambio. Aun así son útiles para la fabricación, la minería y cosas de esas. Nassun sabe que tienen algo de valor, pero no se imagina que con la piedra bonita que le acaba de dar a Renthree se podrían comprar una o dos casas. Solo tiene ocho años.

Nassun ve que los ojos de Renthree se abren de par en par al ver el quiste brillante que sobresale del pedazo de roca negra. Está tan emocionada que se olvida del resto de regalos que había preparado y espeta:

—¡Yo también quiero ser acervista!

Sin duda, Nassun no tiene ni idea de cuál es el verdadero trabajo de un acervista. Lo único que sabe es que tiene muchísimas ganas de marcharse de Tirimo.

Hablaremos de ese tema más adelante.

Renthree sería estúpida si rechazara la oferta, y no lo es, pero no responde a Nassun en ese momento. En parte porque cree que la niña es adorable y que su aserto no es diferente de la pasión momentánea que experimentan muchos

otros niños. (En cierto sentido, tiene razón: el mes anterior, Nassun quería ser geniera.) En lugar de responder, le pide a Nassun que se siente y luego cuenta historias para esa pequeña audiencia durante el resto de la tarde, hasta que el sol alarga las sombras en la ladera del valle y entre los árboles. Cuando los otros dos visitantes se levantan para marcharse a casa, miran a Nassun y sueltan indirectas hasta que la niña se marcha con ellos a regañadientes. De ese modo, los habitantes de Tirimo no podrán decir que le faltaron al respeto a una acervista por dejar a una niña toda la noche hablando con ella hasta la extenuación.

Cuando se han marchado los visitantes, Renthree vuelve a echar carbón al fuego y empieza a preparar la cena con un poco de panceta de cerdo, verduras y harina de maíz que había comprado en el mercado de Tirimo el día anterior. Mientras espera a que la comida esté preparada, se come una manzana y juguetea con la roca que le ha dado Nassun, fascinada. Y también preocupada.

Por la mañana se dirige a Tirimo. Con unas preguntas discretas, localiza la casa de Nassun. A esa hora, Essun ya se ha marchado a dar la última clase de su carrera de profesora de creche. Nassun también se ha ido al creche, aunque no ve el momento de escaparse a la hora de comer para encontrarse de nuevo con la acervista. Jija se encuentra en su «taller», que es como llama a la habitación apartada que sirve de sótano de la casa y donde trabaja por encargo durante el día con sus ruidosas herramientas. Uche está dormido en un camastro en la misma habitación. No hay nada que lo despierte. Las canciones de la tierra siempre han sido sus nanas.

Jija se acerca a la puerta cuando Renthree toca, y por un instante la mujer se sorprende. Jija es un mestizo medlatino, como Essun, aunque está más emparentado con los sanzeditos: es grande, de piel marrón, musculado y tiene la cabeza afeitada. Intimida, pero la sonrisa agradable de su cara es

genuina, lo que hace que Renthree se sienta mejor por lo que ha decidido hacer. Es un buen hombre. No puede engañarlo.

—Tome —dice ella al tiempo que le da la roca con el diamante. No puede aceptar un regalo de tanto valor de manos de una niña; al menos, no a cambio de unas pocas historias y unas prácticas que seguramente ya no le interesen a Nassun dentro de unos meses.

Jija frunce el ceño, confundido, y coge la roca. Se lo agradece profusamente después de oír la explicación que le da la acervista. El hombre promete dejar constancia de la generosidad y la integridad de Renthree a todas las personas que pueda, lo que con suerte le dará a la mujer más posibilidades de practicar su oficio antes de marcharse del pueblo.

Renthree se marcha, y así termina su cometido en esta historia. No obstante, es un cometido muy importante. De lo contrario, no te habría hablado de ella.

Debes entender que no hubo ningún motivo para que Jija se volviera contra su hijo. Con los años se había dado cuenta de ciertas cosas relativas a su mujer y sus hijos que habían avivado las ascuas de la sospecha en su mente. Las ascuas se habían convertido en una llama que, en el momento en el que comienza esta historia, se había convertido en algo molesto que todavía obviaba sin preocuparse. Al fin y al cabo, amaba a su familia y la verdad era algo... algo impensable. Literalmente.

Era algo de lo que se habría dado cuenta tarde o temprano, de una forma u otra. Repito: se habría dado cuenta tarde o temprano. La culpa no es de nadie en realidad, solo suya.

Pero si quieres una explicación rápida, y si hay un acontecimiento capaz de haber encendido esa llama, la chispa, el tapón roto del tubo de lava... fue esa roca. Porque, como bien sabes, Jija conocía las rocas. Era un esmerador excelente. Conocía las rocas, conocía Tirimo y sabía que las vetas de piedra

volcánica de un antiguo volcán recorrían las tierras circundantes. La mayoría no llegaba hasta la superficie, pero era posible que Nassun, por casualidad, hubiera encontrado un diamante en un lugar a la vista de todo el mundo. Poco probable, pero posible.

Jija no pudo sacarse aquello de la cabeza durante todo el día después de que Renthree se marchara. La verdad acechaba debajo de la superficie, como un leviatán a punto de desenroscarse, pero las aguas de su mente estaban calmadas por el momento. La negación es muy poderosa.

Pero en ese momento Uche se despierta. Jija lo lleva a la sala de estar y le pregunta si tiene hambre. Uche responde que no. Luego sonrío a Jija y, con la certera sensibilidad de un poderoso niño orogén, señala el bolsillo de su padre y pregunta:

—¿Por qué te brilla, papi?

Las palabras suenan bonitas pronunciadas entre los balbuceos de un bebé. Pero aquella certeza, saber que la roca se encuentra en el bolsillo de Jija cuando no hay manera de que Uche supiera que estaba ahí, es la que lo condena.

Nassun no sabe que la roca fue el detonante. Cuando la encuentres, no se lo digas.

Cuando Nassun llega a casa esa tarde, Uche ya está muerto. Jija se encuentra junto a su frío cadáver en la sala de estar, respirando a duras penas. No hace falta mucho esfuerzo para asesinar a un bebé, pero hiperventiló mientras lo hacía. Cuando entra Nassun, el dióxido de carbono que recorre el torrente sanguíneo de Jija aún es insuficiente. Está mareado, tembloroso, frío. Irracional. Cuando Nassun se detiene con brusquedad en el umbral de la puerta de la sala de estar, mira la escena y entiende poco a poco lo que ve, Jija espeta:

—¿Tú también eres uno?

Es un hombre grande. La pregunta suena estridente e intensa, lo que hace que Nassun se sobresalte. Levanta la mirada hacia él en lugar de seguir mirando a Uche, lo que le salva la vida. Tiene los ojos grises como su madre, pero la cara tiene la forma de la de Jija. Al verla, el hombre se retrae del pánico visceral que lo había consumido.

La niña también le dice la verdad. Eso ayuda, porque no se habría creído otra respuesta.

—Sí —responde la niña.

En realidad, no pasa miedo en ese momento. Ver el cadáver de su hermano y que su mente intente rechazar cualquier interpretación de esa imagen ha paralizado su conciencia. Ni siquiera está segura de lo que ha preguntado Jija, ya que comprender el contexto de esas palabras requeriría llegar a la conclusión de que lo que embadurna los puños de su padre es sangre, y que su hermano no está durmiendo en el suelo sin más. No puede. No en ese momento. Se abstiene de cualquier otro pensamiento coherente y, como hacen a veces los niños en situaciones extremas, Nassun tiene una regresión. Lo que ve la asusta, aunque en realidad no entienda por qué. De sus dos padres, con quien tenía mejor relación era con Jija. La niña también es su favorita: la primogénita, la que no esperaba tener, la que tiene su cara y su sentido del humor. La que prefiere la misma comida favorita que él. El hombre albergaba cierta esperanza de que la niña también siguiera sus pasos y se hiciera esmeradora.

Por esa razón, cuando empieza a llorar no sabe muy bien por qué lo hace. Y mientras su conciencia deambula y su corazón grita, la niña da un paso hacia él. El hombre aprieta los puños, pero no es capaz de considerarla una amenaza. Es su padre. La niña solo busca consuelo.

—Papi —dice.

Jija se encoge de dolor. Parpadea. La mira como si no la hubiera visto

antes.

Se da cuenta. No puede matarla. No puede, aunque sea una... No. Es su pequeña.

La niña da otro paso al frente y extiende los brazos hacia él. Él no acude a su encuentro, pero se queda quieto. La chica lo coge por la muñeca que tiene más cerca. Él sigue a horcajadas sobre el cuerpo de Uche, por lo que la niña no puede cogerlo por la cintura, como le gustaría. Lo que sí hace es apretar su cara contra el bíceps de su padre con una fuerza reconfortante. Tiembla, y el hombre siente cómo las lágrimas de la niña se le deslizan por el brazo.

La niña llora y él permanece impertérrito mientras recupera el aliento y los puños se le aflojan. Al cabo, se da la vuelta para mirarla cara a cara, y ella lo abraza por la cintura. Darse la vuelta requiere dar la espalda a lo que le acaba de hacer a Uche. No le ha costado hacerlo.

El hombre le dice entre susurros:

—Coge tus cosas. Como si fueras a pasar un par de noches con la abuela.

La madre de Jija volvió a casarse unos años antes, y ahora vive en Sume, el pueblo del valle de al lado, el que muy pronto quedará reducido a cenizas.

—¿Vamos a ir? —pregunta Nassun pese al malestar que siente en el estómago.

El hombre le toca la parte de atrás de la cabeza. Siempre lo hace, porque a ella siempre le ha gustado ese gesto. Cuando era un bebé, balbuceaba más alto cuando le ponía la mano en aquel lugar. Es algo relacionado con que las glándulas sesapinales se encuentran en esa zona del cerebro y, cuando la toca ahí, la niña lo percibe mejor, como hacen los orogenes. Ninguno sabía por qué le gustaba tanto.

—Vamos a un lugar en el que puedas estar mejor —dice, tranquilo—. Un lugar del que he oído hablar y en el que podrán ayudarte.

En el que la volverán a convertir en una niña y no en... Jija también deja de

pensar en ello.

La niña traga saliva, asiente y da un paso atrás mientras levanta la cabeza para mirarlo.

—¿Mamá también viene?

Algo cambia en el gesto de Jija, con la sutileza de un terremoto.

—No.

Y así Nassun, que estaba preparada para marcharse con una acervista, abandonar su hogar y escapar de su madre, se relaja al fin.

—Vale, papi —responde la niña. Luego se marcha a su habitación para recoger sus cosas.

Jija la mira durante unos instantes conteniendo el aliento. Luego vuelve a dar la espalda a Uche. Se marcha también para recoger sus cosas y sale para enganchar el caballo al carro. En una hora se habrán marchado, se dirigirán hacia el sur, con el fin del mundo en los talones.

* * *

En la época de Jyamaria, que quedó destruida durante la Estación del Desierto Inundado, se pensaba que sacrificar al mar tu último hijo nacido aplacaría las aguas y evitaría que se llevara al resto.

De «La tribuna del Semental», cuento acervista
registrado en el cuadrante de Hanl,
en las Costeras occidentales
cerca de la península Quebrada. Apócrifo

Tú, continúas

—¿Una qué? —preguntas.

—Una luna. —Alabastro, amado monstruo, sensato demente, el orogén más poderoso de toda la Quietud e inminente aperitivo de comepiedras, te mira. Lo hace con la intensidad de siempre, sientes su decisión, lo que lo convierte en la fuerza de la naturaleza que es. Es como una sensación física que sobrevuela esa mirada. Los Guardianes fueron estúpidos al considerarlo domesticado—. Un satélite.

—¿Un qué?

Emite un pequeño sonido de frustración. No ha cambiado en nada, quitando que parte de él ha empezado a convertirse en piedra, desde los días en los que erais algo menos que amantes y algo más que amigos. Hace diez años y toda una vida.

—La astronometría no es un bulo —dice—. Sé que es lo que te han enseñado, todos los habitantes de la Quietud creen que estudiar los cielos es un desperdicio de energía cuando lo que intenta acabar con nosotros está en el suelo, pero, por los fuegos de la Tierra, Siena. Creía que a estas alturas te cuestionarías un poco más las normas establecidas.

—Tengo otras cosas que hacer —espetas, como siempre has hecho para responderle. Pero pensar en esa época te hace recordar todo lo que has hecho desde entonces. Te hace pensar en la hija que todavía está viva y en tu hijo muerto y en tu exmarido, el que pronto estará muy muerto, y tu cuerpo se contrae—. Y ahora me llamo Essun. Ya te lo he dicho.

—Como sea. —Con un bufido de dolor, Alabastro se incorpora con cuidado contra la pared—. Me han dicho que has venido con una geomestra. Dile a ella que te lo explique. Hoy en día ya no me quedan fuerzas. —Porque el hecho de que se lo coman seguro que tiene un precio—. No has respondido a la primera pregunta. ¿Ya eres capaz de hacerlo?

«¿Acuden a tu llamada los obeliscos?» Es una pregunta que no tenía sentido la primera vez que la formuló, seguro que porque estabas distraída al descubrir que: *a)* está vivo, *b)* se está convirtiendo en piedra, y *c)* es el orogén responsable de haber partido el continente por la mitad y de desencadenar una Estación que tal vez no tenga fin.

—¿Los obeliscos? —Niegas con la cabeza, más por confusión que por negarlo. Tu mirada se posa en el objeto extraño que se encuentra junto a su cama, que se parece a un cuchillo de piedra rosado y alargado y tiene algo que te recuerda a un obelisco, aunque es imposible que lo sea—. ¿Qué...? No. No lo sé. No lo he intentado desde lo de Meov.

Suelta un gruñido quedo y cierra los ojos.

—¡Por el óxido! Que inútil eres, Siena. Essun. Nunca has respetado el oficio.

—Sí que lo respeto, pero no...

—Lo respetas para salir al paso. Lo suficiente como para destacar, pero no como para obtener resultados. Te han dicho hasta dónde puedes saltar y no has intentado llegar más lejos. Todo para conseguir un bonito apartamento y otro anillo...

—Por tener privacidad, capullo, y también algo de control sobre mi vida. Y también algo de respeto, por el óxido...

—Y le has hecho caso de verdad a ese Guardián tuyo, algo que no habías hecho con nadie más...

—Oye. —Diez años de profesora en una escuela le han dado a tu voz un

filo de obsidiana. Alabastro deja de abroncarte, te mira y parpadea. Luego añades, muy tranquila—: Sabes muy bien por qué le hice caso.

Se hace el silencio por un momento, un tiempo que ambos os tomáis para recomponeros.

—Tienes razón —concede, al fin—. Lo siento.

Porque todos los orogenes imperiales escuchan (escuchaban) al Guardián que les habían asignado. Los que no lo hacían, o bien morían o bien acababan en un nódulo. Excepto Alabastro, como siempre. Nunca conseguiste averiguar lo que le hizo a su Guardián.

Asientes con brusquedad, para darle tregua.

—Acepto tus disculpas.

El hombre coge aire muy despacio. Parece agotado.

—Inténtalo, Essun. Intenta enlazarte con un obelisco. Hoy. Necesito saberlo.

—¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver ese satélite con todo esto? ¿Qué...?

—Satélite. Y todo es irrelevante si no puedes controlar los obeliscos. — Sus ojos han empezado a cerrarse. Quizá sea algo bueno. Va a necesitar todas sus fuerzas para sobrevivir a lo que sea que le ocurre. Suponiendo que pueda sobrevivir—. Peor que irrelevante. Recuerdas por qué al principio no te conté nada de los obeliscos, ¿verdad?

Era cierto. Antes incluso de que les prestaras atención a esos cristales irreales que flotan en el cielo, le pediste a Alabastro que te explicara cómo había conseguido realizar esas fascinantes proezas orogénicas. No te lo contó, y lo odiaste por ello, pero ahora sabes que era un conocimiento muy peligroso. De no haber comprendido que los obeliscos eran amplificadores, amplificadores de orogenia, nunca te habrías enlazado con el granate para salvarte del ataque del Guardián. Pero el obelisco granate te habría matado de no haber estado medio consumido, resquebrajado y con un come piedras

congelado en el interior. No tenías la fuerza, el autocontrol necesario para evitar que la energía te friera de arriba abajo.

Y ahora Alabastro quiere que te enlaces con uno a sabiendas para ver qué ocurre.

Alabastro reconoce tu cara.

—Ve a ver —dice, con los ojos ya cerrados del todo. Oyes el leve repiqueteo de su respiración, como si tuviera gravilla en los pulmones—. El de topacio flota cerca de aquí. Llámalo esta noche. Luego, ve a ver por la mañana... —De improviso, parece muy débil, como si se quedara sin fuerzas—. Ve a ver si ha acudido. Si no es el caso, dímelo y buscaré a otra persona. O haré lo que pueda yo mismo.

Encontrar a quién para hacer qué. No tienes ni idea.

—Aun así, ¿me vas a contar a qué viene todo esto?

—No. Porque, a pesar de todo, no quiero que mueras, Essun. —Respira hondo y suelta el aire poco a poco. Pronuncia las siguientes palabras en voz más baja de lo habitual—. Me alegro de verte.

Tienes que apretar los dientes para responder.

—Claro.

No dice nada más, y esa es una despedida más que decente para ambos.

Te levantas, sin dejar de mirar a la come piedras que está de pie junto a él. Alabastro la llama Antimonio. No se mueve ni un ápice, como hacen todos los suyos, tiene unos ojos demasiado negros que no dejan de observarte y, aunque su postura es más bien armoniosa, notas en ella una pizca de ironía. Está en pie, con la cabeza inclinada con elegancia, una mano en la cadera y la otra suspendida y elevada, con los dedos relajados, como si saludara a ningún lugar en concreto. Quizá sea un gesto para que te acerques o una despedida con el dorso de la mano o quizás ese gesto que se hace cuando alguien tiene un secreto y quiere que lo sepas, pero no contártelo.

—Cuida de él —dices.

—Igual que cuidaría de algo muy preciado —responde, sin mover la boca.

No quieres ni plantearte lo que acaba de decir. Te das la vuelta hacia la puerta de la enfermería, donde Hoa te espera en pie. Hoa, que parece un niño humano muy extraño, que de alguna manera también es un come piedras y que te trata como algo muy preciado.

Te mira, con tristeza, como hace desde que supiste lo que era. Niegas con la cabeza y pasas a su lado para salir. Te sigue, a ritmo constante.

Acaba de anochecer en la comu de Castrima. Es difícil de distinguir, porque la luz blanca y tenue que emiten de forma inverosímil los cristales enormes que conforman la geoda gigante nunca cambia. Los habitantes están muy ajetreados, cargan cosas, se gritan unos a otros y atienden sus tareas habituales sin la desaceleración necesaria que se produciría en el resto de comus cuando disminuye la luz. Sospechas que, durante unos días, te costará dormir; al menos, hasta que te acostumbres. No importa. Los obeliscos no atienden a la hora del día.

Lerna es educado y te ha esperado fuera mientras Hoa y tú os reuníais con Antimonio y Alabastro. Se abalanza sobre ti cuando sales, con gesto expectante.

—Necesito salir a la superficie —dices.

Lerna tuerce el gesto.

—Los guardias no te lo permitirán, Essun. No confían en los nuevos habitantes de la comu. La supervivencia de Castrima depende de que continúe siendo un secreto.

Volver a ver a Alabastro te ha traído viejos recuerdos y también ha hecho que recuperes el mal genio.

—Pues que intenten detenerme.

Lerna se refrena.

—¿Y qué harás? ¿Lo mismo que le hiciste a Tirimo?

Por el maldito óxido. Te detienes y te tambaleas un poco por la fuerza de esa pregunta. Hoa también se detiene y mira a Lerna, pensativo. No hay rabia en su mirada, su gesto es demasiado tranquilo como para que haya rabia en él. Vaya. Muy bien.

Un instante después, Lerna suspira y añade:

—Iremos a ver a Ykka —afirma—. Le diremos lo que necesitamos. Le pediremos ir al exterior, acompañados de guardias si quiere. ¿Te parece?

Es algo tan razonable que ni siquiera sabes por qué no se te había ocurrido antes. Bueno, sí que sabes la razón. Es posible que Ykka también sea una orogén, pero durante años te has sentido frustrada y traicionada por otros orogenes en el Fulcro. Sabes que el hecho de que sea «de los tuyos» no es razón para confiar en ella. Pero, al mismo tiempo, deberías darle una oportunidad porque es «de los tuyos».

—Muy bien —respondes. Y lo sigues hasta el hogar de Ykka.

El sitio no es mayor que el tuyo y no hay nada que los distinga, a pesar de tratarse de la casa de la jefa de la comu. No es más que otro apartamento excavado en una de las caras de un cristal gigante, blanco y resplandeciente. Hay dos personas en la puerta de fuera: una está apoyada contra el cristal y la otra mira por la barandilla la extensión de Castrima. Lerna se coloca detrás de ellos y te dice que hagas lo mismo. Es correcto esperar tu turno. Además, no es que los obeliscos se vayan a marchar.

La mujer que admiraba el paisaje levanta la cabeza y te mira de arriba abajo. Tiene cierta edad y es sanzedina, aunque de tez más oscura que la mayoría. La mata de pelo es soplocinérea y está un poco retorcida, lo que le da la apariencia de una nube rizada en lugar de una normal. También tiene algo de las Costeras orientales. Y de las occidentales. Te mira a través de los pliegues epicánticos; te evalúa, cautelosa e impávida.

—Eres la nueva —afirma. No es una pregunta.

Asientes a modo de respuesta.

—Essun.

Te dedica una sonrisa asimétrica, y tú parpadeas. Tiene los dientes afilados, aunque se suponía que los sanzedinos llevaban siglos sin hacerlo: les daba mala reputación después de la Estación de los Dientes.

—Hjarka Líder Castrima. Bienvenida a nuestro pequeño agujero en el suelo.

Ensancha la sonrisa. Reprimas un gesto ante lo que acaba de decir, aunque no puedes evitar pensar en ello después de haber oído su nombre. No es buena señal que en una comu haya alguien de la casta de los Líderes y que no esté al mando. Los Líderes descontentos tienen la mala costumbre de avivar los golpes de Estado durante las épocas de crisis. Pero quien se tiene que enfrentar al problema no eres tú, sino Ykka.

La otra persona que espera, el hombre apoyado en el cristal, no parece que te esté mirando, pero ves que sus ojos no se mueven para seguir lo que sea que esté observando a lo lejos. Es delgado, más bajo que tú y tiene un pelo y una barba que te recuerdan a fresas que crecen entre el heno. Te imaginas la delicada presión que ejerce al no prestar atención de manera directa. Lo que no imaginas es el tañido instintivo que te asegura de que es otro de los tuyos. Como no te ha saludado, no le dices nada.

—Vino hace unos meses —explica Lerna, que distrae tu atención de los nuevos vecinos. Por un momento, crees que se refiere al hombre del pelo de heno y fresas, pero luego te das cuenta de que habla de Alabastro—. Apareció sin más en medio de lo que se usa como plaza de la ciudad en la geoda, la Cima Llana.

Asiente hacia algo que tienes detrás, y te vuelves para saber a qué se refiere. Ah, ese sitio. Entre todos los cristales de puntas afiladas de Castrima,

es un lugar en el que parece que todos se han cortado a la mitad y ha quedado una plataforma amplia, elevada y hexagonal colocada en el centro de la comu. Hay varias escaleras de puente que conectan con el lugar, y en él hay sillas y una barandilla. La Cima Llana.

Lerna prosigue.

—No hubo ningún aviso. Al parecer, los orogenes no sesapinaron nada, y los táticos que hacían guardia no vieron nada. Esa comepiedras y él aparecieron ahí..., de la nada.

No te ve fruncir el ceño, sorprendida. Nunca habías oído a un tático usar la palabra «tático».

—Quizá los comepiedras supieran que estaba de camino, pero no suelen hablar con nadie, solo con la gente que han elegido. Y, en esta ocasión, ni siquiera hicieron eso. —Lerna pasa a mirar con fijeza a Hoa, quien lo desdeña de manera deliberada en ese mismo momento. El hombre niega con la cabeza—. Ykka ha intentado echarlo, claro, aunque también le ofreció una muerte digna si quería. El pronóstico no deja lugar a dudas: las drogas paliativas y una cama le harán bien. Pero ese hombre hizo algo cuando Ykka mandó llamar a los Lomocurtido. Se apagaron las luces. El aire y el agua se detuvieron. Solo duró un minuto, pero dio la impresión de que había durado todo un año. Cuando se volvió a la normalidad, todo el mundo estaba enfadado. Fue entonces cuando Ykka dijo que se podía quedar y que trataríamos sus heridas.

«Es lo que haría él, sí.»

—Es un decanillado —dices—. Y también un capullo. Dale todo lo que pida y sé simpático.

—¿Pertenece al Fulcro? —Lerna inspira, como si estuviera asombrado—. Por el fuego de la Tierra, no tenía ni idea de que hubiera sobrevivido algún orogén imperial.

Lo miras, demasiado sorprendida como para que te parezca divertido. Pero ¿cómo iba a saberlo? Luego piensas en otra cosa que te tranquiliza.

—Se está convirtiendo en piedra —afirmas en voz baja.

—Sí —asiente Lerna, con remordimientos—. Nunca he visto nada parecido. Y va a peor. El día en que llegó solo eran los dedos lo que... lo que el comepiedras le había... quitado. No he visto cómo ha empeorado su condición. Se asegura de hacerlo solo cuando mis ayudantes y yo no nos encontramos con él. No sé si esa cosa se lo hace a él o lo hace él mismo o... —Niega con la cabeza—. Cuando le pregunto sobre el tema, se limita a sonreír y dice: «Solo un poco más, por favor. Estoy esperando a alguien.»

Lerna te mira y frunce el ceño, pensativo.

Eso es: de alguna manera, Alabastro sabía que estabas de camino. O quizá no. Quizá solo tenía la esperanza de que apareciera alguien, cualquier persona, con las aptitudes necesarias. En un lugar así había bastantes probabilidades, ya que Ykka se ha dedicado a invocar a todos los orogratas que hay en kilómetros a la redonda. Solo serás la persona que él quería si resulta que eres capaz de invocar a un obelisco.

Al cabo de un instante, Ykka asoma la cabeza por las cortinas del apartamento. Asiente a Hjarka, mira al hombre de heno y fresas hasta que este suspira, gira sobre sus talones para devolverle la mirada y luego os observa a Lerna, a Hoa y a ti.

—Anda. Vaya. Bien. Entrad todos.

Haces un amago de protesta.

—Tengo que hablar contigo en privado.

Te devuelve la mirada. Parpadeas, confusa, abatida y molesta. No deja de mirarte. Lerna cambia el pie de apoyo a tu lado. El silencio es opresivo. Hoa se limita a mirar hacia el mismo sitio que tú. Te cuesta, pero pillas el

mensaje: es su comu y son sus normas. Si quieres vivir aquí... Suspiras y entras en fila detrás de los otros.

Ya en el interior, notas que el apartamento es más caluroso que la mayor parte de la comu, y también más oscuro: las cortinas marcan la diferencia, a pesar del brillo de las paredes. Hace que parezca de noche, lo que tal vez sea cierto... en la parte superior. Piensas que sería una buena idea digna de tener en cuenta para tu apartamento, pero reparas en que no deberías pensar a largo plazo. Luego recuerdas que has perdido el rastro de Jija y Nassun, y llegas a la conclusión de que sí deberías pensar a largo plazo en esos términos. Y luego...

—Muy bien —dice Ykka, que suena apática y se acerca a un diván bajo, sencillo y de patas cruzadas para sentarse. Apoya el mentón en el puño. Los otros también se sientan, pero la mujer te mira solo a ti—. Había pensado en cambiar varias cosas. Habéis llegado justo a tiempo.

Por un instante, crees que Lerna también va incluido en ese «habéis», pero el hombre se sienta junto a ella en el diván y adviertes en sus gestos algo parecido al alivio y la comodidad, algo que te indica que aquello ya lo ha oído. Entonces se refiere a Hoa. Este se acomoda en el suelo, lo que hace que se parezca aún más a un niño... aunque no lo sea. Te sorprende lo difícil que te resulta recordarlo.

Te sientas con cautela.

—¿Justo a tiempo para qué?

—Aún no creo que sea una buena idea —responde el hombre de heno y fresas. También te mira, aunque tiene la cara inclinada hacia Ykka—. No sabemos nada de ellos, Yeek.

—Sabemos que han sobrevivido ahí fuera hasta ayer —interrumpe Hjarka, al tiempo que se inclina a un lado y apoya el hombro en el reposabrazos del diván—. Ya es algo.

—Eso no significa nada —dice el de heno y fresas, cuyo nombre te gustaría saber; aprieta los dientes—. Nuestros Cazadores también sobreviven ahí fuera.

Cazadores. Parpadeas. Es una de las antiguas castas al uso, reprobada por orden imperial para que ningún recién nacido pueda pertenecer a ella. Las sociedades civilizadas no necesitan ni cazadores ni recolectores. Que Castrima tenga esa necesidad es el mejor indicativo del estado actual de la comu que todo lo que Ykka te ha contado hasta ahora.

—Nuestros Cazadores conocen el terreno, y también los Lomocurtido, sí —repone Hjarka—. Pero de las zonas colindantes. Los recién llegados seguro que saben cómo están las cosas fuera de nuestros territorios. Cómo está la gente, a qué peligros se enfrentan..., cualquier cosa.

—No creo que tenga información útil —empiezas a decir. Pero incluso mientras lo dices, frunces el ceño, porque recuerdas algo que empezaste a sospechar hace algunas estaciones de carretera. Los cintos o harapos de seda de calidad que llevaban muchos habitantes de las Ecuatoriales en las muñecas. La forma recelosa con la que te miraban, el hecho de que se fijaran en ti cuando los demás se sentaban, conmocionados. En los campamentos veías cómo examinaban a los supervivientes y escogían a los sanzedinos más saludables, más sobresalientes o mejor equipados. Los veías cuchichear con los elegidos antes de que, a la mañana siguiente, se marcharan en grupos mayores que los que habían llegado.

¿Qué significa eso? Significa que caer bien a los demás ya no importa, y que hace tiempo que las razas y las naciones tampoco. Las comunidades que tienen un propósito y más diversidad de especialización son más eficientes, como ya demostró la Antigua Sanze. Pero ahora Yumenes no es más que despojos en el fondo de una fisura volcánica, y las leyes y las costumbres del Imperio carecen ya de la menor importancia. Quizá sea esa la primera señal

de que ha habido un cambio. Quizás en unos años te marches de Castrima y encuentres una comu llena de medlatinos como tú, de piel marrón pero no muy marrón y grandes pero no demasiado grandes, de pelo ondulado o rizado, pero ni soplocinéreo ni liso. En tal caso, puede que Nassun vaya contigo.

Pero ¿durante cuánto tiempo más podréis esconder vuestra naturaleza? Las comus no quieren orogratas. Ninguna menos esta.

—Sabéis más que nosotros —asegura Ykka, que interrumpe tu ensoñación—. Además, no tengo paciencia para ponerme a discutir. Te digo lo mismo que le dije a él hace unas semanas. —Hace un gesto con la cabeza hacia Lerna—. Necesito consejeros, gente que conozca esta Estación de arriba abajo. Vosotros sois algunas de esas personas, hasta que os reemplace.

Aquello te deja muy sorprendida.

—¡Por el óxido, no sé nada de esta comu!

—Ese es mi trabajo. Y el suyo. Y el de ella. —Ykka señala con la cabeza al de heno y fresas y a Hjarka—. Aun así, aprenderéis.

Te quedas boquiabierta. Luego te pasa por la cabeza que Ykka también ha incluido a Hoa en la conversación.

—Por las montañas de óxido y los fuegos de la Tierra, ¿quieres tener a un comepiedras de consejero?

—¿Por qué no? También están aquí. Hay más de ellos de los que creemos. —Se fija en Hoa, con gesto indescifrable—. O eso me has dicho tú.

—Es cierto —responde él, impasible. Luego añade—: Pero no sé qué opinan. Y tampoco somos parte de tu comu.

Ykka se inclina para mirarlo con severidad. Su gesto vacila entre la hostilidad y la cautela.

—Habéis afectado a la comu, además de ser una amenaza potencial —dice la mujer. Desvía la mirada hacia ti—. Y aquellos a los que os... esto... esto...

apegáis también son parte de la comu. Al menos, os importará lo que les ocurra, ¿no?

Recuerdas que no has visto al comepedras de Ykka, la mujer con la melena de rubí, desde hace unas horas. Eso no significa que no esté cerca. Antimonio te ha dejado claro que la ausencia no quiere decir nada. Hoa no responde a Ykka. Y, de improvviso, agradeces de manera irracional que se preocupe de estar visible para ti.

—Y si quieres saber por qué el doctor y tú —continúa Ykka, quien se yergue y se dirige a ti sin dejar de mirar a Hoa—, la respuesta es que necesito tener varios puntos de vista. Un Líder, aunque no quiera liderar. —Ykka mira a Hjarka—. Un orograta local que no se muerda la lengua para decirme lo estúpida que cree que soy. —Asiente hacia el de heno y fresas, quien suspira—. Un Resistente y doctor que conozca los caminos. Un comepedras. Yo. Y tú, Essun, una que podría matarnos a todos. —Una sonrisa desdibujada asoma en su gesto—. Es bueno que te demos una razón para no hacerlo.

No tienes ni idea de qué responder a eso. Se te pasa por la cabeza que Ykka debería invitar a Alabastro a su círculo de consejeros si la capacidad de destruir Castrima es un requisito. Pero eso podría dar lugar a preguntas incómodas.

Interrogas a Hjarka y al de heno y fresas:

—¿Sois de aquí?

—Qué va —responde Hjarka.

—Sí —interrumpe Ykka. Hjarka la mira—. Vives aquí desde que eras joven, Hjar.

Hjarka se encoge de hombros.

—Eres la única que lo recuerda, Yeek.

El de heno y fresas dice:

—Yo nací y me crie aquí.

Dos orogenes que han sobrevivido hasta la edad adulta en una comu que no ha acabado con ellos.

—¿Cómo te llamas?

—Cutter Lomocurtido.

Esperas. El hombre sonríe con la mitad de la boca, gesto que no se replica en sus ojos.

—El secreto de Cutter no se sabía, por así decirlo, mientras crec amos — explica Ykka. Ahora está apoyada en la pared de detrás del diván y se frota los ojos, como si estuviera cansada—. La gente lo descubrió. Solo los rumores hicieron que el anterior jefe de la comu se negara a que lo adoptasen. Como es de esperar, yo le he ofrecido cientos de veces darle el apellido.

—A cambio de que me quite el de Lomocurtido —responde Cutter. No ha dejado de sonr er de esa manera tan superficial.

Ykka baja la mano. Tiene los dientes apretados.

—De todos modos, negar lo que eres no evitó que lo descubriera.

—De la misma manera que alardear de ello no fue lo que te salv .

Ykka respira hondo. Los músculos de la mandíbula se flexionan y relajan.

—Y esa es la razón por la que te he pedido esto, Cutter. Pero continuemos.

Y continu is.

Te pasas la reunión sentada, intentando comprender el trasfondo de todo aquello en lo que te est s metiendo, incapaz de creer que te encuentres en ese lugar, mientras Ykka expone todos los problemas a los que se enfrenta Castrima. Son cosas que no habías oído hasta ahora. Quejas de que el agua caliente de las piscinas públicas no est  lo suficientemente caliente. Una importante escasez de alfareros, pero exceso de gente que sabe coser. Hongos en una de las cavernas que sirven de granero, que ha hecho que haya que quemar los suministros de varios meses para no contaminar el resto. Escasez

de carne. Has pasado de preocuparte solo de una persona a tener que hacerlo de muchos. Todo te ha venido demasiado de repente.

—Yo solo me he dado un baño —espetas para intentar sacarte de tu ensimismamiento—. El agua era agradable.

—Claro que crees que era agradable. Has vivido meses a la intemperie y bañándote en corrientes frías, suponiendo que te hubieras molestado en asearte. Muchos de los habitantes de Castrima no han vivido nunca sin energía geotérmica ni grifos regulables. —Ykka se frota los ojos. Apenas lleváis una hora de reunión, pero parece que esta ha durado más tiempo—. Todos se enfrentan a una Estación de forma diferente.

Quejarse por nimiedades no te parece la mejor forma de hacerlo, pero lo aceptas.

—La escasez de carne es un auténtico problema —dice Lerna, frunciendo el ceño—. Me he dado cuenta de que en los últimos repartos de la comu no había nada. Ni huevos.

El gesto de Ykka se endurece aún más.

—Sí. Esa es la razón.

Para que lo entiendas mejor, añade:

—En nuestra comu no tenemos herbajes, por si no te habías dado cuenta. La tierra no es muy rica: lo suficiente para practicar la jardinería, pero no para el forraje ni el heno. Los últimos años antes de que empezara la Estación, los habitantes estaban tan ocupados discutiendo sobre si construir el muro de antes de la Estación de la Asfixia que nadie pensó comerciar con una comu agrícola para pedir unos buenos carros de tierra fértil. —Suspira. Se frota el tabique nasal—. La mayor parte del ganado no cabe por los conductos de la mina, y no puede bajar las escaleras. No sé en qué estábamos pensando cuando decidimos vivir aquí abajo. Esa es justo la razón por la que necesito ayuda.

Su fatiga no te sorprende, pero sí el empeño que pone en no admitir el error. Es algo preocupante. Dices:

—Una comu solo puede tener un líder, durante una Estación.

—Por supuesto. Y sigo siendo yo. No lo olvides. —Podría ser una advertencia, pero no lo ha dicho con ese tono. Sospechas que no ha hecho más que constatar lo evidente, el lugar que ocupa en Castrima: la gente la ha elegido y, por ahora, confían en ella. No conocen a Lerna, ni a Hoa ni a ti y, al parecer, no confían en Hjarka ni en Cutter. La necesitas a ella más de lo que ella a ti. Ykka niega con la cabeza, de improvviso—. Estoy cansada de hablar de esta mierda.

Te parece bien, porque flota en el ambiente la sensación de hallarse ante un dilema inminente —y eso que esa misma mañana solo pensabas en la carretera, en la supervivencia y en Nassun—, y eso empieza a hacerse insoportable.

—Necesito ir a la superficie.

Es un cambio de tema demasiado brusco y parece que te lo has sacado de la manga de improvviso, por lo que todos se te quedan mirando.

—Por el óxido, ¿para qué? —pregunta Ykka.

—Alabastro.

El rostro de Ykka se vuelve inexpresivo.

—¿El decanillado que tienes en la enfermería? Me ha pedido que haga algo.

La mujer hace una mueca de dolor.

—Claro. Él. —No puedes evitar sonreír ante su reacción—. Interesante. No ha hablado con nadie desde que llegó. Lo único que has hecho es permanecer ahí sentado mientras se gasta nuestros antibióticos y se come nuestra comida.

—Acabo de terminar un lote de penicilina, Ykka.

Lerna pone los ojos en blanco.

—Lo que me molesta es el gesto.

Sospechas que Alabastro no ha dejado de sofocar los microtemblores de la zona y cualquier réplica que venga del norte, lo que sería pago más que suficiente. Pero si Ykka no ha sido capaz de sesapinarlo, no tiene sentido que se lo expliques. Y tampoco estás segura de confiar en ella lo suficiente como para hablarle sobre Alabastro. Aún.

—Es un viejo amigo.

Hala. Ahí lo tiene. Un buen resumen, aunque un tanto incompleto.

—No parece el tipo de persona que tiene amigos. Ni tú tampoco. — Durante un rato no te quita el ojo de encima—. ¿También eres decanillada?

Flexionas los dedos sin querer.

—Hubo un tiempo en que tenía seis anillos. —Lerna mueve la cabeza con brusquedad y se te queda mirando. Bueno. La cara de Cutter se crispa de una manera que no logras interpretar. Añades—: Alabastro fue mi mentor, en la época en la que todavía pertenecíamos al Fulcro.

—Entiendo. ¿Y qué quiere que hagas en la parte superior?

Abres la boca, pero la cierras. No puedes evitar mirar a Hjarka, quien resopla y se pone en pie; ni a Lerna, cuyo gesto se ha endurecido al darse cuenta de que no quieres hablar delante de él. No se merece eso, pero... aun así, es un táctico. Al final, dices:

—Cosas de orogenes.

No es muy convincente. El gesto de Ykka es indescifrable, pero hay frialdad en su mirada. Hjarka se despide con la mano y se marcha hacia la cortina.

—Pues me voy. Venga, Cutter. Tú no eres más que un Lomocurtido.

La mujer suelta una risotada.

Cutter se pone rígido, pero para tu sorpresa se levanta y la sigue al exterior.

Miras a Lerna por un instante, pero este se cruza de brazos. No va a ir a ningún lado. Muy bien. Por otra parte, Ykka parece escéptica al respecto.

—¿De qué se trata? ¿Es una última lección de tu antiguo mentor? Está claro que no le queda mucho tiempo.

Aprietas los dientes sin poder evitarlo.

—Eso está por ver.

Ykka se queda pensativa un momento más y luego asiente, con decisión. Se pone en pie.

—Pues muy bien. Deja que reúna a varios Lomocurtido y nos pondremos en camino.

—Un momento. ¿Vas a venir? ¿Por qué?

—Curiosidad. Quiero ver de lo que es capaz una hexanillada del Fulcro. — Te sonrío y coge el gran abrigo de piel que llevaba la primera vez que la viste —. Quizá yo también sea capaz de hacerlo.

Te retuerces ante la idea de que un feral autodidacta se intente enlazar con un obelisco.

—No. —Ykka se pone seria. Lerna te mira, incrédulo porque te salgas con la tuya e indemne con ese monosílabo. No tardas en rectificar—. Es peligroso hasta para mí, y ya lo he hecho antes.

—¿Lo has hecho?

Bueno, pues ya está. Era más seguro que no lo supiera, pero Lerna tiene razón: tienes que ganarte la confianza de esta mujer si planeas vivir en su comu.

—Prométeme que no lo intentarás si te lo cuento.

—No voy a prometer nada, por el óxido. No te conozco.

Ykka se cruza de brazos. Eres una mujer grande, pero ella lo es un poco más, y el pelo no ayuda. A muchos sanzeditos les gusta dejarse crecer el pelo soplocinéreo hasta que se les forma una mata enorme y mullida como la de

ella. Tiene algo de animal e intimidatorio, y funciona cuando el portador tiene la confianza necesaria para respaldarlo. Ykka tiene eso... y un poco más.

Pero tú dispones de la información. Te pones en pie y la miras a los ojos.

—No puedes hacerlo —replicas, intentando convencerla—. Careces del entrenamiento necesario.

—No sabes el entrenamiento que he recibido.

En ese instante parpadeas y recuerdas el momento en la parte superior cuando te diste cuenta de que habías perdido el rastro de Nassun y eso te afectó mucho. Recuerdas aquella extraña brisa de energía que Ykka envió hacia ti, similar a una bofetada pero más suave, y también orogénica de alguna manera. También tienes en cuenta ese pequeño truco del que se vale para atraer a Castrima a los orogenes de varios kilómetros a la redonda. Puede que Ykka no tenga anillos, pero la orogenia no entiende de rangos.

Así pues, no hay nada que hacer.

—Un obelisco —claudicas. Miras a Lerna, quien parpadea y frunce el ceño—. Alabastro quiere que llame un obelisco. Voy a comprobar si puedo hacerlo.

Para tu sorpresa, Ykka asiente con un brillo en la mirada.

—¡Ja! Siempre supe que esas cosas tenían que servir para algo. Pues vamos. Ahora no quiero perdérmelo.

Vaya. Mierda.

Ykka se encoge de hombros con el abrigo puesto.

—Dame media hora y reúnete conmigo en el Mirador Pintoresco.

Se trata de una pequeña plataforma, ubicada en la entrada de Castrima, en la que los recién llegados siempre se quedan embobados ante lo extraño que resulta que haya una comu dentro de una geoda gigante.

Justo después, pasa a tu lado y sale del apartamento.

Niegas con la cabeza y miras a Lerna. El hombre asiente, inflexible:

también quiere ir. ¿Hoa? Se limita a ponerse detrás de ti, como siempre, y te mira con tranquilidad, como si preguntase: «¿Acaso lo dudabas?» Así que ya tienes un grupo.

Ykka se reúne contigo en el mirador media hora después. Con ella van otros cuatro castrimenses, armados y vestidos con colores apagados y grises para camuflarse en la superficie. El ascenso es complicado, más de lo que lo fue el descenso: gran parte del camino discurre cuesta arriba y hay muchas escaleras. Cuando llegáis arriba, te falta el aliento, pero menos que a algunos de los que acompañan a Ykka: llevas tiempo caminando kilómetros diarios, y ellos han vivido cómodos y seguros en la ciudad subterránea. (Y entonces reparas en que Ykka no está mucho más cansada que tú. Se mantiene en forma.) Al cabo, llegáis a un sótano falso de una de las casas señuelo de la parte superior. No es el mismo sótano por el que entraste la última vez, algo que no debería sorprenderte: es obvio que sus «puertas» deben de tener varias entradas y salidas. Los pasajes subterráneos son más complicados de lo que habías pensado al principio, al parecer, algo que deberías tener en cuenta por si en alguna ocasión necesitas marcharte con prisas.

En la casa señuelo hay guardias Lomocurtido, como había en la otra. Algunos protegen la entrada del sótano y otros están en el piso de arriba, vigilando la carretera del exterior. Cuando los guardias de la casa te dejan vía libre, te internas en la lluvia de ceniza del anochecer.

Ha pasado... ¿Cuánto? Quizá menos de un día desde que entraste en la geoda de Castrima, y te sorprendes de lo extraña que te parece la superficie. Por primera vez en semanas notas el hedor a azufre que hay en el aire, la neblina argéntea, el rumor incesante y quedo de los grandes copos de ceniza que caen al suelo y las hojas marchitas. El silencio te hace reparar en lo ruidosa que es Bajo-Castrima con tanta conversación, los chirridos de las poleas y el rechinar de las forjas, y también el zumbido omnipresente de la

extraña maquinaria oculta de la geoda. Ahí arriba no hay nada. Los árboles están pelados y no se mueve nada entre los desperdicios reseco y retorcidos. No hay pájaros que canten entre las ramas. La mayor parte de ellos dejan de marcar territorio y de aparearse durante las Estaciones, y lo único que hace el canto es atraer depredadores. Tampoco oyes el sonido de ningún otro animal. No hay viajeros en el camino, aunque percibes que la ceniza es algo menos densa. Alguien ha pasado por ahí hace poco. Por otra parte, tampoco sopla brisa alguna. El sol se ha puesto, aunque aún hay mucha luz en el cielo. Las nubes todavía reflejan la Hendidura, pese a hallarse tan al sur.

—¿Algún movimiento? —le pregunta Ykka a uno de los guardias.

—Un grupo que nos sonaba de algo hace unos cuarenta minutos — responde. Habla en voz baja, como es de esperar—. Bien equipados. Unos veinte, de todas las edades y todos sanzedinos. Se dirigían hacia el norte.

Aquella afirmación hace que todo el mundo se le quede mirando.

—¿Hacia el norte?

—Hacia el norte. —El guardia, que tiene unos ojos bonitos de largas pestañas, mira a Ykka y se encoge de hombros—. Al parecer, tenían claro el lugar al que se dirigían.

—Vaya.

La mujer se cruza de brazos y tiembla un poco, aunque no hace mucho frío ahí fuera: el frío de una quinta estación tarda meses en llegar. Bajo-Castrima es tan acogedora que alguien acostumbrado al lugar pasará frío en Alto-Castrima. O quizá no sea más que una reacción de Ykka a la austeridad de la comu que la rodea. Tantas casas silenciosas, jardines marchitos y caminos obstruidos por la ceniza que alguien recorrió en el pasado. Te has planteado que la parte superior de la comu podría ser un cebo. Es lo que es: un tarro de miel que sirve para llamar la atención de los que merecen la pena y distraer a

los hostiles. Pero en el pasado también fue una comu de verdad, viva, radiante y para nada tan desolada.

—¿Y bien? —Ykka respira hondo y sonrío, pero te da la impresión de que es una sonrisa forzada. Inclina la cabeza hacia las nubes bajas de ceniza—. Como necesites ver esa cosa, no creo que vayas a poder hacerlo a corto plazo.

Tiene razón. El aire es una cortina de ceniza y no se ve nada de nada a excepción de las nubes moteadas de rojo. Caminas hacia el porche y miras hacia el cielo igualmente, sin estar segura de por dónde empezar. Tampoco estás segura de si deberías hacerlo. Después de todo, tanto la primera como la segunda vez que intentaste interactuar con un obelisco estuviste a punto de morir. Debes tener, asimismo, en cuenta el hecho de que Alabastro quiere que lo hagas, y es el responsable de haber destruido el mundo. Quizá no deberías hacer lo que te pide.

Nunca te ha hecho daño. El mundo sí, pero él no. Quizás el mundo merecía la destrucción. Y quizás él se haya ganado un poco de tu confianza después de todos estos años.

Cierras los ojos e intentas acallar los pensamientos. Sí que hay sonidos a tu alrededor, por fin los percibes. Crujidos quedos y estallidos, resultado del peso de la ceniza sobre las partes de madera de Alto-Castrima, del cambio de temperatura del aire. Unas figuras se escabullen entre los tallos marchitos de un jardín cercano: roedores o algo más pequeño, nada de lo que preocuparse. Por algún motivo, uno de los castrimenses hace mucho ruido al respirar.

Sientes una tibia agitación en la tierra bajo tus pies. No. Dirección equivocada.

De hecho, hay tanta ceniza en el aire que te da la impresión de que podrías enlazarte con las nubes. La ceniza es roca pulverizada, después de todo. Pero lo que buscas no son las nubes. Las acaricias como lo harías con los estratos de la tierra, sin estar segura de lo que buscas...

—¿Queda mucho? —pregunta uno de los castrimenses, entre suspiros.

—¿Por? ¿Acaso tienes una cita? —responde Ykka, alargando las palabras.

Es insignificante. Es...

Es...

Algo te empuja de improviso hacia el oeste. Te tambaleas y te vuelves para encararlo, cogiendo aire de la misma manera que lo hiciste aquella noche de hace mucho tiempo en una comu llamada Allia, y con otro obelisco. El de amatista.

«A él no le hacía falta verlo, le hacía falta encararlo.»

Líneas de visión, líneas de energía. Sí. Y, a lo lejos, sesapinas que el enlace de tu conciencia te lleva hacia algo pesado y... oscuro.

Negro, tan negro. Alabastro dijo que sería el de topacio, ¿verdad? Pero no lo es. Tiene algo familiar, te recuerda al granate. No al de amatista. ¿Por qué? El granate se rompió, se volvió loco (no sabes por qué te viene esa imagen a la cabeza), pero también era más poderoso, de alguna manera. Aunque «poder» es una palabra demasiado sencilla para describir lo que encierran esas cosas. Intensidad. Extravagancia. ¿A colores más oscuros, mayor potencial? Si ese fuera el caso...

—Ónice —dices en voz alta al tiempo que abres los ojos.

Hay otros obeliscos que zumban por la periferia de tu línea de visión; es posible que estén más cerca, pero no responden a esa llamada casi instintiva que has hecho. El obelisco negro está muy lejos, más allá de las Costeras occidentales, en algún lugar del mar Ignoto. Aunque se acerque volando tardaría meses en llegar. Pero.

Pero el de ónice te escucha. Lo sabes de la misma manera que en el pasado supiste que tus hijos te escuchaban, aunque te ignoraran. Se gira poco a poco y despierta, por primera vez en esta era, procedimientos arcanos. Al hacerlo, irradia una acometida de sonido y vibraciones que retumba a lo largo de

kilómetros en el mar que tiene debajo. (¿Cómo lo sabes? No lo has sesapinado. Lo sabes y ya está.)

Luego comienza a acercarse. Aciaga e insaciable Tierra.

Te retiras por la ruta que te lleva hasta ti misma. Por el camino, algo llama tu atención y casi por inercia, lo llamas también: el de topacio. Es más ligero, más intenso, está mucho más cerca y, no sabes por qué, pero también es más receptivo. Quizá sea porque percibes unas pinceladas de Alabastro en los intersticios, como si alguien hubiera añadido tirabuzones de cáscara de cítrico a un plato sabroso. Lo ha preparado para ti. Luego te recuperas, vuelves a estar en ti y te vuelvas hacia Ykka, quien te mira con el ceño fruncido.

—¿Pudiste ver lo que ha ocurrido?

Agita la cabeza, despacio, pero no es una negación. Es como si hubiera sentido algo, de alguna manera. Lo ves en el modo en que te mira.

—Yo... Eso ha sido... algo. No tengo muy claro el qué.

—No intentes comunicarte con ninguno de ellos cuando lleguen. —Porque estás segura de que vendrán—. No te comuniques con ninguno. Nunca.

Tratas de evitar la palabra «obelisco». Hay demasiados tácticos en los alrededores y, aunque todavía no te han asesinado, los tácticos no deben saber que hay cosas capaces de hacer que los orogenes sean más peligrosos de lo que ya son.

—¿Qué ocurriría si lo hiciera?

Hay sincera curiosidad en sus palabras. No es una amenaza, pero algunas preguntas son peligrosas.

Decides ser sincera.

—Morirías. No estoy segura de cómo. —En realidad estás segura de que sería por combustión espontánea, con una atronadora columna de fuego blanco y energía que posiblemente también destruiría Castrima. Pero no estás del todo segura, así que te ciñes a lo que sabes—. Los... esas cosas son como

las baterías que usan algunas de las comus de las Ecuatoriales. —Mierda—. Que usaban. ¿Las conoces? Una batería almacena energía para poder usar electricidad, aunque no haya movimiento de aguas para la hidráulica o la geotérmica...

Ykka parece ofendida. Es sanzedina, ellos inventaron las baterías.

—¡Por el óxido que sé lo que es una batería! Con el primer temblor ya lo tendrías todo embadurnado de ácido, y todo por almacenar un poco de energía. —Niega con la cabeza—. Eso a lo que te refieres no es una batería.

—Cuando me marché de Yumenes hacían baterías de azúcar —replicas. Ella tampoco ha pronunciado la palabra «obelisco». Bien. Lo ha pillado—. Son más seguras que las que tienen ácido y metal. Hay muchas formas de fabricar una batería. Pero si conectas una demasiado potente a un circuito que no soporta esa cantidad de energía...

Te parece suficiente para que se entienda lo que quieres decir.

Vuelve a negar con la cabeza, pero te da la impresión de que te cree. Cuando se da la vuelta y se empieza a alejar, ves a Lerna. Ha estado callado todo el rato: os estaba escuchando a Ykka y a ti. Ahora parece que se ha sumido en sus pensamientos, algo que te preocupa. No te gusta nada que un táctico le dé tantas vueltas al asunto.

Pero te sorprende cuando reacciona.

—Ykka, ¿cómo de antigua crees que es esta comu?

La mujer se detiene y lo mira con el ceño fruncido. Los otros castrimenses cambian el pie de apoyo, inquietos. Quizá les moleste que les hayan recordado que viven en las ruinas de una civitusta.

—Ni idea. ¿Por qué?

Lerna se encoge de hombros.

—Pensaba en cómo se parecen.

Entonces lo comprendes. Cristales en Bajo-Castrima que brillan por alguna

razón que desconoces. Cristales que recorren los cielos por alguna razón que desconoces. Los orogenes son los únicos que están destinados a usar ambos mecanismos.

Los come Piedras han mostrado un interés inusitado en los orogenes que son capaces de usarlos. Miras a Hoa.

Pero Hoa no está mirando hacia el cielo ni hacia ti. Ha bajado del porche y está agachado en el suelo ceniciento a un lado del camino, observando algo. Lo sigues con la mirada y ves un pequeño montículo que se encuentra en lo que una vez fue el patio delantero de la casa contigua. Tiene cierto parecido a un montón de ceniza y debe de medir cerca de un metro de alto, pero te das cuenta de que la pata de un pequeño animal disecado sobresale por uno de los lados. Un gato, quizás, o un conejo. Es probable que haya docenas de pequeños cadáveres por la zona, enterrados bajo la ceniza. El principio de la Estación quizá los haya extinguido a todos. Pero lo raro es que ese cadáver en particular parece haber acumulado más ceniza que el suelo que tiene alrededor.

—Está demasiado muerto para comérselo, niño —observa uno de los hombres, quien también ha estado pendiente de Hoa y es evidente que no tiene ni idea de lo que es, en realidad, el «niño». Hoa lo mira, parpadea y se muerde el labio con el punto justo de congoja. Se le da muy bien hacer de niño. Luego se levanta y se acerca a ti, y reparas en que no está actuando. Algo lo ha inquietado de verdad.

—Hay otras cosas que se lo comerán —te dice en voz muy baja—. Deberíamos irnos.

Pero qué.

—No le tienes miedo a nada.

Hoa aprieta los dientes. Esa mandíbula llena de dientes diamantinos. ¿Habrán músculos sobre esos huesos también diamantinos? No te extraña que

nunca te haya dejado intentar levantarlo: debe de ser tan pesado como el mármol. Pero dice:

—Temo a todo lo que puede hacerte daño.

Y... le crees. Porque de improvisto te das cuenta de que hasta el momento aquello siempre ha sido una constante de su extraño comportamiento. Su voluntad para hacer frente a la kirjusa, que podría haber sido demasiado rápida hasta para tu orogenia. Su ferocidad ante los otros comepiedras. Te está protegiendo. Son pocos los que han intentado protegerte a lo largo de tu vida. Algo te impulsa a levantar la mano y acariciarle el extraño pelo blanco. Parpadea. Algo se le mete en el ojo, una sensación que es de todo menos inhumana. No sabes qué pensar, pero verlo es justo lo que te incita a hacerle caso.

—Vamos —les dices a Ykka y a los demás. Has hecho lo que te pidió Alabastro. Sospechas que lo del obelisco adicional no le disgustará cuando se lo cuentes... si es que no lo sabe ya. Quizás al fin te cuente de una vez lo que ocurre, por el óxido.

* * *

Primero coloca sobre una roca estable los suministros de un año por cada ciudadano: diez broquelas de cereales, cinco de legumbres, un cuarto de canjela de fruta deshidratada y media tanquela de sebo, queso o carne curada. Multiplícalo por cada año de vida deseado. Luego, protege dicha roca estable con al menos tres lomos curtidos por alijo: uno que haga de guardia para el alijo y dos para vigilar al guardia.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo cuarto

3

Schaffa, olvidado

Sí. También eres él, o lo eras hasta que ocurrió lo de Meov. Pero ahora él es otra persona.

* * *

La energía que hace añicos el *Clalsu* es orogenia aplicada en el aire. La orogenia no se hizo para aplicarla en el aire, pero no hay razón para que no funcione. Sienita ya tenía práctica usándola en el agua, empezó a hacerlo en Allia. En el agua hay minerales, de la misma manera que en el aire hay partículas de polvo. El aire tiene fricción, calor, masa y energía cinética, como la tierra. La diferencia es que las moléculas del aire están más separadas entre sí, los átomos les dan una forma diferente. Sea como fuere, el que haya un obelisco de por medio hace que esto no sean más que detalles académicos.

Schaffa sabe lo que va a ocurrir desde el instante en que siente el latido del obelisco. Es viejo, anciano, el Guardián de Sienita. Muy viejo. Sabe lo que los come Piedras hacen con los orogenes poderosos en cuanto se les presenta la ocasión, y sabe por qué es crucial que la atención de los orogenes no se mantenga en el cielo, sino en la tierra. Ha visto lo que ocurre cuando un tetranillado —que es lo que aún considera a Sienita— se enlaza con un obelisco. Te das cuenta de que se preocupa por ella de verdad (ella no se ha dado cuenta). No todo está relacionado con el control. Ella es su pequeña, y

la ha protegido de formas que ella no conoce. Pensar en que ha muerto en terrible agonía es demasiado para él. Es algo irónico, teniendo en cuenta lo que ocurre después.

En el momento en el que Sienita se pone rígida y su silueta se cubre de luz, y el aire del interior de la pequeña cabina delantera del *Clalsu* vibra y se vuelve similar a un muro sólido de fuerza casi imparable, da la casualidad de que Schaffa se encuentra al lado de un mamparo que cuelga en lugar de estar delante de ese muro. Su compañero, el Guardián que acaba de matar al amante feral de Sienita, no tiene tanta suerte: cuando la energía lo impulsa hacia detrás, el mamparo sobresale de la pared a la altura y ángulo precisos para cercenarle la cabeza antes de ceder ante su peso. Schaffa, que no tenía nada detrás, sale disparado por la espaciosa bodega del *Clalsu*, que se encuentra vacía porque la nave lleva tiempo sin participar en refriegas piratas. Hay espacio suficiente para que aminore la velocidad y para que la tremenda energía de Sienita lo atraviese. Cuando al fin se golpea contra otro mamparo, lo hace con la fuerza suficiente para romperle algunos huesos, no para pulverizárselos. También ayuda el hecho de que, cuando lo golpea, el mamparo se esté abollando y haciéndose añicos como el resto del barco.

Luego, cuando unos pinchos aserrados y afilados como cuchillos comienzan a surgir del lecho marino y atravesar esa explosión de restos, Schaffa vuelve a tener suerte: ninguno de ellos le atraviesa el cuerpo. En ese momento, Sienita ya está perdida en el obelisco, perdida entre los estertores de aflicción que tendrán réplicas incluso en la vida de Essun. (Schaffa vio cómo ponía la mano sobre la cara del niño, cómo le cubría la boca y la nariz y ejercía presión. Incomprensible. ¿Acaso no sabía que Schaffa habría amado a su hijo tanto como a ella? Lo habría dejado con muchísimo cuidado sobre la silla de malla.) Ahora la chica forma parte de algo gigantesco y de magnitud planetaria, y Schaffa, que llegó a ser la persona más importante del mundo de

Sienita, ahora es insignificante para ella. En cierto modo, el hombre se da cuenta mientras atraviesa aquella tormenta, y saberlo le abrasa el corazón. Luego se encuentra en el agua. Se muere.

Es difícil matar a un Guardián. Todos los huesos rotos y los órganos dañados que tiene Schaffa no son suficientes para ello; al menos, no por sí solos. Ni siquiera ahogarse sería un problema en circunstancias normales. Los Guardianes son diferentes. Pero tienen límites, y para acabar con ellos les basta con ahogarse, que les fallen los órganos o sufrir un traumatismo por haber sido arrollados por una onda de energía. Schaffa se percató de ello mientras cae en el agua y rebota entre las esquirlas de piedra y los restos del barco destruido. No sabe distinguir hacia qué dirección se encuentra el cielo, solo que está un poco más iluminado que el resto y que se aleja de él debido a que la popa del barco se hunde con presteza y lo arrastra con ella. Se estira, golpea una roca, se recupera e intenta bogar contra la corriente que lo impulsa hacia las profundidades, a pesar de que tiene un brazo roto. No hay nada en sus pulmones. Los golpes lo han dejado sin aire e intenta no respirar agua porque moriría de manera irremediable. No puede morir. Aún tiene muchas cosas que hacer.

Pero solo es humano en su mayor parte y, mientras aumenta esa terrible presión, se le empieza a nublar la vista y se le duerme todo el cuerpo debido al peso del agua. No puede evitar respirar hondo. Duele: nota la sal ácida en el pecho, fuego en la garganta y nada de oxígeno. Por si fuera poco —puede con todo lo demás, ha soportado cosas peores a lo largo de su larga y terrible vida—, todo aquello sobrepasa la ordenada y precavida racionalidad que ha guiado y protegido la mente de Schaffa hasta ese momento.

Sucumbe al pánico.

Los Guardianes nunca sucumben al pánico. Es algo que tiene claro, y hay buenas razones para ello. No obstante, lo hace y se sacude y grita mientras

cae sin remedio en la fría oscuridad. Quiere vivir. Un pecado capital para los que son como él.

El terror se desvanece de improviso. Mala señal. Un momento después lo sustituye una rabia tan intensa que anula todo lo demás. Esta hace que deje de gritar y comience a temblar, pero incluso mientras lo hace es consciente de algo: no es su rabia. El pánico lo ha hecho quedar expuesto al peligro, y lo que más temía se ha deslizado por esa puerta como si entrara en su hogar.

Y le dice:

«Si quieres vivir, podemos llegar a un acuerdo.»

Vaya. Aciaga Tierra.

Más ofertas, más promesas y sugerencias que desembocan en recompensas. Schaffa podría conseguir más poder, el suficiente para enfrentarse a la corriente, al dolor y a la falta de oxígeno. Podría vivir... a cambio de algo.

No. No. Sabe cuál es el precio que debe pagar. Pero una cosa es tomar la decisión de morir y otra muy diferente es llevarla a cabo en una situación de muerte inminente.

Algo le arde a Schaffa detrás del cráneo. Es una quemadura causada por el frío. No se parece al fuego que le arde en la nariz, la garganta y el pecho. Es como si algo despertara, lo calentara, se recompusiera. Se preparase para que su resistencia se viniera abajo.

«Todos hacemos lo que tenemos que hacer», dice ese susurro seductor. Es el mismo razonamiento que Schaffa ha usado consigo mismo en muchas ocasiones, a lo largo de los siglos. Para justificar tantas atrocidades. Uno hace lo que tiene que hacer, es su deber. Para vivir.

Suficiente. Esa presencia fría toma el control.

Nota cómo la energía le recorre las extremidades. De improviso siente unos latidos revitalizantes, los huesos rotos se le recomponen y los órganos

continúan con su función habitual, con algún que otro truco debido a la falta de oxígeno. Se retuerce en el agua y comienza a nadar, siente la dirección hacia la que se tiene que dirigir. No es hacia arriba. Ya no. Ahora consigue el oxígeno del agua que respira. No tiene agallas, pero sus alveolos son capaces de absorber más de lo que deberían. Aun así, solo es un poco de oxígeno, y no basta para surtir el cuerpo como debería. Mueren algunas células, sobre todo las de una parte muy concreta de su cerebro. Es muy consciente de ello, y lo horroriza. Es consciente del pausado deceso de todo lo que lo convertía en «Schaffa». Es el precio que tiene que pagar.

Lucha contra ello, claro. La rabia intenta que no deje de impulsarse, que se mantenga debajo del agua, pero sabe que todo lo que conforma su conciencia perecerá si lo hace. Por ese motivo nada hacia delante, pero también hacia arriba, y entorna los ojos a causa de la exigua luz. Le lleva mucho tiempo; tiempo durante el que agoniza. Pero al menos una parte de la rabia que siente en el interior es suya, es ira por haberse visto obligado a hacer algo así, furia por haber sucumbido a ello. Y esa sensación lo hace seguir adelante a pesar del cosquilleo que no ha dejado de sentir en las manos y los pies. Pero...

Llega hasta la superficie. La atraviesa. Se concentra para no sucumbir al pánico mientras vomita agua, tose para expulsar aún más y, al fin, aspira. Cómo duele. No obstante, con la primera inhalación, la muerte deja de avanzar. Su cerebro y sus pulmones consiguen lo que necesitaban. Su vista aún está un poco nublada y siente esa horrible frialdad en la parte de atrás del cráneo, pero es Schaffa. «Schaffa.» Se aferra a ese pensamiento, clava las garras en él y se arrastra entre gruñidos fuera de ese frío que lo asalta. Por el fuego de las profundidades, aún es Schaffa y no se permitirá olvidarlo.

(Pero ha perdido mucho más. Tienes que entender una cosa: el Schaffa a quien habíamos conocido hasta ahora, el Schaffa a quien Damaya había aprendido a temer y Sienita a desafiar está muerto. Lo que queda de él es un

hombre con la costumbre de sonreír, un instinto paternal pervertido y una rabia que no es del todo propia y que es la razón de ser de sus motivaciones a partir de ese momento.

Quizá llores la muerte del Schaffa que se acaba de marchar. No tiene nada de malo hacerlo. Hubo un tiempo en el que formó parte de ti.)

No deja de nadar. Después de unas siete horas —una fuerza que obtiene de los recuerdos— ve el cono aún humeante de Allia en el horizonte. Está a más distancia que la orilla más cercana. Aun así, cambia de dirección y empieza a nadar hacia allí. De alguna manera, sabe que allí conseguirá ayuda.

Ha pasado mucho tiempo desde el anochecer. Es noche cerrada. El agua está fría y tiene sed, y duele. Por suerte no lo ataca ninguno de los monstruos de las profundidades. La única amenaza con la que se enfrenta es la de su propia voluntad, y la duda de si soportará la batalla contra el mar o contra la rabia gélida que consume su mente. El hecho de estar solo bajo esas estrellas impasibles es algo que no ayuda. Y el obelisco. Lo ve de nuevo al mirar atrás: una silueta vacilante que ha perdido el color y se perfila contra el iluminado cielo nocturno. No parece estar más lejos que cuando lo vio desde la cubierta del barco, cuando desdeñó su presencia para centrarse en su presa. Debería haberle prestado más atención, examinarlo para comprobar que se acercaba, recordar que hasta una tetranillada puede ser una amenaza bajo ciertas circunstancias, y...

Frunce el ceño y se detiene por unos instantes para flotar bocarriba. (Es peligroso. La fatiga empieza a apropiarse de él en un instante. La energía que lo mantiene no durará mucho.) Mira hacia el obelisco. Una tetranillada. ¿Quién? Intenta recordar. Era alguien... importante. No. Él es Schaffa. Eso es lo único importante. No deja de nadar.

Cuando se acerca el alba, siente la arena áspera bajo los pies. Sale del agua a trompicones, extrañado por su cuerpo y por el movimiento de sus

extremidades sobre la tierra, medio arrastrándose. Las olas se mecen detrás de él. Ve un árbol ante sí. Se desploma en las raíces y hace algo parecido a dormir. Está casi en coma.

Cuando se despierta, ha salido el sol y siente dolores agudos por todas partes: le duelen los pulmones, las extremidades, las fracturas mal curadas de sus innecesarios huesos; tiene la garganta seca y la piel agrietada. (Y también siente un dolor más profundo.) Gime y una sombra le cubre la cara.

—¿Está bien? —pregunta una voz que tiene un sonido similar a como se encuentra él. Áspero, seco y grave.

Se frota los ojos y ve a un hombre anciano acucillado junto a él. Es de las Costeras orientales. Delgado y curtido, se le ha caído la mayor parte del pelo blanco y ondulado, salvo una mata redonda en la parte de atrás de la cabeza. Cuando Schaffa mira alrededor, ve que se encuentran bajo la sombra de los árboles en una pequeña cala. El anciano ha dejado un bote de remos en la orilla, no muy lejos de ahí. Del bote sobresale una caña de pescar. Todos los árboles de la cala están marchitos, y la arena sobre la que se encuentra Schaffa está mezclada con ceniza. Aún están muy cerca del volcán que antaño fuese Allia.

¿Cómo ha llegado aquí? Recuerda que nadaba. ¿Por qué estaba en el agua? Eso se le ha olvidado.

—Yo... —empieza a decir Schaffa, y se atraganta con la lengua seca e hinchada. El anciano lo ayuda a incorporarse y le ofrece una cantimplora abierta. Agua salobre y con cierto toque a cuero, pero nunca le había sabido tan dulce. El viejo se la aparta después de unos tragos. Schaffa sabe que es mejor así, pero gruñe y la acerca una vez más. Solo una vez más. Aún le quedan fuerzas para no suplicar.

(El vacío que siente en el interior no es solo sed.)

Intenta concentrarse.

—Estoy. —Hablar es más sencillo en esa ocasión—. No... no sé si estoy bien.

—¿Un naufragio? —El anciano estira el cuello para echar un vistazo alrededor. En las cercanías, muy visible, se encuentra el penacho de piedras afiladas como cuchillos que Sienita había levantado, desde la isla de los piratas hasta el continente—. ¿Estaba por aquí? ¿Qué ha sido eso? ¿Una especie de terremoto?

Parece imposible que el anciano no lo sepa, pero a Schaffa siempre lo ha sorprendido la manera en que la gente normal comprende el mundo. (¿Siempre? ¿De verdad que siempre lo ha sorprendido tanto? ¿Seguro?)

—Un orograta —dice, demasiado cansado como para pronunciar las cuatro sílabas de esa palabra que no es tan habitual para los que son como el anciano. Pero le basta. El gesto del hombre se endurece.

—Bestias indecorosas engendradas por la tierra. Por eso hay que ahogarlos cuando son bebés. —Niega con la cabeza y se centra en Schaffa—. Es demasiado grande para que pueda levantarlo y, si lo arrastro, le haré daño. ¿Cree que se puede levantar?

Con ayuda, Schaffa consigue levantarse y tambalearse hasta el bote de remos del anciano. Siente que tiembla en la proa mientras el hombre rema para sacarlos de la cala, hacia el sur a lo largo de la costa. En parte, tiembla por el frío, ya que aún tenía las ropas húmedas cuando estaba tumbado, y también porque aún le dura la conmoción. Pero, en parte, también tiembla por algo más.

(¡Damaya! Hace un gran esfuerzo para recordar el nombre, y también recuerda una imagen: una pequeña niña medlatina superpuesta a una mujer alta y desafiante, también medlatina. Con amor y miedo en la mirada, y pena en el corazón. Schaffa le ha hecho daño. Tiene que encontrarla, pero cuando

intenta acercarse a la parte de ella que debería estar incrustada en su mente, no hay nada. Se ha marchado, con todo lo demás.)

El hombre no deja de hablarle durante todo el viaje. Se llama Litz Lomocurtido Metter, y Metter es una aldea de pescadores que se encuentra a unos kilómetros al sur de Allia. Han tenido discusiones para mudarse desde que ocurrió aquel desastre en el lugar, pero de improviso el volcán cesó su actividad, por lo que quizá la aciaga Tierra no vaya a por ellos después de todo, o al menos no en esa ocasión. Tiene dos hijos, uno estúpido y el otro egoísta, y tres nietos, todos ellos del hijo estúpido; espera que no salgan tan estúpidos. No tienen demasiado, Metter no es más que otra comu de las Costeras que ni siquiera puede permitirse un muro de verdad y ha tenido que colocar un montón de ramas y árboles. Pero cada uno se defiende con lo que puede. Sabes lo que es. Te cuidarán bien, no te preocupes.

(«¿Cómo se llama?», pregunta el anciano entre tanta cháchara, y Schaffa le responde. El hombre le pregunta por su nombre completo, pero Schaffa solo tiene ese. «¿Qué hacía por aquí?» El silencio de Schaffa es respuesta suficiente.)

El pueblo es muy precario. Se halla mitad en la costa y mitad en el agua: hay casas flotantes y casas sobre pilotes conectadas por embarcaderos y escolleras. La gente rodea a Schaffa cuando Litz lo ayuda a subir a un embarcadero. Lo tocan diversas manos y el hombre se intenta resistir, pero solo quieren ayudar. No tienen la culpa por no disponer en su interior de casi nada de lo que necesita Schaffa; por eso le cuesta tanto. Lo empujan y lo guían. Se encuentra debajo de una ducha de agua fresca y limpia, y luego le ponen unos pantalones cortos y una camisa sin mangas que han tejido ellos mismos. Cuando se levanta el pelo en la ducha para lavárselo, todos se sorprenden por la cicatriz que tiene en el cuello: es gruesa, tiene marcas de puntos de sutura y se pierde debajo del pelo. (Él mismo se pregunta qué será.)

La gente también se sorprende por la ropa, que está tan desgastada por el sol y el agua salada que ha perdido casi todo el color. Ahora es de un marrón grisáceo. (Sabe que debería ser bermellón, pero no el porqué.)

Más agua. De la buena. En esa ocasión puede bebérsela toda. Come un poco. Luego duerme unas horas, con la rabia incesante que no ha dejado de susurrarle en los rincones de su mente.

Schaffa se despierta bien entrada la noche y ve que hay un niño pequeño de pie junto a la cama. La mecha del farol está baja, pero hay luz suficiente en la habitación para que Schaffa vea que el niño tiene sus ropas desgastadas, limpias y secas, en las manos. El niño ha sacado uno de los bolsillos y, de todas esas prendas, es lo único que ha conservado el color original. Bermellón.

Schaffa se incorpora sobre un codo. Hay algo en el niño que... quizá.

—Hola.

El niño se parece tanto a Litz que solo necesita unas cuantas décadas de desgaste y menos pelo para convertirse en el gemelo del anciano. Pero en su mirada hay una esperanza apremiante que estaría muy fuera de lugar en la de Litz. Litz sabe cuál es su lugar en el mundo. El niño, que quizá tenga once o doce años, edad suficiente para que lo haya adoptado la comu, parece no pertenecer a ese lugar, y Schaffa cree saber por qué.

—Esto es tuyo —dice, sin soltar las prendas.

—Sí.

—¿Eres un Guardián?

Le evoca un recuerdo.

—¿Eso qué es?

El niño parece tan confundido como Schaffa. Da otro paso hacia la cama y se detiene. (Acércate. Más cerca.)

—Dicen que hay cosas que no recuerdas. Tienes suerte de seguir vivo. —

El niño se humedece los labios, inseguro—. Los Guardianes... protegen.

—¿Protegen el qué?

La incredulidad borra el miedo del gesto del niño. Se acerca aún más.

—Orogenes. Quiero decir... Protegéis a la gente de ellos. Para que no le hagan daño a nadie. Y también los protegéis a ellos de la gente. O eso es lo que se dice.

Schaffa se incorpora aún más hasta sentarse y deja las piernas colgando por el borde de la cama. Las heridas ya casi no le duelen, la energía de la rabia de su interior las ha hecho sanar más rápido de lo normal. De hecho, se siente bien. Menos por una cosa.

—Proteger a los orogenes —dice el hombre, pensativo—. ¿Es a lo que me dedico?

El niño ríe un poco, aunque la sonrisa no tarda en desaparecer de su cara. Por algún motivo tiene mucho miedo, aunque no de Schaffa.

—La gente mata a los orogenes —prosigue el niño, en voz baja—. Cuando los descubren. A menos que estén con un Guardián.

—¿En serio?

Eso no es nada civilizado. Pero luego recuerda el penacho de piedras afiladas que recorre el océano y la certeza absoluta de que era obra de un orogén.

«Por eso hay que ahogarlos cuando son bebés», había dicho Litz.

«Perdí la oportunidad», piensa Schaffa. Tiene que reprimir una carcajada histérica.

—No quiero hacerle daño a nadie —dice el niño—. Lo haré algún día si no... si no recibo entrenamiento. Estuve a punto cuando ese volcán hacía cosas raras. Me costó mucho no hacerlo.

—De haberlo hecho, es posible que hubieras muerto. Tú y varios más —le

explica Schaffa. Luego parpadea. ¿Cómo lo sabe?—. Un punto caliente es demasiado volátil como para que lo sofoques sin consecuencias.

El niño abre los ojos de par en par.

—Es verdad que lo sabes. —Se acerca más. Se acurruca junto a la rodilla de Schaffa y susurra—: Por favor, ayúdame. Creo que mi madre... me ha visto hacerlo cuando lo del volcán... Intenté actuar con normalidad, pero no pude. Creo que lo sabe. Si se lo dice a mi abuelo...

Coge aire de improviso y con brusquedad, como si le costase respirar. Intenta reprimir un sollozo, pero hace el mismo movimiento.

Schaffa sabe lo que se siente al ahogarse. Extiende la mano y acaricia la densa nube de aire del niño. Luego la pasa de la coronilla a la nuca, y detiene ahí los dedos.

—Tengo algo que hacer —dice Schaffa, porque es la verdad. Al fin y al cabo, la rabia y los susurros de su interior tienen un propósito, que ahora también es el suyo.

«Reúnelos, entrénalos, conviértelos en las armas que están destinados a ser.»

—Si vienes conmigo, tendrás que viajar muy lejos. No volverás a ver a tu familia.

El niño aparta la mirada y se le tuerce el gesto.

—Si se enteran, me matarán.

—Sí.

Schaffa presiona con suavidad y, por primera vez, nota... algo en el chico. ¿El qué? Es incapaz de recordar cómo se llama. Quizá no tenga nombre. Lo que importa es que existe, y que lo necesita. De alguna manera sabe que, con eso, podrá aferrarse con más fuerza a los restos andrajosos que quedan de él. (Que quedaban.) Lo toca, y el primer trago que da es como un oleaje dulce y repentino de agua fresca entre galones de sal abrasadora. Ansía beberlo todo

y echa mano al resto con la misma sed con la que deseaba la cantimplora de Litz, aunque es justo eso lo que hace que lo deje. Puede resistir con lo que ha conseguido ahora y, si es paciente, el niño tendrá más para él luego.

Sí. Ahora tiene la mente más despejada. Es más fácil pensar entre tanto susurro. Necesita al niño y a otros como él. Debe marchar y encontrarlos. Con su ayuda, podrá...

... podrá...

... Bueno. No lo tiene todo tan claro. Hay cosas que no volverán jamás. Tendrá que apañárselas.

El niño busca la cara de Schaffa. Mientras el hombre intentaba recomponer los fragmentos de su identidad, el niño lidiaba contra su futuro. Están hechos el uno para el otro.

—Iré contigo —dice el niño, que al parecer ha pasado el último minuto creyendo que tenía elección—. A cualquier parte. No quiero hacerle daño a nadie. No quiero morir.

Por primera vez desde ese momento en el barco hace unos cuantos días, cuando era otra persona, Schaffa sonrío. Vuelve a acariciarle la cabeza al niño.

—Tienes una buena alma. Te ayudaré todo lo que pueda. —La tensión del niño desaparece por completo en un momento; hay lágrimas en sus ojos—. Ve a coger algunas cosas para el viaje. Yo hablaré con tus padres.

Las palabras salen de su boca con mucha naturalidad. Las ha pronunciado antes, aunque no recuerde cuándo. Lo que sí recuerda es que a veces las cosas no van tan bien como dice que irán.

El niño susurra un agradecimiento, agarra a Schaffa por la rodilla e intenta estrujársela para demostrarlo. Luego se marcha al trote. Schaffa se pone en pie despacio. El niño ha dejado allí el uniforme desgastado, por lo que Schaffa se lo pone de nuevo. Sus dedos aún recuerdan para qué lado van las

costuras. También debería haber una capa, pero la ha perdido. No recuerda dónde. Cuando da un paso al frente le llama la atención un espejo que hay a un lado de la estancia. Se detiene. Tiembla, pero ahora no es por la emoción.

Está mal. Todo está mal. El pelo le cuelga lánguido y seco a causa del sol, echado a perder por la sal. Debería ser negro y brillante, pero en lugar de eso es apagado y ralo, como si estuviera quemado. El uniforme le queda enorme, porque ha usado parte de su propio cuerpo como combustible para llegar a la orilla. Los colores del uniforme también están mal y no son indicativo alguno de lo que era, o de lo que debería ser. Y los ojos...

«Aciaga Tierra», piensa mientras mira sus ojos gélidos y casi blancos. No sabía que los tuviese así.

Oye un crujido en los tablones del suelo cerca de la puerta, y sus extraños ojos se giran hacia allí. Es la madre del niño, que parpadea a la luz del farol que lleva en la mano.

—Me pareció oír que estaba despierto. ¿Y Eitz?

Debe de ser el nombre del niño.

—Vino a traerme esto. —Schaffa se toca la ropa.

La mujer entra en la habitación.

—Vaya —dice—. Ahora que lo veo estirado y seco parece un uniforme. Schaffa asiente.

—He descubierto algo que no sabía de mí. Soy un Guardián.

La mujer abre los ojos de par en par.

—¿En serio? —Hay un atisbo de sospecha en su mirada—. ¿Y Eitz lo ha estado molestando?

—No es molestia —responde Schaffa, que sonrío para tranquilizarla. Por alguna razón, la mujer se pone nerviosa y frunce el ceño aún más. Claro, también ha olvidado cómo tratar con la gente. Se gira y avanza hacia ella, que

da un paso atrás al verlo. El hombre se detiene, divertido al ver ese miedo—. Él también ha aprendido algo que no sabía de sí mismo. Voy a llevármelo.

La mujer abre aún más los ojos. Rumia algo en silencio por un momento, y luego aprieta los dientes.

—Lo sabía.

—Ah, ¿sí?

—No quería aceptarlo. —Traga saliva y aprieta el puño. La luz del farol se mece a causa de la emoción indistinguible que la aflige—. No se lo lleve. Por favor.

Schaffa inclina la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque afectaría demasiado a su padre.

—¿Y a su abuelo no? —Schaffa da un paso más hacia ella. (Más cerca)—. ¿Ni a sus tíos, tías o primos? ¿Ni a usted?

La mujer vuelve a retorcerse.

—Yo... yo no sé cómo me siento ahora mismo. —Agita la cabeza.

—Pobre, pobre criatura —susurra Schaffa. Esa compasión también es automática. Se siente muy apenado de verdad—. Pero ¿lo protegerá de ellos si no me lo llevo?

—¿Qué? —La mujer mira a Schaffa, sorprendida y alarmada. ¿Acaso no había pensado nunca en ello? Parece que no—. ¿Protegerlo? —Schaffa sabe muy bien que el hecho de preguntarlo lo convierte en la persona menos indicada para llevar a cabo una tarea así.

Por ese motivo el hombre suspira y levanta el brazo, como si fuera a ponerle la mano en el hombro, y niega con la cabeza para dejar claro su arrepentimiento. La mujer se relaja tanto que no repara en que la mano del hombre se enrosca alrededor de su cuello. Coloca los dedos en el lugar adecuado, y la mujer se pone rígida al instante.

—Qué...

Luego cae al suelo. Muerta.

Schaffa parpadea mientras la mujer cae al suelo. Se queda confundido por un momento. ¿Acaso tenía por qué haber llegado a eso? Y luego sus pensamientos se refrescan aún más gracias al pedazo de esa cosa que la mujer le ha dado, una cantidad que, da la impresión, es muy pequeña comparada con lo que tenía Eitz. Lo que acaba de hacer solo es seguro con orogenes, que son los que tienen más que suficiente para compartir. Parece que la mujer era una táctica. Pero Schaffa se siente mejor. De hecho...

«Coge más —susurra la rabia del rincón de su mente—. Quítaselo a los demás. Han amenazado al chico, que es lo mismo que amenazarte a ti.»

Cierto. Eso parece inteligente.

Por eso Schaffa se levanta y se mueve por esa casa tranquila y oscura mientras toca al resto de miembros de la familia de Eitz y les arrebató una parte de ellos. Casi ninguno se despierta. El hijo estúpido le da un poco más que los demás. Era casi un orogén. (Casi un Guardián.) Litz es el que menos le da, quizá porque es anciano, o quizá porque está despierto y se resiste a la mano que Schaffa le ha puesto sobre la nariz y la boca. Intenta apuñalar al Guardián con un cuchillo de pesca que saca de debajo de la almohada. ¡Qué pena que tenga que pasar tanto miedo! Schaffa tuerce la cabeza de Litz de improviso para llegar mejor a la nuca. Cuando lo hace, resuena un chasquido, en el que no repara hasta que algo sale del cuerpo de Litz y se queda laxo, muerto e inútil. Vaya, cierto. Ya es tarde cuando Schaffa comprende que no funciona con los muertos. La próxima vez se andará con más cuidado.

Pero está mucho mejor, ahora que se ha calmado ese dolor implacable que sentía en el interior. Está... No diría que completo. Nunca volverá a estar así. Pero cuando otra presencia en su interior gana tanto terreno, recuperar aunque sea un poco es una bendición.

—Soy Schaffa Guardián... ¿Warrant? —susurra mientras parpadea y recuerda la última palabra. ¿Qué comu es Warrant? No lo recuerda. Aun así, se alegra de haber dado con el nombre—. Solo he hecho lo que era necesario. Lo que es mejor para el mundo.

Tal como lo dice, suena bien. Sí. Necesitaba esa sensación de tener un objetivo que ahora nota en los rincones de su mente. Le sorprende que no la tuviera antes. Pero ¿ahora?

—Ahora tengo trabajo que hacer.

Eitz lo encuentra en la sala de estar. El chico está sin aliento, emocionado y carga con un pequeño bolso.

—Os he oído hablar a mamá y a ti. ¿Se lo has... dicho?

Schaffa se acuclilla para mirarlo a la cara y lo agarra por los hombros.

—Sí. Ha dicho que no sabía cómo se sentía y luego se ha quedado en silencio.

La cara de Eitz se desploma. Mira hacia el pasillo de la casa que lleva hacia las habitaciones de los adultos. Todos están muertos. Las puertas están cerradas, y el lugar, en silencio. Schaffa ha dejado con vida a los hermanos y los primos de Eitz. Al fin y al cabo, no es un monstruo.

—¿Puedo despedirme de ella? —pregunta Eitz en voz baja.

—Creo que sería peligroso —afirma Schaffa. Lo dice en serio. No quiere tener que matar al chico aún—. Estas cosas es mejor hacerlas así. Ven. Ahora me tienes a mí, y nunca te abandonaré.

El niño parpadea y se endereza un poco. Luego asiente, con fuerza. Es demasiado mayor para que esas palabras surtan en él el efecto que deberían. Funcionan, sospecha Schaffa, porque Eitz ha pasado los últimos meses viviendo aterrorizado entre su familia. Es fácil aprovecharse de alguien tan solitario y cansado. Y ni siquiera le ha mentido.

Abandonan aquella casa medio desolada. Schaffa sabe que debería llevarse

al chico... a alguna parte. A un lugar con muros de obsidiana y barrotes de oropel; un lugar que quedará destruido por un cataclismo de fuego dentro de diez años, por lo que quizá sea bueno que esté tan afectado como para recordar dónde se encuentra. En cualquier caso, esos susurros rabiosos han comenzado a encaminarlo en una dirección diferente. Un lugar que se encuentra hacia el sur. Un lugar en el que tiene trabajo que hacer.

Pone la mano en el hombro de Eitz para reconfortar al niño, o quizá para reconfortarse a sí mismo. Juntos caminan en la oscuridad que precede al alba.

* * *

No os dejéis engañar. Los Guardianes son muchísimo más antiguos que la Antigua Sanze y no trabajan para nosotros.

Últimas palabras registradas del emperador
Mutshatee antes de su ejecución

4

Te desafían

Estás cansada después de llamar al obelisco. Vuelves a tu habitación y te estiras por unos instantes en la tarima vacía que había en el apartamento. Entonces te duermes tan rápido que ni siquiera eres consciente de haberlo hecho. En el silencio sepulcral de la noche —o eso cree tu reloj biológico, ya que la luz de las paredes no ha cambiado—, abres los ojos y parpadeas, como si tan solo hubieran pasado unos instantes. Hoa está acurrucado a tu lado y, al parecer, duerme por fin. También oyes roncar a Tonkee en la habitación contigua, y te sientes mucho mejor que antes, aunque hambrienta. Has descansado, quizá por primera vez en semanas.

El hambre te espolea hasta la sala de estar del apartamento, sobre cuya mesa hay un pequeño saco de lino que debe de haber traído Tonkee. Está un poco abierto y se ven en él setas, un pequeño montón de judías deshidratadas y más comida de abastos. Bien: ahora, como ciudadanos de Castrima, recibís vuestra parte de las reservas de la comu. No es del tipo de comida que te puedas llevar a la boca como aperitivo, excepto las setas quizá, pero son de un tipo que no has visto nunca, y algunas necesitan que las cocines para ser comestibles. Te tienta, pero... ¿es Castrima el tipo de comu que les daría comida peligrosa a sus recién llegados sin avisar?

Mmm. Muy bien. Coges tu portabastos y rebuscas en él lo que te queda de las provisiones que has traído a Castrima, con las que consigues hacerte un almuerzo que consiste en naranjas deshidratadas, cortezas de pan de abasto y un pedazo de cecina que sabe mal y que intercambiaste en la última comu por

la que pasaste. Supones que es carne de rata de los conductos hidroeléctricos. Comida es todo aquello que alimenta, dicen los acervistas.

Te limitas a tragarte la cecina mientras, sentada y adormilada, reflexionas sobre cómo el mero hecho de haber llamado al obelisco te ha dejado tan extenuada, como si todo lo relacionado con los obeliscos se pudiera describir con el adjetivo «sencillo». En ese momento reparas en que fuera se oye un sonido agudo y rítmico, como de arañazos. Lo desdeñas de inmediato. En esta comu nada tiene sentido, y es probable que te lleve semanas o meses acostumbrarte a la peculiaridad de los sonidos que hay en ella. (Meses. ¿Tan pronto te has rendido con Nassun?) Obvias el sonido a pesar de que se oye más cerca y a más volumen. No dejas de bostezar y, cuando estás a punto de levantarte y volver a la cama, te viene a la cabeza que lo que has estado oyendo son gritos.

Frunces el ceño, te acercas a la puerta del apartamento y corres la delgada cortina. No estás muy preocupada, ya que tus glándulas sesapinales ni se han inmutado. Además, si en algún momento se produjera un terremoto en Bajo-Castrima, moriría todo el mundo sin importar lo rápido que huyeran de sus casas. Cuando sales, hay mucha gente que va de un lado a otro. Una mujer pasa justo al lado de tu puerta con una gran cesta de las mismas setas que has estado a punto de comer. Al verte, te saluda con la cabeza, distraída, está a punto de caérsele el fardo cuando intenta girarse hacia los ruidos y por poco choca contra un hombre que empuja una papelera tapada y con ruedas que hiede a más no poder y tal vez venga de las letrinas. La comu no cuenta con un ciclo de día y noche funcional, por lo que es un hecho que Castrima nunca duerme y sabes que tienen seis turnos en lugar de los tres habituales, porque ya te han asignado a uno. No empezará hasta mediodía —o duodécimo tañido, como lo llaman los habitantes de Castrima—, momento en el que tendrás que reunirte con una mujer llamada Artith cerca de la forja.

Y nada de esto importa porque, a través de los cristales dispersos y elevados de Castrima, ves a un grupo de personas que se acercan a la boca del túnel grande y rectangular que sirve de entrada a la geoda. Van corriendo y llevan con ellos a otra persona, que es la que no para de gritar.

A pesar de todo, te ves tentada de hacerle caso omiso y volver a dormir. Es una Estación. La gente muere y no puedes hacer nada al respecto. Ni siquiera los conoces. No hay razón alguna para que te importe.

Entonces alguien grita un «¡Lerna!», y hay tanto terror en el tono que te sobresaltas. Desde el balcón ves el cristal gris y achatado que Lerna usa como apartamento. La cortina se abre de improviso y sale corriendo mientras se pone una camisa y baja a todo correr el tramo de escaleras más cercano. Se encamina a la enfermería, lugar al que también parece dirigirse el grupo de personas que corre.

Por razones que no eres capaz de discernir, echas la vista atrás, hacia tu apartamento. Tonkee, cuyo sueño era tan profundo como la madera petrificada, no ha salido, pero Hoa está ahí, y te mira inerte como una estatua. Hay algo en su gesto que hace que frunzas el ceño. No parece ser capaz de poner esa cara indolente e inexpresiva de los suyos, quizá porque su cara no está hecha de piedra de verdad. Lo primero que interpretas al ver su expresión es... lástima.

Estás fuera del apartamento y sales corriendo de improviso hacia el nivel del suelo, casi sin pensarlo siquiera. (Piensas mientras corres: la pena de un comepiedras disfrazado de humano te ha afectado más que la de los gritos de uno de tu especie. Menudo monstruo estás hecha.) Castrima sigue tan confusa y frustrante como siempre, pero en esta ocasión te ayuda el hecho de que otras personas hayan empezado a correr por los puentes y las pasarelas en dirección al problema, por lo que solo tienes que dejarte llevar.

Cuando llegas al lugar se ha formado una pequeña multitud alrededor de la

enfermería, y la mayor parte de la gente da vueltas alrededor, con curiosidad, preocupación o ansiosos. Lerna y el grupo de gente que llevaba al compañero herido han entrado, y ahora es más fácil descifrar los terribles chillidos: son gritos desgarradores de alguien que sufre un dolor espantoso, un dolor insoportable que alguien se ha visto obligado a soportar.

Sin habértelo propuesto, comienzas a dar empujones para entrar. No sabes nada de medicina... pero sí que sabes lo que es el dolor. Para tu sorpresa, todos te miran, molestos, luego parpadean y se echan a un lado. Reparas en que los que abren los ojos como platos les susurran a aquellos que se han molestado a tu paso para que se echen a un lado. Oh, no. Hay cuchicheos sobre ti en Castrima.

Luego entras en la enfermería y una mujer sanzedina que corre con una especie de jeringuilla en las manos está a punto de tirarte al suelo. Algo así no puede ser seguro. La sigues hasta una cama en la que seis personas sujetan al que grita. Consigues verle la cara cuando uno de los que está en pie se echa a un lado: no lo conoces de nada. Solo es otro hombre medlatino que viene de la parte superior, a juzgar por la capa grisácea de ceniza que tiene en la piel, la ropa y el pelo. La mujer de la jeringuilla aparta a otro con los hombros y le administra el contenido al herido. Un momento después, el hombre se estremece y empieza a cerrársele la boca. Los gritos cesan, poco a poco. Poco a poco. Tiembla una vez más, con fuerza, y los que lo sostienen se agitan debido a la fuerza que ha ejercido. Después, al fin y por suerte, el hombre cede a la inconsciencia.

El silencio es tan patente que casi reverbera. Lerna y la curandera sanzedina no dejan de moverse, y los que sujetaban al hombre se apartan a un lado y se miran entre ellos, como si se preguntaran qué tienen que hacer ahora. En medio de esa confusión silenciosa, no puedes evitar mirar al otro lado de la enfermería, lugar en el que Alabastro sigue sentado mientras los

nuevos invitados no le hacen caso. Su come piedras está junto a él, donde la viste por última vez, aunque también ha estado pendiente de lo que acaba de ocurrir. Ves la cara de Alabastro entre las mantas; se fija en ti por un instante, pero luego aparta la mirada.

El hombre de la cama vuelve a llamar tu atención, ya que algunos de los que se encontraban junto a él dan un paso atrás. Al principio no sabes cuál es el problema, además del hecho de que tenga en los pantalones varias manchas de una humedad muy extraña cubiertas de ceniza empapada. La humedad no es roja, por lo que no es sangre, pero huele de una manera que no sabrías describir. Como a carne encurtida. O a grasa caliente. No tiene las botas puestas, y los pies desnudos se le agitan en espasmos cada cierto tiempo. Tiene los dedos extendidos, relajados de mala gana pese a estar inconsciente. Lerna corta una de las perneras del pantalón con unas tijeras. Lo primero que ves mientras aparta la tela empapada son unos pequeños hemisferios redondeados y azulados que le cubren la piel, cada uno de unos cinco centímetros de diámetro y algo más de dos de altura, brillantes y que no parecen pertenecer a su cuerpo. Son unos diez o quince. Todos están rodeados por un pedazo de carne inflamada de color rosáceo y marrón del tamaño de un palmo y repartidos por las piernas. Al principio, las hinchazones se te antojan joyas. En cierto modo se les parecen: presentan un color metálico y azulado. Son bonitas.

—Joder —dice alguien en voz baja, impresionado.

Otro añade:

—Por el óxido.

Otra persona te empuja para entrar a la enfermería después de haber discutido con los que bloqueaban la puerta. Se queda quieta a tu lado y mira a Ykka, quien abre los ojos, confusa y asqueada, por un instante antes de

volver a poner un gesto inexpresivo. Luego la mujer dice, con un tono tan virulento que los demás pierden la concentración y dejan de mirar:

—¿Qué ha ocurrido?

(Cuando ya es tarde, o quizás en el momento adecuado, te das cuenta de que hay otro comepiedras en la estancia, no demasiado lejos de todo eso. Tiene aspecto de mujer y te resulta familiar, es la pelirroja que estaba con Ykka y te saludó la primera vez que llegaste a Castrima. Ahora mira a Ykka, pero su ávida mirada de piedra también se vuelve hacia ti en ocasiones. De improviso eres muy consciente de que Hoa no ha venido contigo desde el apartamento.)

—La patrulla del perímetro exterior —le responde a Ykka otro hombre medlatino cubierto de ceniza.

No tiene aspecto de Lomocurtido: es demasiado pequeño. Quizá sea uno de los nuevos Cazadores. Se aparta del grupo de la cama y fija la mirada en Ykka como si ella fuera lo único capaz de desviar su atención del hombre herido y evitar que se vuelva loco.

—Salimos por la e-excavación de sal porque pensábamos que sería un buen sitio para cazar. Vimos algo parecido a un sumidero cerca de un pequeño arroyo. Beled... No sé. Desapareció. Al principio oí cómo los dos gritaban, pero no sé por qué. Yo estaba río arriba mirando las huellas de unos animales. Cuando llegué al sitio, solo vi cómo Terteis intentaba arrastrarse fuera de la ceniza. Lo ayudé a salir, pero ya estaban sobre él y había más subiendo por sus zapatos, por lo que tuve que cortarlos...

Un siseo hace que apartes la mirada del hombre que habla. Lerna agita la mano con los dedos rígidos y extendidos, como si le dolieran.

—¡Por el óxido, traedme el fórceps! —le grita a otro hombre, que pega una sacudida y se da la vuelta para hacerlo. Nunca habías oído a Lerna usar palabras malsonantes.

—Semeja una especie de quemadura —le dice la mujer sanzedina que inyectó al hombre. Parece que hay duda en su voz, pero se dirige a Lerna, como si lo intentara convencer a él en lugar de a sí misma. (Lerna se limita a investigar con gesto sombrío los bordes de las quemaduras con la mano ilesa y no le presta atención)—. Tiene que ser eso. Cayó en una corriente de vapor, un géiser o una cañería geotérmica vieja y oxidada.

Lo que haría que lo de los bichos fuera solo una casualidad.

—De lo contrario, también habrían venido a por mí —prosigue el otro Cazador con voz impasible—. Pensé que aquel sumidero no era más que ceniza suelta, pero en realidad... No sé. Se parecía a un hormiguero. —El Cazador traga saliva y aprieta los dientes—. No pude sacar al otro, así que lo traje a él aquí.

Ykka aprieta los labios, pero se arremanga y se acerca a empujones. Aparta a quienes lo rodean, que están conmocionados. Luego grita:

—¡Atrás! Si no vais a ayudar con esto, salid de aquí, por el óxido.

Algunos de los allí presentes empiezan a empujar para salir. Otra persona agarra una de esas joyas e intenta arrancarla, pero se aparta sobresaltado, igual que Lerna. El objeto cambia, dos partes de la superficie azul y brillante se abren y levantan antes de regresar al lugar donde se encontraban. Y entonces lo entiendes. No es una joya, sino un bicho. Una especie de escarabajo. Y esa cáscara iridiscente es el caparazón. En el momento en el que levanta las alas que lo cubren, ves que el cuerpo redondo de la criatura es translúcido y que algo se agita y burbujea en el interior. Sesapinas el calor pese a hallarte lejos: está hirviendo. La carne de alrededor de la criatura humea.

Alguien le da el fórceps a Lerna, que intenta arrancar de raíz uno de los escarabajos. Las alas que lo recubren se elevan de nuevo y un chorro de algo

sale disparado hacia los dedos del hombre, que da un grito, suelta el fórceps y se echa hacia atrás.

—¡Ácido! —advierte otra persona.

Otro le coge la mano e intenta limpiar el líquido con rapidez, pero sabes lo que es antes de que Lerna diga:

—¡No! Solo es agua. Agua hirviendo.

—Ten cuidado —avisa después el otro Cazador. Ves que en una de sus manos hay una fila de ampollas. También ves que no mira hacia la mesa de la enfermería ni a la gente que se encuentra allí.

Es muy horrible de ver. Esos bichos herrumbrosos están escaldando al hombre hasta matarlo. Pero cuando apartas la mirada, ves que Alabastro vuelve a mirarte. Alabastro, quien también está cubierto de quemaduras y debería estar muerto. Nadie que se encuentre en el epicentro de una fisura volcánica capaz de dividir el continente sale de ahí con apenas unas pocas quemaduras de tercer grado. Debería ser poco más que cenizas desperdigadas por las calles fundidas de Yumenes.

Cuando te mira, reparas en eso y en la indiferencia que dedica al sufrimiento del hombre. Es una indiferencia que te resulta familiar, que parece salida del Fulcro. El tipo de indiferencia resultado de muchas traiciones, de muchos amigos perdidos sin razón, de haber vislumbrado demasiadas atrocidades de esas que son «muy horribles de ver».

Aun así. La reverberación de la orogenia de Alabastro es poderosa y despreocupada, tiene una precisión diamantina y es tan familiar que tienes que cerrar los ojos y luchar contra los recuerdos de un naufragio agobiante, de una carretera solitaria y de una isla ventosa. El toro que Alabastro hace girar es pequeño pero devastador, de poco más que unos centímetros de ancho, y está tan debilitado que no eres capaz de encontrarle el fulcro, que no debe de ser mucho mayor que una horquilla. Aún es más habilidoso que tú.

Luego oyes un jadeo. Abres los ojos y ves que uno de los bichos tiembla y sisea como una tetera viviente, y luego se queda del todo quieto. Las patas con las que atenazaba la carne hirviente que lo rodeaba se aflojan. Está muerto.

Pero luego oyes un pequeño gruñido, y la orogenia se disipa. Echas un vistazo y ves que Alabastro tiene la cabeza gacha y está encorvado. Su come piedras rechina muy despacio y se inclina hasta colocarse a su lado. Hay algo en su postura que indica preocupación, aunque tiene la cara serena, como siempre. La come piedras pelirroja, a quien, fruto de la desesperación que te embarga, decides llamar Melena de Rubí por el momento, también mira al hombre.

Es eso. Vuelves a mirar al herido y te das cuenta de que Lerna mira fascinado al bicho congelado. Mira hacia arriba, echa un vistazo por la estancia y sus ojos trastabillan y se detienen al reparar en ti. Ves su gesto inquisitivo y empiezas a negar con la cabeza. No, tú no has congelado el bicho. Pero no se trata de la pregunta adecuada, y quizá tampoco sea la que él se está haciendo. No necesita saber si lo has hecho tú. Lo que quiere saber es si eres capaz de hacerlo.

Lerna, Hoa, Alabastro... Al parecer, hoy te has topado con muchas miradas silenciosas y significativas.

Mientras avanzas y te concentras en tus glándulas sesapinales, descubres que los puntos calientes de los insectos, al sesapinarlos, son muy similares a los conductos geotérmicos. Hay mucha presión concentrada en sus pequeños cuerpos, lo que hace que hierva el agua. Extiendes por instinto una mano hacia el hombre, para dejarles claro a los demás que haces algo, y oyes un insulto, un bufido, un barullo de pies y el entrechocar de varios cuerpos, todo ello mientras los demás se apartan de tu lado, lejos del toro que podrías crear. Idiotas. ¿No saben que el toro solo es necesario cuando usas la energía

ambiental? Los bichos tienen más de lo que necesitas. Lo difícil será concentrar la energía en ellos y no en la carne sobrecalentada de debajo.

El comepiedras de Ykka se acerca un paso más, despacio. Sesapinas el movimiento, no lo ves, y lo notas similar al de una montaña que se desplaza hacia ti. Melena de Rubí se detiene de improviso porque hay otra montaña en su camino: Hoa; inmóvil, silencioso e impassible. ¿De dónde ha salido? Ahora mismo no te puedes permitir seguir pensando en esas criaturas.

Poco a poco empiezas a usar tanto los ojos como las glándulas sesapinales para saber el punto exacto en que debes detenerte, pero Alabastro ya te ha mostrado cómo hacerlo. Haces rotar el toro dentro de sus pequeños y calientes cuerpos como hizo él, uno a uno. Cuando lo haces, algunos se abren y emiten un siseo brusco y ruidoso; uno de ellos incluso llega a salir disparado hacia un lado de la estancia. (La gente se aparta a su paso más rápido de lo que se apartaron de ti.) Luego terminas.

Todos te miran. Miras a Ykka. Te cuesta respirar porque concentrarte a ese nivel es demasiado esfuerzo, mucho más difícil que mover una ladera.

—¿Necesitas que te agite algo?

Parpadea y sesapina al instante a qué te refieres. Te coge del brazo. Sientes... ¿Qué es lo que sientes? Una transposición, lo mismo que sentirías con un obelisco, pero no hay obelisco alguno y no estás canalizando nada, aunque lo que notas es tu orogenia. Al mismo tiempo, oyes gritos en el exterior y echas un vistazo por la puerta de la enfermería. La enfermería es un edificio propiamente dicho, no está excavada en uno de los cristales gigantes de la geoda. El interior está iluminado por faroles eléctricos. Fuera, no obstante, a través del umbral sin cortinas, ves el brillo intenso de los cristales gigantes de la geoda por toda la comu.

Miras a Ykka. Ella te asiente como respuesta, de una manera corporativa y prosaica, como si debieras saber lo que acaba de hacer o sentirte cómoda al

ver cómo un feral hace algo de lo que un orogén anillado del Fulcro es incapaz. Luego Ykka se mueve para coger otro par de fórceps y ayudar. Lerna intenta de nuevo sacar otro de los escarabajos pese a tener los dedos escaldados. Parece que la criatura cede ahora. La probóscide es del tamaño del cuerpo del bicho y sale a través de la carne quemada y... No puedes seguir mirando.

(Por el rabillo del ojo vuelves a echar un vistazo a Melena de Rubí. Hace caso omiso a Hoa, quien se encuentra inmóvil como una estatua entre Ykka, que ahora sonrío, y tú. Tiene los labios un poco separados. Llegas a distinguir unos dientes brillantes. Te olvidas a conciencia de que están ahí.)

Entonces te marchas al fondo de la enfermería y te sientas junto a la pila de almohadones donde yace Alabastro. El hombre está encorvado y respira entre gruñidos, a pesar de que la come piedras lo atenaza por el hombro con la mano para mantenerlo lo más erguido posible. Más tarde te das cuenta de que Alabastro apoya uno de los muñones contra el estómago y... Oh, Tierra. La roca gris que antes solo le cubría la muñeca derecha le llega ahora hasta el codo.

El hombre levanta la cabeza. El sudor le perla la cara y da la impresión de estar agotado como si acabara de sofocar otro supervolcán. Al menos, esta vez está consciente y sonrío.

—Siempre fuiste la mejor alumna, Siena —murmura—. Pero, por el óxido de la Tierra, mira que cuesta enseñarte.

La impresión que te causa haberte dado cuenta de algo tañe en tu interior como un secreto: Alabastro ya no puede usar la orogenia. Al menos no sin... consecuencias. No puedes evitar mirar a Antimonio, y la rabia que sientes aumenta cuando ves que la come piedras mira con fijeza el nuevo brazo de piedra de Alabastro. Pero no se mueve. Un momento después, Alabastro

consigue erguirse y mira agradecido la mano de la come piedras que intenta ayudarlo.

—Más tarde —susurra. Sabes que en realidad quiere decir «Más tarde te comerás mi brazo».

La criatura mueve la mano para ayudarlo ahora desde atrás.

Sientes el impulso de echarla a un lado y poner tú la mano para que se apoye en ella. Es tan fuerte que tienes que dejar de mirarlos.

Te incorporas y te afanas para salir de la enfermería, abriéndote paso entre la multitud. Luego te sientas en la punta baja y aplanada de un cristal que acaba de empezar a crecer de la pared de la geoda. Nadie te molesta, aunque notas la presión de las miradas y escuchas el eco de los susurros. No quieres quedarte mucho en ese lugar, pero lo haces. No sabes la razón.

Un rato más tarde, ves que una sombra te cubre los pies. Levantas la cabeza y divisas a Lerna. Detrás de él, Ykka se aleja a pie mientras otro hombre intenta hablar con ella, que parece no hacerle caso, enfadada. El resto de la multitud se ha dispersado por fin, aunque ves a través del umbral de la puerta que aún hay más gente de lo normal en la enfermería. Quizás estén visitando al pobre Cazador medio cocido.

Lerna no te mira. Tiene la mirada fija en la pared del otro lado de la geoda, que se distingue entre el brillo difuso de las docenas de cristales que están por todas partes. También fuma un cigarrillo. El olor y el color amarillento del envoltorio te dejan claro que es algo dulce: hojas de derminther mela y brotes de flores, que son un poco tranquilizantes cuando están deshidratados. Las Surmelat son famosas por la planta, si es que hay algo de las Surmelat que se pueda considerar famoso. Pero te sorprende verlo fumando una. Es doctor. Y es malo para la salud.

—¿Estás bien? —preguntas.

Al principio no responde y se limita a darle una calada profunda al

cigarrillo. Empiezas a pensar que no va a hablar, hasta que dice:

—Cuando vuelva a entrar ahí, lo mato.

Luego lo entiendes. Los bichos quemán y atraviesan la piel, la musculatura y quizás hasta los huesos. Con un equipo de doctores yumenescíes y drogas biométricas de calidad, quizás el hombre pudiera sobrevivir lo suficiente para curarse e incluso para volver a andar. Dados el poco equipo y las medicinas disponibles en Castrima, lo mejor que Lerna puede hacer es amputar. Quizás el hombre sobreviva. Pero estamos en una Estación, y cada habitante de la comu tiene que ser útil y ganarse su plaza entre el frío y la ceniza. Pocas comus pueden sacarle partido a un Cazador sin piernas, y en esta ya hay un inválido chamuscado.

(Ykka se aleja y hace caso omiso del hombre, que parece suplicar por su vida.)

Parece que Lerna no se encuentra muy bien, por lo que decides cambiar un poco de tema.

—Es la primera vez que veo a esos bichos.

—Los de aquí los llaman burbubajos, aunque hasta ahora nadie sabía por qué. Proliferan junto a los arroyos y llevan agua en el interior. Los animales se los comen durante las sequías y suelen ser carroñeros. Inofensivos. — Lerna se sacude algo de ceniza del antebrazo. Solo lleva puesta una camisa de mangas largas debido al calor que hace en Castrima. La piel de los brazos tiene motas de... algo. Apartas la mirada—. Pero las cosas cambian durante las Estaciones.

Sí, es probable que la carroña cocida dure más tiempo.

—Podrías haberle quitado esas cosas de encima nada más entrar por la puerta —añade Lerna.

Parpadeas. Luego tu mente repara en que esa afirmación es un ataque en

realidad. Lo ha dicho con tanta tranquilidad y tan sin venir a cuento que te sorprendes y te cuesta enfadarte.

—No podía —respondes—. O al menos no sabía que podía. Alabastro...

—De él no espero nada. Ha venido aquí a morir. —Lerna se mueve para encararte, y de improviso te das cuenta de la rabia contenida que emana de sus movimientos sosegados. Te mira con frialdad, pero esa sensación también se hace notar en todo lo demás: tiene los labios apretados, los músculos de la mandíbula flexionados, las fosas nasales dilatadas—. ¿Por qué has venido, Essun?

Te estremeces.

—Sabes la razón. He venido en busca de Nassun.

—Nassun no está a tu alcance. Tus objetivos han cambiado: ahora estás aquí para sobrevivir, igual que el resto de nosotros. Ahora eres una de los nuestros. —Tuerce los labios en un gesto que bien podría ser desprecio—. Lo digo porque, si no consigo que lo entiendas, podrías tener un ataque y matarnos a todos, por el óxido.

Abres la boca para responder. Él da un paso hacia ti, con una agresividad que hace que te incorpores.

—Dime que no lo harás, Essun. Asegúrame que no tendré que marcharme de esta comu en la oscuridad de la noche por miedo a que alguien a quien le hayas hecho algo venga a rajarme la garganta. Dime que no voy a tener que volver ahí fuera, jugarme la vida y ver cómo la gente a la que intento ayudar muere una y otra y otra vez, hasta que me coman esos bichos herrumbrosos...

Se interrumpe a sí mismo con un sonido ahogado y se da la vuelta de improviso. Miras cómo flexiona la espalda y no dices nada, porque no puedes decir nada al respecto. Es la segunda vez que menciona lo que hiciste en Tirimo. ¿Debería sorprenderte? Nació allí, creció allí. La madre de Lerna aún

vivía en aquel lugar cuando te marchaste. Piensas. Quizá también la mataras el último día que pasaste allí.

No puedes decir nada, no sin que la culpa agrie tus palabras. Aun así, lo intentas:

—Lo siento.

El hombre ríe. Ni siquiera suena parecido a él cuando lo hace. Es un sonido terrible y lleno de ira. Luego retoma su postura anterior y vuelve a mirar la pared más alejada de la geoda. Parece que ha conseguido calmarse: los músculos de la mandíbula no se le mueven tanto.

—Demuéstrame que lo sientes.

Agitas la cabeza, confundida, no para negar nada.

—¿Cómo?

—Haz que se sepa. Algunos de los mayores chismorreos de la comu son del momento en el que Ykka se encontró contigo, y al parecer has confirmado lo que muchos orogratas murmuraban entre ellos. —Te estremeces un poco por la forma en la que ha usado «orograta». Antes era un chico de lo más educado—. En la parte superior dijiste que la Estación duraría miles de años. ¿Era una exageración o la verdad?

Suspiras y te frotas el pelo. Las raíces son una maraña rizada y frondosa. Necesitas arreglarte las rastas, pero no lo has hecho porque no has tenido tiempo y porque te parece que no hay razón para ello.

—Las Estaciones siempre terminan —respondes—. El Padre Tierra mantiene su propio equilibrio. Lo que hay que preguntarse es cuánto van a durar.

—¿Cuánto van a durar?

No es más que una pregunta. Con tono apático, resignado. El hombre ya sospecha la respuesta.

Y también merece que seas sincera y le des la mejor respuesta posible.

—¿Diez mil años? Eso solo para que la Hendidura de Yumenes deje de expulsar gases y se despejen los cielos. No es mucho a nivel tectónico, pero el verdadero peligro es que la ceniza se asiente. Si una cantidad suficiente de ceniza cubriera la superficie caliente del mar, podría crecer hielo en los polos, lo que produciría mares más salados, climas más secos, hielo permanente y una proliferación de glaciares a la deriva. Y si ocurre algo así, la zona más habitable del planeta, las Ecuatoriales, no dejaría de ser en exceso caliente y tóxica.

Durante las Estaciones, lo que mata es el invierno. El hambre. La congelación. Incluso cuando se hayan despejado los cielos, la Hendidura podría causar una era glacial que durase millones de años. Y eso importaría bien poco, pues la humanidad ya llevaría tiempo extinguida. Solo quedarían los obeliscos flotando sobre un paisaje blanco e infinito, y nadie se cuestionaría su naturaleza ni les haría caso omiso.

Lerna parpadea.

—Mmm...

Te sorprende ver que te vuelve a encarar. Te sorprende aún más descubrir que parece habersele pasado el enfado, aunque este ha dado paso a un vacío que te resulta familiar. Pero lo que te afecta de verdad es la pregunta que hace:

—¿Y qué tienes pensado hacer?

Te quedas con la boca abierta y, al cabo de un rato, consigues responder.

—No era consciente de que pudiera hacer nada al respecto.

Igual que tampoco habías pensado que pudieras hacer nada con los burbubajos. El genio es Alabastro, tú no eres más que una mandada.

—¿Qué hacéis con los obeliscos Alabastro y tú?

—Qué hace Alabastro con ellos —corriges—. Solo me dijo que llamara a

uno. Puede que porque... —Es molesto decirlo—. Porque él ya no puede realizar ese tipo de orogenia.

—Alabastro es el responsable de la Hendidura, ¿verdad?

Cierras la boca con tanta velocidad que entrechocas los dientes. Acabas de decir que Alabastro ya no es capaz de hacer orogenia. Si muchos castrimenses se enteran de que viven en una roca subterránea por su culpa, harán lo posible por asesinarlo, tenga come piedras o no.

Lerna tuerce la boca en un gesto similar a una sonrisa.

—No es difícil de averiguar, Essun. Sus heridas no se deben al fuego, sino al vapor, la abrasión de partículas y los gases corrosivos; lo habitual cuando te encuentras cerca de una erupción. No sé cómo ha sobrevivido, pero le ha dejado secuelas. —Se encoge de hombros—. Y te he visto destruir una ciudad en cinco minutos sin despeinarte, por lo que tenía cierta idea de lo que sería capaz de hacer un decanillado. ¿Para qué sirven los obeliscos?

Aprietas los dientes.

—Me puedes hacer la pregunta de la forma que quieras, Lerna, pero mi respuesta siempre será una forma diferente de afirmar que no lo sé. Porque es la verdad.

—Yo creo que como mínimo tienes una idea, pero miénteme si quieres. —Niega con la cabeza—. Ahora esta es tu comu.

Después de eso se queda en silencio, como si esperase a que dijeras algo. Estás demasiado ocupada evitando a conciencia las ganas de decir algo. Pero te conoce demasiado bien: sabe que no quieres oírlo y por eso lo repite:

—Essun Orograta Castrima. Es el nombre que tienes ahora.

—No.

—Pues márchate. Todo el mundo sabe que Ykka no puede hacer nada para evitarlo si decides irte. Y yo sé que nos matarías a todos si creyeras que tienes que hacerlo. Así que márchate.

Sigues sentada y te miras las manos, que te cuelgan de las rodillas. No piensas en nada.

Lerna inclina la cabeza.

—No te vas porque no eres estúpida. Quizá puedas sobrevivir ahí fuera, pero no como una persona que Nassun quisiera volver a ver. Como mínimo, quieres sobrevivir para tener la oportunidad de encontrarla en algún momento... por muy poco probable que sea.

Te tiemblan las manos. Luego vuelven a colgar, inertes.

—Si la Estación no termina —prosigue Lerna, y suena aún peor porque lo hace en el mismo tono monótono con el que te preguntó cuánto duraría la Estación, como si fuera conocedor de una verdad odiosa y absoluta—, nos quedaremos sin comida. El canibalismo funcionará durante un tiempo, pero no es sostenible. Y, llegados a ese punto, la comu se llenará de piratas o se disolverá en varios grupos de comubundos errantes. Pero ni eso podrá salvarnos a largo plazo. Llegará el momento en que los de Castrima que queden se morirán de hambre. Al final, el Padre Tierra saldrá victorioso.

Es la verdad, te quieras enfrentar a ella o no. Y es prueba más que suficiente de que lo que quiera que le haya ocurrido a Lerna durante su corto periplo como comubundo, lo ha cambiado. No a peor, en realidad. Solo lo ha convertido en la clase de médico que sabe que a veces es mejor sufrir una agonía terrible, volver a romper un hueso, cercenar una extremidad o matar a los débiles para que el resto se haga más fuerte.

—Nassun es fuerte como tú —continúa, despiadado y en voz baja—. Imagina que sobrevive a Jija, que la encuentras y la traes aquí o a cualquier otro lugar que parezca seguro. Se morirá de hambre como el resto cuando se vacíen los abastos, pero quizá sea capaz de obligar a otros a que le den su comida gracias a la orogenia. Quizás hasta los mate, para quedarse con la parte del abasto que les corresponde. No obstante, los abastos terminarán por

agotarse y tendrá que dejar la comu, arreglárselas con cualquier alimento que pueda encontrar debajo de la ceniza y, si tiene suerte, será una de las últimas en morir: sola, hambrienta, fría y odiándose a sí misma. Odiándote a ti. O quizá, cuando llegue el momento, ya haya perdido el norte. Quizá no sea más que un animal guiado por el instinto de supervivencia. Quizá termine por comerse a sí misma, como haría cualquier bestia...

—Basta —dices. No es más que un susurro, pero se apiada de ti y lo hace. El hombre se vuelve a dar la vuelta y da otra larga calada al cigarrillo, que tenía medio olvidado.

—¿Has hablado con alguien desde que llegaste aquí? —pregunta después. En realidad, no es un cambio de tema. No te relajas. Señala la enfermería con la cabeza—. ¿Con alguien que no sea Alabastro y ese grupo tan particular con el que viajabas? Hablar de verdad, no encontrarte con alguien.

No merece la pena ni intentar contarlo. Niegas con la cabeza.

—Cada vez hay más rumores, Essun. Y ahora nadie se puede sacar de la cabeza que sus hijos morirán lentamente. —Tira por fin el cigarrillo, que no se ha apagado—. No se pueden sacar de la cabeza que no pueden hacer nada.

«Pero tú si puedes», le falta decir.

¿Puedes?

Lerna se marcha de manera tan brusca que te sorprende. No te habías dado cuenta de que había terminado de hablar. Un sentimiento muy arraigado contra los desperdicios hace que vayas a recoger el cigarrillo que acaba de tirar. Tardas un momento en encontrar la manera de inhalarlo sin ahogarte. No lo habías hecho nunca. Se supone que los orogenes no pueden consumir narcóticos.

Pero también se supone que los orogenes no pueden vivir durante una Estación. El Fulcro no tiene abastos. Nadie lo ha mencionado, pero estás muy segura de que si una Estación azotara Yumenes con la fuerza necesaria, los

Guardianes tendrían que arrasar con todo y mataros a todos. Sois útiles para prevenir las Estaciones, pero en el caso de que el Fulcro fallara en su misión, si alguno de los dignos de la Estrella Negra o el emperador hubiera sentido un olorcillo o el indicio de un temblor, tus compañeros orogenes imperiales y tú no habríais sido recompensados con la supervivencia.

¿Por qué ibais a serlo? ¿Qué aptitudes puede ofrecer un orograta en pos de la supervivencia? Es cierto que podéis evitar que la gente muera durante un terremoto. Muy útil cuando no hay comida, sí.

—¡Basta! —Oyes que dice Ykka a poca distancia, aunque no la ves entre los cristales del nivel del suelo. Grita—. ¡Se acabó! ¿Quieres estar allí o quedarte aquí y malgastar tu aliento conmigo?

Te levantas, con las rodillas doloridas. Caminas en esa dirección.

Por el camino, pasas junto a un joven que tiene la cara inundada en lágrimas de rabia y una pena incipiente en el gesto. Pasa a tu lado como una exhalación de camino a la enfermería. Continúas caminando y terminas por ver a Ykka junto a un cristal alto y estrecho. Tiene una mano apoyada contra él y está de pie, con la cabeza gacha y la mata de pelo cubriéndole la cara, por lo que no la ves. Te da la impresión de que también tiembla un poco.

Quizá sea tu imaginación. Parece una desalmada. Pero en ese caso, tú también lo eres.

—Ykka.

—No, tú también no —murmura—. No quiero oírte, matabichos.

Es entonces cuando te das cuenta. Al haber matado a los burbubajos has hecho que le sea más difícil tomar la decisión. Antes podría haber ordenado matar al Cazador por simple misericordia y los bichos habrían sido los culpables. Ahora se ha convertido en pragmatismo, política de la comu. Ahora tiene que tomar una decisión.

Niegas con la cabeza y te acercas. Ykka se pone rígida, se gira hacia ti de

improviso y sesapinas la orientación defensiva de su orogenia. No hace nada con ello, no forma un toro ni empieza a consumir la energía ambiental. Pero... no podría, ¿no? Son técnicas del Fulcro. No tienes ni idea de lo que una feral entrenada de una forma tan extraña como ella sería capaz de hacer para defenderse.

Una parte de ti tiene curiosidad, una curiosidad imparcial. La otra, nota la tensión en su cara. Le ofreces el cigarrillo, que aún está encendido.

Parpadea al verlo. Su orogenia se vuelve a quedar inactiva, pero levanta la mirada hacia tus ojos. Luego ladea la cabeza, desconcertada, como si sopesara algo. Termina por poner una mano en la cadera, coger el cigarrillo de tus manos con la otra y darle una calada profunda. Hace efecto rápido: un instante después, se da la vuelta, apoya la espalda contra el cristal y suelta volutas de humo, con un gesto de agotamiento en la cara en lugar de las arrugas de tensión que tenía hace un momento. Te lo ofrece. Te colocas junto a ella y lo coges.

Tardáis diez minutos en terminar el cigarrillo, pasándooslo entre una y otra. Ambas os quedáis en el lugar de tácito acuerdo al terminar. Cuando escucháis unos sollozos desconsolados que vienen de la enfermería que tenéis detrás, asentís al unísono y os marcháis.

* * *

¡Es incomprensible que una civilización sensata sea tan inconsciente como para llenar de cadáveres las cavernas de almacenamiento principales! Es normal que hayan muerto, fueran quienes fueran. Estimo que tardaremos un año en sacar de allí todos los huesos, las urnas funerarias y el resto de desechos. Después quizás estemos otros seis meses para cartografiar la zona y restaurarla. ¡Menos si me traéis a esos ropasbrunas que os he pedido! No

me importa que nos cueste la Tierra entera, algunas de estas estancias son inestables.

Aquí hay tablillas, por cierto. Hay algunos escritos en verso que no somos capaces de leer porque están en un idioma muy raro. Como el litoacervo, pero son cinco tablillas, no tres. ¿Qué queréis que hagamos con ellas? Yo digo que se las demos todas a la Cuarta para que dejen de quejarse de que destruimos la historia.

Informe de la oficial Fogrid Innovador
Yumenes a la Acreditación Geniera,
Este de las Ecuatoriales: «Propuesta para reacondicionar
las catacumbas interiores, ciudad de Firaway.»
Nivel principal

Interludio

Un dilema: estás formada por mucha gente que no te gustaría que formara parte de ti. Entre los que me incluyo.

Pero sabes muy poco de mí. Intentaré explicarte mi contexto, o los detalles. Empieza (empiezo) con una guerra.

Lllamarlo guerra es una manera muy vaga de describirlo. ¿Hay que considerar guerra que la gente trate de exterminar una plaga de un lugar con fuego o veneno? Esto también es una metáfora pobre, porque nadie odia a los ratones y las chinches de por sí. Nadie quiere vengarse de uno en concreto, de ese de ahí, de ese pequeño cabrón de lomo moteado y tres patas y de toda su progenie durante los cientos de repulsivas generaciones que abarcan una vida humana. Y esos pequeños cabrones de tres patas y lomo moteado tienen que limitarse a ser poco más que una molestia para la gente, no como los tuyos, que han resquebrajado la superficie del planeta y hecho que desaparezca la Luna. Si los ratones de tu jardín de Tirimo hubieran ayudado a Jija a matar a Uche, habrías hecho temblar el lugar hasta reducirlo a guijarros para luego prender fuego a las ruinas antes de marcharte. Aun así destruiste Tirimo, pero, de haber sido algo personal, habrías hecho algo peor.

Y a pesar de tanto odio, quizá no habrías conseguido acabar con la plaga. Los supervivientes serían diferentes: más duros, fuertes y con más manchas en el lomo. Quizá lo que les hiciste pasar haría que los descendientes se dividieran en muchas facciones, cada una de ellas con diferentes intereses. Algunos de esos intereses no tendrían nada que ver contigo. Otros te

venerarían o despreciarían por tu poder. Otros estarían consagrados en cuerpo y alma a tu destrucción, con el mismo ímpetu que tú te dedicaste a la de ellos, aunque para cuando tuvieran la fuerza necesaria para que su enemistad fuera algo digno de tenerse en cuenta, tú ya te habrías olvidado de su existencia. Para ellos, tu enemistad sería el material del que están hechas las leyendas.

Y otros tendrían la esperanza de apaciguarte, o de hablar las cosas hasta conseguir una tolerancia pacífica al menos. Yo soy uno de esos.

No siempre lo he sido. Durante mucho tiempo fui uno de los vengativos... pero siempre llegaba a la misma conclusión: no hay vida sin la Tierra. Y hay muchas probabilidades de que la vida gane la guerra y destruya la Tierra. Hemos estado cerca varias veces.

No se puede dejar que ocurra algo así. No nos pueden dejar ganar.

Esto es una confesión, mi Essun. Ya te he traicionado y lo volveré a hacer. Tú aún no has escogido bando, y yo ya he ahuyentado a los que te quieren entre sus filas. Ya he planeado tu muerte. Es necesaria. Pero al menos puedo hacer todo lo posible para darle a tu vida un sentido hasta que llegue el fin del mundo.

Nassun toma las riendas

«Mamá me obligó a mentirte», piensa Nassun. Mira a su padre, que se ha pasado horas conduciendo el carro. Tiene la mirada fija en la carretera, pero algo le hace apretar los dientes. Una de sus manos, la misma con la que le dio el primer golpe y luego mató a Uche, tiembla mientras sostiene las riendas. Nassun no sabe si sigue rabioso, quizá no haya dejado de imaginarse matando a Uche. La niña no entiende por qué, y no le gusta. Pero quiere a su padre, le tiene miedo, lo adora y, por consiguiente, una parte de ella quiere tranquilizarlo. «¿Qué he hecho yo para que ocurra algo así?», se pregunta. Y la respuesta que se le ocurre es: «Mentiste, y las mentiras siempre son malas.»

Pero ella no fue quien decidió mentir. Fue una orden de mamá, y solo una de ellas: «No te enlases. No congeles. Voy a hacer que se mueva la tierra y será mejor que no reacciones. No te acabo de decir que no reacciones. Escucharlo también es reaccionar. La gente normal no escucha. Me estás escuchando a mí. Quieta, por el óxido. Por la Tierra, es que no sabes hacer nada bien. Deja de llorar. Ahora repítelo.» Órdenes interminables. Disgusto interminable. Un golpe de hielo ocasional para amenazarla, una torta, la inversión mareante del toro de Nassun, un tirón del brazo. Mamá ha dicho alguna que otra vez que quiere a Nassun, pero Nassun nunca ha visto ninguna prueba de ello.

Papi no es así, él le da una kirjusa tallada en piedra para jugar o un botiquín de primeros auxilios para el portabastos, porque Nassun es una

Resistente como su madre. Papi la lleva a pescar al arroyo Tirika los días en que no tiene encargos pendientes. Mamá nunca se ha tumbado con ella en el césped de la azotea para señalar las estrellas y explicarle que se cuenta que algunas civitustas les dieron nombres, aunque nadie los recuerde. Papi nunca está demasiado cansado como para no hablarle cuando termina de trabajar. Papi no vigila a Nassun por las mañanas después de bañarse como hace mamá, para vigilar que se ha lavado bien y que ha hecho la cama. Y, cuando Nassun se porta mal, papi se limita a suspirar, negar con la cabeza y decir: «Mi niña, sé que eres sensata.» Porque Nassun siempre lo es.

Nassun no quería escapar y convertirse en acervista por culpa de papi. No le gusta ver a su padre tan enfadado en ese momento. Le parece otra de esas situaciones que son fruto de algo que ha hecho su madre.

Y por ese motivo dice:

—Quería decírtelo.

Papi no reacciona. Los caballos avanzan despacio. La carretera se pierde en el horizonte frente al carro, rodeada por bosques y colinas bajo un brillante cielo azul. Hoy no hay mucha gente en los caminos, solo algún que otro carretero con su cargamento, mensajeros y algunos guardias del cuadrante que hacen patrulla. Algunos de los carreteros, que visitan Tirimo a menudo, saludan con la cabeza o la mano porque conocen a papi, pero él no les responde. Eso no le gusta a Nassun. Su padre es un hombre amigable. El hombre que está sentado a su lado parece un desconocido.

Que no responda no quiere decir que no la haya oído, por lo que añade:

—Le pregunté a mamá cuándo podía decírtelo. Se lo preguntaba con mucha frecuencia. Ella me respondía que nunca. Según ella, no ibas a entenderlo.

Papi no dice nada. Aún le tiemblan las manos, pero ¿lo hacen menos que antes? Nassun no es capaz de distinguirlo. Empieza a sentirse insegura.

¿Estará enfadado? ¿Tal vez triste, por lo de Uche? (¿Ella está triste por lo de Uche? No parece real. Cuando piensa en su hermano pequeño le viene a la mente una cosa pequeña, parlanchina y risueña que a veces mordía a la gente o se cagaba en los pañales y que tenía una presencia orogénica del tamaño de un cuadrante. La cosa inmóvil y deformada que estaba en casa no podía ser Uche, porque era demasiado pequeña e inerte.) A Nassun le gustaría tomar la mano trémula de su padre, pero se extraña cuando nota que prefiere evitarla. No está segura de la razón. ¿Miedo? Quizá solo sea porque ese hombre es un completo desconocido, y siempre ha sido muy tímida en presencia de desconocidos.

Aun así. No. Es papi. Le pase lo que le pase en esos momentos, es culpa de mamá.

Nassun extiende la mano y coge la de papi que le queda más cerca, con fuerza, porque quiere demostrarle que no tiene miedo y porque está enfadada. Aunque no con él.

—¡Quería decírtelo!

El mundo a su alrededor se vuelve borroso. Al principio, Nassun no está segura de lo que ocurre y se bloquea. Es lo que mamá la ha entrenado para hacer en momentos de dolor o desconcierto: bloquear la sensación de terror instintivo de su cuerpo, bloquear el instinto de sus glándulas sesapinales de enlazarse con la tierra que tiene debajo. Nassun no puede reaccionar mediante la orogenia bajo ninguna circunstancia, porque es algo que la gente normal no hace.

«Puedes hacer cualquier otra cosa —oye decir a su madre en su imaginación—. Gritar, llorar, tirar algo con las manos, levantarte y empezar una pelea. Pero nada de orogenia.»

Nassun se golpea contra el suelo con más fuerza de la que debería porque aún no ha dominado la habilidad de no reaccionar y pone el cuerpo rígido

cada vez que intenta no reaccionar orogénicamente. Y el mundo que la rodea se vuelve borroso, no solo porque haya salido despedida del asiento del conductor del carro, sino también porque ha salido rodando desde la carretera imperial por una ladera llena de gravilla hasta el estanque donde termina un arroyo.

(El arroyo es el mismo en el que, dentro de unos días, Essun bañará a un extraño niño blanco que actúa como si hubiera olvidado para qué sirve el jabón.)

Nassun cae hasta detenerse, aturdida y sin aliento. Todavía no le duele nada. Cuando el mundo se asienta y empieza a comprender lo que acaba de ocurrir, «papi me ha pegado y me ha tirado del carro», papi ya ha bajado la ladera como ha podido, llora mientras dice su nombre y se agacha junto a ella para ayudarla a incorporarse. Lloro de verdad. Cuando Nassun consigue deshacerse del polvo y el aturdimiento que le nublan la vista, extiende la mano, confundida, para tocar la húmeda cara de papi.

—Lo siento —se disculpa el hombre—. Lo siento mucho, mi niña. No quería hacerte daño. Eres todo lo que me queda. —Se acerca a ella temblando y la agarra con tanta fuerza que duele. La niña tiene todo el cuerpo magullado—. Lo siento mucho. ¡Por el óxido, lo siento mucho! Oh, Tierra, vaya. ¡Maldito hijo de un rumbriento! ¡Ella no! ¡No te la lleves también a ella!

Suelta algunos sollozos de pena largos, histéricos y que parecen rasparle la garganta. Nassun lo entenderá más tarde (no mucho más tarde). Se dará cuenta de que, en ese momento, su padre llora tanto por el hijo al que ha asesinado como por la hija a la que ha hecho daño.

Pero en ese momento, lo que la niña piensa es: «Aún me quiere.» Y también se pone a llorar.

Y, mientras ambos están así, papi agarrando fuerte a Nassun y la niña temblando a causa del alivio y la conmoción que aún le dura, sienten cómo se

propaga la onda expansiva que se ha formado en el continente al ser dividido en dos.

Se encuentra casi a un día de camino por la carretera imperial. Hace poco, en Tirimo, Essun acaba de desviar la energía de la agitación para que rodee el pueblo, lo que hace que se acerque a Nassun con aún más potencia. Y a Nassun el golpe la acaba de dejar medio atontada, y es menos habilidosa y tiene menos experiencia. Cuando sesapina la embestida del terremoto y la energía pura que desprende, vuelve a reaccionar de manera equivocada: se bloquea.

Su padre levanta la cabeza, sorprendido por el jadeo de la niña y por verla tan rígida de repente. Y justo en ese momento reciben el golpe. Hasta él es capaz de sesapinar la inminencia de lo que se les viene encima, aunque es demasiado repentino y poderoso y termina por ser poco más que un tintineo que le dice «corre, corre, CORRE, CORRE» en un rincón de su mente. Correr es inútil. El terremoto se podría comparar con cuando alguien que hace la colada estira las arrugas de una sábana, pero a escala continental y con la velocidad y la energía del golpe fortuito de un asteroide. A escala de personas pequeñas, inmóviles y fáciles de aplastar, los estratos se mueven con fuerza a sus pies, y los árboles tiemblan hasta que se empiezan a astillar. El agua del estanque que tienen al lado se queda flotando en el aire por un instante, suspendida e inerte. Papi la mira, parece anclada a un punto estático en medio de la implacabilidad y la pasividad del mundo que tiene alrededor.

Pero Nassun es una orogén muy habilidosa, pese a hallarse un poco aturdida. Aunque no consigue a tiempo armarse del valor necesario para hacer lo que hizo Essun y romper la onda de energía antes de que les golpee, hace todo lo que puede, dadas las circunstancias. Hunde unos pilones invisibles de energía en los estratos, lo más profundo posible, se enlaza con la misma litosfera. Cuando la energía cinética de la onda expansiva impacta,

ella tiene el reflejo de doblar la corteza terrestre que cubre esa energía; lo hace milésimas de segundo antes. Coge el calor, la presión y la fricción, y las usa para alimentar los pilones, clavando los estratos y la tierra en el lugar, como si se hubieran quedado pegados.

En la tierra hay mucha energía susceptible de usarse. Aun así, se forma a su alrededor un toro por usar la energía ambiental. Lo mantiene para que sea ancho y no deje de moverse, porque su padre se encuentra en el interior y no está dispuesta, no, no puede, a hacerle daño. Hace que gire firme y con fuerza, aunque no lo necesite. El instinto le dice que obre de ese modo, y el instinto no se equivoca nunca. El muro helado y circular de su toro, que es capaz de desintegrar todo lo que intente entrar en la zona estable del centro, es lo que evita que varias docenas de proyectiles la atraviesen y acaben con su vida.

Lo que quiere decir esto es que, cuando el mundo se viene abajo, lo hace en todas partes. Por un instante, la única imagen que tiene de la realidad es el estanque flotando hecho una gota gigante, un huracán que contiene restos pulverizados de todo lo demás y el oasis de quietud en el centro de ese huracán.

Luego pasa la conmoción. El estanque cae, vuelve a su lugar y los llena de barro y nieve. Los árboles que no se han astillado se enderezan de nuevo; algunos vuelven con tanta fuerza a su posición habitual que la inercia los dobla hacia el lado contrario y se parten. A lo lejos, fuera del toro de Nassun, la gente, los animales, las piedras y los árboles que flotaban por los aires se vienen abajo. Suenan gritos, humanos e inhumanos. La madera cruje, la piedra se pulveriza, se oye el chirrido distante de algo de metal fabricado por humanos que se rompe y desgarras. Detrás de ellos, al otro lado del valle por el que acaban de pasar, una ladera de roca se desmenuza y se desploma, para

luego formar una avalancha y liberar una geoda de calcedonia grande y humeante.

Luego todo queda en silencio. En ese silencio, Nassun al fin levanta la cara del hombro de su padre para mirar alrededor. No sabe qué pensar. Los brazos de su padre flojean, por la conmoción, y ella se retuerce hasta que el hombre la suelta y se puede poner en pie. Él también lo hace. Durante un rato, se limitan a mirar alrededor, a las ruinas del mundo que conocían.

Luego papi se da la vuelta para mirarla, poco a poco, y la niña ve en su gesto lo mismo que debió de ver Uche en sus últimos momentos.

—¿Has sido tú? —pregunta.

La orogenia ha despejado la mente de Nassun, por necesidad. Es un mecanismo de supervivencia: a una estimulación intensa de las glándulas sesapinales suele acompañarla una explosión de adrenalina y otros cambios físicos que preparan el cuerpo para volar, o para la orogenia prolongada, si es necesario. En este caso, ha aumentado su lucidez, que lleva a Nassun a reparar en que su padre no está histérico porque haya caído tan mal. Y en que lo que ve ahora en los ojos del hombre es algo muy diferente del amor.

En ese momento se le rompe el corazón. Otra pequeña y silenciosa tragedia entre tantas otras. Pero la niña habla, porque al fin y al cabo tiene la madre que tiene, y si algo ha hecho Essun es entrenar a su pequeña para sobrevivir.

—Ha sido demasiado grande como para ser cosa mía —responde Nassun. Tiene la voz tranquila y distante—. Lo que sí he hecho es esto... —Señala alrededor, al círculo seguro que los rodea, tan distinto del caos del exterior—. Siento no haber podido detenerlo del todo, papi. Lo he intentado.

Lo que la salva es la palabra «papi», igual que antes la salvaron las lágrimas. El asesinato se retuerce, tiembla y desaparece del gesto del hombre

—No puedo matarte —susurra para sí mismo.

Nassun ve cómo titubea. Da un paso adelante y le coge la mano, por

instinto. Él se estremece y quizá se le pase por la cabeza volver a tirarla, pero en esa ocasión la niña se aferra a él.

—Papi —repite, con un gimoteo desamparado en esa ocasión. Eso es lo que siempre lo ha conmovido las veces que ha estado a punto de enfrentarse a ella: que le recuerden que se trata de su pequeña. Que le recuerden que, hasta ese día, ha sido un buen padre.

Es una manipulación. La realidad arranca de cuajo parte de su interior. En lo sucesivo, todas las muestras de afecto que le dedique a su padre serán planeadas y falsas. Su infancia muere en ese preciso momento, de sopetón. Pero sabe que eso es mejor que morir del todo.

Y funciona. Jija parpadea rápido y luego susurra algo ininteligible. Aprieta las manos de la niña con más fuerza.

—Volvamos a la carretera —dice.

(Para ella, ahora es «Jija». Y así será a partir de ese momento. Ya no volverá a ser papi, excepto cuando se dirija a él en voz alta, cuando Nassun necesite tirar de las riendas para controlarlo.)

Vuelven a subir, y Nassun cojea un poco porque tiene el trasero dolorido a causa de la fuerte caída en el asfalto y las rocas. La carretera ha quedado toda agrietada, aunque no está tan mal en la zona que rodeaba al carro. Los caballos continúan atados, pero uno de ellos ha caído de rodillas y se ha enganchado con los arreos. Con suerte no se habrá roto una pata. El otro sigue conmocionado. Nassun empieza a tranquilizarlos, persuade al que está en el suelo para que vuelva a levantarse y consigue sacar al otro de un estado similar a la catatonia. Mientras, su padre se acerca al resto de viajeros que hay repartidos por todo el camino. Los que estaban dentro de la amplia circunferencia del toro de Nassun se encuentran bien. Los que no... pues bueno.

Una vez los caballos están listos, aunque no hayan dejado de temblar,

Nassun se acerca a Jija y lo encuentra tratando de levantar a un hombre que se ha golpeado contra un árbol. Tiene la espalda rota, pero está consciente y suelta improperios. Nassun ve cómo le cuelgan las piernas, que ahora son inútiles. Moverlo es un error, pero, como era de esperar, Jija cree que es peor dejarlo allí tal y como se encuentra.

—Nassun —dice Jija, mientras jadea e intenta agarrar bien al hombre—, deja libre la cama del carro. En Aguas Plácidas hay un hospital de verdad. Está a un día de camino. Conseguiremos llegar a tiempo si...

—Papi —le susurra—, Aguas Plácidas ya no existe.

El hombre se detiene. (El hombre herido gruñe.) Se gira hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

—Sume tampoco existe —añade la niña. No dice que «Tirimo está bien porque mamá se encontraba allí». No quiere volver, aunque sea el fin del mundo. Jija fulmina con la mirada el camino que acaban de recorrer, pero lo único que ve son árboles astillados y algún que otro pedazo de asfalto levantado por la carretera... y cuerpos. Muchos cuerpos. Inundan el camino que lleva a Tirimo, o eso parece a simple vista.

—Por el óxido —resopla.

—Hay un gran agujero en el suelo al norte —continúa Nassun—. Y es muy grande. Es lo que ha causado todo esto. Y también causará más temblores y otras cosas. Gases y cenizas vienen hacia aquí. Papi, creo que se trata de una Estación.

El hombre herido jadea, pero no solo a causa del dolor. Jija abre los ojos todo lo que puede, aterrorizado. Pero pregunta, y es una pregunta importante:

—¿Estás segura?

Es importante porque deja entrever que el hombre le hace caso a la niña.

Es una forma de calibrar su confianza. Nassun siente un arrebató triunfal cuando la oye, aunque no sabe muy bien por qué.

—Sí. —Se muerde el labio—. Y va a ser muy mala, papi.

Jija vuelve a desviar la mirada hacia Tirimo. Es un reflejo condicionado: durante una Estación, los miembros de una comu saben que es el único lugar en el que son bienvenidos. Cualquier otro lugar implica riesgos.

Pero Nassun no va a volver atrás ahora que se ha marchado. No ahora que Jija la quiere —aunque de manera un tanto extraña—; se la ha llevado, la escucha y la comprende, aunque sabe que es una orogén. Mamá también se equivocaba con eso. Decía que Jija no lo entendería.

«No entendió a Uche.»

Nassun aprieta los dientes cuando piensa en ello. Uche era demasiado pequeño. Nassun será más lista. Mamá no tenía razón del todo. Nassun también será más lista que ella.

Luego dice en voz baja:

—Mamá lo sabe, papi.

Ni siquiera ella está segura de lo que quiere decir. ¿Sabe que Uche está muerto? ¿Sabe quién lo ha asesinado a golpes? ¿Creería mamá que Jija es capaz de hacerle algo así a su propio hijo? A la propia Nassun le cuesta creerlo. Pero Jija se estremece, como si las palabras fueran una acusación. La mira durante un rato, con un gesto que oscila del miedo al horror, pasando por la desesperanza. Y que termina en resignación.

Jija mira al hombre herido. No es nadie a quien Nassun conozca: no es de Tirimo y lleva las ropas prácticas y el buen calzado característicos de un mensajero. No volverá a llevar ningún mensaje, ni regresará a la comu a la que pertenece, sea cual sea.

—Lo siento —se disculpa Jija. Se agacha y le parte el cuello al hombre cuando este tomaba aire para pronunciar un «¿por qué?».

Luego Jija se yergue. Las manos le vuelven a temblar, pero se gira y extiende una de ellas. Nassun la coge. Regresan al carro y continúan el viaje hacia el sur.

* * *

La estación siempre regresa.

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo primero

6

Te unes a la causa

—¿Una qué? —pregunta Tonkee al tiempo que te mira de reojo a través de una cortina de pelo. Acabas de llegar al apartamento después de haber pasado parte del día ayudando en uno de los turnos de trabajo a emplumar y reparar virotes de ballesta para que los usen los Cazadores. Como no formas parte de ninguna casta al uso, te has ido turnando para ayudarlas a todas un poco cada día. Fue un consejo de Ykka, aunque ella se muestra escéptica ante tu reciente afán por implicarte en la comu. Al menos le gusta que lo intentes.

Otro de sus consejos fue que trataras de animar a Tonkee para que hiciera lo mismo, ya que hasta el momento lo único que ha hecho ella es comer, dormir y bañarse gracias a la generosidad de la comu. Lo último era necesario hasta cierto punto para poder socializar. En ese instante, Tonkee está arrodillada frente a una palangana con agua en su habitación y se corta el pelo con un cuchillo para deshacerse de las partes más enredadas. Estás a bastante distancia, porque la habitación huele a una mezcla de moho y olor corporal, y porque crees que has visto algo moverse en el agua entre los mechones cortados. Entiendes que Tonkee haya tenido que llevar basura como parte de su disfraz de comubunda, pero eso no implica que deba ser basura de verdad.

—Una luna —respondes. Es una palabra extraña, corta y circular. No estás segura de pronunciarla bien. ¿Qué más había dicho Alabastro?—. Un... satélite. Dijo que un geomestro sabría lo que es.

Tonkee frunce aún más el ceño mientras intenta cortar una maraña que se le resiste.

—Bueno, pues yo no sé a qué se refiere. Nunca había oído hablar de una «luna». Estoy especializada en obeliscos, ¿recuerdas? —Luego parpadea, hace una pausa y deja colgando un mechón a medio cortar—. Aunque, técnicamente, los obeliscos son satélites.

—¿Qué?

—Es que, por definición, un «satélite» es un objeto cuyos movimientos y posición dependen de otro. El objeto del que depende se llama primario, y el dependiente, satélite. ¿Ves? —Se encoge de hombros—. Es algo de lo que hablan los astrónomos y, cuando lo hacen, es imposible cambiar de tema. «Mecánica orbital.»

Pone los ojos en blanco.

—¿Cómo?

—Tonterías. Tectónica de placas para los cielos. —La miras, incrédula, y ella agita una mano—. Sea como fuere, te dije que los obeliscos te siguieron a Tirimo. Allá donde vayas, irán tras de ti. Eso los convierte en satélites, y a ti en su objeto primario.

Te estremeces. No te gusta la imagen que te viene a la mente: la de unas cuerdas finas e invisibles que te anclan al de amatista, al de topacio que está más cerca y, ahora, al distante de ónice cuya oscura presencia se hace cada vez más patente en tu mente. Y, para tu sorpresa, también piensas en el Fulcro. En las cuerdas que te unían a él pese a que, en teoría, eras libre de marcharte y viajar. Pero siempre volvías. Si no, el Fulcro habría ido tras de ti, en forma de Guardianes.

—Cadenas —dices en voz baja.

—No, no —niega Tonkee, distraída. Ha vuelto a enfrascarse en su mata de pelo, y da la impresión de que tiene auténticos problemas. El cuchillo parece romo. Te marchas un momento y te diriges a la habitación que compartes con Hoa para coger la piedra de afilar de tu equipaje. Tonkee parpadea cuando se

la ofreces, luego asiente para darte las gracias y empieza a afilar el cuchillo —. Si hubiera una cadena entre un obelisco y tú, te seguiría porque lo obligas a hacerlo. Sería fuerza, no gravedad. Me refiero a que en ese caso podrías disponer que el obelisco hiciera lo que se te antoje. —Sueñas una risilla cuando lo dice—. Pero un satélite reacciona a tu presencia independientemente de que intentes hacerlo reaccionar a voluntad. Es tu misma presencia la que lo atrae, y el peso que ejerces en el universo. —Hace un gesto con la mano húmeda, sin prestar atención. Vuelves a mirarla con fijeza—. No es que pretenda atribuir motivaciones ni voluntad a los obeliscos, claro: sería una tontería.

Te agachas y apoyas contra la pared del fondo de la estancia para reflexionar mientras Tonkee continúa con lo suyo. Cuando se le empieza a soltar el pelo que le queda, por fin lo reconoces, porque es rizado y negro, como el tuyo, en lugar de soplocinéreo y gris. Tiene los rizos un poco más sueltos, quizá. Un pelo medlatino: tal vez fuera otro rasgo que jugaba en su contra a ojos de su familia. Todo lo demás son rasgos sanzeditinos normalitos. Acaso sea un poco baja y tenga demasiadas curvas, pero es lo que tiene que las familias yumenescías no usen Sementales para mejorar su progenie. Recuerdas ese pelo: se te quedó grabado en la visita que hizo al Fulcro hace ya tanto tiempo.

No crees que Alabastro hablara de los obeliscos cuando mencionó lo de la Luna. Pero...

—Dijiste que eso que encontramos en el Fulcro, esa hendidura, es el lugar donde construyeron los obeliscos.

Queda patente que, de inmediato, has vuelto a sacar un tema que llama la atención de Tonkee. Suelta el cuchillo y se inclina hacia delante, con gesto emocionado a través de los mechones irregulares que le quedan.

—Ajá. Puede que no todos. Las dimensiones de todos los obeliscos

registrados son algo diferentes, por lo que puede que algunos o solo uno. ¡O quizá la hendidura cambie cada vez que se pone uno en ella para adaptarse al obelisco!

—¿Cómo sabes que se «ponen» ahí? Quizá crezcan ahí y luego... haya que facetarlos o extraerlos para sacarlos. —Eso hace que Tonkee ponga gesto reflexivo, y te sientes orgullosa de haber planteado un asunto en el que ella no había pensado—. ¿Y «quién» lo hacía?

La mujer parpadea y se reclina, mientras la emoción desaparece poco a poco de su cara. Termina por decir:

—Se supone que el Liderazgo Yumenescí desciende de la gente que salvó el mundo después de la Estación del Desastre. Tenemos textos de la época, secretos que cada familia se ha encargado de guardar y que se supone que nos tienen que enseñar cuando conseguimos nuestros apellidos al uso y el de comu. —Frunce el ceño—. Mi familia no, porque ya pensaban en desheredarme. Por eso me colé en la cámara acorazada y cogí lo que me pertenecía por derecho.

Asientes, porque eso te suena más a la Binof que recuerdas. Pero no terminas de creerte esos secretos de familia. Yumenes no existía antes de Sanze, y Sanze solo es la última de las incontables civilizaciones que deben de haber desaparecido con las Estaciones. Las leyendas del Liderazgo suenan a mitos confeccionados para justificar el lugar que tienen en la sociedad.

Tonkee prosigue.

—En la cámara encontré todo tipo de cosas: mapas, extrañas escrituras en un idioma que no había visto nunca u objetos carentes de sentido, como una piedra pequeña, amarilla y de una redondez perfecta y unos tres centímetros de circunferencia. Alguien la había colocado en una caja de cristal, la había cerrado y cubierto de advertencias: no había que tocarla. Por lo visto, esa cosa tenía la costumbre de abrir agujeros en la gente. —Haces una mueca de

dolor—. Así que o bien las historias familiares tienen algo de verdad, o bien es fácil conseguir una colección de objetos antiguos y valiosos siendo rico. O ambas. —No le es ajena la cara que has puesto, y parece hacerle gracia—. Vale, es posible que ambas no. De todas maneras, no es el litoacervo, solo... solo palabras. Necesitaba asegurarme.

Eso sí que suena a Tonkee.

—Entonces, ¿te colaste en el Fulcro para buscar la hendidura porque querías justificar una patraña herrumbrosa y antigua que había pasado de generación en generación en tu familia?

—Lo vi en uno de los mapas que encontré. —Tonkee se encoge de hombros—. Si parte de la historia era cierta, si era verdad que había una hendidura en Yumenes, y los fundadores de la ciudad la habían ocultado a conciencia, eso sugería que el resto también podía serlo, sí.

Deja el cuchillo a un lado y cambia de posición para ponerse cómoda, mientras acumula los mechones de pelo con gesto distraído de la mano. El pelo le ha quedado corto e irregular, y te entran unas ganas locas de coger las tijeras y arreglárselo. Pero mejor te esperas a que se lo vuelva a lavar.

—Otras partes de la historia también son ciertas —prosigue Tonkee—. Me refiero a que muchas de las historias no son más que humo y óxido, y no voy a justificar lo contrario. Pero en la Séptima aprendí que los obeliscos siempre han estado presentes en ellas, desde el principio. Tenemos registros de Estaciones de hace diez, quince o incluso veinte mil años... y los obeliscos son más antiguos. Tal vez sean anteriores incluso a la del Desastre.

La primera Estación, que estuvo a punto de destruir el mundo. Solo los acervistas hablan de ella, y la Séptima Universidad niega verosimilitud a todas las historias que cuentan. Pero respondes, por pura terquedad:

—Quizá no existiera la del Desastre. Quizá siempre haya habido quintas Estaciones.

—Puede ser. —Tonkee se encoge de hombros, como si tu intención de ser ofensiva no fuera con ella, o no le importara. Más bien esto último—. Mencionar la del Desastre era la mejor manera de entablar una discusión de al menos cinco horas. Estúpidos vejestorios.

Sonríe para sí misma, como si recordara algo, pero luego se pone seria de improviso. Tú también te das cuenta en ese momento. Dibars, la ciudad en la que se encontraba la Séptima, está en las Ecuatoriales, un poco hacia el oeste de Yumenes.

—Pero no lo creo —prosigue Tonkee después de un momento para recuperarse—. No creo que siempre haya habido Estaciones.

—¿Por qué no?

—Por nosotros. —Sonríe—. La vida, quiero decir. No es lo suficientemente variada.

—¿Cómo?

Tonkee se inclina hacia delante. No le emociona tanto como lo de los obeliscos, pero está claro que cualquier conocimiento antiguo y olvidado la anima. Por un momento, ves el gesto impertinente y jovial de Binof, pero cuando habla vuelve a ser Tonkee la geomestra.

—«Todo cambia durante las Estaciones», ¿verdad? Pero no lo suficiente. Míralo de esta manera: todo lo que crece o camina por tierra puede respirar el aire del mundo, comer su comida y sobrevivir con los cambios habituales de temperatura. No tenemos que «cambiar» para hacer algo así, porque es la manera natural en que funciona todo. ¿Bien? Quizá las personas seamos quienes llevamos las de perder, porque tenemos que usar las manos para hacer abrigos en lugar de dejarnos crecer el pelaje... pero podemos fabricar abrigos. Estamos hechos de esa manera: tenemos manos ingeniosas para coser y cerebros que han descubierto cómo cazar o criar animales para

conseguir pieles. Pero no podemos filtrar con nuestros pulmones sin que se nos llenen de ceniza.

—Algunos animales pueden.

Tonkee te mira enfadada.

—Deja de interrumpir. Es de mala educación.

Suspiras y, con un gesto, la invitas a continuar. Ella asiente, más tranquila.

—Pues sí. Algunos animales se las han arreglado para que sus pulmones sean capaces de filtrar ceniza durante una Estación o puedan respirar en el agua y mudarse al océano, que es más seguro, o enterrarse e hibernar. Muchas cosas. Además de los abrigos, hemos aprendido a fabricar abastos y muros y el litoacervo. Pero solo se trata de reacciones. —Agita las manos, como si buscara las palabras—. Como... como si se te rompiera el radio de una rueda del carro a medio camino entre comus y tuvieras que improvisar, ¿sabes? Pones un palo o incluso una barra de metal en el espacio del radio roto para que la rueda aguante hasta que llegues adonde haya un carretero. Es lo mismo que pasa cuando una kirjusa desarrolla de repente el gusto por la carne durante una Estación. ¿Por qué no suelen comer carne? ¿Por qué no la han comido desde siempre? Porque estaban hechas para otra cosa, porque les beneficia más comer esa otra cosa y comer carne durante las Estaciones es un amaño cutre y de última hora que ha dispuesto la naturaleza para evitar que las kirjusas se extingan.

—Eso... —Estás un poco sorprendida. Parece una locura, pero, en cierto modo, tiene sentido. No se te ocurre ninguna objeción a la teoría, y tampoco estás segura de querer hacerlo. Tonkee no es el tipo de persona con quien querrías tener un cara a cara en un duelo dialéctico.

Tonkee asiente.

—Por eso no puedo dejar de pensar en los obeliscos. ¡Los construyó la gente, y eso indica que, como especie, somos al menos tan antiguos como

ellos! Eso es mucho tiempo para romper cosas, empezar de nuevo y romperlas de nuevo. O, si las historias del Liderazgo son ciertas... quizá sea tiempo suficiente para buscar la manera de solucionarlo. Algo que nos catapulte hasta la forma de repararlo todo.

Frunces el ceño.

—Un momento. ¿El Liderazgo Yumenescí cree que los obeliscos, que no son más que chatarra de una civitusta, son la manera de solucionarlo?

—A grandes rasgos, sí. Las historias dicen que los obeliscos mantenían al mundo de una pieza cuando debería haber quedado destruido. E insinúan que quizás algún día haya una manera de acabar con las Estaciones, y que acaso los obeliscos sean la respuesta.

¿El fin de todas las Estaciones? Es hasta difícil de imaginar. Sin portabastos. Sin abastos. Comus que durarían para siempre y crecerían sin parar. Todas las ciudades serían como Yumenes.

—Sería maravilloso —murmuras.

Tonkee te lanza una mirada brusca.

—Puede que los orogenes sean una especie de solución, ¿sabes? —afirma—. Y sin las Estaciones ya no seríais necesarios.

La miras y frunces el ceño. No estás segura de sentirte intranquila o consolada por la afirmación, pero la mujer empieza a peinarse con los dedos el pelo que le queda y te das cuenta de que no tienes nada más que añadir.

* * *

Hoa se ha marchado. No sabes muy bien adónde. Lo dejaste en la enfermería mirando a Melena de Rubí, volviste a tu apartamento para dormir algunas horas más y, cuando despertaste, no se encontraba a tu lado. Su pequeño fardo de piedras sigue en la habitación, junto a la cama: eso significa

que piensa volver pronto. Seguro que no ha pasado nada. No obstante, después de tantas semanas, sientes un extraño vacío sin su presencia sutil e insólita. Pero quizá sea algo bueno. Tienes que hacer una visita y será más sencilla sin... hostilidades.

Caminas hacia la enfermería de nuevo, despacio y con tranquilidad. Crees que es primera hora de la tarde, siempre es difícil de saber en Bajo-Castrima, pero tu cuerpo aún está acostumbrado al ritmo de la superficie. De momento, te guías por eso. Algunas de las personas que están fuera por las plataformas y pasarelas te miran al pasar. Te ha quedado claro que en la comu hay muchos chismorreos. No importa. Lo que importa es si Alabastro ha tenido tiempo de recuperarse. Tenéis que hablar.

No hay rastro del cuerpo del Cazador que había muerto esta mañana; lo han limpiado todo. Lerna está dentro, con ropa limpia, y se te queda mirando cuando entras. Notas que su gesto sigue siendo frío, aunque solo cruzas la mirada con él por un instante, antes de que asienta para saludar y se dé la vuelta para seguir con lo que estuviera haciendo con una especie de instrumentos quirúrgicos. Junto a él hay otro hombre que manipula unas pipetas y las vierte en unos pequeños viales de cristal. Él ni siquiera levanta la cabeza. Es una enfermería. Todo el mundo puede entrar.

Vas por mitad del largo pasillo central de la enfermería y caminas entre las filas de catres. Entonces reparas en un sonido que no has dejado de oír: una especie de canturreo. Al principio te parece monótono, pero cuando te concentras en él distingues una multitud de tonalidades y armonías, y un ritmo muy sutil. ¿Música? Es tan extraña y difícil de analizar que no estás segura de que se pueda definir como tal. Tampoco eres capaz de identificar de dónde viene. Alabastro sigue donde lo dejaste esa mañana: entre una pila de cojines y mantas en el suelo. No sabes por qué Lerna no lo ha puesto en un catre. Hay unas botellas en una mesilla de noche que tiene al lado, un rollo de

vendas sin usar, unas tijeras y un tarro de unguento. También tiene a mano un orinal, que por suerte no ha usado desde la última vez que se limpió, aunque aún huele mal.

Cuando te acuclillas frente a ellos, te maravillas al descubrir que la música viene de la comepiedras. Antimonio está sentada con las piernas cruzadas junto al nido de Alabastro, inerte, como si alguien se hubiera molestado en esculpir a una mujer sentada con las piernas cruzadas y una mano levantada. Alabastro está dormido, aunque con una postura extraña y casi sentado que no comprendes hasta que te das cuenta de que se apoya en la mano de Antimonio. ¿Será la única manera de dormir cómodo? Hoy tiene vendas en los brazos, que le brillan debido al unguento. No lleva camisa, gracias a lo cual percibes que no está tan malherido como pensabas al principio. No tiene partes de piedra en el pecho ni en el vientre, y solo unas pequeñas quemaduras que ya están casi curadas por los hombros. Pero su torso es casi esquelético: apenas tiene músculos, se le ven las costillas y su vientre es casi cóncavo.

También tiene el brazo derecho mucho más corto que por la mañana.

Miras a Antimonio. La música viene de algún lugar de su interior. Tiene los ojos negros fijos en Alabastro. No se han movido desde que llegaste. La extraña música es tranquila. Y Alabastro parece cómodo.

—No has cuidado de él —dices, mirándole las costillas. Recuerdas la infinidad de veces que le ponías la comida delante, y no le quitabas ojo de encima mientras masticaba sin ganas, o conspirabas con Innon para llevarlo a las comidas grupales. Siempre come más cuando cree que la gente lo mira—. Ya que nos lo has robado, al menos podrías asegurarte de que se alimenta como es debido. Engordarlo antes de comértelo, o algo así.

La música continúa. Se oye un rechinar de piedra muy leve y ves que los cabujones que tiene por ojos al fin se desplazan un poco para mirarte. Son

unos ojos muy extraños, a pesar de que tienen cierto parecido superficial con los de un humano. Distingues la sustancia seca y mate que conforma la esclerótica. No tiene venas ni manchas ni ningún color diferente del blanco que indique cansancio, preocupación o cualquier otra sensación humana. Ni siquiera eres capaz de asegurar que haya pupilas dentro del negro de los iris de sus ojos. De hecho, ni siquiera sabes si ve a través de ellos. Con la información de que dispones, lo mismo podría detectar tu presencia y dirección valiéndose de los codos.

La miras a esos ojos y de improviso te das cuenta de que quedan muy pocas cosas capaces de infundirte miedo.

—Nos lo robaste y no podemos hacerlo solos. —No, eso es una verdad a medias. Innon, un feral, no tenía ni la menor posibilidad contra los Guardianes o un orogén entrenado en el Fulcro. Pero ¿tú? Tú fuiste quien lo fastidió todo—. No podría haberlo hecho sola. De haber estado allí Alabastro en ese momento... Te odié. Más tarde, mientras deambulaba, me juré que encontraría la manera de matarte. De meterte en un obelisco como aquel otro. Enterrarte en el océano a tanta distancia que nadie fuera capaz de encontrarte.

Te mira y no dice nada. Ni siquiera puedes guiarte por su respiración para saber si le afecta, porque no respira. Pero la música deja de oírse, se apaga y todo queda en silencio. Por lo menos ha reaccionado; algo es algo.

Nada de esto tiene sentido. Pero entonces la amenaza del silencio se hace más patente y, como aún te sientes un tanto molesta, añades:

—Qué pena. La música sonaba bien.

(Más tarde, ya en la cama, mientras reflexiones sobre los errores que has cometido durante el día, pensarás: «Estoy tan loca como lo estaba Alabastro en aquella época.»)

Un momento después, Alabastro se estremece, alza la cabeza y emite un pequeño gruñido que hace que tus pensamientos y tu corazón viajen diez

años al pasado y vuelvan al presente. El hombre te mira y parpadea, desorientado por un momento, y te das cuenta de que no te reconoce así, con el pelo el doble de largo, la piel curtida y las ropas desteñidas por la Estación. Vuelve a parpadear, y tú respiras hondo. Vaciláis entre el antes y el ahora.

—El de ónice —dice, con voz ronca por el sueño. Claro que lo sabe—. Siempre te extralimitas, Siena.

No te molestas en corregirlo por haber usado ese nombre.

—Dijiste un obelisco.

—Por el óxido, dije el de topacio. Pero si has llamado al de ónice, está claro que he infravalorado tus progresos. —Ladea la cabeza, con gesto pensativo—. ¿Qué has hecho durante todos estos años para perfeccionar tu control hasta este punto?

Al principio no se te ocurre nada, pero luego te viene a la mente.

—Tuve tres hijos.

Evitar que un pequeño orogén destruyera todo cuanto tenía alrededor consumió gran parte de tus energías durante los primeros años. Aprendiste a dormir con un ojo abierto. Tus glándulas sesapinales percibían hasta la más mínima sacudida de miedo o rabia de los bebés. O, peor aún, un temblor en la zona que podría haber dado pie a que cualquiera de los niños reaccionara. Sofocabas una docena de desastres cada noche.

El hombre asiente y más tarde recuerdas cuando te despertabas por la noche en Meov y encontrabas a Alabastro mirando a Corindón con cara soñolienta. De hecho, recuerdas cómo te burlabas de él por preocuparse cuando estaba claro que Corin no suponía una amenaza para nadie.

Por la Tierra ardiente, odias darte cuenta de estas cosas cuando ya es tarde.

—Cuando nací, me dejaron con mi madre unos años —dice, casi como si hablara para sí mismo. Ya deberías haber reparado en ello, dado que habla el idioma de las Costeras. Lo que siempre será un misterio es cómo su madre,

que fue criada en el Fulcro, lo conocía—. Nos separaron cuando tenía edad suficiente como para ser una amenaza efectiva, pero parece ser que, antes de eso, mi madre evitó unas cuantas veces que yo congelara Yumenes. No creo que estemos hechos para ser criados por tácticos. —Hace una pausa. Tiene la mirada distante—. Me volví a encontrar con ella unos años después, por casualidad. No la conocía, aunque de alguna manera ella me reconoció. Creo que forma parte (o formaba) de la junta consultiva de instructores. Llegó hasta los nueve anillos, si no recuerdo mal.

Se queda en silencio un momento. Quizá para recordar algo más de ella que no fuera un encuentro apresurado entre dos desconocidos en un pasillo.

Su concentración aumenta de improviso cuando vuelve al presente.

Te mira.

—Creo que ahora podrías ser una nonanillada.

Te pilla por sorpresa, y te llena de dicha, aunque te cubres con una máscara de indiferencia.

—Pensaba que esa clase de cosas ya no eran importantes.

—Y no lo son. Destruí el Fulcro a conciencia cuando me encargué de Yumenes. Aún hay edificios en el lugar donde se encontraba la ciudad, dispuestos a lo largo del borde del agujero, a menos que ya se hayan derrumbado. Pero los muros de obsidiana no son más que escombros, y me aseguré de que el Primordio fuera lo primero en caer al foso.

Su voz deja entrever una satisfacción aguda y enfermiza. Suena igual que tú hace un momento, cuando te imaginabas asesinando a los come piedras.

(Miras a Antimonio. Ha vuelto a mirar a Alabastro y la mano aún le sostiene la espalda. Casi parece que lo hace por devoción o amabilidad, pero sabes que las manos, los pies y los antebrazos del hombre están en lo que sea que esa criatura tenga por estómago.)

—Solo menciono los anillos para tener un punto de referencia. —Alabastro

se revuelve y se incorpora con cuidado. Después, como si hubiera oído tus pensamientos, extiende el muñón cubierto de piedra del brazo derecho—. Mira aquí dentro. Dime lo que ves.

—¿Vas a contarme lo que pasa, Alabastro?

Pero no responde. Se limita a mirarte. Suspiras. Muy bien.

Miras su brazo, que ahora solo llega hasta el codo, y te preguntas a qué se refería con «mira aquí dentro». Te asalta el recuerdo de la noche en que sacó un veneno de las células de su propio cuerpo. Aunque necesitó ayuda para hacerlo. Frunces el ceño y, por impulso, miras el objeto rosado de forma extraña que tiene detrás. Esa cosa que parece un cuchillo demasiado largo, con una empuñadura muy grande y que, de alguna manera, en realidad es un obelisco. La llamó espinela.

Lo miras de nuevo. Seguro que te ha visto mirar la espinela. No se mueve: ni una pequeña sacudida en su cara quemada y cubierta de piedra, ni un guiño de sus inexistentes pestañas. Pues muy bien. Todo vale, mientras hagas lo que él dice.

Vuelves a mirar el brazo. No quieres probar suerte con la espinela. No tienes ni idea de lo que puede hacer. En lugar de eso, lo primero que haces es enlazarte con el brazo. Parece absurdo: te has pasado la vida sesapinando capas de tierra a kilómetros de profundidad. Pero, para tu sorpresa, descubres que eres capaz de hacerlo. Es extraño y pequeño, demasiado cercano y demasiado pequeño, pero está ahí, porque al menos la capa externa que lo cubre es de piedra. Calcio, carbono y motas de hierro oxidado que debieron ser sangre. También...

Haces una pausa, frunces el ceño y abres los ojos. (No recuerdas haberlos cerrado.)

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —La parte de su boca que no está marcada por las

quemaduras se tuerce en una sonrisa sarcástica.

Frunces el ceño.

—Hay algo aquí. Esto en lo que... —Te estás convirtiendo—. Esta piedra. No es... Es que no sé. Es piedra, pero no.

—¿Eres capaz de sesapinar la carne que está debajo?

No deberías poder, pero te concentras mejor, lo mejor que puedes. Entornas los ojos, aprietas la lengua contra el cielo de la boca y arrugas la nariz: también está ahí. Unos glóbulos grandes y pegajosos que rebotan entre ellos de un lado a otro. Te apartas de inmediato, asqueada. Al menos la piedra está limpia.

—Vuelve a mirar, Siena, no seas cobarde.

Lo que acaba de decir podría haberte molestado, pero ya estás vieja para tanta tontería. Aprietas los dientes y vuelves a intentarlo, respirando hondo para no marearte. Dentro de él, todo está húmedo, y el agua ni siquiera está aislada entre capas de arcilla ni...

Haces una pausa. Te concentras aún más. Entre tanto frío, sesapinas algo que se mueve despacio y de una forma menos orgánica, lo mismo que encontraste en la roca que lo conforma a él. Algo diferente, que no es ni carne ni piedra. Algo inmaterial, aunque ahí está para percibirlo. Brilla en hilos que se enredan entre su cuerpo, se enreda entre sí formando un entramado, no deja de cambiar. Hay... ¿tensión? Es energía, un torrente que resplandece. Potencial. Un propósito.

Niegas con la cabeza y te echas hacia detrás para poder mirarlo con fijeza.

—¿Qué es?

En esa ocasión sí responde.

—Es de lo que está hecho la orogenia. —Su voz suena trágica, ya que no puede cambiar demasiado las expresiones faciales—. Ya te había dicho que lo que hacemos no es lógico. Para conseguir que la Tierra se mueva,

colocamos parte de nosotros mismos en el sistema y conseguimos un resultado que no tiene nada que ver con lo que somos. Siempre ha habido un elemento más, algo que conecta las dos cosas. Es esto.

Frunces el ceño. Él se inclina hacia delante. Al parecer la emoción ha conseguido que esté más animado, igual que ocurría en los viejos tiempos. Pero entonces algo se quiebra en su interior y se estremece de dolor. Con cuidado, se vuelve a apoyar en la mano de Antimonio.

Has oído lo que ha dicho. Tiene razón. La manera en la que funciona la orogenia nunca tuvo sentido, ¿verdad? No debería funcionar. La fuerza de voluntad, la concentración y la percepción no deberían ser capaces de mover montañas. No hay nada igual en el mundo. La gente no puede detener avalanchas con un buen baile ni crear tormentas aguzando el oído. Pero, de alguna manera, siempre has sabido que este elemento estaba ahí, haciendo que tu voluntad se manifestara. Este... lo que quiera que sea.

Alabastro siempre ha podido leerte como un libro abierto.

—La civilización que creó los obeliscos tenía una palabra para denominarlo —dice, asintiendo ante tu epifanía—. Creo que hay una razón para que nosotros no la tengamos. Es porque nadie durante una infinidad de generaciones ha querido que los orogenes sepan lo que nosotros sí sabemos. Solo querían que nos limitáramos a hacerlo.

Asientes, despacio.

—Después de lo de Allia, me ha quedado claro por qué nadie quería que aprendiéramos a manipular los obeliscos.

—Al óxido con los obeliscos. No querían que creáramos algo mejor. O algo peor. —Respira hondo, poco a poco—. Vamos a dejar de manipular la piedra, Essun. ¿Eso que ves en mí? Eso es lo que tienes que aprender a controlar. Aprender a percibirlo allá donde exista. Es el material del que están hechos los obeliscos, y también es lo que les da su poder. Tenemos que

conseguir que también seas capaz de hacer esas cosas. Tenemos que convertirte en una decanillada, al menos.

Al menos. Sin más.

—¿Por qué? Alabastro, mencionaste algo. Una... luna. Tonkee no tiene ni idea de lo que es. Y lo que has dicho de que eres el culpable de esa hendidura y que quieres que yo haga algo peor... —Ves por el rabillo del ojo que algo se mueve. Miras hacia allá y ves que el hombre que trabajaba con Lerna se acerca con un cuenco entre las manos. La cena de Alabastro. Bajas la voz—. No lo voy a hacer, por cierto. No voy a ayudarte a que las cosas vayan a peor. ¿Acaso no has hecho suficiente?

Alabastro mira también al enfermero que se acerca. Mientras tanto, susurra:

—La Luna formaba parte del mundo, Essun. Era un objeto celeste que estaba mucho más cerca que las estrellas. —No deja de llamarte con nombres diferentes. Te distrae—. Su pérdida es en parte la causa de las Estaciones.

El Padre Tierra no siempre odió la vida, dicen los acervistas.

«La odia porque no puede perdonar la pérdida de su única hija.»

Pero los cuentos de los acervistas también aseguran que los obeliscos son inofensivos.

—¿Cómo sabes...?

En ese momento te detienes porque el hombre ha llegado hasta ti, por lo que te reclinan en un catre cercano mientras rumias lo que acabas de oír, y él le da de comer a Alabastro con una cuchara. Le da un poco de una pulpa aguada que no sabes qué es. Alabastro se limita a quedarse sentado y abrir la boca para que lo alimenten como a un bebé. Todo ello sin dejar de mirarte. Es una situación incómoda, y tienes que apartar la mirada. Algunas de las cosas que han cambiado entre vosotros son demasiado para ti.

El hombre termina y se marcha, no sin antes dedicarte una mirada

impasible con la que deja claro que, en su opinión, deberías haber sido tú quien le administrara la comida. Te incorporas y abres la boca para hacer más preguntas, pero en ese momento Alabastro dice:

—Es probable que pronto necesite usar el orinal. Ya no puedo controlar muy bien mis tripas, pero al menos aún funcionan de manera regular. — Cuando ve cómo lo miras, sonrío con un poco de amargura—. No quiero que veas más de lo que estás dispuesta a ver. ¿Por qué no lo dejamos y vuelves luego? El mediodía va mejor para no tener interrupciones de mis repugnantes funciones vitales.

No es justo. Bueno: sí que lo es y mereces la reprimenda, pero deberíais recibirla ambos por igual.

—¿Por qué te haces esto? —Señalas su brazo, el despojo en el que se ha convertido su cuerpo—. Yo solo... —Quizá podrías tomártelo mejor si lo entendieras.

—Son las consecuencias de lo que hice en Yumenes. —Niega con la cabeza—. Algo que habrá que recordar, Siena, cuando tengas que tomar tus propias decisiones en el futuro: algunas de ellas las tomarás a costa de pagar un precio terrible. Aunque a veces merece la pena pagarlo.

No entiendes cómo puede considerar esa muerte lenta y horrible un buen precio, y menos cuando piensas en lo que ha hecho, que es ni más ni menos que la destrucción del mundo. Tampoco sabes aún qué tiene que ver todo eso con los come piedras, las lunas, los obeliscos y todo lo demás.

—¿No habría sido mejor... limitarse a vivir? —preguntas, sin poder evitarlo. Te habría gustado decir «empezar de cero», pero no puedes. Vivir de la mejor manera posible con Sienita después de la desaparición de Meov y antes de que encontrara Tirimo y a Jija y creara una versión inferior de la familia que había perdido. Antes de que Sienita se convirtiera en ti.

Ves la respuesta en la manera en que se le apagan los ojos. Era la misma

mirada que tenía hace tiempo en aquella estación de nódulo, junto al cadáver maltratado de uno de sus hijos. Quizá sea la misma cara que puso cuando se enteró de la muerte de Innon. Sin duda, es justo la misma que viste en ti cuando ocurrió lo de Uche. Por eso no necesitas que responda a la pregunta. Habéis sufrido demasiadas pérdidas. Os han quitado demasiadas cosas, una y otra y otra vez, hasta que lo único que os quedaba era esperanza, una esperanza que habéis abandonado porque duele demasiado. Hasta que preferiríais morir o matar o evitar cualquier apego emocional antes que perder cualquier otra cosa.

Recuerdas lo que sentiste en tu fuero interno cuando presionaste una mano contra la boca y la nariz de Corindón. No en lo que pensaste. Lo que pensaste fue sencillo y predecible: «mejor morir que vivir como un esclavo». Pero lo que sentiste en ese momento fue una especie de amor atroz y distante. Una determinación por asegurarte de que la vida de tu hijo terminaba siendo bonita y saludable, aunque ello significara que tenía que acabar antes de tiempo.

Alabastro no responde a tu pregunta. Ya no lo necesitas. Te levantas para marcharte y que pueda mantener su dignidad delante de ti. Es todo lo que puedes aportarle ahora mismo. Tu amor y tu respeto no tienen demasiado valor para nadie.

Quizás aún piensas en dignidad cuando le haces una pregunta más para que la conversación no termine con un tono de desesperanza. También es tu manera de dedicarle una ofrenda de paz y hacerle saber que has decidido aprender lo que quiere enseñarte. No estás interesada en empeorar la Estación ni en nada de lo que esté tramando, pero está claro que lo necesita de alguna manera. El hijo que tuvisteis juntos está muerto, la familia que formasteis juntos ha quedado incompleta para siempre. A pesar de todo, aún es tu mentor.

(Tú también lo necesitas, es algo que reconoce la parte más cínica de ti. Es un intercambio mediocre: Nassun por él, el propósito de una madre por el de un amante, unos misterios ridículos por la razón oscura y más importante de por qué Jija asesinó a su propio hijo. Pero sin Nassun para motivarte, necesitas algo. Cualquier cosa, para seguir adelante.)

Por todo eso preguntas, de espaldas a él:

—¿Cómo lo llamaban?

—¿Mmm?

—Los constructores de obeliscos. Dijiste que tenían una palabra para designar eso que hay dentro de ellos. —Esa cosa plateada que repiquetea entre las células del cuerpo de Alabastro, que se concentra y se condensa en la piedra solidificada de su cuerpo—. El material del que está hecha la orogenia. Nosotros no le hemos puesto nombre, pero ¿cómo lo llamaban ellos?

—Ah. —Se mueve, quizá porque se prepara para usar el orinal—. El nombre no importa, Essun. Invéntate uno si quieres. Lo único que necesitas saber es que existe.

—Quiero saber cómo lo llamaban.

Es una pequeña pieza del misterio que Alabastro ha intentado hacerte tragar. Te gustaría encerrarlo entre los dedos, controlar la ingesta y al menos tener una ligera idea de su sabor. Y sí, los que crearon los obeliscos eran poderosos. Estúpidos quizás, y unos sádicos por hacer que sus descendientes tuvieran que sufrir las Estaciones, si de verdad fueron ellos los responsables. Pero eran poderosos. Quizá saber el nombre también te confiera parte de ese poder.

Alabastro empieza a negar con la cabeza y hace un gesto de dolor, porque parece que le duele en alguna parte al moverse. Luego se limita a suspirar.

—Lo llamaban «magia».

No tiene sentido. Solo es una palabra. Pero quizá tú le puedas buscar alguno.

—Magia —repites para memorizarla. Luego asientes como despedida y te marchas sin mirar atrás.

* * *

Los comepiedras sabían que estaba ahí. Estoy seguro. Pero no les importaba.

Observé durante horas cómo permanecían inmóviles y el eco de sus voces parecía salir de la nada. El idioma que hablaban entre ellos era... extraño. ¿De las Árticas, quizá? ¿De las Costeras? Nunca había oído algo parecido. Tengo que reconocer que, a pesar de todo, después de diez horas me quedé dormido. Me despertó el estruendo de un choque y un crujido, tan ensordecedor que pensé que se avecinaba la del Desastre.

Cuando me atreví a levantar la mirada, uno de los comepiedras estaba hecho pedazos en el suelo. El otro estaba igual que antes, salvo por un único cambio: me dedicaba una sonrisa brillante y resplandeciente.

Memorias de Ouse Innovador (nacido Lomocurtido)

Ticastries, geomestro principiante.

No respaldado por la Quinta Universidad

Nassun encuentra la luna

El viaje de Nassun y su padre hacia el sur es largo y tenso. Hacen la mayor parte del recorrido con el carro de caballos, lo que significa que viajan más rápido que Essun, que va a pie y cada vez está más rezagada. Jija ofrece pasaje en el carro a cambio de comida y suministros, lo que ayuda a que se muevan aún más rápido porque no necesitarán parar a menudo para comerciar. Gracias a su ritmo, evitan muchos de los cambios más nocivos que producen el clima y la lluvia de ceniza, además de las kirjusas y los burbubajos carnívoros y cosas peores que acechan en las tierras que dejan atrás. Van tan rápido que cuando pasan por Alto-Castrima, Nassun casi ni siente la llamada de Ykka y, cuando lo hace, es en sueños. En ellos, una luz blanca y cristalina la arrastra cada vez más hacia el interior de la cálida tierra. Pero lo sueña después de haber atravesado la comu, que ahora queda a quince kilómetros de distancia, ya que a Jija se le ocurrió que podían viajar un poco más rápido ese día antes de acampar y no caer presa del supuesto cebo que parecían ser los edificios vacíos e intactos del lugar.

Cuando tienen que parar en comus, algunas de ellas están cerradas y todavía no han declarado la Ley Estacional, con esperanza de que lo peor no llegue tan al sur, ya que es raro que las Estaciones afecten a todo el continente a la vez. Nassun nunca les habla a los extraños acerca de su naturaleza, pero si pudiera les diría que no hay dónde esconderse de una Estación de este calado. Algunas partes de la Quietud sufrirán los efectos más que otras, pero, a la larga, todo estará igual de mal en todas partes.

En algunas de las comus en las que se detienen los invitan a quedarse. Jija es mayor, pero aún es fuerte y robusto. Sus habilidades de esmerador y el hecho de pertenecer a la casta al uso de los Resistentes lo convierten en un elemento valioso. Nassun es muy joven y podría entrenarse en cualquier oficio considerado necesario. Además, tiene un aspecto saludable y es más alta que la media de su edad: ya muestra visos de que tendrá la constitución robusta y medlatina de su madre. Se detienen en pocos lugares, en comus resistentes con almacenes amplios en los que a la niña le gustaría quedarse. Pero Jija se niega siempre. Tiene algún destino en mente.

En otras de las comus por las que pasan intentan matarlos. Es imposible verle la lógica, ya que un hombre y una niña no pueden cargar con objetos valiosos suficientes como para que merezca la pena hacerlo, pero las Estaciones no destacan por su lógica. Huyen de algunas de ellas. Jija tiene que ponerle un cuchillo largo en el cuello a un hombre para que los saquen de una comu que les ha abierto las puertas para intentar encerrarlos. Pierden los caballos y el carro, los verdaderos objetivos de la comu, pero Jija y Nassun escapan, que es lo que importa. A partir de ese momento van a pie y más despacio, pero están vivos.

En otra comu, cuyos habitantes no se molestan en avisarlos antes de apuntarlos con ballestas, es Nassun quien los salva. Rodea a su padre con los brazos, clava los dientes en la tierra y extrae hasta el más mínimo ápice de vida y calor y movimiento de toda la comu, hasta que esta queda reducida a un mundo congelado y reluciente de muros de pizarra helada y cuerpos inertes y macizos.

(Primera y última vez. Se ha fijado en cómo la mira Jija después de hacerlo.)

Se quedan unos días en la desolada comu, descansan en casas vacías y reponen los suministros. Nadie pasa por la comu mientras se encuentran allí

porque Nassun mantiene los muros helados. Con ello transmite un claro mensaje: se trata de un lugar peligroso. No se pueden quedar mucho tiempo, claro. Las demás comus de la zona terminarán por agruparse y acudir allí a matar a la orograta que suponen una amenaza para todos. Se marchan al cabo de unos días de agua caliente y comida fresca. Jija incluso le cocina uno de los pollos congelados de la comu: es un obsequio sincero. Se van, antes de que los cuerpos se derritan y empiecen a oler mal.

Y he aquí con lo que se encuentran: bandidos, estafadores, una brisa de gas casi letal y un árbol que suelta espinas afiladas cuando detecta cuerpos calientes en las proximidades. Sobreviven a todo. Nassun ha dado un estirón, aunque casi siempre tiene hambre y casi nunca está saciada. Para cuando están llegando al lugar del que Jija había oído hablar, ha pasado un año y es diez centímetros más alta.

Por fin consiguen salir de las Surmelat, cerca de la frontera con las Antárticas. Nassun ha empezado a sospechar que Jija quería llevarla hasta Nife, una de las pocas ciudades de la región Antártica, donde se dice que hay un Fulcro auxiliar. Pero entonces se desvía hacia la carretera imperial Pellestane-Nife y comienzan a caminar hacia el este. Se detienen de vez en cuando para que Jija pueda consultar con los lugareños y cerciorarse de que va en buen camino. Después de una de esas conversaciones, que siempre tienen lugar entre susurros, cuando Jija cree que Nassun se ha ido a dormir y con gente a quien Jija considera racional después de varias horas de charla, Nassun al fin descubre hacia dónde se dirigen.

—Dime. —Jija cuchichea con una mujer que exploraba por la zona en busca de una comu. Están compartiendo la carne que ella ha cazado, alrededor de un fuego que él ha encendido—. ¿Has oído hablar alguna vez de la Luna?

La pregunta carece de significado alguno para Nassun, quien tampoco

conoce esa última palabra. Pero la mujer inspira. Le da indicaciones a Jija para que se dirijan hacia la carretera regional que va hacia el sudeste, en lugar de hacerlo por la carretera imperial, y luego se desvíen hacia el sur cuando alcancen el curso de un río que tienen cerca. Luego Nassun se hace la dormida, porque siente cómo la mujer la mira con los ojos entornados. Y, poco después, Jija se ofrece con timidez a ayudar a la mujer a calentar el saco de dormir. Nassun tiene que escuchar cómo su padre se afana para conseguir que la mujer gima y jadee como pago por la carne, y también para que se olvide de la niña. A la mañana siguiente se marchan antes de que se despierte, para que no los siga e intente hacerle daño a Nassun.

Al cabo de unos días se desvían en el río y se dirigen hacia el bosque por un sendero que corre a la sombra de los árboles; apenas es poco más que una franja allanada y blanquecina entre el sotobosque. El cielo no lleva mucho tiempo encapotado del todo en esta parte del mundo, la mayoría de los árboles aún tienen hojas y Nassun hasta oye todavía algunos animales que brincan y se escabullen a su paso. De tanto en tanto se oye el gorjeo o el canturreo de los pájaros. No hay más personas en el sendero, aunque está claro que algunos han pasado por el lugar; de lo contrario, la hierba estaría más alta de lo que está. Las Antárticas son una región austera y poco poblada, recuerda que leyó en uno de los libros de texto que tenía en otra vida. Unas pocas comus, menos carreteras imperiales, inviernos duros hasta cuando no hay Estaciones. Es un lugar en el que lleva semanas atravesar los cuadrantes. El terreno de las Antárticas es una tundra, y se dice que la parte más meridional del continente se congela y que el hielo se adentra en el mar. Ha leído que el cielo nocturno, si pudieran verlo a través de las nubes, a veces estaría inundado de unas extrañas luces de colores danzantes.

Pero en esta parte de las Antárticas el aire es caliente a pesar del ligero frío. Bajo sus pies, Nassun sesapina el batir aglomerado y pesado de un volcán en

escudo, que está en erupción pero muy despacio, con un goteo constante de lava que fluye hacia el sur. En algunas zonas de la orografía de su conciencia, Nassun detecta conductos de gas y unos pocos borbotos de lava que han salido a la superficie en forma de fuentes termales y géiseres. Los árboles se mantienen verdes debido a esta humedad y a lo caliente que está el suelo.

Luego los árboles desaparecen y ante ellos se cierne algo que Nassun no había visto antes. Cree que es una formación rocosa, pero parece consistir en docenas de franjas largas y en forma de columnas de piedra marrón grisácea dispuestas para formar una elevación, a una altura suficiente para considerarla una montaña baja o una colina alta. En lo alto de ese río de piedra ve el frondoso follaje de unos árboles. Hay una altiplanicie en la parte alta de la formación. Sobre ella, Nassun columbra algo entre los árboles que podría ser o bien un tejado redondeado, o bien una torre que hace de abasto. Es un asentamiento de alguna clase, y solo se puede acceder a ella ascendiendo por esas tiras en forma de columna de aspecto tan peligroso.

A menos que... No es más que un rasguño en su conciencia, que se convierte en la presión que presagia una certeza. Nassun mira a su padre, que tampoco aparta la vista del río de piedra. Han pasado meses desde la muerte de Uche. Nunca hasta ahora la niña había entendido tan bien a Jija, porque ahora su propia vida depende de ello. Por fin comprende que es frágil, a pesar de la fuerza exterior y la indiferencia que destila. Las grietas que hay en él son nuevas pero peligrosas, como el espacio que media entre las placas tectónicas, que siempre está abierto, nunca es estable y apenas necesita una mínima sacudida para desatar eones de energía acumulada y destruir todo lo que se encuentra a su alrededor.

Pero los terremotos son fáciles de manejar, si sabes cómo hacerlo.

Por ese motivo, Nassun mira a Jija con prudencia y dice:

—Esto lo han hecho unos orogenes, papi.

La niña supuso que se pondría tenso. Estaba en lo cierto. Supuso que necesitaría respirar hondo para calmarse. También estaba en lo cierto. El hombre reacciona al más mínimo pensamiento sobre los orogenes tal como mamá lo hacía con el vino tinto: respiración entrecortada, temblor de manos y, a veces, flojera en las rodillas o inmovilidad. Papi nunca podía llevar a casa cosas de color bermellón, aunque a veces se olvidaba y entonces era imposible razonar con mamá. Tan solo cabía esperar a que cesaran los temblores, recuperase el aliento y dejara de retorcerse las manos.

(De frotarse las manos. Nassun no se había dado cuenta de la diferencia, pero lo que hacía Essun era frotarse una mano. Un antiguo dolor arraigado en los huesos.)

Cuando Jija se ha calmado lo suficiente, Nassun añade:

—También creo que solo los orogenes serían capaces de formar esa elevación.

De hecho, está segura de ello. Las columnas de piedra se mueven, de manera imperceptible. Toda la región es un volcán que está en erupción, una lenta y sutil. En el lugar en que se encuentran, la erupción impulsa hacia la superficie una corriente de lava que aumenta poco a poco, y tardará años en enfriarse y separarse para formar esos mástiles largos y hexagonales al contraerse. Parece sencillo para un orogén, aunque carezca de entrenamiento. Sería fácil presionar contra la surgencia, paladear ese calor que se enfría y levantar otra columna. Subirse en ella para alcanzar la altiplanicie. Muchas de las franjas de piedra que tienen delante son de un gris pálido, más fresco y limpio. Otros son más recientes.

Luego papi la sorprende cuando asiente de forma espasmódica.

—Tiene... tiene que haber más como tú en ese lugar. —Nunca dice ninguna de las dos palabras que empiezan por o. Siempre «los que son como tú», «los tuyos» o «esos»—. Por eso te he traído hasta aquí, mi niña.

—¿Es el Fulcro de las Antárticas?

Quizás había errado al deducir adónde se dirigían.

—No. —Tuerce los labios. La falla se estremece—. Mejor aún.

Es la primera vez que lo ve con ganas de hablar del asunto. No respira más rápido ni la mira de la forma habitual cuando se afana por intentar convencerse de que es su hija. Nassun decide ponerlo un poco a prueba. Analizar sus estratos.

—¿Mejor?

—Mejor. —El hombre la mira y, por primera vez desde lo que parece una eternidad, le sonrío de la manera que solía hacerlo. La manera en que un padre debería sonreír a su hija—. Pueden curarte, Nassun. Es lo que dicen.

«Curarme ¿de qué?», está a punto de preguntar. Luego reacciona gracias al instinto de supervivencia y se muerde la lengua antes de decir algo estúpido. A ojos de su padre solo hay una enfermedad que la aflige, solo hay un veneno por el que viajaría a lo largo de medio mundo en busca del antídoto para su pequeña.

Una cura. Lo dice en serio. ¿Para la orogenia? Casi no sabe qué pensar. ¿Ser... diferente? ¿Ser normal? ¿Es posible algo así?

Se queda tan estupefacta que se olvida de vigilar a su padre durante un instante. Cuando lo recuerda, se estremece, porque es él quien la ha estado vigilando. El hombre asiente con satisfacción ante la mirada de la chica. Esa sorpresa es justo lo que quería ver: sorpresa, o quizás asombro o regocijo. No habría reaccionado bien de haber sido disgusto o miedo.

—¿Cómo? —pregunta. Parece que el hombre tolera la curiosidad.

—No lo sé. Pero es algo que aprendí porque lo comentaban los viajeros, antes. —De igual manera que cuando dice «los tuyos» se refiere a algo muy concreto, cuando dice «antes» también lo hace—. Dicen que lleva aquí unos cinco o diez años.

—Pero ¿qué pasa con el Fulcro? —Niega con la cabeza, confundida. Es el primer sitio al que pensaba que...

Papi tuerce el gesto.

—Los animales entrenados y encadenados no dejan de ser animales. —Se da la vuelta hacia la elevación de piedra—. Quiero recuperar a mi pequeña.

«No me he ido a ninguna parte», piensa Nassun, pero sabe que es mejor no decir nada.

No hay sendero que indique la forma de subir ni ninguna señal de nada en las cercanías. Todo podría ser parte de las defensas para la Estación; han visto algunas comus que no solo se protegen con muros, sino también con obstáculos infranqueables o camuflaje. Sin duda, los miembros de esta conocen un camino secreto para alcanzar la altiplanicie, pero ellos no, así que Jija y Nassun tienen delante todo un enigma que resolver. Al otro lado de la elevación de columnas tampoco hay ningún camino a la vista. Podrían rodearlo y ver si hay escalones por detrás, pero eso les llevaría días.

Nassun se sienta en un tronco de los alrededores, no sin antes comprobar si hay insectos u otras criaturas que puedan haberse vuelto agresivas desde el inicio de la Estación. (Nassun ha aprendido a tratar la naturaleza y a su padre con la misma cautela.) La chica observa cómo Jija deambula de un lado a otro, hace pausas una y otra vez y patea una de las franjas en el lugar donde se alza de forma pronunciada del suelo. El hombre murmura algo. Necesitará tiempo para hacerse a la idea de lo que tienen que hacer.

Termina por volverse hacia ella.

—¿Puedes hacerlo?

La chica se pone en pie. El hombre se tambalea un poco, como sorprendido por el movimiento tan repentino, para luego detenerse y fulminarla con la mirada. Ella se limita a quedarse quieta, para que sea consciente del daño que le hace al tenerle tanto miedo.

Aprieta un poco los dientes, y una parte de su rabia se convierte en desazón. (Solo una parte.)

—¿Tendrás que destruir el bosque para hacerlo?

Vaya. Ahora entiende parte de su preocupación. Es la primera zona verde que ven en todo un año.

—No, papi —responde—. Hay un volcán.

Señala bajo sus pies. El hombre se estremece y mira el suelo con el mismo odio irracional que a veces le dedica a ella. Pero es un sinsentido odiar al Padre Tierra, tanto como desear que cesen las Estaciones.

El hombre respira hondo y abre la boca, y Nassun tiene tan claro que va a pronunciar ese «muy bien» que ya ha empezado a formar la sonrisa que él necesita para consolarse. Pero en ese momento los pilla por sorpresa el estruendoso repiqueteo que se oye en el bosque circundante y que espanta una bandada de pájaros que la chica no sabía que estuviese ahí.

Algo resuena en el suelo que los rodea, y Nassun parpadea ante aquellas reverberaciones quedas que se forman en los estratos de la zona. Es algo pequeño, pero tiene mucha fuerza. En ese momento, Jija grita.

Hubo una época en la que Nassun se quedaba quieta en el sitio cuando la sorprendían. A causa del entrenamiento de mamá. Es una costumbre que ha ido desapareciendo a lo largo del último año y, a pesar de que aún se queda quieta, hunde su conciencia en la tierra. Solo unos metros, pero lo hace. Y su orogenia también se detiene cuando ve el virote de metal enorme, pesado y aserrado que atraviesa la pantorrilla de su padre.

—¡Papi!

Jija tiene una rodilla en el suelo, se agarra la pierna y deja escapar entre los dientes un sonido que es algo menos que un grito, pero igual de agonizante. Es enorme: decenas de centímetros de largo, seis de diámetro. La chica ve cómo ha destrozado la carne a su terrible paso. La punta está enterrada en el

suelo al otro lado de la pantorrilla, y lo ha dejado clavado en el sitio. No es el virote de una ballesta, sino un arpón. Hasta tiene una pequeña cadena por el borde sin punta.

¿Una cadena? Nassun se gira y la sigue. Está en manos de alguien. Unos pies retumban sobre los estratos que tienen alrededor, hacen crujir las hojas mientras se mueven. Hay sombras que oscilan al pasar entre los troncos de los árboles y desaparecen a continuación. Oye cómo alguien llama en un idioma de las Árticas que ha escuchado antes pero no conoce. Son bandidos. Se acercan.

Vuelve a mirar a papi, quien intenta respirar hondo. Tiene la cara pálida. Hay mucha sangre. Pero el hombre levanta la cabeza para mirarla con los ojos muy abiertos y blancos a causa del dolor, y de improviso ella recuerda la comu en la que sufrieron un ataque, la comu que congeló, y el aspecto con el que la dejó.

Bandidos. Mátalos a todos. Sabe que es lo que tiene que hacer. Si no lo hace, la matarán a ella.

Pero su padre quiere que sea su pequeña, no un animal.

No deja de mirar a su alrededor, con respiración entrecortada; no puede dejar de mirar, no puede pensar, no puede actuar, no puede hacer nada sino quedarse ahí y temblar e hiperventilar, indecisa entre la supervivencia y ser una buena hija.

En ese momento, alguien baja a brincos por la cresta de lava, saltando de una franja de roca a otra con una velocidad y una agilidad tales que... Nassun no puede apartar la mirada. Nadie puede ser capaz de algo así. Pero el hombre aterriza en medio del suelo de gravilla al pie de la cresta con un golpe seco, fuerte y ominoso. Es de complexión recia. Sabe que es grande, aunque cuando lo ve aún está agachado mientras se levanta del suelo, con la mirada fija en algo que hay entre los árboles que Nassun tiene detrás. Desenfunda un

cuchillo de cristal largo y retorcido. (No obstante, de alguna manera el peso del aterrizaje del hombre no reverbera en los sentidos de la chica. ¿A qué se debe? Y también hay... Niega con la cabeza y piensa que quizá sea un insecto, aunque el extraño zumbido es una sensación, no un sonido.)

Luego el hombre se esfuma, corre en línea recta hacia la maleza y los pies le retumban con tanta fuerza en el suelo que a su paso se levantan pedazos de tierra. La boca de Nassun se abre cuando se da la vuelta para seguirlo. Lo pierde de vista en la espesura, pero vuelve a oír gritos en ese idioma. Al cabo, en la dirección hacia la que vio correr al hombre oye un sonido tenue y gutural, como el de alguien que acaba de recibir un fuerte golpe. Los que se movían entre los árboles dejan de hacerlo. Nassun ve una mujer de las Árticas de pie en un claro entre una maraña de enredaderas y rocas viejas y erosionadas. La mujer se da la vuelta y, justo cuando coge aire para llamar a otra persona, el hombre aparece de improviso detrás de ella y le pega un puñetazo en la espalda. No, no: le clava el cuchillo. Y luego desaparece antes de que ella caiga al suelo. La violencia y la velocidad del ataque son devastadoras.

—N-nassun —dice Jija, y la chica se vuelve a sobresaltar. En realidad se había olvidado de él por un momento. Se acerca, se agacha y pone el pie en la cadena para evitar que nadie la use para hacerle más daño. El hombre la coge del brazo, con demasiada fuerza—. Deberías... Mmm... Deberías escapar.

—No, papi. —La chica intenta descubrir la manera en la que la cadena está enganchada al arpón. El asta del arma es lisa. Si consigue soltar la cadena o la parte llena de púas podrá liberar la pierna de papi. Pero ¿y entonces? Es una herida terrible. ¿Se desangrará hasta morir? La chica no sabe qué hacer.

Jija suelta un bufido mientras ella menea la cadena para comprobar si se puede sacar torciéndola un poco.

—No... Creo que el hueso... —Jija se bambolea, y Nassun cree que lo

blanco que tiene los labios es una mala señal—. Márchate.

La chica le hace caso omiso. La cadena está soldada a un aro al final del asta. La coge con una mano y lucha por concentrarse, ya que la aparición de aquel hombre extraño la había distraído. (Pero la mano le tiembla. Respira hondo para contener su propio miedo. En algún lugar entre los árboles se oyen un gemido borboteante y un grito de rabia.) Sabe que Jija tiene en su equipaje las herramientas de esmerar, pero el arpón es de acero. Un momento... El metal se rompe si se le aplica el frío adecuado, ¿verdad? Quizá... con un toro lo suficientemente acotado...

No lo ha hecho nunca. Si le sale mal, congelará la pierna del hombre. Pero, de alguna manera y por instinto, está segura de poder hacerlo. Nunca le ha convencido la manera en que mamá la enseñó a pensar en la orogenia, como un circuito de calor y movimiento. Hay algo cierto en esa forma de verlo, y sabe por experiencia que funciona. Pero hay algo... que no cuadra. Burdo. Siempre le viene a la cabeza el pensamiento: «Si no pienso en ella como calor...», pero nunca consigue darle un sentido productivo al pensamiento.

Mamá no está con ella. La muerte sí, y su padre es la única persona de las que quedan en el mundo que la quiere, aunque su amor venga envuelto en una capa de dolor.

Pone la mano en la parte de atrás del arpón.

—No te muevas, papi.

—¿Q-qué?

Jija tiembla, pero también está cada vez más débil. Bien: Nassun puede trabajar sin que la interrumpen. Pone la mano libre en la pierna del hombre, ya que su orogenia siempre ha tenido cuidado de no congelarla, incluso cuando no la podía controlar del todo, y cierra los ojos.

Hay algo debajo del calor del volcán, algo entremezclado entre las ondículas de movimiento que danzan por la tierra. Es fácil manipular las

ondas y el calor, pero el mero hecho de siquiera percibir este otro elemento es complicado. Por eso su madre la enseñó a buscar las ondas y el calor. Pero si Nassun es capaz de sujetar ese otro elemento, que es más refinado, delicado y también más preciso que el calor y las ondas... si es capaz de moldearlo para convertirlo en un borde afilado, de limarlo para refinarlo hasta el infinito y así deslizarlo por el asta como si...

Se oye un siseo rápido y agudo cuando se agita el aire que la separa de Jija. Luego la punta de la cadena de la asta del arpón se suelta, y las superficies esquiladas del metal relucen lisas y espejadas a la luz de la tarde.

Nassun respira aliviada y abre los ojos. Descubre que Jija está muy tenso y mira detrás de ella con un gesto mezcla de terror y agresividad. La chica se sorprende, se vuelve y ve al hombre del cuchillo, que está detrás de ella.

Tiene el pelo negro, lacio como en las Árticas, y tan largo que le llega hasta la cadera. Es tan alto que la chica se cae de culo cuando intenta mirarlo en toda su envergadura. O quizá se cae porque de repente se ha quedado agotada. No lo sabe. El hombre tiene la respiración entrecortada y sus ropas, que son tejidas a mano e incluyen unos pantalones viejos, limpios y plisados, están muy salpicadas de sangre, una sangre que se concentra en el cuchillo de cristal que enarbola en la mano derecha. El hombre baja la cabeza para mirarla con unos ojos que centellean como el metal que acaba de cortar, y su sonrisa está casi igual de afilada.

—Hola, pequeña —dice el hombre cuando Nassun lo mira—. Ese ha sido un buen truco.

Jija intenta moverse y desliza la pierna por el asta del arpón. Es terrible. Se oye el sonido frustrado del hueso que chirría contra el metal, y el hombre suelta entre estertores un grito agonizante mientras agarra a Nassun entre espasmos. Nassun lo coge por el hombro, pero el hombre es pesado y ella está cansada. Entonces se da cuenta de que carece de la fuerza suficiente para

enfrentarse al hombre del cuchillo de cristal en caso de que sea necesario. El hombro de Jija se estremece bajo su mano y ella tiembla casi con la misma fuerza. ¿Quizás eso explique que nadie use ese elemento que se oculta bajo el calor? Ahora su padre y ella pagarán el precio por semejante estupidez.

Pero el hombre de pelo negro se agacha. Sus movimientos son tan cuidadosos y gráciles que resultan extrañas la brutalidad y rapidez que demostró hace unos instantes.

—No tengas miedo —dice. En ese momento parpadea, la indecisión centellea en su mirada—. ¿Te conozco de algo?

Nassun no había visto a ese gigante de ojos geliris que lleva el cuchillo más largo del mundo. Aún lo tiene en la mano, aunque ahora cuelga a un lado. La chica niega con la cabeza, de manera un poco brusca y rápida.

El hombre parpadea, la indecisión se desvanece y regresa la sonrisa.

—Las bestias están muertas. He venido a ayudarte, ¿verdad? —Hay algo extraño en la pregunta. La hace como si quisiera que se lo confirmaran: «¿Verdad?» Es demasiado sincero, demasiado cordial. Luego afirma—: No dejaré que nadie te haga daño.

Quizá sea solo una casualidad que desvíe la mirada hacia la cara de su padre justo después de decirlo. Pero... Algo en el interior de Nassun se relaja. Solo un poco.

En ese momento, Jija intenta volver a moverse, emite otro quejido de dolor y pone una mirada mordaz.

—Qué desagradable. Déjeme ayudarlo...

Suelta el cuchillo y extiende las manos hacia Jija.

—Ni te acerques, por el óxido —espeta Jija, al tiempo que se intenta echar hacia atrás mientras se estremece por el dolor. También jadea. Y suda—. ¿Quién eres? ¿Eres...? —Desvía la mirada hacia la elevación de columnas hexagonales—. ¿De...?

El hombre, que se había retirado al ver la reacción de Jija, mira hacia el mismo lugar.

—Ah. Sí. Los centinelas de la comu os vieron llegar por el camino. Luego vimos que se acercaban los bandidos, así que bajé a ayudar. Ya habíamos tenido problemas con ellos, así que esta era una buena oportunidad de eliminar la amenaza. —Su mirada blanca se dirige hacia Nassun, y se demora un momento en el arpón cortado. No ha dejado de sonreír—. Aunque la verdad es que tú no habrías tenido problema con ellos.

Conoce la naturaleza de Nassun. La chica se encoge contra su padre, aunque sabe que no servirá de nada. Es una costumbre.

Su padre se pone tenso y se le acelera la respiración hasta convertirse en un jadeo.

—¿Eres... eres de...? —Traga saliva—. Estamos buscando la Luna.

La sonrisa del hombre se ensancha. Tiene acento de las Ecuatoriales. En las Ecuatoriales también tienen los dientes blancos y resistentes.

—Ah. Sí —responde—. La habéis encontrado.

Su padre se desploma, todo lo aliviado que le permite la pierna.

—Vaya... Oh. Por fin, aciaga Tierra.

Nassun no aguanta más.

—¿Qué es esa Luna?

—Luna Hallada. —El hombre inclina la cabeza—. Es el nombre de nuestra comunidad. Un lugar muy especial para gente muy especial. —Luego enfunda el cuchillo y extiende una mano con la palma hacia arriba, como un ofrecimiento—. Me llamo Schaffa.

La mano solo está extendida hacia Nassun, y ella no sabe por qué. ¿Quizá porque el hombre conoce su naturaleza? Quizá solo sea porque la mano de la chica no está cubierta de sangre, como lo están las de Jija. Traga saliva y

coge la mano, que de inmediato se cierra con firmeza alrededor de la suya. Y consigue articular palabra:

—Me llamo Nassun. Este es mi padre. —Levanta la barbilla—. Nassun Resistente Tirimo.

Nassun sabe que su madre entrenó en el Fulcro, lo que significa que su apellido al uso nunca fue «Resistente». Y Nassun solo tiene diez años y es demasiado joven para que Tirimo le hubiera otorgado el apellido de comu en caso de continuar viviendo allí. Aun así, el hombre inclina la cabeza con respeto, como si no fuera una mentira.

—Pues ven —dice—. Veamos si entre los dos podemos liberar a tu padre.

Se levanta y la eleva con él, y ella se vuelve hacia Jija mientras piensa que con Schaffa podrán sacar a Jija del asta, y que si lo hacen rápido no le harán mucho daño. Pero antes de que la chica pueda siquiera abrir la boca para decirlo, Schaffa aprieta dos dedos contra su nuca. Ella se estremece y se vuelve hacia él, con postura defensiva, pero el hombre levanta ambas manos mientras agita los dedos para indicarle que está desarmado. Nassun siente el cuello húmedo, como si tuviera un poco de sangre.

—El trabajo es lo primero —dice el hombre.

—¿Cómo?

Schaffa señala con la cabeza al padre de la chica.

—Puedo levantarlo mientras tú le mueves la pierna.

Nassun vuelve a parpadear, confundida. El hombre se acerca a Jija. Ella está distraída por la extraña manera en la que la acaban de tocar mientras su padre grita de dolor al liberarlo.

Pero mucho más tarde recordará el momento después de aquel toque, el instante en el que las puntas de los dedos del hombre brillaron como bordes seccionados del arpón. Un delgado hilo de esa luz bajo el calor que parece titilar mientras se desplaza desde ella hacia él. También recordará que, por un

instante, ese hilillo de luz iluminó a los otros: a todo un entramado de líneas aserradas que se extendían alrededor del hombre formando una telaraña, como cuando un cristal quebradizo recibe un golpe seco. La zona del impacto, el centro de aquella tela de araña, se encontraba en algún lugar en la parte trasera de la cabeza de Schaffa. Nassun recordará que en aquel momento pensó: «No está solo en esa cabeza.»

En ese momento no importa. El viaje ha terminado. Al parecer, Nassun ha llegado a casa.

* * *

Los Guardianes no hablan de Warrant, el lugar donde los crearon. Nadie sabe dónde se encuentra. Cuando se les pregunta, se limitan a sonreír.

De la historia acervista, «Sin título 759»,
registrada en el cuadrante Charta, en la comu Eadin
por el itinerante Mell Acervista Piedra

8

Te lo han advertido

Oyes el primer susurro cuando estás en la cola para recoger la ración semanal que le corresponde a tu casa. No está dirigido a ti y se supone que nadie debería oírlo, pero lo haces porque el que habla está nervioso y no puede estar callado.

—Por los fuegos de la Tierra, hay muchísimos —le dice un anciano a un joven cuando logras salir de tu ensimismamiento lo suficiente como para procesar las palabras—. Ykka está bien. Se ha ganado el puesto, ¿no? Y seguro que hay alguno más que es bueno. Pero ¿los demás? Solo necesitamos a uno...

El chico manda callar a su compañero, de improviso. Te fijas en un grupo de gente a lo lejos que intenta transportar unas cestas de minerales deslizándolas por unas cuerdas, por lo que cuando el joven mira a su alrededor no ve que los estás mirando. Pero recuerdas lo que han dicho.

Ha pasado una semana desde el incidente con los burbubajos, pero te parece que fue hace un mes. No se debe solo a que hayas perdido la noción del paso de los días y las noches. Parte de esa extraña elasticidad del tiempo se debe a que has perdido a Nassun y, con ella, la urgencia de tu propósito. Sin dicho propósito, te sientes debilitada y dispersa, como las agujas de las brújulas durante la Estación de los Errantes. Has decidido intentar sentirte como en casa, volver a centrar tu conciencia, explorar tus nuevos límites; pero eso no ayuda. La geoda de Castrima desafía tu sentido de las proporciones, además de la manera en que percibes el tiempo. Cuando te

colocas junto a una de las paredes del lugar, donde la vista hacia el otro lado está bloqueada por docenas de astas aserradas de cuarzo que se entrecruzan, sientes que el sitio está abarrotado. Pero cuando pasas junto a tantos cristales llenos de apartamentos vacíos, te das cuentas de que parece desolado y está construido para albergar a mucha más gente de la que vive allí ahora. El puesto comercial de la superficie era más pequeño que Tirimo, y empiezas a reparar en que los esfuerzos de Ykka por reclutar gente han dado muy buenos frutos. Al menos la mitad de las personas que has conocido en la comu son nuevas, como tú. (Es normal que quisiera contar con algunos de los nuevos en su improvisado concilio, el «nuevismo» como característica de grupo.) Has conocido a un metalocervista nervioso y tres esmeradores que no se parecen en nada a Jija, a un biomestro que trabaja con Lerna dos días a la semana y a una mujer que se ganaba la vida vendiendo artesanía de cuero para regalar y que ahora se pasa los días curtiendo las pieles que traen los Cazadores.

Algunos de los nuevos parecen resentidos, porque, al igual que Lerna, no pretendían unirse a Castrima. Ykka u otras personas creyeron que serían valiosos para una comunidad que antes solo tenía comerciantes y mineros, por lo que aquella se convirtió en la última parada de su viaje. Pero algunos se toman con mucho ímpetu la idea de contribuir y defender la comu. Son sobre todo los que no tienen otro lugar adonde ir, aquellos cuyas comus quedaron destruidas o bien por la Hendidura o bien por las réplicas. No todos cuentan con habilidades útiles. Tiene sentido, porque suelen ser más jóvenes, y la mayoría de las comus no aceptan ni enfermos ni ancianos durante las Estaciones a no ser que tengan habilidades muy atractivas, y porque te has enterado de que Ykka les hace una pregunta muy específica al llegar: «¿Puedes vivir entre orogenes?» A quienes dicen que sí, los aceptan. Y los que lo hacen suelen ser los más jóvenes.

(No necesitas hacer preguntas para adivinar que a quienes dicen que no se les impide seguir adelante y unirse a otras comus o grupos de comubundos, cuyo objetivo es atacar una comunidad que da cobijo a orogenes a sabiendas. Al parecer hay una cantera de yeso muy útil no muy lejos a sotavento. También ayuda a mantener alejados de Alto-Castrima a los saqueadores.)

Y luego están los oriundos del lugar, los que formaban parte de Castrima mucho antes de que comenzara la Estación. A la mayoría de ellos no les gustan las nuevas incorporaciones, aunque saben que la comu no habría sobrevivido de no ser por la situación actual. Antes de que llegara Lerna no había doctor, tan solo un hombre que se dedicaba a ayudar en los partos, con cirugía de campo y algo de veterinaria, pero sin abandonar su oficio de herrero. Y solo contaban con dos orogenes, Ykka y Cutter, aunque al parecer nadie estaba seguro de que Cutter lo fuese hasta que empezó la Estación; algún día te gustaría escuchar esta historia. Sin orogenes, Bajo-Castrima sería una trampa mortal. Por eso los lugareños aceptaron a regañadientes el hecho de que Ykka se dedicara a atraer a más de los suyos. Los antiguos habitantes de Castrima te dedican miradas suspicaces, aunque lo cierto es que miran igual a todos los nuevos. Lo que les molesta no es tu naturaleza de orogén, sino el hecho de que todavía no hayas demostrado ser útil.

(Te sorprende lo innovador que te resulta el hecho de que se te juzgue por lo que haces y no por lo que eres.)

Últimamente has pasado las mañanas con un grupo de trabajo que se dedica a tareas de jardinería: a hacer brotar semillas en una bandeja de tela húmeda, luego mover los plantones resultantes a unos abrevaderos con agua y químicos que diseñan los geomestros para hacerlos crecer. Es un trabajo reconfortante que te recuerda al jardín de la casa que tenías en Tirimo.

(A Uche sentado entre los helechos comestibles poniendo unas caras horribles mientras masticaba la tierra a puñados antes de que pudieras

detenerlo. Sonríes al recordarlo antes de que el dolor vuelva a ensombrecer tu semblante. Aún no eres capaz de sonreír por recuerdos de Corindón, y eso que ya han pasado diez..., no, once años.)

Por la tarde vas a casa de Ykka para hablar con Lerna, Hjarka, Cutter y ella sobre los asuntos de la comu. Por ejemplo, si hay que castigar a Jever Innovador Castrima por vender ventiladores, ya que la economía de mercado es ilegal durante las Estaciones por decreto imperial. O cómo hacer que Crey *el Viejo*, que no es tan viejo, deje de quejarse de que el agua de los baños comunes está templada. Está poniendo de los nervios a todo el mundo. También sobre quién se va a encargar de reñir a Ontrag, la alfarera, si sigue rompiendo las pruebas que hacen sus aprendices. Así fue como enseñaron a Ontrag, pero ten en cuenta que así es como aprende la gente que quiere de verdad aprender el oficio. Los aprendices de Ontrag están ahí porque Ykka les ha ordenado que aprendan de la anciana antes de que esta estire la pata. Como sigan así, terminarán por matarla ellos.

Son asuntos ridículos, mundanos y muy tediosos, pero... te encanta. ¿Por qué? Quién sabe. ¿Quizá porque se parecen a las discusiones que tenías las dos veces que has formado parte de una familia? Recuerdas cómo discutías con Innon sobre si enseñarle o no sanzedino a Corindón para que no tuviera acento o por si alguna vez quería marcharse de Meov. Discutiste una vez con Jija porque creía que guardar fruta en el abasto frío arruinaba el sabor, pero a ti no te importaba porque así duraba más. Las discusiones que tienes con los consejeros son más importantes: ahora afectan a más de mil personas. Pero discuten con la misma pedantería y estupidez. La estupidez y la pedantería son un lujo que apenas has podido disfrutar en la vida.

Te encuentras de nuevo en la parte superior, de pie y en silencio en el porche a la entrada de una casa bajo la lluvia de ceniza. Hoy el cielo es un poco diferente: gris amarillento y algo menos encapotado, en lugar del gris

rojizo y opaco; y las nubes están dispuestas como olas largas en lugar de formar un collar de cuentas, como has visto desde que se produjo la Hendidura. Uno de los guardias Lomocurtido levanta la vista y dice:

—Quizá las cosas empiecen a mejorar.

El amarillo de las nubes es muy parecido a la luz del sol. Casi eres capaz de distinguir el sol de vez en cuando, un disco débil y pálido que en ocasiones se vislumbra entre aquellas curvas que se desplazan a la deriva.

No le dices al guardia lo que eres capaz de sesapinar, que las nubes amarillas contienen más azufre de lo normal. Tampoco le dices lo que sabes: que, si llueve en ese momento, el bosque que rodea Castrima, que es una de las principales fuentes de alimentos de la comu, se marchitará. En algún lugar del norte, la grieta que abrió Alabastro ha expulsado una gran corriente de gases que llevaba tiempo enterrada en una burbuja subterránea. Cutter, que ha subido con Hjarka y contigo, te mira con una inexpresividad antinatural. Él también lo sabe. Pero tampoco dice nada. Crees saber la razón: por el guardia y su esperanza de que las cosas vayan mejor. Sería cruel destrozar esa esperanza antes de que desaparezca por sí misma. Cutter te cae algo mejor desde que compartes ese momento de amabilidad con él.

Luego giras un poco la cabeza y la sensación se desvanece. Hay otro comepiedras cerca, acechando entre las sombras de una casa en las cercanías. Tiene apariencia masculina, es de color mantequilla, aspecto marmóreo con vetas de color marrón y coronado por un pelo revuelto de color cobre. No mira a nadie, no se mueve, y ni siquiera te habrías percatado de su presencia de no ser por el metal reluciente de su pelo, que es muy llamativo en la neblina del día. Te preguntas, por tercera o cuarta vez, por qué se agrupan alrededor de Castrima. ¿Intenta ayudar, de igual manera que Hoa te ayuda a ti? ¿Esperan a que los que son como tú también se conviertan en esa piedra deliciosa y masticable? ¿Se aburren?

No soportas a esas criaturas. Intentas olvidarte de Mantequilla Marmórea y mirar hacia otro lado, y cuando estás lista para marcharte vuelves a mirar hacia el lugar en el que se encontraba. Ya no está.

Los tres habéis subido y seguido a uno de los Cazadores por el bosque porque quería que vinierais para enseñaros algo. Ykka no se ha apuntado porque se encuentra mediando en una discusión entre los Lomocurtido y los Resistentes sobre la duración de los turnos o algo así. Lerna no ha venido: está dando clases de primeros auxilios a todo aquel que quiera apuntarse. Hoa no ha venido porque sigue desaparecido; lleva así toda la semana. Pero te acompañan siete Lomocurtido, dos Cazadores y la mujer blanca y rubia a quien conociste durante tu primer día en Castrima; se ha presentado como Esni. La han aceptado en la comu como Lomocurtido, a pesar de que le cuesta cargar más de cuarenta kilos y es más pálida que la ceniza. Resulta que era la líder de un clan de arrieros antes de la Hendidura, lo que significa que sabe cómo tratar con animales grandes y personas con el ego también grande. Los suyos y ella se ofrecieron a unirse a Castrima porque se encontraba mucho más cerca que la comu de las Antárticas de la que formaban parte. Los restos de carne seca, encurtida y salada de su último rebaño constituyeron las únicas reservas de carne de Castrima desde que tuvo lugar la Hendidura.

Nadie habla mientras camináis. El silencio del bosque, apenas roto por el murmullo de las pequeñas criaturas en el sotobosque y del golpeteo ocasional a lo lejos de los animales que perforan la madera, invita a más silencio. Mientras caminas por allí, ves que los bosques han empezado a cambiar. Los árboles más altos perdieron el follaje hace meses y expulsan savia para protegerse del frío devastador y la tierra agria de la superficie. Los matorrales y los árboles medianos tienen un follaje más frondoso, se alimentan de toda la luz que pueden capturar y a veces hasta doblan las hojas durante la noche

para deshacerse de la ceniza. Gracias al follaje se acumula menos ceniza fuera de los caminos, por lo que a veces puedes ver la basura del suelo.

Eso es positivo, ya que así las partes más nuevas del terreno destacan mucho más: los montículos. Tienen algo más de un metro de altura y suelen estar formados por ceniza cementada, hojas y pequeñas ramas. En días luminosos como hoy son fáciles de ver porque sueltan un pequeño vapor. A veces ves también algunos huesos pequeños, restos de pezuñas o colas, que sobresalen de la base de cada montículo. Nidos de burbubajos. No hay muchos... pero no recuerdas que hubiera ninguno la semana pasada, cuando cruzaste esta parte del bosque. (Habrías sesapinado el calor.) Es un buen recordatorio de que, aunque la mayoría de plantas y animales se afanan por sobrevivir en una Estación, hay otros que dan un poco más de sí: aquellos que ya no tienen encima a sus depredadores habituales y que cuentan con las condiciones adecuadas, se desarrollan y reproducen sin límites dondequiera que encuentren una fuente de alimentos. La perpetuación de las especies se basa en la cantidad de individuos.

Aun así, no es algo bueno. Reparas en que no has dejado de mirarte los zapatos. Los demás hacen lo mismo.

Luego llegáis a la parte superior de una cresta que se eleva sobre el bosque, que se extiende a lo largo de una cuenca. Esta se encuentra fuera de la zona de protección que mantienen los orogenes de Castrima, ya que hay franjas de bosque arrasadas o marchitas debido a la Hendidura. Podrías ver a cientos de kilómetros de distancia de no ser por la ceniza, pero al ser un día tan claro y despejado, quizás alcances a ver unas docenas. Es suficiente.

Y es que allí, entre aquella luz dorada y neblinosa, ves algo que sobresale sobre el bosque arrasado: un grupo de lo que parecen ser pequeños árboles o ramas arrancados y colocados en el suelo para que se mantengan en vertical, aunque muchos de ellos se doblan hacia los lados. En las puntas de cada uno

hay pedazos ondeantes de tela roja que llaman la atención. No distingues si el rojo de la tela es tinte u otra cosa: en cada una de esas estacas hay un cuerpo clavado. Las estacas sobresalen de los cuerpos por la boca u otras partes: están empalados.

—No son de los nuestros —dice Hjarka. Mira a través de un catalejo y lo ajusta mientras uno de los Cazadores merodea en las cercanías con las manos medio levantadas por si a Hjarka se le cae de las manos el valioso instrumento o, conociéndola, por si lo tira—. Me refiero a que es difícil desde esta distancia, pero no los reconozco y no creo que hayamos enviado a nadie tan lejos. Además, parecen sucios. Tal vez sean una banda de comubundos.

—Y abarcó más de lo que podía apretar —murmura uno de los Cazadores.

—Tenemos controladas a todas nuestras patrullas —dice Esni, cruzando los brazos—. Solo les sigo la pista a los Lomocurtido, los Cazadores se organizan por su cuenta, pero sí que apuntamos las partidas. —Ya ha estudiado los cuerpos a través del catalejo y fue idea suya que los miembros del Liderazgo de la ciudad subieran a lo más alto para verlos con sus propios ojos—. Supongo que los culpables serán viajeros. Un grupo de rezagados que intenta regresar a su comu y que estaba mejor armado que los comubundos que los atacaron. Y también tuvieron más suerte.

—Los viajeros no harían algo así —susurra Cutter. Suele guardar silencio. Hjarka es quien suele complicar las cosas, pero es muy predecible y bastante más llevadera de lo que su aspecto haría presagiar. Cutter, al contrario, se opone a casi todo lo que sugerís Ykka, los demás o tú. Bajo esa apariencia tranquila hay un pequeño y rumbriento cabezota—. Me refiero a los empalados. No hay razón para detenerse tanto tiempo. Alguien se ha pasado un buen rato cortando esas varas, afilándolas, haciendo agujeros para clavarlas y colocándolas para que se puedan ver desde kilómetros a la redonda. Los viajeros... viajan.

En ese momento te das cuenta de que Cutter es mucho más indescifrable que Hjarka. Esta es una mujer que nunca ha podido ocultar la fuerza y la amplitud de lo que es, por lo que nunca se ha preocupado por hacerlo. Cutter es un hombre que se ha pasado la vida ocultando la fuerza de mil montañas detrás de una capa de mansedumbre. Ahora ya sabes qué apariencia tiene alguien así desde el exterior. Además, el hombre tiene razón.

—Entonces, ¿qué crees que ha ocurrido? —Intentas adivinar sin pensarlo —: ¿Otra banda de comubundos?

—Tampoco harían algo así. Llegados a este punto, ya no se pueden permitir desperdiciar los cadáveres.

Tuerces el gesto y ves cómo varios del grupo suspiran o se mueven, incómodos. Pero es cierto. Aún hay animales que cazar, pero los que no están hibernando son rabiosos, están blindados o son lo suficientemente tóxicos para ser una presa muy difícil para todo el que no sea un cazador muy bien preparado. Los comubundos rara vez tienen una ballesta que funcione bien, y la desesperación no ayuda a ocultarse. Además, ahora que has descubierto a los burbubajos, sabes que hay otro competidor más para hacerse con los cadáveres.

Si Castrima no encuentra un nuevo suministro de carne pronto, los demás y tú tampoco podréis desperdiciar más cuerpos. Has torcido el gesto por varias razones.

Hjarka baja el catalejo al fin.

—Cierto —suspira como respuesta a Cutter—. Joder.

—¿Qué? —De improviso te sientes estúpida, como si todos hubieran empezado a hablar otro idioma.

—Es alguien que marca el territorio. —Hjarka hace un gesto con el catalejo, encogiéndose de hombros. El Cazador se lo quita de las manos con destreza—. Es un aviso, pero no para otros comubundos, ya que a ellos no les

importaría y además podrían usar los cuerpos de aperitivo. Nos están lanzando un aviso. Para que sepamos lo que harán si cruzamos sus fronteras.

—La única comu en esa dirección es Tettehee —dice uno de los Cazadores—. Son amistosos, lo han sido durante años. Y no suponemos ninguna amenaza para ellos. Por allí tampoco hay mucha agua para abastecer más comus. El río se desvía hacia el norte.

El norte. Eso te inquieta. No sabes por qué. No hay razón para mencionárselo a los demás. Aun así...

—¿Cuándo fue la última vez que supisteis algo de Tettehee? —Obtienes la callada por respuesta y miras a tu alrededor. Nadie te quita ojo de encima. Bueno, ahí tienes la respuesta—. Pues necesitamos que alguien vaya a Tettehee.

—¿Alguien que podría terminar empalada?

Hjarka te fulmina con la mirada.

—No hay nadie prescindible en esta comu, recién llegada.

Es la primera vez que has avivado su cólera, y es mucha cólera. Es anciana, más grande y, además de sus dientes afilados, también está su rabiosa mirada de ojos negros. En cierta manera te recuerda a Innon, por lo que su respuesta consigue cualquier cosa menos enfadarte.

—Además, necesitaremos enviar un grupo de comerciantes —dices, haciendo acopio de tranquilidad, lo que hace parpadear a la mujer. Es la conclusión inevitable de todas las charlas que habéis tenido los últimos días sobre la escasez cada vez mayor de las reservas de carne de la comu—. Este aviso también nos servirá para asegurarnos de que el grupo que enviemos esté armado y sea tan grande que nadie que se enfrente a él salga bien parado.

—¿Y si los que lo hicieron cuentan con un grupo mayor y mejor armado?

Durante las Estaciones la fuerza no vale de mucho. Lo sabes bien. Hjarka lo sabe bien. Pero dices:

—Envía a un orogén con ellos.

Parpadea, sorprendida de verdad, pero luego arquea una ceja.

—¿Para que mate a la mitad de los nuestros mientras los defiende?

Te giras hacia otro lado y levantas una mano. Ninguno de los demás se alejan de ti, pero tampoco son de comus tan grandes como para haber recibido la visita de un orogén imperial; no saben lo que tu gesto significa. No obstante jadean, dan un paso atrás y murmuran cuando haces rotar un toro de más de un metro de ancho a distancia en la maleza. La ceniza y las hojas marchitas se arremolinan como una polvareda aciaga, brillan heladas a la sulfurosa luz del atardecer. No tenías razón para hacerlo girar tan rápido. Lo haces para impresionar.

Luego usas lo que has conseguido absorber con el toro y te vuelves, señalando hacia el lugar de la cuenca donde se encuentran los cuerpos empalados. Al principio, la distancia hace que sea imposible discernir lo que ocurre, pero luego los árboles de la zona se estremecen y las astas empiezan a balancearse con fiereza. Un instante después se abre una fisura y tiras al suelo las astas y sus espeluznantes adornos. Unes las manos, despacio para no asustar a nadie, y los árboles dejan de moverse. Pero un momento después todos sienten una sacudida queda en la cresta en la que os encontráis, ya que has dejado que se acerque una pequeña réplica. No tenías por qué haberlo hecho. No es más que una advertencia.

Es admirable que Hjarka solo parezca sorprendida en vez de asustada cuando abres los ojos y te vuelves hacia ella.

—Muy bien —dice—. Me queda claro que puedes congelar a alguien sin matar a todos los que tienes alrededor. Si todos los orogratas pudieran hacerlo, nadie tendría ningún problema con ellos.

Por el óxido, cómo odias esa palabra. Te da igual lo que diga Ykka.

Y no crees estar del todo de acuerdo con la afirmación de Hjarka. La gente

tiene problemas con los orogratas por muchas razones que no tienen nada que ver con la orogenia. Abres la boca para responder, pero luego te detienes. Porque consigues ver la trampa que te ha tendido Hjarka, la única manera en la que puede terminar esa conversación, y es algo a lo que no te gustaría llegar... aunque no tienes forma de evitarlo. Joder, por el óxido.

Y así es como terminas a cargo de un nuevo Fulcro, o algo parecido.

* * *

—Estúpida —dice Alabastro.

Suspiras.

—Lo sé.

Ha pasado un día y estás enfrascada en otra conversación sobre los procedimientos de cosas muy extrañas: sobre cómo funciona un obelisco, cómo su estructura cristalina emula las extrañas conexiones de energía entre las células de los seres vivos y la existencia de teorías sobre elementos incluso más pequeños que las células, aunque nadie los haya visto ni pueda probar que existen.

Tienes esas conversaciones a diario con Alabastro en el cambio de turno entre el trabajo de la mañana y el politiquero de por la tarde, ya que al hombre lo apremia una sensación de urgencia espoleada por su propia mortalidad. Las sesiones no duran demasiado, ya que la fuerza de Alabastro es muy limitada. Y tampoco es que hayan sido muy productivas porque es un profesor terrible. Se limita a ladrar órdenes y dar lecciones, y nunca responde cuando le haces preguntas. Es impaciente y susceptible. Por un lado, se debe a la situación en la que se encuentra, pero también forma parte de su carácter. No ha cambiado nada.

A menudo te sorprende lo mucho que has echado de menos a este viejo

necio irascible. Y es por eso que lo aguantas, al menos al principio.

—Pero alguien tiene que enseñar a los más jóvenes —dices. La mayoría de los orogenes de la comu son niños o adolescentes, porque los ferales no suelen sobrevivir hasta llegar a adultos. Has oído rumores de que algunos de los orogenes adultos les han enseñado a no congelar cosas por impulso, lo que ayuda a que Castrima sea un lugar tan estable como lo fueron las Ecuatoriales. Pero al fin y al cabo son ferales que han enseñado a otros ferales—. Y está claro que no dejes de hacer mal las cosas que me dices que haga...

—Por el óxido, ninguno de ellos merece la pena. Deberías haberlo sesapinado de haberte molestado en prestarles atención. No solo depende de la habilidad, sino que también se necesita algo de talento natural. Por eso en el Fulcro se elegía cómo nos teníamos que reproducir, Essun. La mayoría de ellos solo podrán recurrir a la redistribución de energía. —Es el término con el que ambos habéis acuñado la orogenia que se hace con el calor y la energía cinética, la que se hace en el Fulcro. Lo que Alabastro intenta enseñarte ahora, eso que te cuesta tanto aprender porque se basa en cosas que no tienen sentido, es algo que habéis empezado a llamar «redistribución mágica». Tampoco es muy preciso, ya que no tiene nada que ver con redistribución, pero servirá hasta que lo comprendáis mejor.

Alabastro no deja el tema de las clases de orogenia que has aceptado dar y de los chicos que irán a ellas.

—Enseñarlos es una pérdida de tiempo.

No sabes la razón, pero aquel rechazo empieza a agotar tu paciencia.

—Educar a los demás nunca es una pérdida de tiempo.

—Hablas como una mera profesora de creche. Bueno, no me extraña.

Esa falta de respeto hacia la profesión que ejerciste los años en que pasaste

desapercibida es un golpe bajo. Deberías dejarlo estar, pero te afecta como si te hubiera echado sal en las heridas y espetas:

—Déjalo. Ya.

Alabastro parpadea y luego frunce el ceño todo lo que puede.

—No tengo tiempo para niñerías, Siena...

—Essun. —En ese momento, el nombre es importante—. Y por el óxido si me importa que te estés muriendo. No me hables así.

Te levantas, porque de improviso estás harta.

Él se te queda mirando. Antimonio está a su lado, como siempre, apoyándolo en silencio, y sus ojos se desplazan hacia ti por un instante. Te parece ver sorpresa en su cara, pero tal vez sean imaginaciones tuyas.

—No te importa que me esté muriendo.

—No. No me importa. ¿Acaso debería? A ti no te importa que nos muramos los demás. Tú eres el que nos hiciste esto. —Al otro lado de la estancia, Lerna levanta la vista y frunce el ceño, y te acuerdas de que tienes que bajar la voz—. Estirarás la pata dentro de poco, y todo te será más fácil. Nosotros nos moriremos de hambre cuando tú seas poco más que polvo entre la ceniza. Y si no quieres molestarte en enseñarme pues que te den. ¡Descubriré por mi cuenta cómo solucionar las cosas!

Estás a medio camino de salir de la enfermería, con paso ligero y los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, y Alabastro espeta:

—Como salgas por esa puerta te morirás de hambre. Si te quedas, aún tienes una oportunidad.

Sigues caminando y gritas por encima del hombro.

—¡Tú conseguiste hacerlo!

—¡Tardé diez años! Y no me jodas, por el óxido descascarillado, cabezota sin corazón...

La geoda se agita. No solo el edificio de la enfermería, sino también toda la

maldita estructura. Oyes gritos de alarma en el exterior y entonces te das cuenta. Te detienes, aprietas los puños y usas otro toro como respuesta al fulcro que Alabastro ha colocado justo debajo de Castrima. No consigues apartarlo, aún no tienes tanta precisión y estás demasiado enfadada para intentarlo en serio. No obstante, el movimiento se detiene, ya sea porque lo has hecho bien o porque has sorprendido lo suficiente a Alabastro como para detenerlo. No te importa.

Luego te das la vuelta y te abalanzas sobre él con tanta rabia que Antimonio desaparece y reaparece de improviso a su lado, como una centinela silenciosa. No te importa, y tampoco te importa volver a ver a Alabastro encorvado y emitiendo un sonido sibilante de dolor. No te importa nada.

—Una cosa te voy a decir, imbécil egoísta —gruñes mientras te agachas a su lado, por lo que la come piedras es la única que te oye además de él. Bastro tiembla de dolor y el día anterior eso habría bastado para detenerte. Ahora estás demasiado enfadada para apiadarte de él—. Yo tengo que vivir aquí mientras tú te limitas a esperar tu muerte, y si vas a hacer que esta gente nos odie porque no puedes contenerte...

Un momento. Pierdes la concentración, distraída. Eres capaz de vislumbrar cómo tiene lugar el cambio, a su brazo izquierdo, que había sido más largo. La piedra repta despacio e imperturbable con un sonido sibilante y casi imperceptible, a medida que transmuta la carne en algo diferente. Y casi en contra de tu voluntad, cambias tu percepción como te ha enseñado, buscas entre las gélidas burbujas que lo conforman los zarcillos escurridizos que lo entrelazan. De repente, ves que se vuelven resplandecientes, casi argénteos, que forman un entramado y se alinean de nuevas formas que no habías visto antes.

—Eres una rumbriente arrogante —refunfuña Alabastro. Rompe la

concentración que tenías en su brazo y la reemplaza por la ofensa de que justo él te haya llamado arrogante a ti—. Essun, actúas como si fueras la única que ha cometido errores, la única que ha muerto por dentro y ha tenido que seguir adelante. No sabes una mierda, y tampoco escuchas...

—¡Porque no me cuentas nada! Quieres que escuche, pero no compartes nada conmigo. Lo único que haces es dar órdenes y vociferar y... y... ¡No soy una niña! Aciaga Tierra, ¡Yo ni siquiera le hablaría así a una niña!

(La parte más traidora de ti te susurra: «Lo has hecho. Le hablaste así a Nassun.» Y la parte más leal responde: «Porque, de otra manera, no lo habría entendido. No habría estado a salvo si hubieras sido más amable o tenido más cuidado. Lo hiciste por su bien y...»)

—Por el óxido, es por tu bien —rechina Alabastro. La piedra ha dejado de desplazarse por su brazo. En esa ocasión solo han sido unos centímetros—. ¡Intento protegerte, por la Tierra!

Te detienes y lo miras con fijeza. Él te devuelve la mirada y el silencio se cierne sobre ambos.

Se oye un tintineo pesado y metálico detrás de ti. El sonido hace que te des la vuelta para mirar a Lerna, quien te mira con los brazos cruzados. La mayoría de los habitantes de Castrima, orogenes incluidos, no sabrán a qué se debe la agitación, pero él sí porque ha sido testigo de la situación. Ahora tendrás que explicarle varias cosas, y será mejor que lo hagas antes de que meta algo venenoso en el próximo cuenco de papilla de Alabastro.

Es un recordatorio de que las cosas ya no son como antes y no puedes reaccionar como lo hacías antes. Si Alabastro no ha cambiado, dependerá de ti. Porque tú sí lo has hecho.

En ese momento te yergues y respiras hondo.

—Nunca le has enseñado nada a nadie, ¿verdad?

El hombre parpadea y sospecha por la manera en la que has cambiado el

tono de voz.

—Te he enseñado a ti.

—No, Alabastro. Cuando hacías cosas imposibles, yo me limitaba a mirarte y a intentar no morir al imitarte. Pero tú nunca has intentado a conciencia traspasarle esa información a otro adulto, ¿verdad?

Conoces la respuesta antes de que la articule, pero consideras importante que lo haga. Es algo que tiene que aprender.

Ves cómo aprieta los dientes.

—Lo he intentado.

Te ríes. El tono defensivo de su voz es respuesta suficiente. Después de otro momento de reflexión en el que respiras hondo para poner en orden tu autocontrol, te vuelves a sentar. Antimonio se queda en pie entre vosotros, pero intentas ignorarla.

—Mira —dices—. Tienes que darme una razón para confiar en ti.

Entrecierra los ojos.

—¿Ya no confías en mí?

—Has destruido el mundo, Alabastro. Me dijiste que querías que yo empeorara las cosas. No creerás que voy a aceptar un «obedéceme sin cuestionar nada».

Se le dilatan las fosas nasales. El dolor de la piedra parece haber desaparecido, aunque sigue inundado en sudor y aún tiene la respiración entrecortada. Pero ves que algo cambia en su expresión y, un instante después, se desploma todo lo que su cuerpo le permite.

—Le dejé morir —susurra mientras aparta la mirada—. Es normal que no confíes en mí.

—No, Alabastro. Los Guardianes mataron a Innon.

Tuerce un poco los labios para sonreír.

—A él también.

En ese momento te das cuenta. Han pasado diez años y parece que fuera ayer.

—No —repites, pero esa vez en voz más baja. Más débil. Dijo que no te iba a perdonar lo de Corindón... pero quizá tú no seas la única a la que no ha perdonado.

Se hace un largo silencio.

—De acuerdo —accede al fin. En voz muy baja—. Te lo contaré.

—¿El qué?

—Dónde he estado estos últimos diez años. —Alza la vista hacia Antimonio, quien aún se cierne sobre vosotros—. Te contaré todo lo que ha ocurrido.

—No está lista —dice la come piedras. Te sobresaltas al oírla.

Alabastro intenta encogerse de hombros, pero tuerce el gesto cuando algo se le clava en el cuerpo. Luego suspira.

—Yo tampoco lo estaba.

Antimonio os mira desde arriba. Su gesto no es muy diferente del que tiene desde que llegaste, pero da la impresión de estar más cohibida. Quizá sean imaginaciones tuyas. En ese momento, desaparece. En esta ocasión ves cómo ocurre. Su silueta se emborrona, se vuelve insustancial, translúcida. Luego baja hacia el suelo, como si se le hubiera abierto un agujero bajo los pies. Desaparece.

Alabastro suspira.

—Ven. Siéntate a mi lado —dice.

Frunces el ceño de inmediato.

—¿Por qué?

—Para tener relaciones sexuales. Por el óxido, ¿qué clase de pregunta es esa?

Hubo una época en la que lo querías. Es probable que aún lo hagas.

Suspiras, te levantas y te acercas a la pared. Te apoyas para acomodarte y, aunque no tiene la espalda quemada, le pones la mano detrás con cuidado para que se sostenga, como ha hecho Antimonio antes.

Alabastro se queda en silencio por un instante y luego dice:

—Gracias.

Y luego... te lo cuenta todo.

* * *

No respires la ceniza ligera. No bebas el agua roja. No camines por la tierra caliente.

Tablilla primera, «De la supervivencia»,
versículo séptimo

Nassun, necesitada

Eres Essun, así que no tendría que recordarte que Tirimo y el mundo de la carretera oscurecido por la ceniza durante una quinta estación es lo único que Nassun conoce antes de llegar a Luna Hallada. Conoces a tu hija, ¿verdad? Por eso debería ser obvio que Luna Hallada se convierta para ella en algo que no creía haber tenido antes: un verdadero hogar.

No es una nueva comu. Su centro es la aldea de Jekity, que hace unos cuantos siglos, antes de la Estación de la Asfixia, era una ciudad. Durante esa Estación, el monte Akok cubrió las Antárticas con una capa de ceniza, pero eso no fue lo que estuvo a punto de acabar con Jekity, que por aquel entonces tenía grandes abastos y muros resistentes de madera y pizarra. La ciudad de Jekity desapareció debido a varios errores humanos: un niño derramó aceite mientras encendía un farol e inició un incendio que devastó la parte occidental de la comu y acabó con una tercera parte del lugar antes de que estuviera controlado. La líder de la comu murió en el incendio. Se presentaron tres candidatos para ocupar su puesto. Debido a las facciones y las luchas internas, la zona del muro que se había quemado no se reconstruyó con la rapidez necesaria. Unos tibbits, pequeños animales peludos que van en manada como hormigas cuando no hay suficiente comida, atacaron la comu, a todo aquel al que no le dio tiempo de apartarse de su camino y también los abastos que se encontraban a nivel del suelo. Los supervivientes resistieron un tiempo con lo que había quedado, pero luego murieron de hambre. Cuando se despejó el cielo unos cinco años después, quedaban en el lugar

menos de quinientas almas de los cientos de miles que lo habitaban antes de que comenzara la Estación.

La Jekity de la actualidad es incluso más pequeña. Las reparaciones torpes y pobres que se hicieron al muro durante la Estación de la Asfixia aún perduran, y los abastos se han llenado lo suficiente para cumplir con los estándares imperiales, pero solo en teoría: la comu no ha realizado bien la rotación de suministros viejos y estropeados para cambiarlos por productos frescos. Los forasteros casi no han pedido unirse a Jekity durante todos estos años. Hasta en las Antárticas se la considera una comu condenada. Los jóvenes se suelen marchar para casarse o intentar convencer a otras comunidades más florecientes en las que hay más trabajos y el recuerdo del sufrimiento no perdura. Hace diez años, Schaffa encontró esta comu aletargada con cultivos en bancales. Convenció a Maite, la líder por aquel entonces, para que le permitiera montar una instalación especial para los Guardianes intramuros de la comu. La mujer pensó que aquello sería toda una revolución para el lugar. Los Guardianes son un gran fichaje para cualquier comunidad, ¿a que sí? Ahora hay tres Guardianes en Jekity, Schaffa entre ellos, además de nueve niños de todas las edades. Eran diez, hasta que una tarde uno causó un temblor breve pero intenso a causa de un berrinche y desapareció. Maite no hizo preguntas. Es bueno saber que los Guardianes hacen bien su trabajo.

Nassun y su padre no lo saben cuando se mudan a la comu. Ya se enterarán a su debido tiempo. Los sanadores, un doctor anciano y un herborista de los bosques, se pasan siete días tratando de que la gravedad de Jija remita: presenta un cuadro febril poco después de la operación que le tienen que practicar en la herida. Nassun lo atiende durante todo ese tiempo. Cuando ya están seguros de que va a sobrevivir, Schaffa les presenta a Maite, a quien le encanta descubrir que Jija es un esmerador de piedra. La comu no cuenta con

ninguno desde hace décadas, por lo que tenían que realizar pedidos a los esmeradores de la comu de Deveteris, distante unos treinta kilómetros. En la comu hay una casa vieja y vacía que tiene un horno y, aunque una forja le sería mucho más útil, Jija le comenta que podría usarlo para trabajar. Maite le da un mes para probar y escucha con atención cuando los suyos le cuentan que Jija es educado, amistoso y sensible. También está sano y se recupera de la herida como haría un buen Resistente. Además, ha conseguido sobrevivir en la carretera con la única compañía de una pequeña. Los habitantes también se dan cuenta de lo bien educada y leal que es su hija, que no tiene nada que ver con lo que esperaban de un orograta. A final del mes, Jija recibe el nombre de «Jija Resistente Jekity» y se le prepara una ceremonia que la mayoría de los habitantes de la comu no habían visto nunca, ya que nadie se unía al lugar desde hace mucho tiempo. La propia Maite tuvo que buscar los detalles de la celebración en un viejo libro acervista. Dan una fiesta muy divertida, y Jija les dice que es todo un honor para él.

Nassun se queda como «Nassun» a secas. Nadie la llama Nassun Resistente Tirimo, aunque ella se presenta de esa manera cuando conoce a gente nueva. El interés que Schaffa muestra por ella es demasiado obvio. Pero la chica no causa problemas, por lo que los habitantes de Jekity son igual de amables con ella que con Jija, aunque con las debidas reservas.

Quienes sí aceptan del todo a Nassun tal y como es son los demás niños orogenes.

El mayor es un chico de las Costeras que se llama Eitz y tiene un acento entrecortado que a Nassun le parece exótico. Tiene dieciocho años, es alto, de cara alargada y hay algo que siempre ensombrece su gesto, aunque no echa a perder su belleza a ojos de Nassun. Es uno de los que le dieron la bienvenida a la chica el primer día después de que hubiera quedado claro que Jija iba a sobrevivir.

—Luna Hallada es nuestra comunidad —dice con una voz grave que hace que a Nassun se le acelere el corazón mientras la lleva a un pequeño recinto que han construido los de Schaffa y se encuentra cerca del muro más debilitado de Jekity. Sobre una colina. Atraviesan unas puertas que se abren solas cuando se acercan—. En Yumenes estaba el Fulcro. En Jekity, esto: un lugar donde puedes ser tú misma y estar siempre a salvo. Recuerda que Schaffa y los otros Guardianes están aquí para ayudarnos. El lugar es nuestro.

Luna Hallada tiene sus propios muros que se han construido con las disyunciones columnares que están por toda la zona, aunque los muros son de tamaño uniforme y están a la misma altura. Nassun no necesita sesapinar para darse cuenta de que se han creado con orogenia. Dentro del complejo hay varios edificios pequeños, algunos nuevos, pero la mayoría data de la época en que la antigua Jekity se despobló. Fueran lo que fueran, ahora se han reacondicionado para convertirse en hogar de los Guardianes: una cantina, una zona de práctica de grandes baldosas, varios almacenes y un dormitorio para los niños.

Los niños fascinan a Nassun. Dos de ellas son de las Costeras occidentales, pequeñas, morenas, de pelo negro y ojos angulosos. Son hermanas y lo parecen. Se llaman Oegin e Ynegen. Nassun no conocía a nadie de las Costeras occidentales, y las mira hasta que se da cuenta de que ellas le devuelven la mirada. Las niñas le preguntan si le pueden tocar el pelo, y ella les hace la misma pregunta. En ese momento, todas se dan cuenta de lo raro que suena, se ríen y se hacen amigas de inmediato. Ni siquiera hace falta que se toquen la cabeza. Otro de los chicos se llama Paido, es de las Surmelat, aunque parece que tiene algunos rasgos de las Antárticas, pues su pelo es muy rubio, y la piel, tan blanca que brilla. Eso hace que los demás se ríen de él, pero Nassun le responde que ella también se quema bajo el sol a veces,

aunque no le confiesa que para eso tiene que pasar todo el día al aire libre, no solo unos minutos. Al chico le hace mucha ilusión.

Los otros niños son todos de las comus de las zonas meridionales de las Surmelat y tienen rasgos sanzedinos visibles. A Deshati le estaban enseñando el oficio de los esmeradores antes de que la encontraran los Guardianes, y le hace a Nassun todo tipo de preguntas sobre su padre. (Nassun le responde que vaya a hablar con Jija directamente. Deshati lo entiende, aunque se pone triste.) Wudeh enferma cada vez que come cierto tipo concreto de cereales y es muy pequeño y delicado porque no puede consumir todos los nutrientes que necesita, aunque su orogenia es la mejor del grupo. Lashar mira a Nassun con gesto distante y se burla del acento de la chica, aunque ella no es capaz de distinguir entre su forma de hablar y la de Lashar. Los demás le explican que eso se debe a que el abuelo de Lashar era de las Ecuatoriales y su madre es una líder de una comu de la zona. Pero ay, Lashar es un orogén y esas cosas ya no importan... aunque su educación salta a la vista.

Pellas no es el verdadero nombre de Pellas, pero ella no le ha dicho a nadie cuál es el de verdad, por lo que la empezaron a llamar así cuando una tarde intentó escabullirse de realizar las tareas domésticas. (No lo hizo más, pero se quedó con el nombre.) A Hurona también le pusieron un mote, porque es muy tímida y se pasa la mayor parte del tiempo escondida detrás de alguien. Solo tiene un ojo, y una cicatriz horrible le recorre la cara. Cuando Hurona no está por los alrededores todo el mundo dice entre susurros que fue porque su abuela intentó apuñalarla. Su nombre real es Xif.

Con Nassun son diez, y el resto quiere saberlo todo sobre ella: de dónde viene, qué comida le gusta, cómo era la vida en Tirimo, o si ha tocado alguna vez una de esas crías de kirjusa peluditas. Entre susurros le preguntan otras cosas, cuando les queda claro que es la preferida de Schaffa. ¿Qué hizo durante el día de la Hendidura? ¿Cómo ha aprendido a usar tan bien la

orogenia? Así es como Nassun descubre que, entre los suyos, es raro nacer con padres que también son orogenes. Wudeh es el más parecido a ella, ya que su tía descubrió lo que era y le enseñó al niño de lo que era ella capaz; a grandes rasgos, evitar congelar a los demás por accidente. Otros aprendieron por las malas, y Oegin siempre da la callada por respuesta cuando el asunto sale a relucir. Deshati no sabía que era orogén hasta que se produjo la Hendidura, algo que Nassun no comprende. Ella es la que hace más preguntas, pero en voz baja, cuando los demás no están y con tono contrito.

Otra de las cosas que descubre Nassun: es mucho, mucho, mucho mejor que cualquiera de ellos. Y no solo por el entrenamiento. Eitz ha entrenado durante muchos más años que ella, pero su orogenia es débil y enclenque como el cuerpo de Wudeh. Eitz la controla lo suficiente como para no hacer daño a nadie, pero apenas va mucho más allá. No puede encontrar diamantes ni enfriar un punto concreto durante un día caluroso ni partir un arpón por la mitad. El resto atiende mientras Nassun les intenta explicar eso último, pero en ese momento aparece Schaffa por la pared de un edificio cercano (uno de los Guardianes siempre los vigila mientras se reúnen, entrenan o juegan) y se la lleva a dar un paseo.

—Lo que no entiendes —dice Schaffa, poniéndole una mano en el hombro mientras caminan— es que las habilidades de un orogén no son solo cosa de práctica, sino también de habilidad innata. Se ha hecho un gran esfuerzo para mejorar la crianza de la orogenia. —Suspira un poco, como si estuviera decepcionado—. Hay unos pocos que nacen con unas aptitudes sobresalientes.

—Mi padre mató a mi hermano por ello —explica Nassun—. La orogenia de Uche era más potente que la mía. Pero solo la usaba para escuchar, y a veces decía cosas raras. Me hacía reír.

Lo dice en voz baja, porque aún le duele decirlo y porque no es un tema

del que suela hablar. Jija no quería oírlo, por lo que ella no ha tenido oportunidad de compartir su pena con nadie hasta ahora. Están en una de las terrazas meridionales de Jekity, unas plataformas colocadas de forma sucesiva sobre el suelo de lava del valle. En las terrazas se cultivan cereales, verduras y legumbres. Algunas de las plantas han empezado a marchitarse debido a la escasa luz. Tal vez sea la última cosecha antes de que las nubes de ceniza adquieran demasiada consistencia.

—Sí. Y es una tragedia, pequeña. Lo siento —suspira Schaffa—. Creo que los míos han hecho demasiado bien su trabajo de advertir a la población de los peligros de los orogenes inexpertos. Ninguna de esas advertencias es falsa, pero sí... exagerada, quizá.

Se encoge de hombros. La chica siente una punzada de rabia: esa «exageración» hace que su padre la mire a veces con tanto odio. Pero la rabia es vaga e imprecisa: odia el mundo, no a nadie en particular. Y eso es mucho odio.

—Cree que soy mala —afirma, sorprendida de sí misma.

Schaffa la mira durante un rato. Por un instante hay algo de confusión en su gesto, y frunce el ceño de forma inquisitiva como es habitual en él. De forma involuntaria, Nassun sesapina por un instante y vuelve a ver esos extraños hilos argénteos que relucen en el interior del hombre, que se entrelazan con su carne y se arremolinan en su mente en algún lugar cerca de la nuca. La niña se detiene en cuanto el hombre se relaja, porque sabe que es muy susceptible al uso de la orogenia y que no le gusta que lo haga sin su permiso. Pero ella sabe que, cuando esos hilos relucientes tiran de él, la percibe menos.

—No eres mala —dice, convencido—. Eres justo como te ha hecho el mundo. Eres especial, Nassun... Especial y poderosa de una forma nada habitual incluso para los que son como tú. De estar en el Fulcro, ya tendrías

anillos. Quizá cuatro, o puede que cinco. Y eso sería una proeza para alguien de tu edad.

Eso pone muy feliz a Nassun, aunque no termina de entenderlo del todo.

—Wudeh dice que los anillos del Fulcro llegan hasta diez. ¿Es cierto?

Wudeh tiene a la Guardiania más habladora de los tres, a Nida, la de ojos de ágata. Nida suele decir cosas carentes de sentido, pero el resto del tiempo comparte su valiosa sabiduría, por lo que todos los niños han aprendido a hacer caso omiso de los rumores.

—Sí, diez. —Por alguna razón, eso no parece gustarle a Schaffa—. Pero no estamos en el Fulcro, Nassun. Aquí tienes que entrenar por tu cuenta, ya que no hay orogenes instructores que lo hagan. Y es algo bueno, porque puedes... hacer otras cosas. —Se le tuerce el gesto. Los hilos plateados vuelven a relucir a través de él y luego se detienen—. Cosas que se necesita que hagas y que... cosas que no se pueden hacer con el entrenamiento del Fulcro.

Nassun sopesa la información y, por el momento, hace caso omiso de la plata.

—¿Cosas como hacer que desaparezca mi orogenia?

Sabe que su padre se lo ha pedido a Schaffa.

—Eso sería posible cuando alcances cierto nivel de desarrollo. Pero para llegar a ese punto, lo mejor será que aprendas a usar tus poderes sin ideas preconcebidas. —Schaffa se la queda mirando. Su gesto denota indecisión, pero Nassun lo sabe: sabe que el hombre no quiere que se vuelva una táctica, aunque quepa esa posibilidad—. Tienes suerte de haber nacido de un orogén con la habilidad suficiente para enseñarte cuando eras niña. Debes de haber sido muy peligrosa durante la infancia y tus primeros años.

Nassun se encoge de hombros cuando lo oye. Baja la cabeza y patea una mala hierba que se las ha arreglado para crecer entre dos columnas de basalto.

—Supongo.

El hombre se le vuelve a quedar mirando y entrecierra los ojos. Sea lo que sea lo que le ocurra, algo que también tienen todos los Guardianes de Luna Hallada, desaparece cada vez que ella intenta ocultarle algo. Es como si el hombre pudiera sesapinar lo que la perturba.

—Cuéntame más sobre tu madre.

Nassun no quiere hablar de su madre.

—Puede que esté muerta. —Es lo más probable, aunque recuerda sentir el esfuerzo que realizó su madre para que la Hendidura no afectara a Tirimo. Aunque la gente se habrá dado cuenta, ¿no? Mamá siempre le decía a Nassun que evitara la orogenia durante los terremotos, porque así era como se descubría la condición de orogén. Y lo que le ocurrió a Uche es lo que pasa cuando se descubre que alguien es un orogén.

—Quizá. —Ladea la cabeza, como un pájaro—. He visto indicios de entrenamiento del Fulcro en tu técnica. Tienes... precisión. Es algo inusual en una balasto... —Hace una pausa. Parece confundido de nuevo, por un instante. Sonríe—. Una chica de tu edad. ¿Cómo te entrenó?

Nassun se vuelve a encoger de hombros y se mete las manos en los bolsillos. Si se lo cuenta, la odiará. Y si no, la tendrá en menor estima. Quizás hasta la abandone.

Schaffa se mueve para sentarse en el muro cercano de una terraza. No deja de mirarla, sonriendo con educación. Espera. Lo que hace que a Nassun se le ocurra una tercera posibilidad, una peor: ¿Y si se niega a contárselo y el hombre se enfada y los echa a ella y a su padre de Luna Hallada? En ese caso, Jija sería lo único que le quede.

Le dedica otra mirada de soslayo a Schaffa. Ha arqueado un poco las cejas, no por desagrado sino por preocupación. La preocupación parece sincera. Está preocupado por ella. Nadie se ha preocupado por ella desde hace un año.

Es por eso que, al fin, Nassun le dice:

—Salíamos a un lugar cerca del final del valle, lejos de Tirimo. Ella le decía a papi que me llevaba a recolectar plantas. —Schaffa asiente. Es algo que se les suele enseñar a los niños en las comus que están fuera de la red de nódulos de las Ecuatoriales. Es una habilidad útil en caso de que tenga lugar una Estación—. Mamá lo llamaba «un rato de chicas». A papi le hacía gracia.

—¿Y allí practicaste la orogenia?

Nassun asiente y se mira las manos.

—Mamá me hablaba de ella cuando papi no estaba en casa: «charlas de chicas». —Eran discusiones sobre el funcionamiento de las ondas y sobre matemáticas. Preguntas interminables. Enfados cuando Nassun no era capaz de responder ni rápida ni correctamente—. Pero en la Punta, el lugar al que me llevaba, solo practicaba. Dibujaba varios círculos concéntricos en el suelo y tenía que hacer que mi toro no fuera más ancho que el quinto de ellos, luego del cuarto y después del tercero. A veces me tiraba piedras. —Era aterrador ver cómo tres toneladas de rocas se dirigían hacia ella y preguntarse: «Si no soy capaz, ¿mamá las detendrá?»

Nassun lo había conseguido, así que nunca supo la respuesta.

Schaffa ríe entre dientes.

—Maravilloso. —Cuando Nassun lo mira, confundida, añade—: Así es justo como los niños orogenes se entrenan... entrenaban en el Fulcro. Aunque parece que tu entrenamiento se ha acelerado mucho. —Vuelve a ladear la cabeza para reflexionar—. Si solo tuviste alguna que otra práctica ocasional porque tenías que ocultarte de tu padre...

Nassun asiente. Su mano izquierda se cierra y se vuelve a abrir, como si lo hiciera por voluntad propia.

—Dijo que no había tiempo para enseñarme con buenas maneras y,

además, yo era demasiado fuerte. Se vio obligada a hacer algo que funcionara.

—Ya veo. —A pesar de la respuesta, la chica nota que el hombre la mira, como si esperara algo. Schaffa sabe que hay algo más. Añade—: Pero debe de haber sido todo un reto.

Nassun asiente. Suspira.

—Lo odiaba. Una vez le grité a mamá. Le dije que era mala. Que la odiaba y que no me podía obligar a hacer aquello.

La respiración de Schaffa, cuando la luz plateada no titila y parpadea en su interior, es muy regular. No es la primera vez que Nassun piensa que se parece a la de una persona dormida de lo constante que es. Lo escucha respirar, no está dormido y, a pesar de todo, es muy relajante.

—Se quedó muy callada. Luego añadió: «¿Estás segura de que puedes controlarte?» Luego me cogió de la mano. —En ese momento, Nassun se muerde el labio—. Y la rompió.

La respiración de Schaffa se pausa un instante.

—¿Tu mano?

Nassun asiente. Se pasa un dedo por la palma, por el lugar en el que los huesos largos que conectan la muñeca con los nudillos aún le duelen en ocasiones, cuando hace frío. El hombre no dice nada más. La chica puede continuar:

—Dijo que no le importaba que la odiara. Que tampoco importaba si yo no quería ser buena con la orogenia. Luego me cogió la mano y me advirtió que no congelara nada. Tenía un canto rodado y me golpeó la... la mano con él. —El ruido de la piedra al golpear la carne. Crujidos húmedos mientras su madre le colocaba los huesos. Sus gritos. La voz de su madre por encima de los latidos de su sangre en las orejas: «Eres fuego, Nassun. Eres un

relámpago, peligroso a menos que se aprisione entre cables. Pero si consigues controlarte a pesar del dolor, sabré que estás a salvo»—. No congelé nada.

Después de eso, su madre se la había llevado a casa y le había contado a Jija que Nassun se había caído y hecho mucho daño en las manos para evitar el golpe. Respetó su promesa y no volvió a llevar a Nassun con ella a la Punta. Al cabo, Jija había observado que Nassun había estado muy callada aquel año. «Es algo que le pasa a las chicas cuando empiezan a crecer», había dicho mamá.

No. Si papi era Jija, entonces mamá tenía que ser Essun.

Schaffa está muy callado. Ahora conoce la naturaleza de la chica: es una niña tan obstinada que su propia madre tuvo que romperle la mano para que la obedeciera. Una niña que nunca recibió el amor de su madre, quien se limitó a pulirla. Una niña cuyo padre solo volverá a quererla si consigue hacer lo imposible y se convierte en algo que no es.

—Eso estuvo mal —dice Schaffa. Habla en voz tan baja que Nassun casi no lo oye. Se vuelve hacia el hombre, sorprendida. Él mira hacia el suelo, con gesto extraño. No es la típica mirada de confusión y desorientación que pone a veces. Es algo que recuerda de verdad y ha puesto cara de... ¿culpabilidad? —. Está mal hacerle daño a alguien a quien quieres, Nassun.

Nassun lo mira. Contiene la respiración y no se da cuenta hasta que le empieza a doler el pecho y se ve obligada a respirar. Está mal hacerle daño a alguien que quieres. Está mal. Está mal. Siempre ha estado mal.

Luego Schaffa extiende una mano hacia ella. La niña la coge. Él tira, y ella se deja arrastrar. Cae en brazos del hombre, que la aprieta con fuerza contra él. Ni el padre de la niña lo ha hecho desde que mató a Uche. En ese momento, a Nassun no le importa que Schaffa no la quiera, ya que solo la conoce desde hace unas semanas. Ella sí que lo quiere. Lo necesita. Hará lo que sea por él.

Con la cara apretada contra el hombro de Schaffa, Nassun sesapina de nuevo el parpadeo plateado. En aquella ocasión, al estar en contacto con el hombre, también siente cómo los músculos se estremecen un poco. Es poco más que un titubeo, y puede que no signifique nada: la mordedura de un bicho, un estremecimiento a causa de la brisa fresca de la noche. No obstante, la niña reconoce que es dolor. Nassun se arremolina contra el uniforme y extiende la mano con cuidado hasta alcanzar el lugar del que surgen los hilillos de plata. De alguna manera, parece que esos hilos tienen hambre. A medida que se acerca a ellos, le dan lametones, como si buscaran algo. Nassun los toca con curiosidad y sesapina... ¿el qué? Un ligero tirón. Luego se cansa.

Schaffa se vuelve a estremecer y se retira, pero no deja de sostenerla con el brazo estirado.

—¿Qué haces?

Ella se encoge de hombros, incómoda.

—Lo necesitas. Te duele.

Schaffa agita la cabeza despacio de lado a lado. No es una negación, es como si esperara encontrar algo que parece haber desaparecido.

—Siempre me duele, pequeña. Es parte de la naturaleza de los Guardianes. Pero... —Pone un gesto pensativo, y Nassun se da cuenta de que el dolor ha desaparecido, al menos por ahora.

—¿Siempre te duele? —La niña frunce el ceño—. ¿Es eso que tienes en la cabeza?

Mueve la cabeza de improviso para mirarla. Nunca le han dado miedo sus ojos geliris, ni ahora que han pasado a observarla con tanta frialdad.

—¿Cómo?

La chica se señala en su propia nuca. Sabe que es el lugar donde se

encuentran las glándulas sesapinales gracias a las clases de biomestría del creche.

—Hay algo pequeño dentro de ti. Aquí. No sé lo que es, pero lo sesapiné cuando te conocí. Cuando me tocaste el cuello. —Parpadea, pensativa—. En aquel momento cogiste algo para que a ti te molestara menos.

—Eso hice, sí.

El hombre extiende la mano hasta detrás de la cabeza de la niña y coloca dos dedos en la parte superior de su columna vertebral, justo en la parte inferior del cráneo. El toque no es tan suave como las otras veces. Pone los dos dedos muy tensos, como si imitara un cuchillo.

Pero la chica se da cuenta de que no imita nada. Recuerda el día en el bosque cuando encontraron Luna Hallada y los atacaron los bandidos. Schaffa es fortísimo y es muy probable que pueda atravesar el hueso y los músculos como si fueran de papel. Él no necesitaría una roca para romperle la mano.

Schaffa la busca con la mirada y, cuando se miran a los ojos, descubre que la chica comprende muy bien lo que piensa hacer.

—No tienes miedo.

La chica se encoge de hombros.

—Dime por qué no.

Su voz no admite una negativa.

—Porque... —No puede evitar volver a encogerse de hombros. No sabe cómo expresarlo—. No... Quiero decir, quizá tengas una buena razón.

—No tienes ni idea de mis razones, pequeña.

—Lo sé. —La chica frunce el ceño, más por frustración que por otra cosa. Luego se le ocurre una explicación—. Papi no tenía razón alguna para matar a mi hermano pequeño.

Ni para tirarla del carro. Ni para mirarla como lo ha hecho más de media

docena de veces, con esa mirada asesina que hasta una niña de diez años es capaz de descifrar.

Un parpadeo color geliris. Lo que ocurre entonces es digno de ver: la expresión de Schaffa pasa muy despacio de la contemplación del asesinato de la chica a una de sorpresa, y a una pena tan grande que hace que a Nassun se le forme un nudo en la garganta.

—¿Y has contemplado tanto sufrimiento innecesario que consideras soportable que te asesinen por un motivo determinado?

Al menos se le da bien hablar. La chica asiente con fuerza.

Schaffa suspira. Ella siente cómo los dedos del hombre titubean.

—Pero los míos no deberían saber esto. Una vez dejé vivir a una niña que lo vio, pero no debería haberlo hecho. Y ambos sufrimos por mi compasión. Lo recuerdo.

—No quiero que sufras —afirma Nassun. Le pone las manos en el pecho y desea que la plata vuelva a titilar en el interior del hombre para coger más. Los zarcillos empiezan a girarse hacia ella.

—¿Siempre duele? Eso no está bien.

—Hay muchas cosas que aplacan el dolor. Sonreír, por ejemplo, produce ciertas endorfinas que...

Se sacude y quita la mano de la nuca de la niña para apartar las manos de la pequeña de su cuerpo, justo cuando los hilos plateados las habían encontrado. Parece asustado de verdad.

—¡Eso te matará!

—De todos modos, vas a matarme tú...

Al hombre le parece que la niña tiene razón.

Se lo queda mirando.

—Por la tierra de nuestros padres. —Se limita a decir eso y, muy despacio, la tensión asesina empieza a disiparse de su postura. Un instante después,

suspira—. Nunca le cuentes a nadie... eso que acabas de sesapinar en mi interior. Si los otros Guardianes descubren que lo sabes, puede que no sea capaz de protegerte.

Nassun asiente.

—No lo haré. ¿Me dirás lo que es?

—Quizás algún día. —El hombre se pone en pie. Nassun se queda colgando de la mano cuando él intenta apartarla. Frunce el ceño, desconcertado, pero la niña sonrío y balancea un poco la mano del hombre, quien poco después niega con la cabeza. Luego vuelven al complejo, y ese es el primer día en que Nassun lo considera su hogar.

* * *

Busca al orogén en la cuna. Busca el centro del círculo. Allí encontrarás [ilegible].

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo quinto

Tienes un gran trabajo por hacer

Lo has llamado loco muchas veces. Te has convencido de que lo despreciabas incluso mientras aprendías a amarlo. ¿Por qué? Quizá porque no tardaste en darte cuenta de en qué podrías convertirte. O quizá fuera porque, mucho antes de que lo perdieras y lo volvieras a encontrar, supiste que no estaba loco. Todo el mundo cree que los orogenes están «locos»: los confunde pasar tanto tiempo entre la roca, su aparente alianza con la aciaga Tierra, el hecho de no ser humanos del todo...

Pero.

«Locos» también es la manera en que los orogratas que eligen obedecer llaman a los que no lo hacen. Hubo una época en que obedeciste, porque pensabas que así conseguirías estar a salvo. Él te mostró, una y otra vez, sin descanso y sin dejarte opción, que si la obediencia no os ponía a salvo de los Guardianes, de los nódulos, de los linchamientos, de la reproducción indeseada o de las faltas de respeto, ¿para qué servía? El juego estaba amañado y jugar no tenía sentido.

Fingiste odiarlo porque eras una cobarde. Pero llegaste a quererlo, y eso ahora forma parte de ti, porque te has vuelto más valiente.

* * *

—Luché contra Antimonio mientras descendíamos —cuenta Alabastro—. Fue una estupidez. De haberme soltado o haberle fallado la concentración por

un instante, habría pasado a formar parte de la piedra. No me habría aplastado, me habría... entremezclado. —Levanta un brazo cercenado y lo conoces lo suficiente para saber que habría agitado los dedos. Si aún tuviera dedos. Suspira, como si no lo afectara—. Cuando Innon murió es probable que ya estuviéramos en el manto.

Habla en voz baja. La enfermería está más tranquila. Miras alrededor: Lerna se ha marchado y uno de sus ayudantes duerme en una camilla desocupada y suelta pequeños ronquidos. Tú también hablas en voz baja. Es una conversación privada.

Tienes que preguntárselo, aunque hacerlo te haga daño.

—¿Sabías que...?

—Sí. Sesapiné su muerte. —Se queda en silencio un instante. Notas la reverberación de su pena y de la tuya—. No pude evitar sesapinarlo. Lo que hacen esos Guardianes también es magia. Pero lo hacen... mal. Está contaminada, como toda su naturaleza. Cuando licúan a una persona, si estás enlazada con ella, se siente como un terremoto de nueve grados.

Y ambos estabais enlazados con Innon, claro. Formaba parte de ti. Te estremeces, porque Alabastro intenta que te enlaces aún más con la tierra, la orogenia, los obeliscos y la teoría de la magia unificadora, pero es algo que quieres volver a experimentar. Ya fue muy desagradable el hecho de ver el horror en que se convirtió aquel cuerpo que amaste y estuvo entre tus brazos. Fue mucho peor que uno de nueve grados.

—No pude evitarlo.

—No. No pudiste.

Estás sentada detrás de él, y lo sostienes con una mano. Él mira hacia otro lado, algún lugar a lo lejos, desde que empezó a contar su historia. No se gira para mirarte de reojo, ya que el dolor tal vez no le permita hacerlo. Pero eso que acabas de oír en su voz suena a consuelo.

Continúa:

—No sé cómo Antimonio manipuló el calor y la presión para evitar que me mataran. No sé cómo no me volví loco al descubrir dónde me encontraba, querer volver a tu lado, ser consciente de que no podía hacer nada y sentir que me ahogaba. Cuando sesapiné lo que le hiciste a Corin, me vine abajo. No recuerdo el resto del viaje, o no quiero hacerlo. Fue... no lo sé. —Se estremece, o lo intenta. Sientes cómo los músculos se le contraen en la espalda—. Cuando recuperé la conciencia, volvía a estar en la superficie. En un lugar que... —Duda. El silencio se hace tan largo que te pone la piel de gallina.

(Yo he estado en ese lugar. Es difícil de describir. No es culpa de Alabastro.)

—Está al otro lado del mundo —dice al fin Alabastro—. Hay una ciudad.

Sus palabras no tienen sentido. En tu cabeza, al otro lado del mundo no hay más que una extensión vacía e inexplorada. Un mapa lleno de océanos.

—¿En... en una isla? ¿Hay una masa de tierra al otro lado?

—Algo así. —Ya le cuesta mucho sonreír, pero lo notas en su voz—. En aquel lugar hay un volcán en escudo gigantesco, aunque se encuentra bajo el océano. El mayor que he sesapinado jamás: las Antárticas cabrían en su interior. La ciudad está justo encima, sobre el océano. No hay nada visible a su alrededor: no hay tierras de cultivo, ni colinas que detengan un tsunami. No hay puertos ni amarres para los barcos. Solo... edificios. Árboles y vegetación que no había visto antes descontrolada por el lugar, pero sin llegar a formar un bosque, como si de alguna manera estuviera esculpida en la ciudad. No sé cómo describirlo. Son infraestructuras que parecen servir para mantener el lugar estable y en funcionamiento, pero son muy extrañas. Hay tubos y cristales y cosas que parecen tener vida. No te podría decir cómo

funciona ni una décima parte de ellas. Y, en el centro de la ciudad, hay... un agujero.

—Un agujero. —Intentas imaginártelo—. ¿Para nadar?

—No. En el interior no hay agua. El agujero atraviesa el volcán y... llega más allá. —Respira hondo—. La ciudad está construida para contener el agujero. Todo lo que hay en ella está ahí para eso. Hasta el nombre, que me dijeron los come Piedras, parece tener ese propósito: Nucleobase. Está en ruinas, Essun. Son las ruinas de una civitista como cualquier otra, pero están intactas. Las calles no se han desmoronado. Los edificios están vacíos, pero hasta hay muebles que aún se pueden usar, fabricados con elementos que no son naturales y no se estropean. Es un lugar en el que se podría vivir si uno quisiera. —Hace una pausa—. Viví en esas ruinas cuando Antimonio me llevó. No había ningún sitio al que ir, ni nadie con quien hablar..., excepto los come Piedras. Docenas, Essun, cientos quizá. Dijeron que no habían construido la ciudad, pero que ahora les pertenecía. Que les pertenecía desde hacía decenas de miles de años.

Eres consciente de cuánto le molesta que lo interrumpas, pero vuelve a hacer una pausa. Quizás espere que hagas algún comentario o quizá te esté dando tiempo para que proceses sus palabras. Te limitas a mirar hacia su nuca. Tiene muy largo lo que le queda de pelo. Pronto tendrás que pedirle a Lerna unas tijeras y un peine. Esos pensamientos son lo único que te puede pasar por la cabeza en aquellos momentos.

—Es algo que no puedes evitar pensar cuando lo tienes delante. —Parece cansado. Tus lecciones no suelen durar más de una hora y ya ha pasado más tiempo. Te sentirías culpable si fueras capaz de procesar otro sentimiento que no sea conmoción—. Los obeliscos lo dan a entender, pero es algo... —Sientes que intenta encogerse de hombros. Lo entiendes—. No son algo que puedas tocar o un lugar por el que puedas andar. Pero esa ciudad. ¿Cuánto

cubre la historia registrada? ¿Diez mil años? Veinticinco mil, si tienes en cuenta las Estaciones sobre las que aún se sigue discutiendo en la Universidad. Pero las personas llevamos aquí mucho más tiempo. ¿Quién sabe cuándo salieron nuestros ancestros por primera vez de debajo de la ceniza y se pusieron a hablar entre ellos? ¿Treinta mil años? ¿Cuarenta mil? Tanto tiempo para acabar siendo las patéticas criaturas que somos ahora, escondidas detrás de muros y usando todo nuestro ingenio y conocimientos con el único fin de la supervivencia. Es todo lo que hacemos ahora: buscar formas más eficientes de hacer cirugía de campo con equipo improvisado. Mejores sustancias que nos permitan cultivar más legumbres con menos luz. En otros tiempos, fuimos mucho más. —Se vuelve a quedar en silencio durante un buen rato—. Lloré por Innon, por Corin y por ti durante tres días. Allí, en aquella ciudad, reflejo de lo que solíamos ser.

Te incomoda que te haya incluido en su duelo. No te lo mereces.

—Cuando yo... me trajeron comida. —Alabastro cambia de tema con tanta pericia que al principio aquella oración no tiene sentido—. Comí y luego intenté matarlos. —Pone un tono irónico—. Me llevó un tiempo dejar de intentarlo, pero ellos no dejaron de alimentarme. Les pregunté una y otra vez que por qué me habían llevado hasta allí. Por qué me mantenían con vida. Al principio, la única que me hablaba era Antimonio. Pensé que era porque hacía las veces de portavoz, pero luego me di cuenta de que era porque no hablaban mi idioma. Algunos de ellos ni siquiera estaban acostumbrados a interactuar con personas. Se me quedaban mirando y a veces tenía que espantarlos. A algunos los fascinaba mi presencia; a otros, los desagradaba. El sentimiento era mutuo.

»Con el tiempo llegué a aprender parte de su idioma. Tuve que hacerlo. La propia ciudad lo hablaba. Si conocías las palabras correctas, podías abrir puertas, encender luces y hacer que hiciera más frío o calor en una

habitación. No todo funcionaba. La ciudad se estaba rompiendo, pero muy poco a poco.

»Y luego hay que tener en cuenta el agujero. A su alrededor había postes que se encendían a medida que te acercabas. —(Recuerdas de improviso aquella estancia en el centro del Fulcro. Las luces alargadas y estrechas que se encendían de manera ordenada a medida que andabas hacia la hendidura y brillaban sin que hubiera ningún fuego ni ningún cable a la vista.)—. Lo rodeaban unas barreras tan grandes como los propios edificios que a veces brillaban por la noche. Había advertencias que resplandecían como el fuego y aparecían en el aire delante de ti, sirenas que sonaban al acercarte demasiado. Antimonio me llevó hasta el lugar el primer día que me encontré... en condiciones. Me apoyé en una de las barreras y miré hacia abajo, hacia una oscuridad tan insondable que...

Tiene que hacer una pausa. Luego traga saliva y continúa:

—Me había comentado que me sacó de Meov porque no podía arriesgarse a que me mataran. Y allí, en el corazón de Nucleobase, me dijo: «Esta es la razón por la que te he salvado. Este es el enemigo al que te tienes que enfrentar. Eres el único que puede hacerlo.»

—¿Cómo?

No estás confundida. Crees que lo entiendes, pero no quieres hacerlo, así que prefieres parecer confundida.

—Es lo que me dijo —responde él. Está enfadado, pero no contigo—. Esas fueron sus palabras. Lo recuerdo porque di por hecho que aquella era la razón por la que habían muerto Innon y Corin, y la razón por la que te habíamos dejado en la estacada: porque en algún momento del herrumbroso final del mundo nuestros inteligentísimos ancestros habían tenido la idea de excavar un agujero en el corazón de la tierra por vete a saber qué herrumbrosa razón. No, Antimonio me dijo que había sido para tener más poder. No sé cómo

pretendían conseguirlo, pero lo hicieron. Y construyeron los obeliscos y otras herramientas para controlar ese poder.

»Pero algo fue mal. Me dio la impresión de que ni siquiera Antimonio sabía bien el qué. O quizá sea un tema del que los come Piedras aún discuten y no se haya llegado a un consenso. Algo fue muy mal. Los obeliscos... fallaron el tiro. La Luna salió disparada del planeta. Quizá fuera por eso, o quizá por otra razón; pero, fuera lo que fuera, el resultado fue la del Desastre. Ocurrió de verdad, Essun. Eso fue lo que causó las Estaciones. —Los músculos de la espalda se le flexionan un poco contra tu mano. Está tenso—. ¿Lo entiendes? Nosotros podemos usar los obeliscos. Para los tácticos no son más que rocas grandes y extrañas. Esa ciudad, con todas esas maravillas... esa civitusta estaba regida por orogratas. Destruimos el mundo como siempre nos han asegurado. Malditos orogratas.

Lo dice con tales rabia y saña que todo el cuerpo le reverbera cuando pronuncia las palabras. Sientes cómo se pone rígido al hacerlo. Tanto ímpetu le hace daño. Lo sabía antes de hacerlo, pero le da igual.

—Lo que no entendieron bien —continúa, ahora con voz cansada— fue de parte de quién estábamos. Las historias dicen que somos representantes del Padre Tierra, pero es justo lo contrario: somos sus enemigos. Nos odia más que a los tácticos debido a lo que hicimos. Por esa razón creó a los Guardianes, para controlarnos y...

Niegas con la cabeza.

—Bastro, lo dices como si el planeta fuera real. Como si tuviera vida propia, quiero decir. Como si tuviera conciencia. Todo eso del Padre Tierra no son más que historias para justificar la situación en la que nos encontramos. Como esas sectas extrañas que surgen de vez en cuando. He oído que hay una en la que, antes de ir a dormir, hay que pedirle a un anciano

celestial que te proteja. La gente necesita creer que hay más cosas en el mundo de las que son capaces de ver.

Pero el mundo no es más que una mierda. Has llegado a esa conclusión después de dos hijos muertos y una destrucción constante de tu vida. No hay necesidad de imaginarse que el planeta es una conciencia maliciosa que busca venganza. Es una roca. Así es la vida: terrible, corta y, si tienes suerte, termina en el olvido.

Alabastro ríe. También le duele, pero su risa hace que se te erice la piel: es la misma que oíste en la vía rápida Yumenes-Allia. La risa de la exánime estación de nódulo. Alabastro nunca ha estado loco, solo sabe muchas cosas. Cosas que dejarían farfullando incoherencias a cualquier otro de voluntad más débil. Y eso es lo que él mismo hace en ocasiones. Deja escapar ese terror acumulado como si fuera un maniaco que suelta espumarajos por la boca. Así es como sale adelante. Ahora sabes que también es una manera de advertirte que está a punto de destruir un poco más tu inocencia. Las cosas nunca son tan sencillas como te gustaría.

—Es muy probable que piensan así —dice Alabastro cuando deja de reír—. Los que excavaron un agujero hacia el núcleo del planeta. Pero que no seas capaz de ver o comprender algo no quiere decir que no pueda hacerte daño.

Sabes que es cierto. Pero, más importante aún, notas la seguridad de su voz. Te pones tensa.

—¿Qué has visto?

—Todo.

Se te pone la piel de gallina.

Alabastro respira hondo. Luego vuelve a hablar, con voz monótona:

—En esta guerra hay tres bandos. Hay más, pero son tres los que deben preocuparte. Los tres quieren que la guerra se acabe, la cuestión es la manera

de hacerlo. Nosotros somos el problema; nosotros las personas, quiero decir. Dos de los bandos intentan decidir qué hacer con nosotros.

Esa explicación es muy significativa.

—La Tierra y... ¿los comepiedras? —Siempre ocultos, planificando y deseando algo desconocido.

—No. Ellos también son personas, Essun. ¿No te lo habías planteado? Tienen necesidades, quieren cosas y sienten, igual que nosotros. Y llevan en esta guerra muchísimo más tiempo que tú y yo. Algunos de ellos, desde el principio.

—¿El principio? ¿Te refieres a la Estación del Desastre?

—Sí, algunos son así de ancianos. Antimonio, por ejemplo. También ese pequeño que te sigue, creo. Hay más. No pueden morir, por lo que... Sí, algunos vieron cómo ocurrió todo.

Estás demasiado aturdida como para reaccionar. ¿Hoa? Pero si aparenta siete años... ¿Tiene treinta mil? ¿Hoa?

—Uno de los bandos quiere que nosotros, las personas, desaparezcamos —continúa Alabastro—. Es una de las maneras de que termine todo, supongo. Otro de los bandos quiere dejar a las personas... neutralizadas. Vivas, pero que no supongan una amenaza. Como los comepiedras: la Tierra intentó hacer que se parecieran más a ella, que dependieran de ella para que así no supusieran un peligro. —Suspira—. Supongo que es un alivio saber que el mismo planeta también puede cagarla.

Te estremeces, una reacción tardía debido a que aún tienes en mente a Hoa.

—Antes era humano —murmuras. Sí. Lo de ahora no es más que un disfraz, una vestimenta abandonada hace mucho tiempo que se ha puesto por los viejos tiempos. Pero hubo una época en la que fue un niño de carne y hueso como el que ves ahora. En él no hay nada sanzedino porque en su época no había sanzedinos.

—Todos lo eran. Por eso tienen ese aspecto tan raro. —Alabastro está muy cansado, razón por la que habla en voz más baja—. Yo casi no puedo recordar algunas de las cosas que me ocurrieron hace cincuenta años. Imagina si trataras de recordar las de hace cinco mil. Diez mil. Veinte mil. Imagina que te olvidas de tu propio nombre. Por eso nunca responden cuando se les pregunta su identidad. —Coges aire, sorprendida por la revelación—. No creo que lo que hace tan diferentes a los comepiedras sea el material del que están hechos. Creo que nadie puede vivir tanto tiempo sin convertirse en algo del todo diferente.

No deja de afirmar que imagines cosas, pero no puedes hacerlo. Claro que no puedes. Pero sí que puedes pensar en Hoa en ese momento. En cómo se sorprendió por una pastilla de jabón. Cómo se acurruca contra ti para dormir. En su tristeza cuando dejaste de tratarlo como un ser humano. Había puesto todo su empeño. Lo había hecho lo mejor que sabía. Tanto esfuerzo para nada.

—Dijiste que había tres bandos —afirmas. Te centras en lo que puedes discernir en lugar de lamentar algo que escapa a tu comprensión. Alabastro empieza a encorvarse y se apoya con más fuerza en tu mano. Necesita descansar.

El hombre está en silencio durante tanto tiempo que crees que se ha quedado dormido. Luego dice:

—Me escabullí una noche cuando no estaba Antimonio. Llevaba allí... ¿años? El tiempo termina por volverse difuso. Solo se puede hablar con ellos, y a veces se olvida de que la gente necesita hablar. No hay nada que escuchar en la tierra más que el quejido del volcán. Las estrellas están mal colocadas en esa parte del mundo... —Pierde el sentido por un instante, como si hubiera perdido la noción del tiempo y esperara a recuperarla—. Busqué diagramas de los obeliscos para intentar comprender cuál era la intención de sus

constructores. Lo hice hasta que me dolió la cabeza. Sabía que estabas viva y te echaba tanto de menos que me obsesioné. De improviso no me podía sacar de la cabeza aquella herrumbrosa idea: que quizá podría reunirme contigo de nuevo si cruzaba ese agujero.

Ojalá le quedara alguna mano que pudieras coger. En lugar de eso, retuerces los dedos en su espalda. No es lo mismo.

—Por esa razón, corrí hacia el agujero y salté al interior. No se puede considerar suicidio si mi intención no era morir, o eso era lo que me decía a mí mismo. —Otra sonrisa emotiva—. Pero no fue... Lo que hay alrededor del agujero son mecanismos, pero no solo sirven como advertencia. Debí activar algo, o quizás estaban hechos para funcionar así. Descendí, pero no fue como si cayera. De alguna manera, era algo controlado. Debería haber muerto. Presión de aire, calor, el mismo tipo de cosas que atravesé con Antimonio, pero sin rocas. Y en aquella ocasión Antimonio no estaba ahí, así que debería haber muerto. A lo largo de la galería, había luces a intervalos. Creo que eran ventanas. ¡Ahí abajo vivía gente! Pero la mayor parte era oscuridad.

»Al cabo... horas o días después, descendió la velocidad. Había llegado a... Se detiene. Notas cómo se le pone la piel de gallina.

—La Tierra está viva. —Su voz se vuelve ronca, penetrante y un poco histérica—. Algunas de las viejas historias no son más que historias, tienes razón, pero justo esa no. En ese momento comprendí lo que los come piedras habían intentado decirme. La razón por la que tenía que usar los obeliscos para crear la Hendidura. Hemos estado en guerra con el mundo durante tanto tiempo que nos habíamos olvidado, Essun, pero el mundo no. Y tiene que acabar pronto o...

Alabastro hace una pausa de improviso, durante un momento largo e intenso. Quieres preguntarle qué pasará si una guerra tan antigua no termina pronto. Quieres preguntarle qué le pasó ahí abajo, en el núcleo de la Tierra.

Qué vio o experimentó para quedarse tan alterado. No lo haces. Eres valiente, pero sabes lo que puedes soportar y lo que no.

Luego Alabastro susurra:

—Cuando muera, no me entierres.

—Pero...

—Dale a Antimonio lo que quede de mí.

De repente, como si hubiera oído su nombre, Antimonio reaparece ante vosotros. La miras con fijeza y te das cuenta de que aquello significa que Alabastro ha llegado al límite de sus fuerzas y que se ha terminado la conversación. Te ofende su debilidad y el hecho de que se esté muriendo. Tienes que encontrar un chivo expiatorio para tanto odio.

—No —dices mientras la miras—. Ella me alejó de ti. No se quedará contigo.

El hombre ríe entre dientes. Es un sonido tan doloroso que dejas a un lado tu ira.

—Es ella o la aciaga Tierra, Essun. Por favor.

Comienza a caer hacia un lado y te das cuenta de que quizá no seas tan monstruo como creías, porque lo sueltas y te levantas. Antimonio se vuelve borrosa de esa manera en la que lo hacen los come piedras, que es lenta excepto cuando no quieren que lo sea, y de improviso está agachada junto a él y usa las dos manos para sostenerlo, mientras el hombre se duerme.

Te quedas mirando a la come piedras. Siempre has pensado que era el enemigo, pero si lo que dice Alabastro es cierto...

—No —espetas. En realidad no se lo dices a ella, pero cumple su cometido—. Todavía no estoy lista para considerarte una aliada. —Quizá nunca lo estés.

—Aunque lo estuvieras —resuena una voz dentro del pecho de la come piedras—, mi aliado es él, no vosotros.

Vosotros, los que tenéis deseos y necesidades. Te gustaría rechazar esa diferenciación, pero por alguna extraña razón te reconforta saber que a ella tampoco le gustas.

—Alabastro dijo que entendió vuestras razones para hacer lo que hicisteis. Pero yo no entiendo por qué él hizo lo que hizo. Ni lo que quiere ahora. Dijo que en esta guerra había tres bandos. ¿Cuál es el tercero? ¿En qué bando está él? ¿Por qué es útil... la Hendidura?

Por mucho que lo intentes, no puedes imaginar que Antimonio fuera humana en otra época. Hay muchas cosas que están en su contra: la inmovilidad de su cara, lo lejana que suena su voz. El hecho de que la odias.

—El Portal de los Obeliscos amplifica tanto la energía física como la arcana. En ningún punto de la superficie había un conducto capaz de producir energía suficiente. La Hendidura es una fuente de energía enorme y fiable.

Entonces... te pones tensa.

—Quieres decir que si uso la Hendidura como fuente de energía ambiental y la canalizo a través de mi toro...

—No. Así solo conseguirías matarte.

—Bueno, gracias por el aviso. —Aunque empiezas a entenderlo. Es el mismo problema que tenías durante las lecciones de Alabastro: el calor, la presión y el movimiento no son las únicas fuentes de energía disponibles—. Aseguras que la tierra también produce magia, ¿no? Y si canalizo esa magia hacia un obelisco... —Parpadeas al recordar sus palabras—. ¿Portal de los Obeliscos?

Antimonio tiene la vista fija en Alabastro, pero en ese momento sus ojos negros y lisos se deslizan para mirar los tuyos.

—Los doscientos dieciséis obeliscos individuales se conectan a través del cabujón de control. —Estás de pie y te preguntas, por el óxido, qué es un cabujón. También te sorprende que haya más de doscientas de esas malditas

cosas. La come piedras añade—: Canalizar la energía de la Hendidura con eso debería servir.

—¿Servir para qué?

Por primera vez notas una emoción en su voz: está molesta.

—Para recuperar el equilibrio del sistema Tierra-Luna.

¿Cómo?

—Alabastro me aseguró que la Luna había salido despedida.

—Cambió a una órbita de elipse más larga. —Cuando ve que aquello no significa nada para ti, vuelve a hablar en tu idioma—. Está volviendo.

Por la Tierra. Por el óxido. No.

—¿Es que acaso queréis que coja la puta Luna?

Se limita a quedársete mirando, y al rato te das cuenta de que prácticamente le has gritado. Miras a Alabastro con gesto culpable, pero el hombre no se ha despertado. Ni nadie de los que se encuentran en las camillas del otro lado de la enfermería. Al ver que te quedas en silencio, Antimonio añade:

—Alabastro realizó la primera de las dos correcciones de rumbo necesarias: redujo la velocidad y alteró la trayectoria para que la Luna no volviera a pasar de largo por el planeta. Alguien debe realizar la segunda corrección para devolverla a una órbita estable y recuperar su alineamiento mágico. Si se recupera el equilibrio, es probable que las Estaciones desaparezcan o que su frecuencia disminuya tanto que para los tuyos el resultado sea el mismo.

Coges aire. Ahora lo entiendes. Devolverle al Padre Tierra su hija perdida para que así quizá se aplaque su ira. Entonces, esa es la tercera facción: los que quieren una tregua, que las personas y el Padre Tierra lleguen a tolerarse, aunque para ello haya que crear la Hendidura y matar millones en el proceso. La coexistencia pacífica a cualquier precio.

El final de las Estaciones. Suena... inimaginable. Siempre ha habido Estaciones. Aunque ahora sabes que eso no es cierto.

—Entonces no hay opción —afirmas al fin—. Acabar con las Estaciones o ver cómo todo muere durante esta Estación interminable. Yo... —Eso de «cogeré la Luna» suena ridículo—. Haré lo que los comepiedras queréis que haga.

—Siempre hay opciones —Notas cómo su mirada, a pesar de ser muy extraña, cambia de una manera muy sutil. O quizás ahora eres capaz de entenderla mejor. De improvviso parece humana y muy apenada—. Y no todos los míos quieren lo mismo.

Frunces el ceño, pero no dice nada más.

Te gustaría hacerle más preguntas y seguir intentando comprenderlo, pero tiene razón: no estabas lista para algo así. La cabeza te da vueltas y se te están empezando a entremezclar las palabras. Es demasiada información que procesar.

Deseos y necesidades. Tragas saliva.

—¿Puedo quedarme aquí?

No responde. Supones que preguntar no era necesario. Te levantas y te acercas a la camilla más cercana. Tiene el cabecero apoyado en la pared, por lo que te quedarías con la cabeza detrás de Alabastro y Antimonio y no te apetece quedarte mirando la parte de atrás de la cabeza de la comepiedras. Coges la almohada y te acurrucas con la cabeza por los pies de la cama, para ver la cara de Alabastro. Hubo una época en la que dormías mejor si lo mirabas a través de la amplitud de los hombros de Innon. Ahora no te consuela igual... pero es algo.

Un rato después, Antimonio vuelve a cantar. Es extraño, pero te relaja. Duermes mejor de lo que lo has hecho en meses.

* * *

Busca el [ilegible] retrógrado en los cielos meridionales. Cuando crezca,
[ilegible]

Tablilla segunda, «Una verdad incompleta»,
versículo seis

Schaffa, tumbado

Él otra vez. Ojalá él no te hubiera hecho tantas cosas. Sé que no te gusta nada ser él. Te gustará aún menos saber que es parte de Nassun. Pero no pienses en eso ahora.

* * *

El hombre que aún se llama Schaffa (aunque es difícil considerarlo la misma persona) sueña con fragmentos de su conciencia.

Los Guardianes no sueñan con facilidad. Ese objeto incrustado en el interior del lóbulo izquierdo de las glándulas sesapinales de Schaffa interfiere con los ciclos del sueño. Por lo general, no necesita dormir y, de hacerlo, su cuerpo no alcanza el sueño profundo que se precisa para soñar. (La gente normal se volvería loca si no llegara a ese tipo de sueño. Los Guardianes son inmunes a esa locura, o quizá ya estén locos todo el tiempo.) Sabe que soñar de más es una mala señal, pero no puede hacer nada al respecto. Eligió pagar el precio.

Se encuentra tumbado en la cama de la cabaña y gime, se retuerce a ratos mientras las imágenes agitan su mente. Los sueños son vagos porque no tiene práctica y porque apenas le queda algo de la materia con que están hechos. Más tarde lo dirá en voz alta, para sí mismo, mientras se agarra la cabeza e intenta recomponer los pedazos de su identidad. De ese modo sabré lo que le atormenta. Sabré que mientras se revuelca, sueña...

... con dos personas, de facciones muy nítidas en sus recuerdos a pesar de todo lo que se le ha arrebatado: sus nombres, la relación que tenían con él y la razón para recordarlas. La mujer de la pareja tiene los ojos geliris adornados por unas pestañas negras y grandes; supone que es su madre. El hombre es más normal. Demasiado normal. Tanto que parece artificial y llama la atención de la mente de Guardián de Schaffa. Los ferales se esfuerzan mucho en ser así de normales. Pero solo la Tierra se acuerda de cómo lo tuvieron y de cómo él los abandonó. Aunque al menos sus caras son interesantes.

... con Warrant, y con sus habitaciones de paredes negras excavadas en capas de roca volcánica. Manos amables, voces compasivas. Schaffa no sabe a quién pertenecían esas manos o esas voces. Lo ayudan a subir a una silla de malla. (No, los nódulos no fueron el primer lugar donde se usaron.) La silla es sofisticada y automatizada, funciona con delicadeza a pesar de que hay algo en ella que hace que Schaffa piense que es muy antigua. Emite zumbidos, se reconfigura y lo gira hasta que el hombre se encuentra suspendido bocabajo debajo de unas rutilantes luces artificiales, con la cara atrapada entre unos firmes barrotes y la nuca descubierta a todo lo demás. Tiene el pelo corto. Detrás y encima de él oye cómo descenden unos antiguos mecanismos, cosas tan extrañas y enigmáticas que sus nombres y su propósito original se han perdido hace mucho tiempo. (Recuerda que, fue más o menos entonces cuando aprendió que los propósitos originales se pueden pervertir con facilidad.) A su alrededor es capaz de oír la respiración y las súplicas de los otros que han llevado ahí con él. Niños que respiran y suplican. Se da cuenta de que él mismo es un niño en ese recuerdo. Luego oye los gritos de otros niños, entremezclados con zumbidos y ruidos de cortes. También hay un silbido húmedo y grave que nunca volverá a escuchar (aunque será muy familiar para ti y para cualquier otro orogén que haya estado cerca de un obelisco) porque, en aquel momento, sus glándulas

sesapinales se reconfigurarán para tener otro propósito: para hacerlas sensibles a la orogenia y no a las perturbaciones de la tierra.

Schaffa recuerda que forcejeaba y, a pesar de ser un niño, era más fuerte de lo normal. Está a punto de liberar la cabeza y la parte superior de su cuerpo, pero entonces lo alcanza la maquinaria. Por esa razón, el primer corte sale tan mal; se realiza mucho más abajo de su cuello de lo que debería y está a punto de morir allí mismo. El equipamiento se ajusta, implacable. Nota lo frío que está cuando se le inserta la astilla de acero y entonces nota también la frialdad de otra presencia en su interior. Alguien le cose la herida. El dolor es horrible y nunca cesa del todo, aunque aprende a mitigarlo lo suficiente para seguir adelante. Es algo que tienen que hacer todos los que sobreviven al implante. Ya sabes, con esa sonrisa. Las endorfinas calman el dolor.

... con el Fulcro, y con esa estancia de techo alto en el centro del Primordio, y con las luces artificiales y conocidas que se dirigían y rodeaban un pozo ancho de cuyas paredes surgía una infinidad de agujas de acero. Él y otros Guardianes observan un pequeño cuerpo destrozado y desplomado en el fondo del pozo. De vez en cuando, los niños encuentran el lugar. Pobres criaturas estúpidas. ¿Es que no lo entienden? La Tierra es aciaga de verdad. Es cruel, y Schaffa los protegería a todos de ella si pudiera. Hay una superviviente: una de las niñas de las que se encarga la Guardiania Leshet. La niña se encoge cuando Leshet se acerca, pero Schaffa sabe que la Guardiania la dejará vivir. Leshet siempre ha sido blanda, más amable de lo que debería, y sus niños sufren por ello...

... con la carretera, con una infinidad de miradas de extranjeros que se apartan al ver sus ojos geliris y su sonrisa invariable, que saben que algo de aquello no está bien aunque no sepan con seguridad de qué se trata. Una noche, en una posada, una mujer se muestra más intrigada que asustada. Schaffa se lo advierte, pero ella insiste y él no puede evitar pensar en que el

placer mantendrá a raya el dolor durante unas horas, quizá toda la noche. Es bueno sentirse humano de vez en cuando. Pero, como le había advertido, su ruta lo lleva a volver al lugar unos meses después. La mujer tiene un niño en el vientre. Insiste en que no es de Schaffa, pero el hombre no puede permitirse la incertidumbre. Usa el puñal de cristal negro, una de las cosas que se fabrican en Warrant. La mujer había sido amable con él, por lo que solo apunta al niño. Con suerte, expulsará el cadáver y vivirá. Pero ella se enfada, está aterrorizada, grita para pedir ayuda y saca otro cuchillo mientras forcejean. Nunca más, se convence mientras los mata a todos: a toda la familia de la mujer, a una docena de testigos, a la mitad de la ciudad, que le ataca en masa. No puede volver a olvidar su verdadera naturaleza, que nunca ha sido humano.

... con Leshet, de nuevo. Esta vez casi no es capaz de reconocerla: el pelo se le ha puesto blanco y su cara, que antes era tersa, ahora está llena de arrugas y piel suelta. Es más baja, ya que se le han debilitado los huesos hasta quedarse encorvada, algo que le suele pasar a los habitantes de las Árticas cuando se hacen mayores. Pero Leshet lleva en pie más siglos que Schaffa. Para ellos, hacerse mayor no es sinónimo de debilidad, senectud o encogimiento. (Tampoco se supone que lo es de felicidad ni de una sonrisa que sirva para otra cosa que no sea mitigar el dolor.) Schaffa se queda mirándola con una amplia sonrisa de bienvenida mientras la mujer sale renqueando de la cabaña hasta la que la ha seguido. Lo embargan un pánico sombrío y una aversión paulatina de los que no se ha dado cuenta hasta que la mujer se detiene delante, y él extiende las manos por inercia para romperle el cuello.

... con la niña. Esa niña. Una entre docenas, entre cientos. Con el tiempo, todos parecen iguales; pero ella no. La encontró en un granero, una niñita asustada y triste, y ella lo quiso en ese mismo instante. Él también la quiere y

le gustaría poder ser más amable con ella. Es todo lo benévolo que puede mientras la entrena para obedecer con huesos rotos, amenazas afectuosas y oportunidades que no debería darle. ¿Lo ha infectado Leshet con su indulgencia? Quizás... es posible... pero la cara de la niña. Esos ojos. Hay algo diferente en ella. Más adelante no le sorprende cuando le comunican que está relacionada con haber levantado un obelisco en Allia. Su pequeña especial. Tampoco se cree que luego esté muerta. De hecho, está henchido de orgullo mientras va de camino para recuperarla y suplica a la voz de su cabeza que no le obligue a matarla. La niña...

... es la cara de esa niña la que hace que se despierte con un pequeño gemido. Esa niña.

Los otros dos Guardianes lo miran con la calculadora mirada de la Tierra. Están igual de comprometidos que él, aún más. Los tres representan todo lo que la orden de los Guardianes quería evitar. Él recuerda cómo se llama, pero ellos no recuerdan sus nombres. Esa es la única diferencia entre él y ellos, ¿verdad? Aunque ellos parecen ser menos que él, de alguna manera.

Es irrelevante. Se incorpora en el catre, se frota la cara y sale al exterior.

La cabaña de los niños. Es hora de ver cómo están, se intenta convencer Schaffa, aunque se dirige en línea recta hacia el catre de Nassun. Está dormida, y el hombre levanta un farol para examinarle la cara. Sí. Siempre ha estado ahí: en esos ojos, quizás en esas mejillas. Un cosquilleo en la cabeza, los fragmentos de sus recuerdos y la firmeza de las facciones de la niña al fin se recomponen. Su Damaya. La chica que no murió, renacida.

Recuerda cómo le rompió la mano a Damaya y se estremece al pensarlo. ¿Por qué hizo algo así? ¿Por qué hizo todas las cosas horribles que hacía en aquella época? El cuello de Leshet. El de Timay. La familia de Eitz. Tantas personas, ciudades enteras. ¿Por qué?

Nassun se agita en sueños y murmura en voz baja. De manera automática,

Schaffa extiende la mano para acariciarle la cara, y ella se calma. Siente un leve dolor en el pecho que quizá sea amor. Recuerda que quiso a Leshet, a Damaya y a otros, a pesar de todo lo que les hizo.

Nassun se revuelve un poco y empieza a despertar. Parpadea por la luz del farol.

—¿Schaffa?

—No es nada, pequeña —responde—. Lo siento.

Lo siente por muchas cosas. Pero hay un miedo en su interior, y no lo deja dormir. No puede evitar intentar eliminarlo. Es por ello que espeta:

—Nassun, ¿me tienes miedo?

La niña parpadea, aún medio dormida. Y luego sonrío. En ese momento, algo se deshilacha en el interior del hombre.

—Nunca.

«Nunca.» Traga saliva. Se le ha formado un nudo en la garganta.

—Bien. Vuelve a dormirte.

La niña cae rendida al instante. De hecho, quizá no llegara a despertarse del todo. Pero él se queda junto a ella, protegiéndola hasta que los párpados indican que la ha vuelto a atrapar el sueño.

Nunca.

—Nunca más —susurra, y también se estremece al volver a recordar eso. Luego el sentimiento cambia y su resolución se centra en algo diferente. Lo que ocurrió antes de todo aquello no importa. Le ocurrió a un Schaffa diferente. Ahora tiene otra oportunidad. Y si perder su identidad significa dejar de ser el monstruo que era, bienvenido sea.

Siente un golpe de dolor impredecible en la columna, demasiado rápido para evitarlo con una sonrisa. Hay algo que no está de acuerdo con su decisión. Su mano se retuerce hacia el cuello de Nassun de manera

automática... y luego hace todo lo posible por detenerse. No. Para él, la niña es algo más que un alivio del dolor.

«Úsala —ordena la voz—. Rómpela. Es obstinada, como su madre. Entrénala para que obedezca.»

«No», responde Schaffa para sí mismo mientras se prepara para recibir el latigazo de las represalias. No es más que dolor.

Schaffa arropa a Nassun, la besa en la frente y apaga la luz al marcharse. Se dirige a la cresta en lo alto de la ciudad y se queda allí el resto de la noche, apretando los dientes, intentando olvidar los últimos resquicios de lo que era y prometiéndose un futuro mejor. Los otros dos Guardianes también terminan por salir a los escalones de su cabaña, pero Schaffa hace caso omiso de la misteriosa presión que esas miradas ejercen contra su espalda.

Nassun, cayendo hacia arriba

Como te he dicho, gran parte de esto es especulación. Conoces a Nassun, y ella es parte de ti, pero no puedes ser Nassun... Además, creo que ha quedado claro que no la conoces tan bien como pensabas. (Como pasa con cualquier padre y sus hijos.) Es otro el que tiene la misión de entender la existencia de Nassun. Pero tú la quieres, y eso significa que para una parte de ti es inevitable hacer lo mismo.

El entendimiento es algo que siempre buscaremos en el amor.

* * *

Nassun ancla su conciencia a mucha profundidad en la piedra y escucha.

Al principio tan solo nota el efecto habitual de la sesuna: las contracciones y tensiones constantes de los estratos, el presuntamente plácido batir del viejo volcán en las profundidades de Jekity, el chirrido lento e interminable de las columnas basálticas al elevarse y enfriarse para formar patrones. Está acostumbrada a ello. Le gusta poder escucharlo con libertad, ahora que puede hacerlo cuando quiera sin tener que esperar a la oscuridad de la noche, tumbada y despierta cuando sus padres se han ido a la cama. Aquí, en Luna Hallada, Schaffa le ha dado permiso a Nassun para usar el crisol en cualquier momento y durante todo el tiempo que quiera. Intenta no monopolizarlo, porque el resto también tiene que aprender, pero... pero a ellos la orogenia no les divierte tanto como a ella. La mayoría se muestran indiferentes al poder

que son capaces de blandir o a las maravillas que podrían realizar si lo dominaran. Algunos hasta le tienen miedo; para Nassun, eso no tiene sentido. Pero tampoco lo tiene que antes quisiera ser acervista. Ahora cuenta con la libertad total para ser quien quiera y lo que quiera, y ya no teme su naturaleza. Ahora cuenta con alguien que cree en ella, que confía en ella, que lucha por ella, tal y como es. Así que ella será tal y como es.

Nassun se afianza en un remolino del interior del punto caliente de Jekity y se balancea a la perfección entre las corrientes opuestas; en ningún momento se le ocurre tener miedo. No es consciente de que a un tetranillado del Fulcro le costaría hacerlo. Pero también es cierto que ella no lo hace como lo haría un tetranillado, usando el movimiento y el calor e intentando canalizarlos a través de su cuerpo. Ella se pone en contacto con todo eso, sí, pero solo con sus sentidos y no con el toro de absorción. Un instructor del Fulcro le aseguraría que así no puede conseguir ningún efecto, pero ella se deja guiar por sus instintos, que afirman que puede hacerlo. Se coloca en el interior del remolino, gira con él y se relaja lo suficiente como para sentir nada más que la fricción y la presión que yacen más allá: la plata.

Es la palabra que ha decidido usar para describirlo después de preguntarles a Schaffa y a los demás, y descubrir que ellos tampoco saben lo que es. Los otros niños orogenes ni siquiera son capaces de detectarlo. Eitz pensó una vez que había sesapinado algo diferente cuando Nassun le dijo, avergonzada, que no se concentrara en la tierra sino en Schaffa, ya que la plata es más fácil de detectar en el interior de la gente que en el suelo, pues está más concentrada y es más potente e intensa. Pero Schaffa se puso tenso y se quedó mirando al niño, quien se estremeció y se sintió culpable y atormentado. A Nassun le sentó mal hacerle pasar ese mal trago. No le volvió a pedir que lo intentara.

Pero los demás ni siquiera son capaces de hacer algo así. Nida y Umber, los otros dos Guardianes, son los que más la ayudan.

—En el Fulcro teníamos que controlar esto cuando lo descubrimos, cuando oyeron la llamada, cuando la escucharon con demasiada atención —comienza Nida, y Nassun se prepara porque cuando Nida comienza a hablar es imposible saber cuándo callará. Solo se detiene cuando se lo dicen los otros Guardianes—. El uso de sublimadores en lugar de estructuras controladoras es peligroso, hay que delimitarlo y desaconsejarlo. Es importante trabajarlo para realizar una buena investigación, pero a la mayoría de los niños que lo hacían los llevábamos a los nódulos. Al resto los corta... corta... cortábamos, porque estaba prohibido alcanzar los cielos.

Para sorpresa de Nassun, la mujer se queda en silencio. La chica se pregunta qué tiene que ver el cielo con todo esto, pero sabe que, en lugar de preguntar, es mejor dejar que Nida prosiga.

Pero Umber, que tiene de lento y tranquilo lo que Nida de rápida, asiente.

—A algunos les permitimos realizar progresos —explica—. Para que se reprodujeran. Por curiosidad. Por el orgullo del Fulcro. Nada más.

Eso hace que Nassun llegue a varias conclusiones cuando le encuentra el sentido a tanto balbuceo. Nida, Umber y Schaffa ya no son Guardianes normales, aunque antaño lo fueron. Han abandonado y traicionado el credo y las antiguas costumbres de su orden. A los Guardianes normales les resulta muy chocante el uso de la plata, pero ¿por qué? Si permitieron a unos pocos orogenes del Fulcro desarrollar esa habilidad y progresar, ¿qué peligro había en que lo hicieran más de ellos? ¿Y por qué estos antiguos Guardianes que «controlaban» la habilidad le permiten ahora realizarla con total libertad?

Schaffa se encuentra con ellos. La niña sabe que lo ha escuchado, pero el hombre no dice nada. Se limita a mirarla, con una sonrisa que se retuerce cuando la plata chisporrotea y lo obliga a hacerlo. Sucede mucho de un tiempo a esta parte. Nassun no sabe muy bien por qué.

La niña va a su casa por las tardes después de pasar el día en Luna Hallada.

Jija se ha instalado en su casa de Jekity y, cada vez que la niña vuelve, nota un nuevo detalle hogareño que le gusta: la vieja puerta de madera pintada de un azul muy brillante, esquejes plantados en el pequeño jardín que crecen raros a causa de la niebla que encapota el cielo, una alfombra que su padre ha intercambiado por un cuchillo de cristal y que ha colocado en la habitación que la niña ha decidido que es la suya. La habitación no es tan grande como la que tenía en Tirimo, pero cuenta con una ventana por la que se ve el bosque que rodea la altiplanicie de Jekity. Cuando el aire está despejado, al otro lado del bosque se puede ver la línea distante de la costa, blanca tras el verde de los árboles. Más allá hay una extensión azulada que la fascina, aunque esa franja de color sea lo único que puede ver desde allí. Nunca ha visto el mar de cerca, y Eitz siempre le cuenta historias maravillosas: que huele a sal y lo puebla una extraña vida, que se desliza por algo extraño y fino llamado arena en lo que no crece vida debido a la sal y que a veces se puede ver cómo las criaturas de su interior se contonean o burbujan. Criaturas como «cangrejos», «calamares» o «dentoarenas», aunque se dice que estos últimos solo aparecen durante las Estaciones. También hay peligro constante de tsunamis, razón por la que nadie vive cerca de la costa si puede evitarlo. De hecho, unos días después de que Jija y Nassun llegaran a Jekity, la niña no vio pero sesapinó los restos de un enorme temblor que había tenido lugar hacia el este, mar adentro. También sesapinó las reverberaciones que se produjeron cuando algo se desplazó y golpeó la tierra por la costa. Por una vez, se alegró de estar tan lejos.

A pesar de todo, es agradable volver a tener un hogar. La vida empieza a parecer normal por primera vez en mucho tiempo. Una tarde, durante la cena, Nassun le dice a su padre lo que Eitz le ha contado sobre el mar. El hombre parece escéptico y luego le pregunta a la niña dónde ha oído esas cosas. Ella

le responde que se lo ha contado Eitz, y el hombre queda sumido en el silencio.

—¿Es un niño orograta? —pregunta al cabo de un momento.

El instinto de Nassun ya le ha enviado una advertencia, pese a haber perdido la costumbre de estar pendiente de los cambios de humor de Jija. Se limita, pues, a guardar silencio. Pero sabe que su padre se enfadará más si no le responde, así que termina por asentir.

—¿Cuál?

Nassun se muerde el labio. Eitz es de Schaffa, y sabe que Schaffa no permitirá que ninguno de sus orogenes reciba daño alguno. La niña responde:

—El mayor. Alto, con la piel muy negra y la cara alargada.

Jija sigue comiendo, pero Nassun nota cómo ha apretado los dientes de una manera que no es normal al masticar.

—El chico de las Costeras. Lo he visto. No quiero que vuelvas a hablar con él.

Nassun traga saliva y se arriesga a decir:

—Tengo que hablar con todos, papi. Así es como aprendemos.

—¿Aprender? —Jija levanta la mirada. Se contiene, pero está furioso—. ¿Qué edad tiene ese chico? ¿Veinte años? ¿Veinticinco? Y aún es un orograta. Aún. Ya debería ser capaz de curarse a sí mismo con esa edad.

Nassun se queda confundida por un momento, porque curarse la orogenia es lo último que piensa que hará al terminar las lecciones. Bueno, Schaffa dijo que era posible. Ah, y Eitz, que solo tiene dieciocho años, aunque a Jija le parezca mayor, ya es demasiado mayor y debería haberse curado si esa era su intención. Nassun se estremece al darse cuenta: Jija ha empezado a dudar de que se pueda eliminar la orogenia, tal como le había asegurado Schaffa. ¿Qué hará cuando descubra que Nassun ya no quiere curarse?

Nada bueno.

—Sí, papi —responde.

La respuesta lo mortifica, como siempre.

—No me importa si tienes que hablar con él durante las lecciones. No quiero que hagas enfadar a los Guardianes. Pero, quitando eso, no lo hagas. —Suspira—. No me gusta que pases tanto tiempo ahí arriba.

Se pasa el resto de la comida refunfuñando, pero no dice nada malo y Nassun termina por relajarse.

A la mañana siguiente, en Luna Hallada, la niña le dice a Schaffa:

—Tengo que aprender a disimular que soy mejor.

Schaffa carga con dos bolsos que lleva colina arriba hacia el complejo de Luna Hallada. Son pesados, y él es tan fuerte que da miedo. Aun así, tiene la respiración entrecortada por el esfuerzo. Por eso la niña no lo urge a responder mientras caminan. Cuando llegan a uno de los pequeños almacenes del complejo, suelta los fardos y recupera el aliento. Es más sencillo acumular ahí arriba los víveres para la comida de los niños que subir y bajar a los abastos o los comedores comunes de Jekity.

—¿Estás a salvo? —pregunta el hombre, tranquilo. Por eso lo quiere tanto.

Ella asiente y se muerde el labio inferior, porque está mal que deba plantearse algo así de su propio padre. El hombre se la queda mirando un rato largo e incómodo. La niña percibe en su mirada una reflexión impasible que le advierte de que valora adoptar la solución más sencilla para su problema.

—No... —espeta la niña.

El Guardián arquea una ceja.

—No... ¿qué?

Nassun ha vivido un año muy complicado. A pesar de su brutalidad, Schaffa es sincero y sencillo. Por eso, a ella le resulta más fácil apretar los dientes y levantar la barbilla.

—No mates a mi padre.

El hombre sonrío, pero mantiene la mirada impasible.

—Hay algo que te causa ese miedo, Nassun. Algo que no tiene nada que ver ni contigo ni con tu hermano ni con las mentiras de tu madre. Sea lo que sea, ha dejado una costra en tu padre, y esta ha empezado a supurar. Y él responderá con una negativa a todo lo que toque o incluso se acerque a esa úlcera vieja y apestosa... como ya has podido comprobar. —La chica piensa en Uche y asiente—. Y no puedes hacer nada al respecto.

—Sí que puedo —espetá—. Ya lo he hecho. Sé cómo... —«Manipularlo», debería decir, pero apenas tiene diez años, por lo que dice—: Sé cómo evitar que haga algo malo. Siempre lo he hecho.

Casi siempre.

—Hasta que llegue el momento en que falles. Una vez, y será suficiente. —Se la queda mirando—. Lo mataré si te hace daño, Nassun. Tenlo en cuenta si valoras más la vida de tu padre que la tuya propia. Yo no lo hago.

Luego se da la vuelta hacia el almacén para colocar los fardos, y la conversación termina ahí.

Un tiempo después, Nassun les cuenta a los demás lo que ha ocurrido:

—Quizá deberías mudarte a Luna Hallada con nosotros —le sugiere el pequeño Paido.

Ynegen, Pellas y Lashar están sentados cerca, relajándose y recuperándose después de haberse pasado la tarde buscando y desplazando las rocas marcadas que se encuentran enterradas debajo del crisol. Asienten y murmuran para mostrar que están de acuerdo.

—Es lo correcto —dice Lashar con su tono arrogante—. Mientras sigas viviendo ahí abajo, con ellos, nunca terminarás de ser una de los nuestros.

Nassun piensa en ello a menudo. Pero...

—Es mi padre... —afirma al tiempo que abre los brazos.

Eso no surte el menor efecto en los demás, y algunos la miran con pena.

Muchos sobrellevan como pueden las marcas de la violencia que ejercieron sobre ellos los adultos en los que confiaban.

—Es un táctico —responde Pellas.

Y para la mayoría de ellos, esa respuesta zanja el asunto. Nassun renuncia a convencerlos de lo contrario.

Como era de esperar, esos pensamientos empiezan a afectar a su orogenia. Cómo no podrían hacerlo, si en el fondo la chica siempre ha querido complacer a su padre. Le cuesta horrores plantarse en la tierra con toda su voluntad, como si hubiera perdido la confianza en sí misma. Y esa tarde, cuando intenta tocar los hilos plateados que discurren por el punto caliente, le sale tan mal que se ahoga y tiene que arrastrarse para recuperar la conciencia, momento en el que se da cuenta de que ha congelado diez anillos del crisol. Y Schaffa dicta sentencia.

—Esta noche dormirás aquí —afirma después de caminar por la tierra endurecida para cargar con ella hasta un banco. La chica está muy cansada para andar. Ha tenido que darlo todo para evitar la muerte—. Mañana, cuando te despiertes, te acompañaré a casa y traeremos tus pertenencias.

—No quiero —jadea, aunque sabe que a Schaffa no le gusta que los niños le lleven la contraria.

—No me importa lo que quieras, pequeña. Está interfiriendo con tu entrenamiento. Es la razón por la que el Fulcro aparta a los niños de sus familias. Lo que haces es demasiado peligroso como para permitirte distracciones, por muy queridas que sean.

—Pero... —No tiene fuerzas para llevarle la contraria al hombre, que la sostiene en su regazo e intenta calentarla, ya que el límite de su propio toro había quedado a meros centímetros de su piel.

Schaffa suspira. Guarda silencio durante un rato, salvo para gritarle a alguien que traiga una manta. La trae Eitz, quien ya había ido a por ella al ver

lo que había ocurrido. (Todos vieron lo que había ocurrido. Es vergonzoso. Como bien sabes al haber tratado a Nassun durante su niñez, es una chica muy orgullosa.) Nassun deja de temblar y nota como si la hubieran golpeado una y otra vez en las glándulas sesapinales. En ese momento, Schaffa dice:

—Sirves a un propósito mayor, pequeña. No al deseo de un solo hombre, ni siquiera al mío. No te crearon con fines tan baladíes.

La chica frunce el ceño.

—Entonces... ¿para qué me crearon?

Él niega con la cabeza. La plata relampaguea a través de su cuerpo, como una maraña viviente y cambiante que se vuelve a hospedar en sus glándulas sesapinales y se entreteje en su voluntad, o lo intenta.

—Para solucionar un terrible error. Al que yo contribuí en su momento.

Eso es demasiado interesante como para dejarse dormir, aunque sea casi lo único que pide el cuerpo de Nassun.

—¿Cuál fue el error?

—Esclavizar a los tuyos. —Nassun se reclina, lo mira y frunce el ceño. El hombre sonrío, aunque en esa ocasión lo hace con tristeza—. O quizá sea más justo decir que perpetuamos la esclavitud que realizasteis sobre vosotros mismos en la Antigua Sanze. El Fulcro mismo estaba regentado por orogenes, a quienes protegimos y cultivamos, a quienes moldeamos y elegimos con cuidado, todo para hacerlos obedecer. Para que supieran cuál era su lugar. Los obligamos a elegir entre la muerte y una ligera esperanza de aceptación. Estaban desesperados y nos aprovechamos de ello. Hicimos que estuvieran desesperados.

Por algún motivo, el hombre hace una pausa y suspira. Respira hondo. Suelta el aire. Sonríe. Sin tener que sesapinarlo, Nassun sabe que el dolor que Schaffa alberga en la cabeza ha comenzado a arder de nuevo.

—Y los míos... los Guardianes a los que pertencí en el pasado fueron

cómplices de tal atrocidad. ¿Has visto la manera en la que tu padre esmera una piedra? A martillazos, eliminando las lascas más débiles. Rompiéndola si no es capaz de soportar la presión, para luego coger otra y comenzar a hacer lo mismo. Yo me dedicaba a ello en el pasado, pero lo hacía con niños.

A Nassun le cuesta creerlo. Sabe muy bien que Schaffa es violento e implacable, pero solo con sus enemigos. Un año de comubunda ha sido suficiente para que Nassun aprenda que la crueldad es necesaria. Pero con los niños de Luna Hallada es muy atento y amable.

—¿Conmigo también? —pregunta la chica. No es la forma más directa de preguntarlo, pero el hombre sabe a qué se refiere: «Si te hubieras topado conmigo cuando eras así...»

Schaffa le toca la cabeza a la niña, pasa una mano con suavidad por su pelo y le coloca las puntas de los dedos en la nuca. En esa ocasión no le quita nada, pero quizás el gesto baste para consolarlo. Parece muy triste.

—Contigo también, Nassun. Les hice daño a muchos niños en aquella época.

Muy triste. Nassun decide pensar que no habría sido capaz ni en aquella época, aunque haya hecho cosas malas.

—Tratar a los tuyos así estuvo mal. Sois personas. Lo que hicimos, convertirnos en herramientas, estuvo mal. Necesitamos aliados, ahora más que nunca, pues se nos vienen encima días aciagos.

Nassun hará todo lo que Schaffa le pida. Pero los aliados se necesitan para realizar tareas específicas, y no es lo mismo un aliado que un amigo. La capacidad de distinguirlos es algo que también ha aprendido en los caminos.

—¿Para qué nos necesitáis como aliados?

Su mirada se vuelve distante y afligida.

—Para reparar algo que se rompió tiempo ha, pequeña, y poner fin a una contienda cuyos orígenes se remontan a un pasado tan remoto que la mayoría

de nosotros ha olvidado cómo comenzó. O incluso que dicha contienda existe. —Levanta una mano y se toca la nuca—. Cuando dejé atrás mi pasado, me comprometí a poner fin a dicha empresa.

Así que es eso.

—No me gusta que te duela —dice Nassun, mirando el borrón que hay en la maraña plateada que conforma al hombre. Es muy pequeño. Más pequeño que una de las agujas que su padre usaba a veces para remendar los agujeros de la ropa. Un espacio opaco que destaca entre tanto brillo y del que solo se percibe su silueta o el efecto que causa en lo que tiene alrededor. Pero las arañas hibernan durante las Estaciones, y esa cosa del interior de Schaffa nunca deja de atormentarlo—. ¿Por qué duele si haces lo que quiere?

Schaffa parpadea. La aprieta con suavidad y sonrío.

—Porque no te obligo a hacer lo que quiere. Su voluntad no es más que una de las opciones que te ofrezco, y aceptaré un no por respuesta. No... no confía mucho en tu naturaleza. Y por una buena razón. —Niega con la cabeza—. Podemos seguir hablando de esto luego. Ahora, deja descansar tus glándulas sesapinales. —La chica se tranquiliza al momento, aunque no tenía intención de sesapinarlo y tampoco se ha dado cuenta de que lo hacía—. Creo que una siesta te vendría bien.

El hombre la lleva a uno de los edificios que se utilizan como dormitorio y la tumba en un catre vacío. La niña se acurruca en el interior de la manta y se deja dormir mientras Schaffa ordena a los demás niños que no la molesten.

A la mañana siguiente la despiertan el eco de sus gritos y los jadeos ahogados mientras patatea para salir de debajo de la manta. Alguien la agarra por el brazo y en ese momento se da cuenta de que todo está mal: el lugar, que se lo hagan a ella y la persona que se lo hace. No puede tolerarlo. Su conciencia sale disparada hacia la tierra y lo que responde a su llamada no es calor ni presión, sino un entramado de luces argénteas que grita, resuena y

reverbera al sentir la tácita necesidad de energía de la niña. El grito resuena a través de la tierra, y no lo hace solo en hilos, sino en ondas; ondas que no solo se desplazan por la tierra, sino también por el agua y el aire y

es entonces

justo entonces

cuando algo le responde. Algo que flota en el cielo.

No tenía intención de hacer tal cosa. Seguro que Eitz no quería que ocurriera tal cosa cuando intentó despertarla de aquella pesadilla. Al chico le gusta Nassun. Es un buen chico. Y aunque Eitz ya no sea un chico en quien se pueda confiar y en todos los años desde que dejó su hogar en las Costeras ha llegado a la conclusión de que aquel día Schaffa sonrió demasiado y olía un poco a sangre, entiende la razón de por qué está tan encima de Nassun. El Guardián lleva todo ese tiempo buscando algo y, a pesar de todo, Eitz lo quiere lo suficiente como para albergar la esperanza de que lo encuentre.

Quizá saberlo te consuele. A Nassun no, ya que cuando se enlaza, desorientada y presa del miedo, convierte en piedra a Eitz.

No es lo mismo que le pasa a Alabastro, quien se encuentra lejos y en las profundidades. Es algo más lento, cruel y elegante. Artístico. Lo que le ocurre a Eitz es una catástrofe: sus átomos se desordenan de un martillazo y se vuelven a ordenar de una manera muy concreta. El entramado que debería volver a formar se convierte en un caos. Comienza en su pecho, cuando Nassun intenta apartarlo con la mano, y se extiende antes de que el resto de niños tenga siquiera tiempo a jadear. Se extiende por su piel, una mancha marrón que se endurece y tiene un lustre opaco como el del ojo de tigre. Nadie verá el rubí que se ha formado en el interior de su cuerpo a no ser que lo rompan. Eitz muere casi en ese mismo instante. Su corazón se solidifica de inmediato y forma una joya de citrino, granate oscuro y ágata blanca con unos delgados hilillos de zafiro. Es un bonito error. Se produce tan rápido que

el chico no tiene tiempo ni de asustarse. Es de las pocas cosas que consolarán a Nassun en el futuro.

Pero en ese momento, en los segundos silenciosos posteriores a que ocurra, Nassun se retuerce e intenta evitar que su mente caiga, evitar que caiga hacia arriba por un haz de trémula luz azulada. En ese momento, el jadeo de Deshati se convierte en un grito (que asusta a los demás), Hurona se acerca para mirar boquiabierta al facsímil de colores vivos y resplandecientes en el que se ha convertido Eitz, y también ocurren más cosas en otros lugares.

Tal vez habrías podido adivinar alguna de esas cosas. Quizás a unos cientos de kilómetros, un obelisco de zafiro centellea y se vuelve opaco por un instante, y luego vuelve a brillar, se torna translúcido y empieza a flotar hacia Jekity. A muchos más kilómetros en otra dirección, en algún lugar de las profundidades de una veta de magma de pórfido, una silueta con una forma similar a la humana se gira, alertada e interesada.

También ocurre otra cosa que no podrías haber adivinado. O quizá sí, porque tú conoces a Jija y yo no. En el preciso momento en que su hija redistribuye los protones del chico, el hombre termina la laboriosa escalada hasta la altiplanicie donde se encuentra el complejo de Luna Hallada. Y, demasiado enfadado como para guardar las formas después de haber pasado la noche rabiando, llama a gritos a su hija.

Nassun no lo oye. Está temblando en el dormitorio. Al oír los gritos del resto de niños, Jija se vuelve hacia allí, pero antes de encaminarse en esa dirección, dos Guardianes salen de su edificio y cruzan el complejo. Umber se dirige hacia el dormitorio a paso ligero. Schaffa se desvía para interceptar a Jija. Todo esto se lo contarán a Nassun los niños que lo vieron. (Y también a mí.)

—Mi hija no ha pasado la noche en casa —le recrimina Jija a Schaffa, que

ha conseguido pararle los pies. Jija está asustado por los gritos de los niños, pero no demasiado.

Sea lo que fuera lo que ha pasado en el interior del dormitorio, no le sorprende que ocurran ese tipo de cosas en el cubil infame que debe de ser Luna Hallada. Cuando se encara con Schaffa, aprieta los dientes de esa manera que reconocerías de otras ocasiones en las que hablaba como si tuviera la razón. Más tarde se arrepentirá de ello.

—La niña se quedará aquí —sentencia Schaffa, quien sonrío con educación—. Hemos descubierto que volver a casa por las tardes interfiere en su entrenamiento. Como a usted se le ha curado la pierna lo suficiente como para subir hasta aquí, ¿podría ser tan amable de traer hoy mismo sus pertenencias?

—La niña... —Los gritos se escuchan mejor durante el momento en que Umber abre la puerta para entrar, pero la cierra detrás de él y se vuelven a ahogar. Jija frunce el ceño, pero niega con la cabeza para concentrarse en lo importante—. ¡Por el óxido que la niña no se va a quedar aquí! No quiero que pase más tiempo del que ha pasado ya con esos... —Lo deja ahí para ahorrarse una vulgaridad—. No es una de ellos.

Schaffa ladea la cabeza por un instante, como si escuchara algo que solo él es capaz de oír.

—¿No lo es? —pregunta, con voz contemplativa.

Jija se lo queda mirando en silencio durante un instante, confundido. Luego profiere un insulto e intenta dejar atrás a Schaffa. Es cierto que ha pasado tiempo desde que llegaron a Jekity y ya tiene la pierna casi curada, pero aún cojea, ya que el arpón le destrozó nervios y tendones que tardarán más en sanar, suponiendo que lo hagan. Pero aunque Jija hubiera sido capaz de moverse con facilidad, no podría haber evitado la mano que sale de la nada para cubrirle la cara.

La mano que se extiende sobre su cara es la mano enorme de Schaffa, y se mueve tan rápido que se desdibuja antes de llegar allí. Jija no la ve hasta que la tiene delante de los ojos, la nariz y la boca, no ve cómo lo coge en volandas y lo tira de espaldas contra el suelo. Mientras yace en el suelo, el hombre parpadea, demasiado aturdido como para elucubrar qué acaba de suceder. Demasiado atontado como para sentir dolor. Luego la mano se retira y, desde donde se encuentra, Jija solo ve la cara del Guardián, tan cerca que sus narices están a punto de entrechocar.

—Nassun no tiene padre —susurra Schaffa. (Más tarde, Jija recordará que el hombre no deja de sonreír mientras lo dice)—. No necesita ni un padre ni una madre. No lo sabe, pero algún día lo aprenderá. ¿Debería enseñarle tan pronto cómo sobrevivir sin usted?

Luego coloca dos dedos debajo de la mandíbula de Jija y presiona la piel suave con tanta fuerza que Jija comprende en ese mismo instante que su vida depende de esa respuesta.

Jija se queda cohibido y silencioso durante un rato. Por su mente no pasa nada digno de mención, ni aunque pudiéramos imaginármolo. No dice nada, aunque sí emite un sonido. Más tarde, cuando los niños relaten lo allí ocurrido, pasarán por alto ese detalle: el breve y ahogado gimoteo de un hombre que intenta evitar mearse y cagarse encima y que solo puede pensar en la inminencia de su muerte. Es un sonido nasal que emite con la garganta. Y hace que le den ganas de toser.

Schaffa se toma el gemido de Jija como una respuesta. Su sonrisa se ensancha por un instante. Es una sonrisa de verdad, alentadora, de las que arrugan las comisuras de los ojos y hacen que enseñe las encías. Se alegra muchísimo por no tener que matar al padre de Nassun con las manos desnudas. Luego aparta la mano que había colocado bajo la mandíbula de Jija y agita los dedos delante de su cara hasta que el hombre parpadea.

—Muy bien —dice Schaffa—. Ya podemos volver a comportarnos como personas civilizadas. —Se endereza y mira hacia el dormitorio. Queda patente que lo ocurrido con Jija ya es agua pasada, pero recuerda algo—: No se olvide de traer las cosas de la niña, por favor.

Luego se levanta, pasa por encima de Jija y se dirige hacia el edificio.

A nadie le importa de verdad lo que hace Jija después de aquello. Un niño se ha convertido en piedra y una niña ha manifestado un poder que es raro y terrorífico hasta para un orograta. Eso es lo que todo el mundo recordará de aquel día.

Todo el mundo excepto Jija, supongo, que cojea en silencio hacia casa después de lo que acaba de ocurrir.

En el dormitorio, Nassun ha conseguido retirar su conciencia del haz de luz trémula y azulada que ha estado a punto de consumirla. Ha logrado toda una hazaña, aunque no se dé cuenta. Lo único que sabe es que al fin ha conseguido escapar y que Schaffa está inclinado sobre ella. Sabe que ha pasado algo terrible y que el Guardián está ahí para cuidar de ella después de lo que acaba de ocurrir.

(Al fin y al cabo, es tu hija. No seré yo quien la juzgue, pero... Vaya, sí que se parece a ti.)

—Cuéntame —dice Schaffa. Está sentado en el borde del catre, muy cerca, y oculta a Eitz con su cuerpo a conciencia. Umber se está llevando fuera a los demás niños. Hurona está histérica y no deja de llorar, los otros están aturridos y en silencio. Nassun no se da cuenta, pues en ese momento tiene sus propios problemas.

—Había... —empieza a decir la niña. Tiene la respiración entrecortada. Schaffa le pone una mano enorme sobre la nariz y la boca y, poco después, la niña empieza a respirar con más tranquilidad. Cuando su respiración casi ha vuelto a la normalidad, el hombre retira la mano y asiente para que continúe

hablando—. Había. Algo azul. Una luz y yo... caía hacia arriba. Schaffa. Caí hacia arriba. —La niña frunce el ceño, confusa por el pánico que siente—. Tenía que escapar de allí. Me dolía. Era demasiado rápida. Quemaba. Tenía muchísimo miedo.

El hombre asiente, como si lo que escucha tuviera sentido.

—Has sobrevivido. Lo has hecho muy bien. —La niña se ruboriza por el cumplido, aunque no tiene ni idea de qué es lo que ha hecho bien. Schaffa se queda un momento en silencio—. ¿Sesapinaste algo más mientras estabas conectada?

(No se plantea a qué ha venido aquella palabra, «conectada», hasta mucho después.)

—Había un lugar, hacia el norte. Unas líneas en el suelo. Por todas partes. —Se refiere a toda la Quietud. Schaffa inclina la cabeza, interesado por lo que dice, lo que hace que ella siga hablando—. Podía oír lo que decía la gente. Cuando tocaban las líneas. En cada cruce también había personas. En el lugar en que se cruzaban las líneas. Aunque no pude oír lo que se decía ahí.

Schaffa se queda muy quieto.

—¿Gente en los cruces? ¿Eran orogenes?

»¿Sí?

Es muy difícil responder a una pregunta así. La opresión de la orogenia de esos lejanos desconocidos era muy potente, la de algunos era aún más potente que la de Nassun. Pero había una especie de tranquilidad uniforme que embargaba incluso a los más poderosos. La sensación era similar a pasar los dedos por una piedra pulida: no tenían textura alguna. Pero eso solo lo notó en los que estaban a más distancia, algunos incluso más al norte que Tirimo, más cerca del lugar en el que el mundo se había vuelto caliente y rojo.

—La red de nódulos —afirma Schaffa, pensativo—. Mmm. ¿Alguien se ha

encargado de mantener vivos a los encargados de los nódulos tan al norte?
Qué interesante.

Pero hay más, así que Nassun no deja de balbucear.

—Más cerca de aquí hay muchísimos de ellos. De los nuestros.

Aquellos eran más parecidos a sus compañeros de Luna Hallada, tenían una orogenia resplandeciente y juguetona, como bancos de peces que se arremolinan y reverberan por las líneas plateadas que los conectan. Conversaciones, susurros, risas. Una comu, parece sugerirle su mente. Una comunidad de algún tipo. Una comunidad de orogenes.

(No es Castrima lo que ha sesapinado, si es lo que te estás preguntando.)

—¿Cuántos? —Schaffa habla en voz muy baja.

No es capaz de medirlo a ese nivel.

—Oí hablar a un montón de gente. Casas enteras, llenas.

Schaffa se gira. De perfil, la niña ve que los labios del hombre se retuercen y en aquella ocasión, por primera vez, no es una sonrisa.

—El Fulcro de las Antárticas.

Nida, que había entrado en silencio en la estancia mientras hablaban, dice desde la puerta:

—¿No los habían eliminado?

—Al parecer, no. —No hay inflexión alguna en la voz de Schaffa—. Es cuestión de tiempo que nos descubran.

—Sí —afirma Nida, quien luego ríe en voz baja. Nassun sesapina cómo los hilos de plata se rizan en el interior de Schaffa. Sonreír aplaca el dolor, había dicho el hombre. Cuanto más sonrío un Guardián, más dolor sienten en su interior—. A menos que... —Nida vuelve a reír. En esa ocasión, Schaffa también sonrío.

Pero entonces se gira hacia Nassun y le aparta el pelo de la cara.

—Necesito que estés tranquila —le ruega. Luego se pone en pie y se aparta

para que la niña pueda ver el cadáver de Eitz.

Cuando ha terminado de gritar, lloriquear y temblar en brazos de Schaffa, Nida y Umber se acercan y se llevan en volandas la estatua de Eitz. Es obvio que es mucho más pesada de lo que era Eitz antes, pero los Guardianes son muy fuertes. Nassun no sabe adónde la llevan, no sabe adónde llevan a ese chico guapo de la costa de sonrisa triste y ojos amables. Nunca llegará a saber nada más de él, solo que fue ella quien lo asesinó, y eso la convierte en un monstruo.

—Quizá —le dice Schaffa cuando escucha la sollozante confesión de la niña. El hombre la sostiene en su regazo y le acaricia los tupidos rizos—. Pero eres mi monstruo.

La niña está tan aterrorizada y se siente tan desvalida que incluso una afirmación así es capaz de hacerla sentir mejor.

* * *

La piedra perdura, impertérrita. Lo que está escrito en piedra no cambia nunca.

Tablilla tercera, «Estructuras»,
versículo primero

Tú, entre reliquias

Te empiezas a sentir como si hubieras vivido en Castrima toda la vida. No debería ser así. No es más que otra comu, otro nombre, otro nuevo comienzo, o al menos uno parcial. Pero... es diferente, ya que aquí todo el mundo sabe lo que eres. Era lo bueno del Fulcro, de Meov, lo bueno de ser Sienita: podías ser quien eras. Es un lujo que estás aprendiendo a volver a saborear.

Vuelves a estar en la parte superior. En Alto-Castrima, que es como lo llaman, de pie donde estaba el herbaje falso de la ciudad. El suelo que rodea Castrima es alcalino y arenoso, y has oído a Ykka suplicando por un poco de lluvia ácida para que mejoren las condiciones del terreno. Crees que el suelo necesitaría algo más de materia orgánica para que funcionase algo así... aunque tampoco hay mucha, ya que por el camino has visto tres montículos de burbubajos.

Lo bueno es que los montículos son fáciles de detectar, incluso cuando solo sobresalen un poco de las capas de ceniza que cubren el suelo. El interior de los insectos activa tu conciencia como si se tratara de una fuente de calor y presión para tu orogenia. Por el camino, mostraste a los niños cómo sesapinar el ambiente contenido, frío y calmado que los rodea. Los jóvenes lo convirtieron en un juego, se asombraban y señalaban cada vez que sentían un montículo, e intentaban encontrar más que los demás.

Lo malo es que esta semana hay más montículos de burbubajos de los que había la semana pasada. Tal vez eso no signifique nada bueno, pero no dejas que los niños te vean preocupada.

Hay un total de diecisiete niños: la mayor parte de los orogenes de Castrima. Algunos de ellos son adolescentes, pero la mayoría son más jóvenes. Uno de ellos solo tiene cinco años. La mayoría son huérfanos o, para el caso, es como si lo fueran, lo cual no te sorprende para nada. Lo que sí te sorprende es el nivel de autocontrol de casi todos, y lo rápido que aprenden: de otro modo, no habrían podido sobrevivir a la Hendidura. Tal vez hayan tenido que sesapinarla mientras se dirigía hacia ellos con tiempo suficiente para fugarse a un lugar desolado, dejar que sus instintos los salvaran, recuperarse y luego marcharse a otro lugar antes de que nadie descubriera quién se encontraba en el centro del círculo que había quedado indemne. La mayoría son mestizos medlatinos como tú: tienen la piel poco bronceada como los sanzeditos, el pelo no demasiado soplocinéreo, y los ojos y la complexión van de las Árticas a las Costeras. No son muy diferentes de los niños a quienes enseñabas en el creche de Tirimo. Lo único que ha cambiado es la asignatura y, la necesidad obliga, tus métodos de enseñanza tienen que ser diferentes.

—Sesapinad lo que hago... Solo sesapinar, no me imitéis todavía —les indicas, y luego formas un toro a tu alrededor. Lo haces varias veces, cada una de ellas de una manera diferente: a veces haces que rote alto y estrecho; otras lo mantienes estático pero lo ensanchas lo suficiente para que sus bordes se acerquen a ellos. (La mitad de los niños resoplan y se apartan como pueden. Es justo lo que deberían hacer. Bien. Lo que no está bien es que los demás se hayan quedado ahí como si nada. Tendrás que hacer algo al respecto)—. Ahora, separaos. Tú, allí; tú, allá. Tenéis que estar más o menos a esa distancia el uno del otro. Cuando os coloquéis, haced rotar un toro que se parezca lo máximo posible al que voy a hacer ahora.

No es la manera en que se les habría enseñado en el Fulcro. Allí, con años, la seguridad de los muros y un cielo azul y reconfortante sobre sus cabezas, la

enseñanza se habría podido realizar con más tranquilidad, poco a poco y dándoles a los niños tiempo para superar sus miedos y madurar. Una Estación no favorece la amabilidad, y entre los muros aserrados de Castrima no hay lugar para los errores. Has oído las quejas y visto las miradas llenas de resentimiento cuando te unes a los grupos que tienen apellido al uso o te diriges hacia los baños comunales. Ykka cree que Castrima es un lugar especial: una comu en la que los orogratas y los tátricos pueden vivir en armonía y trabajar codo con codo para sobrevivir. Tú crees que es una ingenua. Estos niños necesitan estar preparados para el día inevitable en que Castrima se vuelva contra ellos.

Por eso les haces una demostración y, cuando te imitan, los corriges con palabras cuando puedes o con un golpe de inversión de toro, como pasó cuando uno de los niños mayores lo ensanchó demasiado y estuvo a punto de congelar a uno de sus compañeros.

—¡No podéis descuidaros!

El chico se sienta en el suelo helado y te mira con los ojos como platos. También hiciste que el suelo temblara bajo sus pies para tumbarlo, y ahora estás sobre él y le gritas para intimidarlo. Ha estado a punto de matar a otro niño: debería tener miedo.

—Cuando cometéis errores, la gente muere. ¿Es eso lo que queréis? — Todos niegan con la cabeza, desesperados—. Pues arriba. A repetirlo.

Los espoleas para que hagan el ejercicio hasta que todos han demostrado, como mínimo, la habilidad básica necesaria para controlar el tamaño de su toro. Se te hace raro enseñar sin la teoría que los ayudaría a comprender por qué y cómo funciona la energía o los ejercicios estabilizadores diseñados para perfeccionar el desapego entre los instintos y la energía. Te ves obligada a enseñar en unos días algo que aprendiste a lo largo de años. Si tú eres una artista, como mucho ellos se podrían considerar imitadores baratos. Cuando

vuelves con ellos a Castrima están agotados y sospechas que algunos te odian. En realidad, estás más que segura de que te odian. Pero de esa manera serán más útiles para la comu... y también estarán listos para el día inevitable en que Castrima se ponga en su contra.

(Esa manera de pensar te resulta familiar. Hubo una época, cuando entrenabas a Nassun, en la que te decías a ti misma que no importaba si al final la niña te odiaba, pues sería capaz de sentir tu amor por su supervivencia. Pero aquello nunca estuvo bien, ¿verdad? Por esa razón fuiste más amable con Uche. Y siempre has querido pedirle perdón a Nassun, pero más adelante, cuando tuviera la edad para comprenderlo... Vaya, cuántos remordimientos orbitando en el núcleo de tu interior. Son como hierro pesado y condensado.)

—Tienes razón —dice Alabastro cuando más tarde te sientas en uno de los catres de la enfermería y le cuentas lo que ha ocurrido durante la lección—. Pero también te equivocas.

Has visitado a Alabastro más tarde de lo normal, y por eso lo ves inquieto y dolorido en su pequeña madriguera. Los medicamentos que Lerna le suele dar ya no surten efecto. Consideras que hallarte en su presencia te crea un permanente conflicto de intereses: sabes que no le queda mucho tiempo para enseñarte lo que necesita, pero también quieres que viva más y, cada vez que lo desgastas así, te sientes como si una losa cayera sobre tu cabeza. Las prisas y la desesperación no son buenas compañeras. En esa ocasión, has decidido no retenerlo mucho tiempo, pero él parece decidido a hablar mucho y se reclina contra la mano de Antimonio mientras tiene los ojos cerrados. No puedes evitar pensar que ese gesto tiene como finalidad ahorrar fuerzas, como si el mero hecho de mirarte lo agotara.

—¿Me equivoco? —preguntas. Puede que te hayas puesto a la defensiva. Siempre has sido sobreprotectora con tus alumnos, sean quienes sean.

—Por perder el tiempo. Por una sencilla razón: nunca tendrán la precisión suficiente para ser algo más que empujarrocas.

La voz de Alabastro rebosa desprecio.

—Innon era un empujarrocas —espetas.

Notas cómo aprieta un poco los dientes y hace una pequeña pausa.

—Quizá sí esté bien que les enseñes a tener cuidado cuando empujan las rocas, aunque no lo hagas de la forma más amable. —El desprecio ha desaparecido de su voz. Esto es lo más cercano a la disculpa que le vas a arrancar—. Pero insisto: enseñarles es un error. Las lecciones de esos niños interfieren con las tuyas.

—¿Qué?

Te obliga a volver a sesapinar uno de sus muñones y... vaya. Vaaaaya. De improviso te es más complicado asirte a lo que hay entre sus células. Tu percepción tarda más tiempo en ajustarse y, cuando lo hace, tienes que evitar el reflejo de centrarte solo en el calor y en el movimiento bullicioso de las pequeñas partículas. Una tarde de clase te ha hecho perder una semana de tu entrenamiento.

—En el Fulcro aprendiste de esa manera por un motivo —explica al fin, cuando te reclinás, te frotas los ojos e intentas aplacar la frustración. Alabastro ha abierto los ojos, te mira con la vista cansada—. Los métodos del Fulcro son un condicionante cuya finalidad es acercarte a la redistribución de energía y alejarte de la magia. El toro ni siquiera es necesario: puedes reunir energía ambiental de muchas formas diferentes. Pero así es como te enseñan a dirigir hacia el suelo tu conciencia para realizar la orogenia; nunca hacia arriba. Lo que haya encima de ti no importa: solo lo que tienes alrededor. No quieren que llegues más allá. —Niega con el cabeceo más enfático de que es capaz—. Si piensas en ello, es increíble. Todos los habitantes de la Quietud piensan igual: no les importa lo que haya en los océanos, no les importa lo

que haya en los cielos, nunca miran hacia el horizonte ni se preguntan qué habrá al otro lado. Se han pasado siglos burlándose de los astronomestros por sus locas teorías, pero lo que de verdad es sorprendente es que los astronomestros se molestaran en mirar hacia arriba para formularlas.

Casi te habías olvidado de esa parte de él: del soñador, del rebelde, el que siempre pone en duda la naturaleza de las cosas porque quizá no deberían haber sido como son. Tiene razón. En la Quietud, la vida no te permite poner las cosas en duda ni verlas de otra manera. La sabiduría está escrita en piedra, al fin y al cabo. De ahí que nadie confíe en la maleabilidad del metal. Eso explica que Alabastro fuera el núcleo magnético de tu pequeña familia, cuando todavía estabais juntos.

Sí que estás nostálgica hoy. Lo cual te lleva a decir:

—Creo que no eres solo un decanillado. —Él parpadea, sorprendido—. No dejas de pensar. También eres un genio. El problema es que lo eres en un campo que todo el mundo desprecia.

Alabastro se te queda mirando un momento. Entrecierra los ojos.

—¿Estás borracha?

—No, no lo estoy. —Aciaga Tierra, se acabaron los recuerdos bonitos—. Sigue con la herrumbrosa lección.

Parece más aliviado que tú por el cambio de tema.

—Pues así es como te afecta el entrenamiento del Fulcro. Te enseña a ver la orogenia como un esfuerzo, cuando en realidad es... perspectiva. Y percepción.

El trauma de lo sucedido en Allia te confirma la razón por la que el Fulcro no deseaba que un feral de tres al cuarzo se enlazara con cualquier obelisco cercano. Pero durante un momento intentas comprender la diferencia que Alabastro te intenta explicar. Cierto, usar energía es algo muy diferente de usar magia. El método del Fulcro hace que la orogenia sea lo que es:

esforzarse para mover objetos pesados con la voluntad, en lugar de hacerlo con las manos o con poleas. Pero la magia no requiere esfuerzo; al menos, no cuando se usa. El cansancio viene luego. En el momento, todo consiste en saber que se encuentra ahí. Hay que entrenarse para llegar a verla.

—No entiendo por qué lo hicieron —dices mientras tamborileas con los dedos en el catre y reflexionas. El Fulcro lo construyeron los orogenes. Algunos de ellos, en algún momento del pasado, debieron de ser capaces de sesapinar la magia. Pero... Te estremeces cuando lo comprendes. Sí, claro. Los orogenes más poderosos, aquellos capaces de detectar la magia con facilidad y que quizá por eso tuvieran problemas para usar la redistribución de energía, eran los que terminaban en los nódulos.

Alabastro tiene mayor amplitud de miras y no solo se limita al Fulcro.

—Creo —dice— que llegaron a comprender el peligro. Los orogratas que tenían poco control no eran los únicos que iban a enlazarse con un obelisco para morir: algunos debieron de conseguirlo... y otros lo hicieron por las razones equivocadas.

Intentas pensar en una buena razón para activar una red de máquinas antiguas y mortíferas. Tu gesto es como un libro abierto para Alabastro.

—Dudo de que yo sea el primer orograta que ha querido convertir el Fulcro en un pozo de lava.

—Bien visto.

—Y la guerra. No te olvides de ella. Los Guardianes que trabajan con el Fulcro pertenecen a una de las (por así decir) facciones de las que te hablé. Son los que quieren mantener el *statu quo*: que los orogratas sean útiles y seguros y que los tácticos hagan todo el trabajo y crean que tienen el control cuando en realidad son los Guardianes los que se encargan de todo. Son ellos quienes controlan a las personas capaces de controlar los desastres naturales.

Eso te sorprende. No: lo que te sorprende es no haber llegado por tu cuenta

a esa conclusión. Tampoco es que te hayas pasado mucho tiempo pensando en los Guardianes; solo lo has hecho cuando has tenido uno cerca. Quizá sea otro de esos pensamientos que te generan aversión debido a tu acondicionamiento: no mires hacia arriba y no pienses en esas horribles sonrisas.

Decides obligarte a pensar en ellos en ese momento.

—Pero los Guardianes mueren durante las Estaciones... —Mierda—. En realidad, dicen que mueren... —Mierda—. Está claro que no.

Alabastro emite un sonido herrumbroso que bien podría ser una risa.

—Soy una mala influencia.

Siempre lo ha sido. No puedes evitar sonreír, aunque la conversación hace que la sensación no dure mucho.

—Pero no se unen a las comus. A algún lugar tendrán que marcharse.

—Quizá. Puede que sea ese lugar que se llama «Warrant». Al parecer, nadie sabe dónde está. —Hace una pausa y se pone más reflexivo—. Supongo que debería haberle preguntado a la mía al respecto antes de dejarla.

Nadie deja a su Guardián.

—Dijiste que no la habías matado.

Alabastro parpadea, como si intentara recordar.

—No. La curé. O algo parecido. Ya conoces eso que tienen en la cabeza. —Sí. Sangre y una punzada de dolor en la palma de tu mano. Schaffa dándole con mucho cuidado algo pequeño y sangriento a otro Guardián. Asientes—. Es lo que les proporciona sus habilidades; pero también los corrompe, los pervierte. Los instructores del Fulcro solían hablar del tema entre susurros. Hay varios grados de contaminación... —Aprieta los dientes, como si de manera consciente intentara sortear ese asunto. Supones la razón. Es un asunto que en algún momento llegará a los Guardianes descamisados que matan con el tacto—. Sea como fuere, le saqué esa cosa a la mía.

Tragas saliva.

—Una vez vi cómo un Guardián mataba a otro quitándose la.

—Sí. Cuando la contaminación se vuelve insostenible. Son demasiado peligrosos hasta para el resto de Guardianes, y hay que purgarlos. He oído que no lo hacen de manera agradable, que son unos salvajes hasta con los que son como ellos.

«Está enfadado», había dicho la Guardiana Timay justo antes de que Schaffa la matara. «Se preparan para regresar.» Coges aire. Es un recuerdo lúcido en tu memoria porque fue el día que tú y Tonkee... Binof... encontrasteis la Hendidura. El día de tu primer examen de anillos, hace mucho tiempo y cuando tu vida era tranquila. Nunca olvidarás nada de lo que ocurrió ese día. Y ahora...

—Es la Tierra.

—¿Qué?

—Esa cosa dentro de los Guardianes. El... contaminante.

«Él también modificó a los que lo controlaban. Los encadenó a él, vinculó sus destinos.»

—¡La Guardiana se refería a la Tierra!

Estás segura de haber sorprendido a Alabastro, por una vez.

—Pues... —Piensa un momento—. Ya veo. Es en ese instante cuando cambian de bando. Dejan de trabajar por el *statu quo* y los intereses de los Guardianes y empiezan a hacerlo por los de la Tierra. Ahora entiendo por qué los demás acaban con ellos.

Eso es lo que necesitas comprender.

—¿Qué es lo que quiere la Tierra?

La mirada de Alabastro es intensa, muy intensa.

—¿Qué puede querer cualquier ser vivo que se enfrenta a un enemigo tan cruel que le ha robado a su progenie?

Aprietas los dientes. Quiere venganza.

Bajas la vista del catre al suelo y te apoyas en el cabecero.

—Cuéntame algo más del Portal de los Obeliscos.

—Sí. Suponía que te iba a interesar. —Alabastro vuelve a bajar el tono de voz, pero hay algo en su mirada que te hace pensar: «seguro que tenía la misma cara el día que hizo la Hendidura»—. Ya conoces el principio básico. La escalabilidad en paralelo. Usar un yugo para que dos animales consigan más que uno. Dos orogratas juntos pueden hacer más que por separado. También funciona con los obeliscos, solo que... de manera exponencial. Se convierte en una matriz, no en un yugo. En algo dinámico.

Vale, por ahora lo has entendido.

—O sea, que debo descubrir cómo encadenarlos entre ellos.

Asiente

—Y necesitarás un intercesor; al menos, al principio. Cuando abrí el Portal en Yumenes usé varias docenas de responsables de los nódulos.

Varias docenas de orogratas atrofiados y enfermizos convertidos en armas insensibles... y, de alguna manera, Alabastro las usó contra los mismos que las habían creado. Muy propio de él. Qué bien pensado.

—¿Un intercesor?

—Para amortiguar el impacto. Para... suavizar el flujo de la conexión. —Le falla la voz y suspira—. No sé cómo explicarlo. Lo sabrás cuando lo pruebes.

«Cuando lo hagas.» Da por hechas muchas cosas.

—¿Eso que hiciste mató a los responsables de los nódulos?

—No del todo. Los usé para abrir el Portal y crear la Hendidura... y luego ellos intentaron hacer lo que están destinados a hacer: detener el temblor. Estabilizar la tierra.

Tuerces el gesto cuando lo comprendes. Ni siquiera tú, que eres una exagerada, fuiste tan estúpida como para intentar detener las ondas sísmicas

cuando llegaron a Tirimo. Lo más seguro era desviar esa energía hacia cualquier otro lugar. Pero los responsables de los nódulos no tienen ni la conciencia ni el control necesarios para hacer lo más seguro.

—No los usé a todos —dice Alabastro, reflexivo—. Los que se encontraban más al oeste, así como los de las Árticas y los de las Antárticas estaban fuera de mi alcance. La mayoría habrá muerto desde entonces, ahora que no hay nadie para mantenerlos con vida, pero aún puedo sesapinar nódulos activos en algún que otro lugar. Remanentes de la red: al sur, cerca del Fulcro de las Antárticas; y al norte, cerca de Rennanis.

Es lógico que pueda detectar nódulos activos, aunque se encuentren lejos en las Antárticas. Tú apenas alcanzas a sesapinar a cientos de kilómetros de distancia de Castrima, y tienes que esforzarte para llegar tan lejos. Quizá los orogratas del Fulcro de las Antárticas hayan sobrevivido de alguna manera y decidido cuidar a los menos afortunados que se encuentran en los nódulos, pero...

—¿Rennanis?

Es imposible. Es una ciudad de las Ecuatoriales. Más occidental y meridional que la mayoría. Casi todos los habitantes de Yumenes daban por hecho que era poco más que una zona rural de las Surmelat. Pero Rennanis estaba en las Ecuatoriales, y también debería haber desaparecido.

—La Hendidura se extiende hacia el noroeste, a lo largo de una antigua falla que encontré. Está a unos cientos de kilómetros de Rennanis, supongo que lo suficiente para que los responsables de los nódulos puedan haber hecho algo. Debería haber acabado con la mayoría, y el resto debería haber muerto después de que quienes se encargan de ellos los hubieran abandonado, pero no lo sé.

Deja de hablar, quizá por cansancio. Hoy está ronco y tiene los ojos inyectados en sangre. Otra infección. Dice Lerna que siempre le pasa, porque

algunas de las quemaduras que tiene en el cuerpo no sanan. La falta de analgésicos no ayuda.

Intentas asimilar lo que te ha contado, lo que te ha contado Antimonio y lo que has aprendido gracias a las dificultades y al sufrimiento. Quizá los números importen. Doscientos dieciséis obeliscos, un número incalculable de orogenes como intercesores y tú. La magia para unir esos tres elementos... Sea como sea. Todo unido para formar una red con la que capturar la maldita Luna, por los fuegos de la Tierra.

Alabastro no dice nada mientras reflexionas y terminas por mirarlo para ver si se ha quedado dormido. Pero está despierto y te mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

Frunces el ceño, a la defensiva, como siempre.

Te dedica una pequeña sonrisa con la mitad de la boca que no tiene quemada.

—Nunca cambiarás. Si te pido ayuda, me mandas a descascarillar y a que me muera. Si no digo nada, haces milagros por mí. —Suspira—. Aciaga Tierra, cuánto te he echado de menos.

Esas palabras... Duelen, para tu sorpresa. Te das cuenta de la razón en ese mismo momento: porque hace mucho tiempo que nadie te dice algo así. Jija podía ser cariñoso, pero no era muy dado a sentimentalismos. Innon usaba el sexo y las bromas para demostrar su cariño. Pero Alabastro... Siempre lo ha hecho así. Con algo que no te esperas, con un cumplido de soslayo que te podrías tomar como una provocación o un insulto. Cómo te has curtido sin ese tipo de cosas. Sin él. Pareces fuerte y saludable, pero el aspecto de tu interior se parece al de él: no eres más que rocas quebradizas y cicatrices, propensa a partirte si alguien te dobla demasiado.

Intentas sonreír, pero no lo consigues. Él no lo intenta. Os miráis el uno al

otro. Eso no significa nada; pero, al mismo tiempo, también lo significa todo.

La situación no dura mucho, claro. Alguien entra en la enfermería, se acerca y te sorprendes cuando ves que es Ykka. Hjarka está detrás de ella, vagueando por el lugar y con un gesto de aburrimiento muy sanzedito: usa un pedazo de madera pulida para limpiarse los dientes afilados, con una mano apoyada en las curvas de la cadera y el pelo soplocinéreo más despeinado que de costumbre, aplanado por la parte que tenía en la cama hace poco, como si acabara de despertar.

—Siento la interrupción —dice Ykka con un tono que no denota arrepentimiento alguno—, pero tenemos un problema.

Empiezas a odiar esas palabras. No obstante, tu clase ya había terminado, así que le dedicas un gesto de asentimiento a Alabastro y te levantas.

—¿Y ahora qué pasa?

—Tu amiga. La vaga.

Tonkee, que no se ha unido a los grupos de trabajo de los Innovadores, no se ha molestado en ir a recoger la parte de suministros que corresponde a tu casa cuando le toca y desaparece justo cuando hay reunión de los de su casta. En otras comus ya la habrían echado por ese tipo de cosas, pero aquí le han dado algo de margen por ser una de las compañeras del segundo orogén más poderoso de Castrima. Pero todo indica que se le ha acabado la suerte, porque Ykka parece muy molesta.

—Ha encontrado la sala de control —afirma Ykka—. Y se ha encerrado dentro.

—La... —¿Qué?—. La sala de control ¿de qué?

—La sala de control de Castrima. —Ykka parece molesta por tener que explicarse—. Te lo dije cuando llegasteis: hay mecanismos que hacen que este lugar funcione, que haya luz, aire y esas cosas. La sala es secreta porque, si alguien pierde la cordura y le da por romper cosas, podría matarnos a

todos. Pero tu mestra está ahí dentro haciendo la aciaga Tierra sabe qué y, básicamente, lo que me gustaría pedirte es que me des permiso para matarla, porque ahora mismo es lo que creo que debería hacer.

—No podrá dañar nada importante —dice Alabastro. Aquello os inquieta a ambas, porque no estáis acostumbradas a verlo interactuar con otra persona, y a Ykka aún más porque es muy probable que lo vea como poco más que un desperdicio de medicinas que como una persona. Él también la tiene en mucha estima. Vuelve a cerrar los ojos—. Lo más probable es que se haga daño, y poca cosa más.

—Bueno es saberlo —repite Ykka, aunque lo mira con suspicacia—. Estaría más tranquila si no estuvieras hecho unos zorros y no diera la impresión de que no tienes ni idea de lo que ocurre fuera de esta enfermería, pero gracias de todas formas.

Alabastro lanza un bufido burlón.

—Sé todo lo que hay que saber sobre esta reliquia desde el momento en que entré aquí. Y si cualquiera que no fuese Essun tuviera alguna oportunidad de usarla para su verdadero cometido, no me quedaría aquí ni un momento más. —Ykka y tú os quedáis mirando, y el hombre suspira con fuerza. Notas un repiqueteo en su respiración, lo que te preocupa, y decides recordarlo luego para preguntarle a Lerna. No añade nada más. Ykka se te queda mirando con un gesto muy evidente de «estoy harta de tu amigo» y luego te invita con otro gesto a seguirla fuera.

El camino hasta donde se encuentra la sala de control es largo. A Hjarka le cuesta respirar después de subir la primera escalerilla, pero se acostumbra y consigue seguir el ritmo. Ykka lo hace mucho mejor, aunque a los diez minutos ya está sudando. Tú aún estás en forma gracias a los caminos, por lo que el ascenso se te da muy bien, aunque, después de atravesar tres tramos de escalera, una escalerilla y una terraza en espiral que está construida alrededor

de uno de los cristales más anchos de la comu, hasta te dan ganas de charlar sobre cualquier cosa para olvidarte del suelo, que cada vez está más y más lejos.

—¿Qué soléis hacer con los que se evaden de las tareas de los de su casta?

—Mandarlos a paseo. ¿Qué alternativa hay? —Ykka se encoge de hombros—. No podemos abandonarlos a la ceniza, claro. Debemos matarlos para mantener el secreto. Pero sí tenemos un procedimiento: damos un aviso y luego una audiencia. Morat, la portavoz de los Innovadores, no ha puesto una queja formal. Le he pedido que lo haga, pero me ha dado largas. Dice que tu amiga le proporcionó un dispositivo portátil para analizar el agua que puede salvarle la vida a alguno de nuestros Cazadores ahí fuera.

Hjarka suelta una risilla herrumbrosa. Niegas con la cabeza, distraída.

—Es un buen trato. Está claro que es una superviviente.

Ykka pone los ojos en blanco.

—Quizá. Pero da una imagen equivocada a los demás. La de una persona a la que no se le castiga por no atender a los grupos de trabajo, aunque invente cosas útiles fuera de horas de trabajo. ¿Qué hago si otros empiezan a hacer novillos?

—Abandona a la ceniza a los que no hayan inventado nada —sugieres. Luego te detienes, porque Ykka se ha quedado quieta. Crees que es porque le ha molestado lo que acabas de decir, pero ves que mira a su alrededor, a la extensión de la comu. Tú también te detienes. A esta altura, estáis mucho más arriba que el último piso habitado del lugar. En la geoda se escuchan avisos, alguien que golpea con un martillo y uno de los grupos de trabajo que canta una tonadilla rítmica. Echas un vistazo por encima de la barandilla más cercana, y ves desde arriba que alguien ha fabricado con un palé de madera y cuerda un montacargas que llega hasta el nivel intermedio, pero sin contrapeso, por lo que la única manera de subir la mercancía pesada es tirar

de la cuerda. Veinte personas se dedican a ello en este momento. Te parece una actividad muy divertida.

—Estabas en lo cierto sobre la integración —dice Hjarka. Habla en voz baja mientras contempla también cómo Castrima rebosa de vida—. No podríamos hacer que este lugar saliera adelante sin más gente. Pensaba que eran tonterías tuyas, pero no lo son.

Ykka suspira.

—Por ahora funciona. —Mira a Hjarka—. No me habías dicho que la idea no te convencía.

Hjarka se encoge de hombros.

—Dejé mi comu porque no quería la responsabilidad de ser Líder. Aquí tampoco la quiero.

—Pero no tienes que vencerme en un duelo a cuchillo para dar tu opinión, por la Tierra.

—Cuando se acerca una Estación y soy la única Líder de la comu, debo ser cuidadosa hasta con las opiniones. —Se encoge de hombros y luego sonrío a Ykka, con algo muy cercano al afecto—. Todavía me da la impresión de que me vas a matar en cualquier momento.

Ykka ríe.

—¿Es lo que habrías hecho en mi lugar?

Notas que no es broma del todo.

—Es lo que me enseñaron, sí... Pero sería una estupidez hacerlo aquí. Esta Estación y esta comu son diferentes de cualesquiera otras. —Hjarka te lanza una mirada intencionada, como si fueras otro ejemplo más de lo peculiar que es Castrima—. La tradición solo serviría para oxidarlo todo en un caso como el nuestro. Es mejor tener una líder que no sepa cómo deberían hacerse las cosas y que lo haga como ella crea conveniente. Una líder que meta la caña que haga falta para conseguir sus objetivos.

Ykka lo asimila en silencio durante unos instantes. Es obvio que, sea lo que sea lo que ha hecho Tonkee, no es ni urgente ni terrible. Luego, la líder se vuelve y continúa el ascenso. Al parecer ha decidido que se ha terminado el descanso. Hjarka y tú suspiráis y la seguís.

—Creo que quienes construyeron este lugar no lo pensaron muy bien — continúa Ykka mientras asciende—. Es muy poco eficiente. Depende demasiado de una maquinaria que puede estropearse u oxidarse. Y se vale de la orogenia como fuente de energía, que es de lo menos fiable que hay. Pero a veces me pregunto si quizá no querían construirlo así. Si quizá tuvieron que meterse bajo tierra, encontraron esta geoda gigante e hicieron con ella lo que buenamente pudieron. —Mientras camináis, pasa una mano por la barandilla. Es una de las estructuras de metal originales que hay construidas por toda la geoda. Sobre los niveles habitables, todo está hecho de metal viejo—. Siempre he pensado que de verdad fueron los verdaderos padres del espíritu de Castrima. Respetaban el trabajo duro y se adaptaban a cualquier situación, como nosotros.

—¿No es lo que hace todo el mundo? —Excepto Tonkee.

—Algunos. —No cae en tu trampa—. A mí me descubrieron cuando tenía quince años. Hubo un incendio en un bosque al sur, en una época de sequía. El humo había empezado a matar a los ancianos y a los bebés de la comu. Pensamos que tendríamos que marcharnos. Al final decidí acercarme al lindero del bosque, donde algunos de los habitantes de la comu se afanaban para fabricar un cortafuegos. Seis de ellos murieron mientras lo hacían. —Niega con la cabeza—. No habría funcionado. El fuego se había propagado en exceso. Pero ya sabes cómo se las gastan los míos.

Asientes. Te resulta una conducta familiar de los castrimenses a quienes has llegado a conocer. Y también de los habitantes de Tirimo a quienes llegaste a conocer. Y de los de Meov. Y de los de Allia. Y de los de

Yumenes. Ninguno de los habitantes de la Quietud estaría vivo de no haber sido por esa tenacidad despreocupada. Pero Ykka necesita que creas que Castrima es especial. Y lo es, a su manera tan extraña. Por eso haces bien en mantener la boca cerrada.

Continúa:

—Sofoqué el fuego. Congelé la parte del bosque que estaba ardiendo y usé la energía para levantar una cresta más al sur para que sirviera de cortafuegos, por si se volvía a avivar. Todos me vieron hacerlo. En ese momento descubrieron lo que era.

Dejas de caminar y te quedas mirándola. Ella se da la vuelta, con una medio sonrisa en el gesto.

—Les dije que me marcharía, si lo que querían era llamar a los Guardianes y enviarme al Fulcro. También les prometí que no congelaría a nadie si lo que querían eran colgarme. Pero se dedicaron a discutir sobre el asunto durante tres días. Pensé que estaban discutiendo acerca de la manera en que me iban a matar. —Se encoge de hombros—. Así que me marché a casa y cené con mis padres, que también lo sabían y estaban aterrorizados. Los convencí para que no me ayudaran a escapar de la ciudad escondida en un carruaje. Al día siguiente fui al creche, como siempre. Al final descubrí que los ciudadanos habían hablado de cuál sería la mejor manera de entrenarme. Sin tener en cuenta el Fulcro.

Te quedas boquiabierto. Has visto a los padres de Ykka, aún sanos y fuertes, y dotados además de tener esa terquedad tan característica de los sanzedinos. De ellos podrías llegar a creerte algo así. Pero ¿de los demás? Pues bueno, quizá sí que Castrima sea especial.

—Mmm. Y entonces ¿cómo te entrenaron? —pregunta Hjarka.

—Bueno, ya sabéis cómo son las pequeñas comus medlatinas. Seguro que aún no se han puesto de acuerdo sobre cómo ocurrió la Hendidura. Me

entrené yo misma, vaya. —Ríe, y Hjarka suspira—. Sí, así se las gastan. Unos herrumbrosos, pero buena gente.

«Ojalá hubiera traído aquí a Uche y a Nassun al nacer», piensas, en contra de tu voluntad.

—No a todos los tuyos les gusta que estemos aquí —espetas, casi como si respondieras a tu pensamiento.

—Sí, me han llegado los rumores. Y por eso me alegro de que estés entrenando a los niños y todos hayan visto que te encargaste de los burbubajos de Terteis. —Le cambia la cara—. Pobre Terteis. Has vuelto a demostrar hasta qué punto les conviene tener cerca a quienes son como nosotros en lugar de matarnos o echarnos. Los castrimenses son gente práctica, Essie. —Odias el mote nada más oírlo—. Demasiado prácticos como para hacer algo solo porque lo ha dicho otra persona.

La conversación acaba ahí. Reemprende el ascenso. Hjarka y tú la seguís al cabo de unos instantes.

Por fin te has acostumbrado a la blancura implacable de Castrima, ya que solo unos cuantos de los cristales que se usan como apartamentos tienen algún tono de color amatista o cuarzo ahumado. En aquel lugar, no obstante, el techo de la geoda está sellado con una sustancia lisa y parecida al vidrio que tiene tonos esmeraldinos. El color te sorprende un poco. El último tramo de escaleras que sube hasta ese lugar tiene la anchura suficiente como para que cinco personas vayan una al lado de la otra, y no te sorprende encontrarte con dos de los Lomocurtido de Castrima junto a lo que parece ser una trampilla corrediza fabricada con la misma sustancia verde. Una de los Lomocurtido lleva en la mano un pequeño cúter de vidrio armado; el otro no lleva nada en los fuertes brazos que tiene cruzados.

—Aún nada —dice el hombre Lomocurtido cuando llegáis las tres—. No

hemos dejado de oír ruidos en el interior: chasquidos, zumbidos y, a veces, algunos gritos. Pero la puerta sigue atrancada.

—¿Algunos gritos? —pregunta Hjarka.

El hombre se encoge de hombros.

—Cosas como «lo sabía» o «así que era por eso».

Te parece típico de Tonkee.

—¿Cómo ha cerrado la puerta? —preguntas. La mujer Lomocurtido se encoge de hombros. Que los Lomocurtido sean una mole de músculos descerebrados no es más que un estereotipo, pero algunos de ellos lo cumplen con todas las de la ley.

Ykka te vuelve a mirar con cara de «todo esto es culpa tuya». Niegas con la cabeza, subes uno de los escalones y tocas en la puerta.

—Abre, Tonkee, por el óxido.

Se hace el silencio durante un momento y luego oyes un repiqueteo quedo.

—Joder, eres tú —murmura Tonkee desde algún lugar al otro lado de la puerta—. Espera. Y no congeles nada.

Un momento después se oye el sonido de algo que traquetea contra la puerta. Luego se abre. Ykka, Hjarka, los Lomocurtido y tú entráis, aunque al llegar todos excepto Ykka os quedáis quietos y mirando, por lo que a ella no le queda otra que cruzarse de brazos y dedicarle la mirada llena de rabia que se merece.

Encima de la puerta, el techo es hueco. La sustancia verde también sirve de suelo, y la estancia resultante está moldeada alrededor de los típicos cristales blancos que sobresalen del techo rocoso, verde y grisáceo de la geoda, que quizá tengáis a unos cinco metros sobre vuestras cabezas. Pero lo que hace que te quedas clavada en el sitio, que te quedas boquiabierta y que tu mente pase del enfado al silencio es que los cristales que se ven a este lado de la sustancia verde titilan y parpadean, transitan una y otra vez y sin orden ni

concierto de la opacidad a un brillo translúcido. Las astas y las puntas de esos cristales, que atraviesan el suelo, no hacían lo mismo en el exterior. Ninguno de los demás cristales de Castrima lo hace. Aparte de brillar, algo que denota sin duda que no son solo rocas, los cristales de Castrima no son diferentes de cualquier otro cristal de cuarzo. Pero aquí... De improviso comprendes lo que quería decir Alabastro cuando habló sobre las capacidades de Castrima. De repente ves con mucha claridad la verdadera y aterradora naturaleza de la geoda: no está llena de cristales, son obeliscos en potencia.

—Por el óxido descascarillado —murmura uno de los Lomocurtido. Tú estás igual de sorprendida.

La basura de Tonkee está por todos los rincones de la estancia: hay extrañas herramientas y trozos de pizarra, así como pedazos de cuero llenos de diagramas y un palé en una esquina que explica por qué no había dormido estos días en el apartamento. (Te has sentido sola sin Hoa y sin ella, pero no quieres admitirlo.) Tonkee se aleja de ti, sin dejar de mirar hacia atrás y muy molesta por tu llegada.

—Por el óxido, no toques nada —dice—. No quiero saber lo que una orogén de tu calibre haría con algo así.

Ykka pone los ojos en blanco.

—Tú eres la que no debería tocar nada. No se te permite estar aquí, y lo sabes. Venga.

—No.

Tonkee se agacha junto a un pedestal bajo y extraño que se encuentra en el centro de la habitación. Parece un asta de cristal que se ha cortado por la mitad: ves (titilando, de manera extraña) la base que crece desde el techo y el pedestal (que titila al unísono) justo debajo, pero entre ellos hay una sección de metro y medio que no es más que un espacio vacío. La superficie del

pedestal está cortada tan lisa que parece un espejo. Y es opaca, aunque el resto del pedestal titile.

Al principio crees que no hay nada encima, pero Tonkee mira la superficie con tanto ímpetu que te acercas hasta ponerte a su lado. Cuando te agachas para ver mejor, la mujer mira hacia arriba, cruzáis la mirada y te sorprende ver que hay en ella un júbilo que no intenta ocultar. En realidad no es eso lo que te sorprende, ya la conoces bien. Lo que te sorprende es que ese resplandor sumado al pelo limpio y corto, lo bien vestida que va y verla sin disfraz alguno la ha transformado en una versión madura de Binof que hace que te asombres por no haberte dado cuenta desde el principio.

Pero da igual. Te centras en el pedestal, aunque a tu alrededor hay todo tipo de maravillas que contemplar: un pedestal más alto cerca del fondo de la estancia sobre el que flota un obelisco en miniatura de treinta centímetros y el mismo color esmeralda del suelo, otro pedestal con un pedazo oblongo de roca que también flota sobre él, una serie de cuadrados transparentes en uno de los muros dentro de los cuales hay unos extraños diagramas de lo que parecen ser máquinas, y una serie de paneles por la pared en la que se encuentran unos indicadores que miden algo; cifras que no eres capaz de descifrar.

Pero en el pedestal grande se encuentran los objetos menos llamativos de la habitación: seis pequeñas esquirlas metálicas de una anchura similar a un alfiler y del tamaño de tu dedo pulgar. No están fabricadas con el mismo metal plateado con el que se construyeron las antiguas estructuras de Castrima. El metal de las esquirlas es oscuro y moteado de tonos rojos. Es acero. Es increíble que no se haya oxidado del todo después de todos los años de existencia de Castrima. A no ser que...

—¿Las has puesto tú aquí? —preguntas a Tonkee.

Se pone furiosa de improviso.

—Claro que sí. ¡Por qué no entrar al centro de control del artefacto de una civitusta, buscar el dispositivo más peligroso que hay en su interior y, de inmediato, tirar encima pedazos de metal oxidado!

—No seas estúpida, por favor. —Aunque te lo mereces, estás demasiado intrigada como para que te moleste su respuesta—. ¿Por qué crees que es el dispositivo más peligroso que hay aquí?

Tonkee señala al borde biselado del pedestal. Miras más de cerca y parpadeas. El material no es liso como el resto de la asta de cristal: en el borde hay grabados muchos símbolos y letras. Vaya, son las mismas letras que hay en los paneles de las paredes. Y brillan en rojo, aunque el color parece flotar y resplandecer sobre la superficie del material.

—Y esto —añade Tonkee.

Levanta una mano y la acerca a la superficie del pedestal y a los pedazos de metal. De repente, las letras rojas flotan a más altura. Es la mejor manera de describir lo que acaba de suceder. En un instante, se vuelven enormes y se giran para ponerse frente a ti, refulgen en el aire a la altura de tus ojos con lo que no hay duda de que es una advertencia. El rojo es el color de los lagos de lava. También es el color del agua cuando todo lo que hay en su interior ha muerto excepto las algas tóxicas. Una advertencia que augura un golpe inminente. Hay cosas que el tiempo y la cultura no son capaces de cambiar, deduces.

(En general te equivocas. Pero en este caso en específico tienes mucha razón.)

Todo el mundo se ha quedado mirando. Hjarka se acerca y levanta una mano para intentar tocar las letras flotantes, pero sus dedos las atraviesan. Ykka se mueve alrededor del pedestal, sin poder evitar la fascinación.

—Lo había visto antes, pero nunca le había prestado atención de verdad. Las letras se van moviendo conmigo.

Para ti no se han movido. Pero te inclinas a un lado y estás segura de que, cuando lo haces, giran un poco para no dejar de estar frente a ti.

Tonkee aparta la mano con impaciencia y hace aspavientos para que Hjarka también aparte la suya, y luego las letras se aplanan, encogen y vuelven a quedar inactivas por el borde del pedestal.

—Pero no hay ninguna barrera. Cuando los artefactos de las civitustas, al menos los de esta civilización en particular, son peligrosos, suelen tener algo para protegerlos. Puede ser o bien una barrera física, o bien restos de una que ha desaparecido a causa del tiempo. Si esta gente no quería que tocaras algo, o no lo tocabas o tenías que ingeniártelas muy bien para hacerlo. Esto no es más que un aviso, pero no sé a qué viene.

—¿Se pueden tocar de verdad esas cosas?

Extiendes la mano hacia uno de los pedazos de acero y no le prestas atención al aviso cuando vuelve a aparecer. Tonkee te bufa con tanta fuerza que te echas atrás del susto, como si fueras un niño a quien acaban de pillar en falta.

—¡Por el óxido, he dicho que no lo toques! ¿De qué vas?

Aprietas los dientes, pero también te lo mereces. Has sido madre y sabes que no puedes negarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo aquí?

Ykka está agachada junto al palé que Tonkee usa para dormir.

Tonkee mira los pedazos de acero, y tu primera impresión es creer que no ha oído a Ykka. No responde durante un largo rato. En su cara hay algo que empieza a no gustarte. No puedes afirmar que ahora la conozcas mejor que cuando eras una balasto, pero sí que sabes que no es una persona formal. Te parece muy mala señal el hecho de que ahora esté seria, con los dientes apretados y la mandíbula más prominente de lo que es habitual en ella. Le dice a Ykka:

—Una semana, pero me mudé aquí hace solo tres días. Creo. He perdido la noción del tiempo. —Se frota los ojos—. No he dormido mucho.

Ykka niega con la cabeza y se levanta.

—Bueno, al menos aún no has destruido la maldita comu. Venga, dime lo que has descubierto.

Tonkee se vuelve para mirarla con cautela.

—Esos paneles que hay en la pared sirven para activar y regular las bombas de agua, los sistemas de distribución de aire y los procesos de refrigeración. Pero eso ya lo sabías.

—Sí. Ya ves que no estamos muertos.

Ykka se sacude de las manos la suciedad del suelo y camina de costado hacia Tonkee. Parece reflexiva y un tanto amenazadora al mismo tiempo. No es tan grande como la mayoría de las mujeres sanzedinas, unos treinta centímetros más baja que Hjarka. Su amenaza no es tan evidente como la del resto de los tuyos, pero sientes cómo empieza a preparar la orogenia muy despacio. Ya estaba preparada para destrozarse o congelarse lo que hiciera falta con tal de entrar a este lugar. Los Lomocurtidos también se mueven un poco y se acercan, lo que refuerza la amenaza tácita.

—Lo que quiero saber —continúa— es por qué lo sabías. —Se detiene frente a Tonkee—. Nosotros lo descubrimos hace tiempo, por ensayo y error. Al tocar una de esas cosas, hacía más frío, y al tocar otra, el agua de los baños públicos se calentaba. Pero tú no has tocado nada esta semana.

Tonkee suelta un pequeño suspiro.

—Con los años, he aprendido a descifrar algunos de los símbolos. He pasado mucho tiempo en ruinas de este tipo, y en todas ellas estas cosas se repiten una y otra vez.

Ykka se queda pensando y luego señala con la cabeza el texto de advertencia que hay en el borde del pedestal.

—¿Qué dice ahí?

—Ni idea. He dicho descifrar, no leer. Los símbolos, no el idioma. — Tonkee se acerca a uno de los paneles de la pared y señala un esquema que destaca en la esquina superior derecha. No es que sea intuitivo: es algo verde, parecido a una flecha pintarrajeada, que señala hacia abajo—. Las he visto igual en todos los lugares donde hay jardines acuáticos. Creo que es para calibrar la calidad y la intensidad de la luz que reciben los jardines. —Mira a Ykka—. De hecho, tengo la certeza de que controla la luz que reciben los jardines.

Ykka levanta un poco la cabeza, lo suficiente para que sepas que Tonkee ha acertado.

—Entonces, ¿este lugar se parece a las demás ruinas que has encontrado? ¿En las otras también hay cristales como estos?

—No. Nunca me había encontrado con nada parecido a Castrima. Menos... —Te lanza una mirada rápida y furtiva—. Bueno. No exactamente igual a Castrima.

—Eso que había en el Fulcro no se parecía en nada a esto —espetas. Han pasado más de veinte años, pero no has olvidado ni el menor detalle de aquel lugar. Era un pozo, y Castrima es una roca hueca. No hay ninguna prueba de que ambos fueran contruidos por las mismas personas ni con la misma finalidad.

—En realidad, sí. —Tonkee se vuelve a acercar al pedestal y activa la advertencia. En esta ocasión, señala un símbolo de los que se encuentran en el texto rojo: un círculo negro rodeado por un octógono blanco. No sabes por qué no lo habías visto antes, ya que sobresale entre tanto rojo—. Vi esta marca en el Fulcro, pintada en uno de los paneles de luces. Tú estabas demasiado ocupada mirando hacia el pozo y no creo que la vieras. Desde entonces, he estado en una media docena de emplazamientos de los

constructores de los obeliscos, y esa marca siempre se encuentra cerca de algo peligroso. —Te taladra con la mirada—. A veces he visto cadáveres cerca.

La Guardiania Timay te viene a la mente de manera inopinada. No es que la encontrarais muerta, pero murió de todos modos. Y ese día tú también estuviste cerca. Luego recuerdas un instante en el que te encontrabas en aquella habitación sin puertas, cerca del borde de aquel pozo ancho. Recuerdas aquellas pequeñas protuberancias parecidas a agujas que sobresalían de las paredes del pozo... iguales que las agujas de acero que acabas de ver ahí.

—La Hendidura —murmuras. Así es como la había llamado el Guardián—. Un contaminante. —Sientes un cosquilleo en la nuca. Tonkee te mira, sorprendida.

—Pero «algo peligroso» puede ser cualquier cosa, por el óxido —afirma Hjarka, molesta, mientras sigues observando los pedazos de óxido.

—No, en este caso se refiere a algo muy específico y herrumbroso. —Tonkee se queda mirando a Hjarka con desprecio, algo que ya es sorprendente de por sí—. Era la marca de su enemigo.

Te acabas de dar cuenta, joder. Joder, joder, joder.

—¿Qué? —pregunta Ykka—. ¿De qué habláis, por la aciaga Tierra?

—Su enemigo. —Tonkee se inclina hacia el borde del pedestal, y notas que lo hace con cuidado pero con intensidad—. Estaban en guerra, ¿no lo entiendes? Al final, justo antes de que su civilización quedara destruida. Todas las ruinas, todo lo que queda de aquella época, está enfocado a la defensa y a la supervivencia. Como las comus de hoy en día, solo que ellos tenían mucho más que muros de piedra para protegerse. Cosas como geodas subterráneas gigantes y herrumbrosas. Se escondían en estos lugares para estudiar a su enemigo y quizá fabricar armas con las que enfrentarse a él.

Se gira y señala hacia arriba, hacia la mitad superior del cristal. Titila, igual que ella, como si fuera un obelisco.

—No. —Niegas sin pensar. Todo el mundo se vuelve hacia ti, y te estremeces—. Me refiero a que... —Mierda. Ya no puedes echarte atrás—. Los obeliscos no son... —No sabes cómo decirlo sin contar toda la maldita historia, y no te gustaría llegar a eso. No sabes bien el porqué. Quizá sea por lo que dijo Antimonio cuando Alabastro empezó a contártela: no están preparados. Ahora tienes que decir algo que no dé pie a preguntas—. No creo que fueran para defenderse ni ningún tipo de... arma.

Tonkee guarda silencio durante un rato.

—Y entonces ¿qué son?

—No lo sé. —Y no es mentira. No estás segura—. Quizás una herramienta. Peligrosa y en las manos equivocadas, pero no la hicieron para matar.

Tonkee parece prepararse para decir algo importante.

—Sé lo que le ocurrió a Allia, Essun.

Es un golpe inesperado. Te vienes abajo. Por suerte, te has pasado la vida entrenando para ocultar bien tus reacciones ante ese tipo de golpes inesperados. Luego dices:

—Los obeliscos no se fabricaron para hacer algo así. Eso fue un accidente.

—¿Cómo...?

—¡Porque estaba conectada a esa cosa herrumbrosa cuando se sobrecargó! —espetas con tanta intensidad que tu voz resuena en la estancia. Te asusta comprobar la magnitud de tu enfado. La Lomocurtido coge aire y su mirada cambia. Recuerdas de repente a los Lomocurtido de Tirimo, que te miraron de la misma manera cuando Rask les pidió que te dejaran traspasar la puerta. Hasta Ykka te mira de una manera con la que parece afirmar: «Estás

asustando a los habitantes. Cálmate, por el óxido.» Respiras hondo y te quedas en silencio.

(Más tarde recuerdas la palabra que usaste durante la conversación. «Sobrecargar.» Te preguntas por qué la has usado y lo que significa, pero no tienes respuesta.)

Tonkee suelta un suspiro, con cautela, y habla para todos los que se encuentran en la estancia:

—Tal vez me haya precipitado en mis conclusiones.

Ykka se pasa una mano por el pelo, lo que hace que por un momento su cabeza parezca mucho más pequeña de lo que es. Luego vuelve a su tamaño original.

—Muy bien. Ya sabemos que Castrima se había usado antes como una comu. Y tal vez en más de una ocasión. Si me hubieras preguntado en lugar de venir y actuar como una cría herrumbrosa, te lo podría haber dicho yo misma. Te habría contado todo lo que sé, porque yo soy la primera que quiere comprender este lugar...

Tonkee suelta un pequeño rebuzno.

—No sois tan inteligentes como para comprenderlo.

—... pero al haberlo hecho de esta manera, lo único que has conseguido es perder mi confianza. Y no dejo que la gente en la que no confío haga cosas que puedan herir a la gente a la que quiero. Así que fuera de aquí ahora mismo.

Hjarka frunce el ceño.

—Yeek, te estás pasando un poco, ¿no?

Tonkee se pone tensa por un momento y abre los ojos de par en par, dolida y aterrorizada.

—No puedes no dejarme entrar. No hay nadie en esta herrumbrosa comu que tenga idea de...

—Nadie en esta herrumbrosa comu —dice Ykka, y los Lomocurtido la miran inquietos porque es casi un grito— nos prendería fuego a todos por tener la oportunidad de estudiar un pueblo que desapareció cuando el mundo era mucho más joven. Y algo me dice que tú sí que serías capaz de hacer algo así.

—¡Visitas supervisadas! —espetea Tonkee. Parece desesperada.

Ykka da un paso hacia ella y la mira cara a cara. Tonkee se queda en silencio.

—Prefiero no entender nada de este lugar —empieza a decir Ykka, con una calma y una frialdad apabullantes— que arriesgarme a destruirlo. ¿Opinas igual?

Tonkee la mira, temblando, y no dice nada. Pero la respuesta es obvia, ¿o no? Tonkee es como Hjarka. Ambas fueron criadas por un Liderazgo, criadas para anteponer las necesidades de los demás. Pero ambas eligieron una vida más egoísta. Sin duda, es una pregunta retórica.

Por ese motivo, cuando recapitulas más tarde, no te sorprende lo que ocurrió a continuación.

Tonkee se gira, se abalanza sobre las luces rojas y de improviso tiene en sus manos uno de esos pedazos de acero. Cuando te das cuenta de que lo ha cogido, ella ya se ha dado la vuelta y ha empezado a correr hacia la puerta de las escaleras. Hjarka resopla e Ykka se queda donde estaba, sorprendida pero también resignada. Los dos Lomocurtido se miran, confundidos, y empiezan a perseguir a Tonkee. Pero un momento después, Tonkee jadea y se detiene en el acto. Uno de los Lomocurtido la agarra del brazo, pero la suelta de inmediato cuando la mujer grita.

Te mueves sin pensar. En cierta manera, Tonkee es tuya. Como Hoa o Alabastro. Como si en ausencia de tus hijos intentaras adoptar a todo aquel que te haga sentir algo, por poco que sea. Tonkee ni siquiera te gusta. Aun

así, el estómago te da un vuelco cuando la agarras por la muñeca y ves la sangre que se le resbala por la mano.

—Pero ¿por...?

Tonkee te lanza una mirada llena de un pánico nervioso e instintivo. Luego se estremece y vuelve a gritar. Estás a punto de soltarla porque notas que algo se mueve debajo de tu pulgar.

—¿Por el óxido? —espeta Ykka. La mano de Hjarka atenaza el brazo de Tonkee para ayudar, ya que la mujer forcejea más de la cuenta debido al pánico. Sientes un asco violento e inexplicable, pero lo repeles lo suficiente como para mover el pulgar, sostenerle en alto la muñeca a Tonkee y comprobar qué ocurre. Sí. Es algo que se mueve debajo de su piel. Se mueve de manera espasmódica y discontinua, pero sabes que asciende por una de las venas grandes. Tiene el tamaño de uno de esos fragmentos de acero.

—Aciaga Tierra —maldice Hjarka, quien mira con cara de preocupación a Tonkee. Tienes que reprimir una risa histérica por la ironía accidental que encierran las palabras de Hjarka.

—Necesito un cuchillo —dices en lugar de reír. Oyes que tu voz suena demasiado tranquila. Ykka se inclina hacia delante para ver lo que estás viendo y suelta otro impropio.

—Mierda, joder, por el óxido —lloriquea Tonkee—. ¡Sacádmelo! Sacádmelo y no volveré a entrar aquí.

Es mentira, pero quizás en ese momento lo diga en serio.

—Puedo arrancarlo a mordiscos.

Hjarka te mira. Tiene los dientes afilados como pequeñas cuchillas.

—No —dices, segura de que también entraría en Hjarka y haría lo mismo. Y sacar algo de una lengua es más difícil que hacerlo de un brazo.

—¡Un cuchillo! —grita Ykka a los Lomocurtido. Al que tiene el cuchillo de vidrio armado. Es afilado pero pequeño, pensado más bien para cortar

cuerdas que como arma. A menos que se ataque un punto vital o apuñales a alguien un millón de veces hasta matarlo. Es todo lo que tenéis. Debes sostener con fuerza la muñeca de Tonkee porque no deja de sacudirse y gruñir como un animal. Alguien te pone el cuchillo en la mano, entre temblores y por la parte de la hoja. Parece como si te costase una eternidad darle la vuelta, pero lo haces sin dejar de mirar el bulto que se agita bajo la carne marrón de Tonkee. Por el óxido, ¿hacia dónde va? Estás demasiado aterrorizada como para ponerte a especular.

Pero la cosa desaparece antes de que coloques el cuchillo para empezar a sacarla de ahí. Tonkee vuelve a gritar, con voz quebrada y horrible. Se ha metido en su carne.

Das un tajo y haces un corte profundo justo encima del codo: calculas que esa cosa aún no ha llegado hasta allí. Tonkee gruñe.

—¡Está más adentro! Puedo sentirlo.

Si das un corte más profundo tocarás hueso, pero aprietas los dientes y lo haces. Ves sangre por todas partes. Haces caso omiso de los resoplidos y los silbidos de Tonkee y tanteas para buscar esa cosa, aunque te horroriza la perspectiva de que la encuentres y se meta dentro de ti.

—Por las arterias —jadea Tonkee. Tiembla, y se afana para pronunciar entre dientes cada una de las palabras—. Como si fuera una vía rápida hacia las glán... ¡Ay! ¡Joder!

Se da un cachetazo en la parte inferior del bíceps. Está más arriba de lo que esperabas. Se mueve más rápido ahora que ha alcanzado las arterias de mayor tamaño.

«Glán...» Miras a Tonkee por un momento, atónita porque te acabas de dar cuenta de que intentaba decir «glándulas sesapinales». Ykka extiende una mano hacia ti y atenaza con fuerza el brazo de Tonkee justo debajo de los

deltoides. Te mira, y sabes que solo te queda una opción. No vas a poder hacerlo con ese pequeño cuchillo..., pero tienes otras armas.

—Sepárale el brazo del cuerpo.

Sin esperar respuesta de ambas, agarras a Tonkee por el hombro. Piensas en el truco que aprendiste de Alabastro, en un toro pequeño que formas con mucho cuidado y en un lugar muy concreto, como los que usaste para acabar con los burbubajos. En esta ocasión, lo usarás para excavar a través del brazo de Tonkee y congelar la pequeña esquirra de acero, si tienes suerte. Pero cuando preparas tu conciencia y cierras los ojos para concentrarte, algo cambia.

Te encuentras en las profundidades de su calor y buscas el entramado metálico que conforma la esquirra de acero intentando sesapinar la diferencia que hay entre el hierro de su sangre y el de esa cosa. Entonces... sí. También ves el destello plateado de la magia.

Es algo que no esperabas encontrar entre las bolas frías que son sus células. Tonkee no se está convirtiendo en piedra, como Alabastro, y nunca habías sesapinado la magia en otro ser vivo. Y ahí dentro, en el interior de Tonkee, hay algo que destella sin cesar, un entramado argénteo que sube desde sus pies. ¿De dónde proviene? No importa. Sube desde sus pies y termina en la aguja de acero. Ahora entiendes que se mueva tan rápido: no sabes el qué, pero hay algo que le aporta esa energía. Al usarla, la aguja se extiende y forma zarcillos para enlazarse con la carne de Tonkee y desplazarse por ella. Por eso le duele, porque cada célula por la que pasa se estremece como si estuviera ardiendo y luego muere. Los zarcillos también crecen con el contacto. Esa maldita cosa crece a medida que se desplaza por el interior de Tonkee, como si se alimentara de ella de una manera imperceptible. El zarcillo que va delante se guía por instinto y se dirige hacia

las glándulas sesapinales de la mujer. Y, también por instinto, sabes que si alcanza su objetivo ocurrirá algo muy malo.

Intentas agarrarte al hilillo que sirve de raíz, para atascarlo o drenarle la energía, pero

Oh

No

sientes odio y

«todos hacemos lo que tenemos que hacer»

sientes rabia y

«vaya, hola, pequeño enemigo»

—¡Oye! —te dice Hjarka al oído. Es un grito—. ¡Despierta, joder!

Recuperas el sentido y despejas la bruma en la que se había sumido tu mente sin que te dieras cuenta. Muy bien. Te alejas de la raíz, por si acaso vuelvas a probar lo que quiera que esté controlando a esa cosa. Ese momento en el que lo has sentido ha sido suficiente, porque ahora sabes lo que tienes que hacer.

Visualizas unas tijeras, unas con filos de infinitud exquisita y hojas de plata reluciente. Cortar la cuerda. Cortar los zarcillos antes de que sigan creciendo. Cortar la contaminación antes de que se interne demasiado en ella. Piensas en Tonkee mientras lo haces. Quieres salvarle la vida. Pero, en ese momento, para ti Tonkee no es Tonkee. No es más que un conjunto de partículas y de sustancias. Cortas.

No tienes la culpa. Sé que nunca me vas a creer, pero... no tienes la culpa.

Y cuando consigues relajar las glándulas sesapinales, volver a ajustar tu percepción a una escala mayor y ver que estás cubierta, cubierta de arriba abajo, de sangre, te sorprendes. No sabes muy bien qué hace Tonkee en el suelo, por qué jadea y tiene el cuerpo rodeado por un charco que crece y crece. Hjarka le grita al hombre Lomocurtido que le pase de inmediato el

cinto que lleva puesto. Sientes cerca otro de los brincos de la esquirra de acero y te estremeces, asustada, porque sabes cuál es el cometido de esas cosas y sabes que son malvadas. Pero cuando te vuelves para mirar hacia donde se encuentra, te quedas confundida porque lo único que ves es una piel tersa y bronceada salpicada de sangre y un pedazo de tela que te suena de algo. Luego algo se mueve, inquieto, una carga en tu mano, como si pretendiera hacerte entender que está ahí. Y. Vaya. Lo que tienes en la mano es el brazo cercenado de Tonkee.

Lo sueltas. Más bien, lo lanzas con violencia debido a la sorpresa. Rebota delante de Ykka y de los dos Lomocurtido, que hacen algo alrededor de Tonkee. Quizá le intenten salvar la vida. Es algo que no puedes procesar, porque ves que el extremo del brazo de la mujer está cortado con un corte transversal perfecto y algo inclinado que aún sangra. El brazo aún se retuerce porque lo acabas de cortar. Un momento. Esa no es la única razón.

Ves cómo algo se abre paso a través de un pequeño agujero cerca del hueso. El agujero es el corte transversal de una arteria. Ese algo es la esquirra de acero, que cae al suelo liso y verde y queda ahí en medio de la sangre derramada como si no fuera más que un pedazo de metal indefenso.

«Hola, pequeño enemigo.»

Interludio

Hay una cosa que no verás ocurrir, pero que afectará al resto de tu vida. Imagínatelo. Imagínate. Sabes lo que soy, o eso crees, tanto con tu mente racional como con tu parte más animal e instintiva. Ves un cuerpo de piedra cubierto de carne y, aunque nunca has llegado a creer que era humano, me tratas como si fuera un niño. Aún lo crees, aunque Alabastro te haya dicho la verdad, pero dejé de ser un niño desde mucho antes de que existiera tu idioma. Quizá nunca fui un niño. Pero oírlo y creerlo son dos cosas diferentes.

Por eso deberías imaginarme como lo que soy de verdad entre los míos: anciano, poderoso y muy temido. Una leyenda. Un monstruo.

Deberías imaginar...

Castrima como un huevo. Un huevo rodeado de motas que acechan en la piedra. Los huevos son un premio muy apetitoso para los saqueadores, y fáciles de devorar si no se protegen. Este en particular está siendo devorado, aunque los habitantes de Castrima casi ni se han dado cuenta. (Solo Ykka, creo, y para ella no es más que una sospecha.) Los tuyos no son capaces de percibir un ágape tan pausado. Nosotros somos un pueblo sumamente lento. Será mortífero, eso sí, cuando lo hayan terminado de devorar.

Pero hay algo que ha hecho que los saqueadores se detengan, que se queden boquiabiertos mostrando los dientes pero sin dar bocado. Hay otro anciano y poderoso en ese lugar: la que llamáis Antimonio. No le interesa proteger el huevo, pero podría hacerlo, si quisiera. Lo hará si intentan

cocinar a su Alabastro. Los otros lo saben y son precavidos con ella. No deberían.

Yo soy el único al que deberían temer.

El primer día después de abandonarte, destruyo a tres de ellos. Mientras tú compartes ese cigarrillo con Ykka, yo destruyo a su come piedras, la criatura de pelo rojo a la que ella llama Lustre y tú conoces como Melena de Rubí. ¡Alimaña inmunda que solo busca aprovecharse sin dar nada a cambio! Qué asco. Nos merecemos algo mejor. Luego me encargo de los dos que han acechado a Alabastro, esperando el momento en que Antimonio se distraiga. Ten en cuenta que esto no significa que Antimonio necesite ayuda, y es muy raro que los nuestros demuestren tal grado de estupidez. Los sacrifico por el bien de todos los nuestros.

(Que sepas que no están muertos, si eso te hace sentir mejor. No podemos morir. Ni en diez mil ni en diez millones de años. Se recompondrán a partir de los átomos en los que los he desperdigado. Una larga temporada en la que podrán recapacitar sobre el disparate que han cometido y hacerlo mejor la próxima vez.)

Esta matanza inicial hace que muchos otros salgan huyendo; en el fondo, los saqueadores no son más que unos cobardes. Pero no se marchan muy lejos. Algunos de los que se quedan cerca intentan negociar. Dicen que hay suficientes para todos. Que basta con que uno tenga potencial... Y pillo a más de uno mirándote a ti en lugar de a Alabastro.

Cuando los arrincono y hago como si fuera a ser compasivo, me lo confiesan. Me hablan de otro anciano, a quien conozco por los conflictos que tuvimos hace mucho tiempo. También tiene un plan para los nuestros, y se opone al mío. Te conoce, Essun mía, y te mataría si pudiera, porque estás destinada a terminar lo que ha comenzado Alabastro. No puede llegar hasta ti mientras yo me interponga en su camino; pero sí puede presionarte para

que te destruyas a ti misma. Incluso ha encontrado a unos humanos egoístas en el norte que están dispuestos a ayudarlo.

Qué guerra ridícula la nuestra. Usamos a los vuestros con demasiada facilidad. Incluso a ti, Essun mía, mi tesoro, mi peón. Espero que algún día puedas perdonarme.

¡Estás invitada!

Pasas seis meses a la luz blanca y homogénea de ese refugio para supervivientes que se nutre de magia antigua. Al cabo de un tiempo, empiezas a taparte los ojos con pedazos de tela cuando estás cansada para crear tu propio ciclo de día y noche. No es mala idea.

El brazo de Tonkee consigue unirse de nuevo a su cuerpo, aunque en un momento dado sufre una infección grave contra la que los antibióticos de Lerna parecen impotentes. Vive, aunque cuando deja de tener fiebre y le mejora la infección, los dedos han perdido la buena movilidad que tenían y a veces tiene cosquilleos fantasma y se le duerme la extremidad. Lerna cree que será permanente. Tonkee suele soltar algún que otro impropio al respecto. En otro momento, la sigues mientras hace un muestreo o lo que sea que esté haciendo y la obligas a reunirse con el líder de casta de los Innovadores. A veces se le suelta demasiado la lengua con el insulto «amputabrazos», pero le recuerdas que ella tuvo la herrumbrosa culpa de desencadenar parte de la aciaga Tierra y permitir que le reptara por el cuerpo. También le recuerdas que eres la única razón por la que Ykka no ha acabado con su vida, por lo que quizá debería pensarse un poco mejor las cosas y callarse. Lo hace, pero se pone demasiado pesada con el tema. En la Quietud las cosas nunca llegan a cambiar del todo.

Aunque... en ocasiones sí que lo hacen.

Lerna te perdona por ser un monstruo. Aunque esa quizá no sea la mejor manera de describirlo. Seguíis sin poder hablar con tranquilidad de lo que

ocurrió en Tirimo. Pero oyó la rabia con la que peleabas con Ykka durante toda la operación que él le realizaba al brazo de Tonkee, y eso le ha calado hondo. Ykka quería dejar morir a Tonkee en la mesa de operaciones. Peleaste por su vida. Y ganaste. Ahora Lerna sabe que hay algo más que muerte en tu interior. No sabes si estás de acuerdo con dicha afirmación, pero es un alivio recuperar parte de vuestra antigua amistad.

Hjarka empieza a cortejar a Tonkee. Al principio no se lo toma a bien. Parece muy confundida cuando empiezan a aparecer en el apartamento regalos que consisten en animales muertos o libros con la excusa de «en caso de que tu cerebritito necesite algo de combustible» o con un guiño. Te corresponde explicarle a Tonkee qué desea Hjarka, al margen de cuáles sean las razones enrevesadas que llevan a que la grandullona considere que una geomestra excomubunda con las habilidades sociales de una piedra es lo más atractivo del mundo. Tonkee se siente a disgusto y alude a que son «distracciones» o «caprichos efímeros» o a la necesidad de «darle menos importancia a la carne». No tienes ni idea de a qué se refiere.

Lo que hace que el tema salga adelante son los libros. Hjarka parece elegirlos por la cantidad de sílabas que tienen las palabras de los lomos, pero más de una vez vuelves a casa y te encuentras a Tonkee sumida en ellos. Con el tiempo, pasas a encontrarte con la puerta de la habitación de Tonkee tapada por la cortina y a ambas afanadas en lo suyo detrás, o eso parecen sugerir los ruidos que se oyen. No pensabas que se le fuera a dar tan bien, tal y como tiene el brazo. Vaya.

Quizá la reciente conexión que siente con Castrima explique por qué Tonkee trata de demostrarle su valía a Ykka. (O quizá solo sea orgullo. La mujer se enfada cuando en una ocasión Ykka afirma que Tonkee no es tan útil para la comu como el más trabajador de los Lomocurtido.) En todo caso, Tonkee presenta en las reuniones un nuevo análisis predictivo en el que está

trabajando: a menos que Castrima encuentre una fuente estable de proteínas animales, algunos de los adultos de la comu empezarán a experimentar síntomas de desnutrición en menos de un año.

—Es la carne, estúpidos —os dice a todos—. Afecta a la memoria, la fatiga y todo eso. Es parecido a la anemia. Si seguimos así, después vendrán la demencia y los daños en el sistema nervioso. El resto os lo podéis imaginar.

En muchos relatos de los acervistas se habla de lo que les pasa a las comus que se quedan sin carne. La gente se vuelve débil y paranoica, y la comunidad es más vulnerable a los ataques. Y la única elección que cabe para prevenir situaciones así, explica Tonkee, es el canibalismo. No basta con plantar más judías.

Toda esta información es valiosa, pero nadie quiere oírla. En consecuencia, la relación entre Ykka y Tonkee se resiente. Después de la reunión, se lo agradeces a Tonkee. Eres la única que lo hace. Su mandíbula inferior sobresale un poco cuando dice:

—Bueno, si empezamos a matarnos y a comernos no podré continuar con mis estudios, así que...

Derivas las clases de orogenia infantiles a Temell, otro orogén adulto de la comu. Los niños se quejan porque no es muy bueno. No tiene tu habilidad y es menos estricto, por lo que no aprenden tanto. (Agradeces que se te aprecie, aunque sea *a posteriori*.) Como alternativa, empiezas a entrenar a Cutter después de que te preguntara cómo habías hecho para cortarle el brazo de Tonkee. Dudas de que sea capaz de percibir magia o de mover los obeliscos, pero tiene al menos un anillo de nivel y te gustaría comprobar si podría convertirse en bianillado o trianillado. Por ninguna razón en particular. Al parecer, el hecho de impartir clases de nivel avanzado no interfiere con lo que

estás aprendiendo de Alabastro. Al menos, Bastro no se ha quejado de que lo hagas. Te vale. Echas de menos enseñar.

(Le ofreces a Ykka un intercambio de conocimientos, ya que a ella no le interesan las clases. Te gustaría saber cómo hace lo que hace. Te responde que «qué va», y te guiña el ojo de una manera nada provocadora. «Tengo que guardarme algún as en la manga por si algún día intentas congelarme.»)

Unos comerciantes voluntarios parten hacia el norte para intentar llegar a la comu de Tettehee. No regresan. Ykka prohíbe nuevas expediciones; no protestas. Uno de tus antiguos estudiantes de orogenia formaba parte del grupo desaparecido.

Quitando el problema de suministros, Castrima crece a muy buen ritmo durante esos seis meses. Una mujer se queda embarazada sin permiso, lo que supone un gran problema. Los bebés tardan años en aportar algo provechoso a una comu. Y una comu no se puede permitir el lujo de albergar demasiada gente ociosa durante una Estación. Ykka dispone que a ninguna de las dos parejas que viven en casa de la embarazada se les aumenten los suministros hasta que alguien mayor o enfermo muera y el bebé pueda cubrir el hueco. Te vuelves a pelear con Ykka por esta decisión, porque sabes muy bien que se refería a Alabastro cuando le dijo a la mujer sin venir a cuento que «no debería faltar mucho». Ykka no se arrepiente: se refería a Alabastro, y espera de verdad que muera pronto, porque al menos el bebé puede ser provechoso en un futuro.

Extraes dos conclusiones esperanzadoras de la pelea: la primera, que todo el mundo confía más en ti después de verte gritar a pleno pulmón en medio de Cima Llana sin causar ningún temblor, y la segunda, que los Sementales deciden hacerse cargo del bebé para terminar la disputa. Como la genealogía ha sido favorable de un tiempo a esta parte, aportan a la familia su ayuda con los suministros para el niño, aunque a cambio tendrá que unirse a los

Sementales si nace sano. Dicen que no es un precio desorbitado: tendrá que pasar los años en los que se pueda reproducir haciendo niños en serie para la comu y para la casta a cambio de su derecho a vivir. La madre accede.

Ykka no ha comentado el problema de las proteínas con la comu, claro, o los Sementales no se preocuparían por nadie. (Tonkee se ha dado cuenta ella sola, como era de esperar.) Ykka no quiere decírselo a nadie hasta que esté segura de que no hay alternativa al problema. El resto de miembros del concilio y tú lo aceptáis, reticentes. Aún queda un año. A causa del silencio de Ykka, un hombre Semental te visita unos días después de que traigas a Tonkee a casa para terminar de recuperarse. Tiene el pelo soplocinéreo, hombros fuertes, ojos endrinos y le parece muy interesante que hayas gestado a unos niños sanos y orogenes muy poderosos. Te halaga diciéndote que eres muy fuerte y alta, lo bien que estás a pesar de haber pasado meses en la carretera comiendo raciones de viaje, y te deja caer que le agrada que «solo» tengas cuarenta y tres años. Esto te hace reír. Te sientes vieja como una urraca, y ese tonto guapo cree que estás preparada para tener otro bebé.

Rechazas la oferta tácita con una sonrisa, pero sientes que ha sido... extraño tener una conversación así con él. Tan cercana que te llega a incomodar. Cuando el Semental se marcha, recuerdas a Corindón, y Tonkee se despierta cuando te oye tirar una copa contra la pared y desgñitarte. Luego vas a ver a Alabastro para otra de sus clases, que resulta ser inútil debido a que te pasas todo el tiempo delante de él en silencio, rabiando y temblando. Cuando llevas así cinco minutos, Alabastro te dice, con voz cansada:

—Por el óxido, sea lo que sea lo que te ocurre, vas a tener que enfrentarte a ello sola. Yo ya no puedo detenerte.

Lo odias porque ya no es invencible. Y también por no odiarte.

Alabastro sufre otra infección muy mala en esos seis meses. Sobrevive

gracias a que convierte en piedra a conciencia lo que le queda de las piernas. Al hacérselo él mismo pone su cuerpo tan al límite que sus episodios lúcidos apenas duran más de media hora y se intercalan con largos períodos de sopor o sueño irregular. Está tan débil que, cuando está despierto, debes esforzarte para oírlo. Por suerte, su estado mejora con el paso de las semanas. Has realizado progresos y empezado a entender lo que hizo para transformar el de espinela en el arma parecida a un cuchillo que tiene cerca. (Los obeliscos son conductos. Se puede fluir con ellos y a través de ellos, fluir con la magia. Resistirse significa la muerte, pero si se es capaz de resonar con la habilidad necesaria, se pueden conseguir muchas cosas.)

Aun así, todo eso queda lejos de la capacidad para encadenar varios obeliscos, y sabes que no aprendes a la velocidad necesaria. Alabastro ni siquiera tiene fuerzas para insultarte por tu ritmo tan torpe, pero le das pocas razones para hacerlo. Verlo marchitarse a diario te da fuerzas para enlazarte una y otra vez con los obeliscos, para internarte en su trémula luz a pesar de que te duela la cabeza, sientas punzadas en el estómago y lo único que te gustaría sería acurrucarte en cualquier sitio y ponerte a llorar. Mirarlo te hace demasiado daño, por lo que te pones manos a la obra y echas el resto para ser como él.

Sacas algo bueno de todo esto: ahora tienes un propósito. Felicidades.

Una vez lloras en el hombro de Lerna. Él te frota la espalda y sugiere con delicadeza que no tienes por qué pasar tantas penurias tú sola. Es una proposición, pero nace de la amabilidad, no de la pasión, así que no te sientes culpable por hacerle caso omiso. Por ahora.

Pese a todo, las cosas parecen estabilizarse. No es una época propicia para relajarse, pero tampoco parece que tengas que luchar para salir adelante. Sobrevives. En una Estación, en esta Estación en particular, eso ya es todo un triunfo.

Es entonces cuando Hoa regresa.

* * *

Ocurre un día triste y lleno de ataduras. Estás triste porque han muerto más Cazadores. Mientras regresaban con una presa muy preciada, un oso que estaba demasiado delgado como para hibernar y al que fue fácil matar de un flechazo por lo desesperado de su embestida, el grupo sufrió un ataque. Tres Cazadores murieron entre una andanada de flechas y virotes de ballesta. Los dos Cazadores supervivientes no fueron capaces de ver a los agresores, ya que los proyectiles venían de todas direcciones. Por suerte, escaparon a la carrera y volvieron al lugar una hora después para recoger los cadáveres de sus compañeros y elpreciado animal. Les sorprendió descubrir que los atacantes o saqueadores no habían tocado nada, pero sí que había un nuevo objeto entre la ceniza: un asta clavada en el suelo con un pedazo de tela raída que alguien había atado a ella. Entre la tela deshilachada, había algo amarrado con un nudo.

Entras en la sala de reuniones justo cuando Ykka empieza a cortar el nudo. Cutter, que está a su lado y vigila lo que hace, dice con voz tensa:

—Esto no es seguro. No sabemos lo que...

—No me importa —susurra Ykka, que está concentrada en el nudo. Tiene mucho cuidado y ha evitado la parte más gruesa, en la que es obvio que hay algo. No sabes el qué, pero es grumoso y ligero. La habitación está más concurrida de lo habitual, porque allí se encuentra uno de los Cazadores: presenta un aspecto mugriento, lleno de sangre y ceniza, y está decidido a saber por qué han muerto sus compañeros. Cuando entras, Ykka levanta la vista para comprobar que eres tú, pero sigue con lo suyo y dice—: Si me estalla en la cara, que sepas que eres el nuevo líder, Cuts.

Eso pone tan nervioso y deja tan callado a Cutter que Ykka puede terminar de deshacer el nudo sin que nada la distraiga. Los hilos y los filamentos de la tela que antaño fuera blanca tienen ataduras y, si no has visto mal, son de una calidad que habría hecho que tu abuela se lamentara por ser tan pobre. Cuando consigues deshacerlo, ves que lo que hay en medio es un pequeño pedazo de cuero hecho una bola. Es una nota.

BIENVENIDOS A RENNANIS, reza escrito con carbón.

Hjarka suelta un impropio, y tú te sientas en un diván, porque es mejor hacerlo ahí que en el suelo y necesitas sentarte en alguna parte. Cutter pone cara de incredulidad.

—Rennanis está en las Ecuatoriales —dice.

Y, además, debería haber desaparecido. Reaccionas igual que cuando te lo dijo Alabastro.

—Quizá no sea Rennanis de verdad —aventura Ykka. No ha dejado de examinar el pedazo de cuero: le da vueltas y rasca el carbón con la punta del cuchillo como si intentara probar su autenticidad—. Puede ser un grupo de supervivientes de esa ciudad que ahora son comubundos, se han hecho bandidos y usan el nombre de su antiguo hogar. O quizá solo sean unos impostores que querrían ser de las Ecuatoriales y se han aprovechado para usar el nombre ahora que pueden, ya que la ciudad se ha convertido en cenizas.

—No importa —espetea Hjarka—. Da igual quién haya sido. Esto es una amenaza. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

La reunión se convierte en un toma y daca de especulaciones y discusiones en las que todos están a punto de sucumbir al pánico. Sin pensártelo, te reclinas contra la pared de la sala de reuniones de Ykka. Contra la pared del cristal en el que está su apartamento. Contra la cáscara de la geoda en la que está arraigada el asta del cristal. No es un obelisco. Ni siquiera las zonas

titilantes de la sala de control tenían el poder necesario para serlo. El hecho de que se hallara en ese estado de irrealidad parecido al de los obeliscos es el único parecido que comparte con los obeliscos de verdad.

Pero también recuerdas algo que Alabastro te dijo hace mucho tiempo, una tarde de tonos granate en una comu costera que ahora no es más que una ruina humeante. Recuerdas a Alabastro murmurando sobre conspiraciones, vigilantes y que no estabais a salvo en ningún lugar. Recuerdas que le preguntaste lo siguiente: «¿Insinúas que alguien podría oírnos a través de las paredes? ¿A través de la propia piedra?» Hace mucho tiempo, pensabas que las cosas que hacía no eran muy diferentes a milagros.

Y ahora eres una nonanillada, o eso afirma él. Ahora sabes que los milagros no son más que esfuerzo, percepción y quizá magia. Castrima se encuentra en medio de una roca sedimentaria que se entremezcla con vetas de antiguos bosques convertidos en carbón desmigajado, todo ello equilibrado sin ton ni son sobre un cruce de antiguas grietas causadas por una falla y que no parece que se vayan a recomponer. La geoda lleva allí el tiempo suficiente, por mucho que parezca incrustada entre los estratos, como para que las capas exteriores se hayan fundido a conciencia con los minerales del lugar. Eso hace más sencillo impulsar tu conciencia lejos de Castrima con una extrusión delicada y cada vez más centrada. No es lo mismo que si extendieras tu toro. Un toro es tu energía, pero esto eres tú. Es más difícil. Sientes cosas que no se pueden sentir con la energía y...

—Oye, despierta —llama Hjarka mientras te da un empujón en el hombro. Te giras para fulminarla con la mirada.

Ykka gruñe.

—Hjar, recuérdame que algún día te explique lo que suele pasar cuando alguien interrumpe la orogenia de alto nivel. Quizá seas capaz de adivinarlo,

pero recuérdame que te describa a conciencia los detalles sangrientos. Quizá te sirva de medida disuasoria.

—Estaba sentada ahí sin más. —Hjarka se sienta, con gesto contrariado—. Y vosotros no hacíais más que mirarla.

—Intentaba oír el norte —espetas. Todos te miran como si estuvieras loca. Aciaga Tierra, si alguno de los presentes hubiera recibido entrenamiento en el Fulcro... Aunque es algo que solo un instructor sería capaz de comprender.

Lerna se atreve a decir algo:

—¿Oír... la tierra? ¿Te refieres a eso que llamas sesapinar?

Qué difícil resulta explicarlo con palabras. Te frotas los ojos.

—No, me refería justo a eso, a oír. Las vibraciones. O sea, todos los sonidos son vibraciones, pero... —Cada vez parecen más confundidos. Vas a tener que contextualizar—. La red de nódulos aún sigue en su lugar —afirmas—. Alabastro tenía razón. Podría sesapinarla si quisiera, sería una zona de tranquilidad entre el bullicioso desastre en que se han convertido las Ecuatoriales. Hay alguien que se ha preocupado de mantener vivos a los responsables de los nódulos que rodean Rennanis, por lo que...

—Así que son ellos de verdad —dice Cutter, con voz preocupada—. Una ciudad de las Ecuatoriales ha decidido anexionarse a nosotros.

—En las Ecuatoriales nadie se anexiona —matiza Ykka. Aprieta los dientes mientras habla y no deja de mirar el pedazo de cuero que sostiene en la mano—. Son de la Antigua Sanze, o de lo que queda de ella, y cuando Sanze quería algo, lo conseguía.

Después de un silencio incómodo, todo el mundo empieza a sucumbir al pánico de nuevo. Demasiadas palabras. Suspiras y te frotas las sienes. Ojalá estuvieras sola para poder intentarlo otra vez, o...

Parpadeas. O. Sesapinas el potencial flotante del de topacio, que se desplaza por el cielo sobre Alto-Castrima, lugar en el que ha pasado los

últimos seis meses, oculto entre las nubes de ceniza. Aciaga Tierra. Alabastro no ha sesapinado la mitad del continente sin ayuda, ha usado el de espinela para conseguirlo. Ni siquiera habías pensado en usar un obelisco para aumentar tu alcance, pero él lo hace con una naturalidad pasmosa.

—Que nadie me toque —susurras—. Que nadie me hable.

Y, sin esperar a comprobar si te han entendido, te sumerges en el obelisco.

(Hay una parte de ti que quiere hacerlo. Llevas meses soñando con esa energía torrencial y el agua que cae hacia arriba. Eres humana, por mucho que digan sobre los que son como tú. Es agradable sentirse poderoso.)

Un momento después te encuentras en el de topacio y te extiendes por el mundo en un suspiro. No necesitas estar en el suelo, ya que el de topacio está en el aire. No solo está: además es el aire. Existe en un estado que trasciende la solidez, y por eso también consigues trascenderlo y te conviertes en aire. Te desplazas entre las nubes de ceniza y ves debajo la Quietud, entre montículos de topografía y zonas de bosques marchitos y carreteras que son como hilos, todos grisáceos debido a los largos meses que han transcurrido desde el comienzo de la Estación. El continente parece pequeño, y piensas: «Podría llegar al ecuador en un abrir y cerrar de ojos», pero es una reflexión que te asusta un poco. No sabes el motivo. Intentas no pensar. Con un poder así, ¿cuánto te costaría resistirte a la capacidad de destruir el mundo? (¿Sintió Alabastro algo así cuando...?) Pero estás decidida. Te has conectado. La resonancia está completa. Te lanzas hacia el norte.

Y luego te detienes de improviso. Porque algo mucho más cercano que el ecuador te llama la atención. Es tan sorprendente que te desalineas del de topacio. Y has tenido suerte. Por un momento, sufres la reluciente inmensidad de la energía del obelisco y sabes que has sobrevivido gracias a que tuviste suerte con las resonancias y a que los antiguos diseñadores previeron errores como el que acabas de cometer. Poco después regresas a tu

cuerpo y empiezas a jadear y a balbucear. Te cuesta volver a darle sentido a las palabras.

—Ho. Guera —dices entre pequeños jadeos. Lerna se acerca y agacha delante de ti, te coge de las manos y te toma el pulso. No le haces caso. Esto es importante—. Cuenca.

Ykka lo entiende de inmediato, se pone rígida en su asiento y aprieta los dientes. Hjarka también: no es estúpida, o de lo contrario Tonkee no se hubiera sentido atraída por ella. Suelta un improperio. Lerna frunce el ceño, y Cutter os mira a todos cada vez más confundido.

—¿Qué has querido decir?

Capullo.

—Un ejército —espetas mientras te recuperas. Pero es difícil pronunciar las palabras—. Viene... viene un ejército, por el óxido. Están en la cuenca del bosque. Pude. Sesapinar las hogueras.

—¿Cuántos? —Ykka ya se ha levantado, ha cogido un cuchillo largo de una estantería y se lo ha amarrado al muslo. Hjarka también se levanta, se dirige hacia la puerta del apartamento de Ykka y corre la cortina. La oyes llamar entre gritos a Esni, el líder de los Lomocurtido. Los Lomocurtido a veces envían partidas de exploración y ayudan a los Cazadores, pero en una situación como esta tienen que dedicarse por completo a la defensa de la comu.

No fuiste capaz de contar todas las pequeñas manchas de calor que resonaron en tu conciencia cuando estabas en el obelisco, pero te aventuras a dar una cifra.

—Puede que cien. —Pero eso solo eran las hogueras. ¿Cuántas personas podrían haber alrededor de cada una de ellas? Supones que unas seis o siete. No sería un gran ejército en circunstancias normales. Cualquier gobernador de cuadrante podría poner en el campo de batalla un ejército diez veces

mayor en un período de tiempo relativamente corto. Pero durante una Estación y para una comu tan pequeña como Castrima, cuya población total no es mucho mayor, un ejército de quinientas o seiscientas personas supone una amenaza formidable.

—Tettehee —dice Cutter entre susurros mientras se vuelve a sentar. Está más pálido de lo normal. Y, a pesar de todo, lo has entendido. Los cadáveres empalados que habían colocado como advertencia hace seis meses en la cuenca del bosque. La comu de Tettehee está al otro lado de la cuenca, cerca de la desembocadura del río que discurre por el territorio de Castrima y desemboca en uno de los grandes lagos de las Surmelat. Llevas meses sin saber nada de Tettehee, y los comerciantes que enviasteis más allá de la zona de la advertencia no han regresado. Este ejército debe de haber atacado Tettehee más o menos al mismo tiempo. Luego se habrán refugiado allí un tiempo y enviado avanzadillas de exploradores para inspeccionar el terreno. Habrán repuesto las provisiones, sanado las heridas y quizás enviado a los más heridos de vuelta hacia el norte, hacia Rennanis. Reemprenden la marcha, ahora que se han hecho con Tettehee.

Y, por alguna razón, saben dónde se encuentra Castrima. Es la manera que tienen de saludaros.

Ykka sale y grita junto a Hjarka. Unos minutos después, alguien hace sonar la alarma de terremotos y llama a gritos para que se reúnan los líderes de las familias en Cima Llana. Nunca has oído la alarma de terremotos de Castrima, ya que la comu está llena de orogratas, y es más molesta de lo que habías imaginado. Es grave, rítmica y ruidosa. Entiendes la razón: tañer una campana en medio de un puñado de estructuras cristalinas quizá no sea muy inteligente. Por el momento. Lerna, el resto y tú seguís a Ykka mientras avanza por un puente de cuerda y dos cristales grandes, con los labios apretados y gesto ceniciento. Cuando llegáis a Cima Llana ya hay en el lugar

una pequeña multitud. Cuando Ykka le grita a alguien que deje de hacer sonar la herrumbrosa alarma y esta se detiene, el cristal sesgado sobre el que os encontráis está abarrotado de personas que no dejan de murmurar y parecen desesperadas. Hay una barandilla. Aun así parece peligroso. Hjarka le grita a Esni y, a su vez, Esni grita a los Lomocurtido que hay entre la multitud, que empiezan a moverse con torpeza para apartar a la gente y que no haya una desgracia que los distraiga de la tragedia inminente que se cierne sobre ellos.

Cuando Ykka levanta una mano para pedir atención, todo el mundo se queda en silencio de inmediato.

—Esta es la situación —empieza a decir. Y cuenta cómo están las cosas en dos o tres frases muy concisas.

La respetas por no ocultar información. También respetas a los habitantes de Castrima por limitarse a dar poco más que unos gritos ahogados y a murmurar, sorprendidos, sin sucumbir al pánico. Son unos ciudadanos rectos e imperturbables, y el pánico siempre ha estado mal visto en la Quietud. Los relatos de los acervistas advierten contra aquellos que no son capaces de controlar el miedo, y pocas comus le darían su apellido a ese tipo de personas, a no ser que tengan riquezas o la influencia suficiente como para restarle importancia al asunto. No obstante, son cosas que tienden a resolverse por sí solas cuando da comienzo una Estación.

—Rennanis era una ciudad grande —dice una mujer cuando Ykka deja de hablar—. Era como media Yumenes, y aun así vivían en ella millones de personas. ¿Podemos enfrentarnos a algo así?

—Estamos en una Estación —dice Hjarka antes de que Ykka pueda responder. Ykka la fulmina con una mirada rabiosa, pero Hjarka parece hacerle caso omiso—. No tenemos elección.

—Podemos hacerles frente por la manera en la que está construida

Castrima —añade Ykka al tiempo que mira a Hjarka una última vez para hacerla callar—. No es que nos puedan pillar desprevenidos. Si la cosa se pone fea, podemos bloquear los túneles y así no habrá nada que pueda entrar. Podemos hacer que se cansen de esperar.

No aguantaréis para siempre. La comu necesita la caza y el comercio para nutrir los abastos y los jardines de agua. Respetas a Ykka por no decirlo. Te embarga una sensación de alivio.

—¿Nos daría tiempo de enviar un mensaje a una de nuestras comus aliadas del sur? —pregunta Lerna. Notas que ha intentado cambiar de tema para evitar hablar de provisiones—. ¿Alguna querría ayudarnos?

Ykka resopla cuando oye esa última pregunta. Muchos lo hacen. Algunos miran a Lerna con cara de pena. Estamos en una Estación. Pero...

—Quizá sí que quieran comerciar. Podríamos abastecernos bien de suministros importantes y medicinas para estar mejor preparados en caso de que nos asedien. Se tardan días en cruzar la cuenca del bosque con un grupo pequeño. Uno grande quizá tarde varias semanas. O menos, si fuerzan la marcha, pero sería estúpido y peligroso hacerlo en un terreno que desconocen. Sabemos que tienen exploradores en nuestros territorios, pero... —Se te queda mirando—. ¿A qué distancia está el resto?

Te pilla distraída, pero sabes a qué se refiere.

—El grueso del grupo se encontraba cerca de la zona de los empalados.

Más o menos la mitad del recorrido de la cuenca del bosque.

—Podrían llegar en unos días —observa alguien, con voz aguda debido al nerviosismo. A su alrededor, muchos empiezan a murmurar. Suben el tono cada vez más. Ykka vuelve a levantar las manos, pero en esa ocasión solo consigue mantener el silencio de alguno de los congregados. El resto no deja de especular y calcular, y ves cómo algunos se dirigen hacia los puentes con claras intenciones de llevar a cabo sus propios planes. Vaya con Ykka. No es

caos ni pánico, pero hay en el ambiente el miedo suficiente como para hacer que el aire huelga algo más agrio. Te levantas con intención de acercarte al centro del grupo donde se encuentra Ykka, y así ayudarla a calmar a la multitud.

Pero te detienes. Porque alguien ocupa el lugar hacia el que te pensabas dirigir.

No es como Antimonio ni Melena de Rubí ni como otros come Piedras que has podido ver por la comu de vez en cuando. Al resto, por alguna razón, no les gusta que los demás vean cómo se mueven, aunque de vez en cuando veías esa silueta borrosa. Pero lo que ves ahora es una estatua que te mira como si siempre hubiera habido una estatua de un desconocido en ese lugar, esculpida por alguien hace mucho tiempo.

El come Piedras se gira. Gira sin parar mientras deja que todo el mundo vea y oiga cómo lo hace. Ve que te has percatado de su presencia, del granito gris de su cuerpo y de su pelo liso, que no se diferencian entre sí, de sus ojos, algo más brillantes de lo normal. La forma de la mandíbula está esculpida con esmero y el torso muestra una buena musculatura humana en lugar de la ropa falsa que usan la mayoría de los come Piedras. No hay duda de que este quiere que sepas que es un hombre. Pues vale, es un hombre. Es del todo gris, el primer come Piedras que ves que se parece a una estatua de verdad... y esta se mueve y no deja de moverse cuando quienes lo rodean se quedan en silencio, sorprendidos. Os toma el pelo a todos, tiene los labios torcidos en una pequeña sonrisa. También tiene algo en las manos.

No dejas de mirar al come Piedras mientras se gira y tu mente reconoce la forma extraña y sanguinolenta que tiene entre las manos, ya que la experiencia reciente te hace reparar en que se trata de un brazo. Un brazo pequeño. Un brazo pequeño envuelto en pedazos de tela que te resultan familiares, en una chaqueta que compraste en la carretera hace tanto tiempo

que parece una eternidad. La piel de ese color blanco inhumano de tonalidad rojiza te es familiar, el tamaño también te es familiar, a pesar de que el hueso astillado del extremo sangriento es transparente, vidrioso y muy facetado. No se parece en nada a un hueso.

«Hoa, es Hoa, es el brazo de Hoa.»

—Traigo un mensaje —dice el come piedras gris. Tiene una voz agradable, grave. No se le ha movido la boca. Las palabras le resuenan dentro del pecho. Eso ya te parece más normal, si en esta situación hay algo que pueda resultarte normal. No has dejado de mirar el brazo goteante y destrozado.

Ykka parece reaccionar, como si también quisiera vencer el estupor.

—¿De quién?

La criatura se vuelve hacia ella.

—De Rennanis. —Se vuelve a girar y desplaza los ojos por las caras de la multitud, lo mismo que haría un humano para intentar conectar con la audiencia y que se entienda su mensaje. Sus ojos se posan en ti como si no te encontraras allí—. No queremos haceros daño.

No has dejado de mirar el brazo de Hoa que tiene en la mano.

Ykka se muestra escéptica.

—¿Y a qué viene el ejército que tenemos a las puertas?

Se vuelve a girar. También hace caso omiso de Cutter.

—Tenemos mucha comida. Muros resistentes. Podemos compartirlo si os unís a nosotros.

—A nosotros nos gusta tener nuestra propia comida —responde Ykka.

Se gira. Posa la mirada en Hjarka, que parpadea.

—No tenéis carne y la zona está deshabitada. Os tendréis que comer entre vosotros en menos de un año.

Al decirlo crecen los murmullos. Ykka cierra los ojos un momento; tal es

su frustración. Hjarka mira a su alrededor, enfadada, como si buscara al que te ha traicionado.

Cutter pregunta:

—¿Nos acogerá a todos tu comu? ¿Quedarán intactas nuestras castas al uso?

Lerna suelta un tenso quejido.

—No sé a qué ha venido esa pregunta, Cutter...

Cutter fulmina a Lerna con la mirada.

—No podemos enfrentarnos a una ciudad de las Ecuatoriales.

—Pero la pregunta que has hecho es estúpida —afirma Ykka. Tiene la voz tranquila, aunque ella no lo esté, pero la parte de tu mente que no está aturdida por ese brazo se da cuenta de que nunca antes había apoyado a Lerna. Siempre te había dado la impresión de que el hombre no le gustaba mucho y era algo mutuo. Ella es demasiado fría, y él demasiado blando. Lo que acaba de hacer es muy significativo—. Yo en su lugar mentiría, nos llevaría a todos al norte y nos metería en unas chabolas de comubundos entre un géiser ácido y un lago de lava. Las comus de las Ecuatoriales lo han hecho antes, sobre todo cuando necesitaban mano de obra. ¿Por qué deberíamos creer que ellos son diferentes?

El come piedras gris ladea la cabeza. Ese gesto es muy humano; también lo es su manera de sonreír con sus pequeños labios. Os contempla con una mirada que parece decir: «Pobres animalitos.»

—No tenemos razón para mentir.

Deja que esas palabras de apariencia agradable floten en el aire durante la cantidad de tiempo adecuada. Vaya, se le da bien. Ves que todo el mundo intercambia miradas y los oyes agitarse, incómodos. Sientes que el silencio acumulado es sinónimo de que Ykka no puede refutarlo. Porque es verdad.

Un instante después suelta la bomba:

—Pero no necesitamos orogenes.

Silencio. La conmoción es tal que nadie se mueve. Ykka lo rompe con un apresurado: «Por los fuegos de la Tierra.» Cutter mira hacia otro lado. Lerna abre los ojos de par en par mientras procesa las implicaciones de lo que el comepiedras acaba de decir.

—¿Dónde está Hoa? —preguntas en medio de aquel silencio. No puedes pensar en otra cosa.

Los ojos del comepiedras se desplazan hacia ti. El resto de su cara no se vuelve. Es un lenguaje corporal típico de un comepiedras, pero en este en particular es muy raro.

—Ha muerto —responde—. Después de traernos hasta aquí.

—Mentira.

Ni siquiera te das cuenta de que estás rabiosa. No piensas en lo que haces a continuación. Te limitas a reaccionar, como Damaya en los crisoles, como Sienita en la playa. Todo lo que hay en tu interior se cristaliza y se afila, tu conciencia se gira hacia el suelo y pasa a tener la anchura de una cuchilla, entretejes los hilos que casi ni habías notado que estaban ahí y ocurre como ocurrió con el brazo de Tonkee: *shiiiiing*. Le cortas la mano al comepiedras.

La mano y el brazo de Hoa caen al suelo. Los demás resoplan, sorprendidos. No hay sangre. El brazo de Hoa golpea el cristal con un sonido fuerte, sordo y metálico, es más pesado de lo que parece; y la mano del comepiedras repiquetea al caer, separada del brazo, con un sonido aún más fuerte. El corte transversal de la muñeca es del mismo color gris.

Al principio, el comepiedras no reacciona. Luego, sesapinas que hay algo que se une, como los hilos plateados de magia, pero son muchísimos. La mano se retuerce, flota y vuelve al muñón de la muñeca como si unas cuerdas tiraran de ella. Deja atrás el brazo de Hoa. El comepiedras se gira del todo para encararte, por fin.

—Márchate antes de que te corte en tantos pedacitos que no serás capaz de recomponerte —dices, con un tono de voz que retumba como la tierra.

El comepiedras gris sonrío. Es una sonrisa amplia. Se le arrugan las patas de gallo y muestra los dientes diamantinos que hay debajo de sus labios. Para tu sorpresa, parece una sonrisa de verdad; no tiene nada de amenazante. Luego desaparece, y cae a través de la superficie del cristal. Por un momento puedes ver una sombra gris en el interior de la transparencia del cristal, como si la criatura se hubiera emborronado y ya no tuviera forma humana, aunque tal vez se deba a tu ángulo de visión. Luego, más rápido de lo que tus ojos o tus glándulas sesapinales son capaces de percibir, sale disparado hacia las profundidades.

En la estela de reverberaciones que deja al marcharse, Ykka respira hondo.

—Bueno —dice mientras echa un vistazo alrededor para mirar a los demás. A los que cree que son su pueblo—. Parece que tenemos que hablar. —La tensión flota en el ambiente.

No quieres oír nada. Te apresuras y avanzas para coger el brazo de Hoa. Esa cosa es pesada como la piedra. Vas a tener que hacer fuerza con las piernas, o de lo contrario te harás daño en las lumbares. Te giras y la gente se aparta a tu paso. Oyes a Lerna. Dice «Essun», pero no quieres oírlo.

Sí, ves los hilos. Líneas plateadas que solo tú puedes ver, que sobresalen del muñón del brazo y se retuercen y se sacuden. Cambian de dirección cada vez que te giras. Siempre señalan hacia el mismo lugar. Te decides a seguirlas. Nadie va detrás de ti, y no te importan las posibles implicaciones. No en ese momento.

Los zarcillos te llevan a tu apartamento.

Atraviesas la cortina y te detienes. Tonkee no está en casa. Debe de estar en la de Hjarka o en la habitación de arriba. Hay otros dos miembros en el suelo delante de ti, unos muñones sangrientos de los que sobresalen huesos

diamantinos. No, no están sobre el suelo. Están dentro del suelo, sumergidos a distintas alturas: uno, hasta el muslo, y el otro, solo el pie y la canilla. Como si lo hubieran sorprendido mientras salía. Hay dos rastros de sangre, abundantes como para preocuparse, que han manchado la alfombra que cambiaste por uno de los viejos cuchillos de piedra de Jija. Se dirigen hacia tu habitación. Los sigues. Y en ese momento dejas caer el brazo. Por suerte, no te cae sobre un pie.

Ves lo que queda de Hoa arrastrarse hacia el colchón que hay en el suelo y que usas como cama. Tampoco tiene el otro brazo. No sabes dónde lo ha perdido. También ha perdido matas de pelo. Hace una pausa cuando entras, para oírte o sesapinarte, y se queda quieto en el suelo mientras lo rodeas y ves que también le han arrancado la mandíbula inferior. No tiene ojos y... algo lo ha mordido justo encima de la sien. Por eso ha perdido parte del pelo. Alguien ha mordido su cráneo como si se tratara de una manzana, ha hecho una incisión en la carne y en el hueso de diamante que hay debajo. La sangre no te permite ver el interior de su cabeza. Te alegras.

Te asustarías, si no entendieras de inmediato lo que tienes que hacer. Al lado de tu cama está el fardo andrajoso que ha llevado encima desde que os encontrasteis cerca de Tirimo. Te afanas para abrirlo y te agachas para ofrecérselo a lo poco que queda de él.

—¿Puedes darte la vuelta?

Por toda respuesta, lo hace. Por un momento, te retiene el hecho de que le falte la mandíbula inferior, pero luego piensas «a la mierda» e introduces una de las piedras del fardo en el agujero irregular de la garganta de Hoa. La empujas con los dedos hasta que los movimientos reflejos de su garganta lo atrapan. Has notado que el tacto de su carne es caliente y humano. (Notas cómo aumenta tu rabia. Desearías que se calmara.) Le das de comer otra piedra, pero después de respirar varias veces empieza a temblar con

violencia. No te das cuenta de que aún sesapinabas la magia y ves cómo, de improviso, el cuerpo de Hoa reluce entre hilos plateados que fustigan y se retuercen como los robustos tentáculos de las criaturas marinas que aparecen en las historias de los acervistas. Hay cientos. Te retiras debido a la sorpresa, pero Hoa emite un sonido flemático y susurrante que interpretas como un «más». Insertas otra piedra en la garganta. Y después, otra. Ahora que te fijas, no quedan muchas. Cuando solo quedan tres, dudas.

—¿Las quieres todas?

Hoa también duda. Sus gestos lo delatan. No entiendes por qué las necesita. Si no tienes en cuenta esos latigazos de magia —magia de la que está hecho, presente en cada centímetro de su cuerpo como nunca antes habías visto—, su condición no ha mejorado en nada. ¿Se puede sobrevivir después de recibir unas heridas así? No es lo suficientemente humano como para arriesgarte a elucubrar. Al cabo, vuelve a graznar. Es un sonido más grave que el de antes. Resignado, quizás, o quizá sea que tu imaginación pretende hacer más humanos los sonidos animales de su carne animal. Insertas las tres piedras restantes.

Durante un momento no ocurre nada. Luego...

Los hilos de plata crecen y se hinchan a su alrededor, a tanta velocidad y con un frenesí tal que te echas hacia atrás. Ya conoces algunas de las cosas que se pueden hacer con la magia, pero hay algo en esta situación que te parece salvaje y descontrolado. Cubre toda la habitación y... y parpadeas. Puedes verlo, no solo sesapinarlo. Hoa reluce con una luz argéntea que se vuelve demasiado brillante como para mirarla directamente. Podría verlo hasta un tático. Te diriges hacia la sala de estar para mirar a través de la puerta de la habitación, ya que te parece más seguro. En el instante en que cruzas el umbral de la puerta, la materia con que está construida el apartamento empieza a brillar. Todo brilla: las paredes, el suelo, cualquier

parte en la que hay cristal. Tiembla por un instante y se vuelve translúcido, irreal como los obeliscos. Tus pertenencias y los muebles de tu habitación flotan en medio de aquella luz blanca y parpadeante. Oyes detrás de ti un sonido sordo y suave que hace que te sobresaltes y te des la vuelta. Solo son las piernas de Hoa, que se han desenterrado del suelo y se mueven hacia tu habitación recorriendo los rastros de sangre. El brazo que soltaste también se mueve, también empieza a brillar y golpea contra la montaña brillante en la que se ha convertido el chico. Da un brinco para unirse a su cuerpo, de la misma manera que la mano del come piedras gris se unió a su muñeca.

Algo asciende del suelo... No. Ves que el suelo es lo que asciende, como si fuera masilla y no cristal, y lo envuelve. Cuando lo hace, la luz se apaga y el material que lo conforma empieza a cambiar a algo más oscuro. Cuando has parpadeado lo suficiente para no estar encandilada, ves que hay algo grande, extraño e inverosímil en el lugar que antes ocupaba Hoa.

Vuelves a la habitación, con cuidado, porque el suelo y las paredes han vuelto a ser sólidos, pero sabes que podría ser un estado temporal. Notas bajo tus pies que el cristal que antes fuera suave ahora es rugoso. Esa cosa ocupa la mayor parte de la habitación y se encuentra junto a tu cama desordenada, que ahora está medio hundida en el suelo resolidificado. Hace calor. Te tropiezas un poco con la correa de tu portabastos vacío que, por suerte, aún está intacto y no se ha hundido en la habitación. Te encorvas sin pensar para recogerlo, una costumbre nacida de la supervivencia. Por los fuegos de la Tierra, vaya si hace calor. La cama no se ha prendido fuego, pero crees que solo es porque no ha tocado esa cosa enorme. Puedes sesapinarla, sea lo que sea. No, sí que sabes lo que es: calcedonia. Un pedrusco enorme y alargado de calcedonia de un color entre grisáceo y verde, como el cascarón exterior de una geoda.

Te haces una idea de lo que está ocurriendo, ¿verdad? Te conté lo que pasó

en Tirimo después de la Hendidura. Al fondo de aquel valle, donde el movimiento sísmico hizo que se soltara una geoda que luego se abrió como un huevo. Te das cuenta de que la geoda no llevaba mucho tiempo en ese lugar, que es cosa de magia, no de la naturaleza. Bueno, quizá tenga un poco de ambas. No hay mucha diferencia entre ellas para los come piedras.

Y todo vuelve a ocurrir durante la mañana después de haber pasado la noche en la mesa de la sala de estar en la que te dejaste dormir en lugar de permanecer despierta para vigilar la roca humeante. La geoda se resquebraja con un sonido fuerte y de una violencia explosiva. Unos zarcillos de plasma salen disparados a causa de la presión, y queman o funden todo lo que habías dejado en la habitación. Menos el portabastos, ya que lo habías cogido antes. Bien visto.

La sorpresa ha hecho que te despiertes. Estás temblando. Te levantas despacio y te acercas a la habitación. Hace tanto calor que cuesta respirar. Es como estar en un horno, aunque la brisa caliente hace que la cortina de entrada al apartamento se agite y deje la puerta abierta. Poco después el calor pasa a ser incómodo y deja de ser peligroso.

Casi no te das cuenta. Porque lo que surge del interior de la geoda y al principio se mueve con una gracilidad humana para luego reajustarse al instante hasta esa quietud interrumpida que te es tan familiar... es el come piedras del obelisco de granate.

Hola otra vez.

* * *

Nuestra situación está muy vinculada a la integridad física de la Quietud, por el apego manifiesto que tenemos a la supervivencia a largo plazo. Mantener el mundo depende del equilibrio sísmico y, por ley imperiosa de la

naturaleza, los orogénicos son los únicos que pueden conseguirlo. Un revés a su esclavitud también afectaría al mismísimo planeta. Por ese motivo decretamos que, aunque tienen cierto parecido con los nuestros que tienen un linaje íntegro y saludable y debemos controlarlos con amabilidad para el beneficio de todos, tanto esclavos como personas libres; cualquier grado de capacidad orogénica debe considerarse motivo para denegar su condición de persona. Es legítimo considerarlos y retenerlos como si se tratara de una especie inferior y dependiente.

Declaración de Derechos de los Afectados por la Orogenia del Segundo Consejo de Acervistas Yumenescí

Nassun, rechazada

Lo único que recuerdo de mi juventud es color. Verdor por todas partes. Iridiscencia blanca. Rojos oscuros y llenos de vida. Son esos colores en particular los que conservo en mis recuerdos. Casi todo lo demás es tenue, escaso y casi ha desaparecido por completo. Hay una razón para que sea así.

* * *

Nassun está sentada en una oficina del Fulcro de las Antárticas, y en ese momento comprende a su madre mejor que nunca.

Schaffa y Umber están sentados a ambos lados de ella. Los tres sostienen copas de salvaguardia que les ha ofrecido el personal del Fulcro. Nida se ha quedado en Luna Hallada porque alguien tenía que quedarse a vigilar a los niños y porque imitar el comportamiento humano normal le cuesta más que a ninguno de ellos. Umber está tan callado que nadie sabe lo que le pasa por la cabeza. Schaffa lleva el peso de la conversación. Los han invitado a pasar para hablar con tres personas a quienes llaman «instructores», que a saber qué significará en un sitio como ese. Los instructores llevan uniformes negros de arriba abajo, con chaquetas de botones y pantalones de vestir. Vale, por eso llaman ropasbrunas a los orogenes imperiales. Los rodea un aura de miedo y poder.

Una es de indudable ascendencia antártica, pelirroja y canosa, con una piel tan blanca que se le ven las venas verdes debajo. Tiene dentadura de caballo

y los labios bonitos, y Nassun no puede dejar de mirar ambas cosas mientras habla. Se llama Serpentina, aunque no le pega nada.

—Claro que no han llegado nuevos balastos—dice Serpentina. Por alguna razón no deja de mirar a Nassun mientras habla y abre las manos. Le tiemblan un poco los dedos. Lleva así desde que empezó la reunión—. Es una contrariedad que no habíamos previsto. Como mucho, significará que dispondremos de más habitaciones libres en un momento en el que cualquier refugio es muy valioso. Por eso hemos ofrecido a las comus cercanas acoger a los niños huérfanos, a los que son demasiado jóvenes para haberse ganado la aceptación de la comu. Es lo adecuado, ¿no? Y también hemos acogido a algunos refugiados, por lo que no nos queda más remedio que empezar a comerciar con los habitantes de la zona para conseguir suministros y esas cosas. Ahora que no hay cargamentos de Yumenes... —Se le quiebra el gesto—. Bueno, es comprensible, ¿verdad?

Llora. Lo hace con una sonrisa encantadora y con una educación impecable. Mientras otras dos personas asienten con cortesía, pero lo hace. Nassun no sabría decir por qué esas dos personas le incomodan tanto. Tiene que ver con el llanto y con la falsedad que desprenden: no están cómodos por la llegada de los Guardianes, tienen miedo, están enfadados y aun así han conseguido fingir cortesía. Le recuerda a su madre, que fingía ser amable y quererla cuando estaban con su padre o cualquier otra persona, pero era fría y despiadada en privado. Cuando piensa en que el Fulcro de las Antárticas es un lugar habitado por una infinidad de personas similares a su madre, Nassun consigue que le duelan los dientes, las palmas de las manos y las glándulas sesapinales.

También ve en la serenidad glacial que impregna el gesto de Umber y la quebradiza amabilidad de la sonrisa de Schaffa que a los Guardianes tampoco les gusta la situación.

—Es comprensible, sin duda —afirma Schaffa. Agita la copa en las manos. La turbia disolución sigue blanca, como debería, pero no ha dado un solo trago—. Me imagino que las comus locales se han mostrado agradecidas porque den cobijo y alimenten a la población excedente. Y también es adecuado que se les den tareas. Que protejan los muros. Que trabajen en el campo. —Hace una pausa y ensancha la sonrisa—. En los jardines, me refiero.

Serpentina le devuelve la sonrisa y sus compañeros se agitan, incómodos. Nassun no comprende la situación. La Estación aún no se ha desatado del todo en las regiones antárticas, por lo que le parece adecuado que una comu cultive en el herbaje, apueste Lomocurtidos en los muros y se empiece a preparar para lo peor. Pero, por alguna razón, el que lo haya hecho el Fulcro de las Antárticas es algo negativo. Es malo que este Fulcro siga funcionando. Nassun ha dejado de beber la copa de salvaguardia que le dieron los instructores. Solo había bebido salvaguardia unas pocas veces y le gusta que la traten como a una adulta, pero Schaffa ha dejado de beber, lo que le indica que en realidad la situación no es segura.

Otra instructora es una mujer de las Surmelat que podría hacerse pasar por una pariente de Nassun: es alta, de pelo castaño y de rizos tupidos; le llega por los hombros y tiene la cintura estrecha, las caderas anchas y los muslos fuertes. Le han dicho cómo se llama, pero Nassun no es capaz de recordarlo. Su orogenia parece la más desarrollada de los tres, aunque es la más joven. Lleva seis anillos en los largos dedos. Es la primera que deja de sonreír, entrelaza las manos y levanta la barbilla, pero solo un poco. Esa es otra de las cosas que a Nassun le recuerdan a su madre. Mamá solía tener la misma pose, una dignidad sosegada sobre capas y capas de una tozudez diamantina. Ahora muestra esa tozudez, y dice:

—Me da la impresión de que hay algo que lo aflige, Guardián.

Serpentina tuerce el gesto. El otro orogén del Fulcro, un hombre que decía llamarse Lamprófido, suspira. Las cabezas de Schaffa y Umber se inclinan casi al mismo tiempo, y la sonrisa de Schaffa se ensancha, como si la conversación le interesase.

—No estoy afligido —dice. Nassun está segura de que le alegra dejar a un lado la amabilidad por fin—. Un tanto sorprendido, sí. Después de todo, el protocolo de cualquier instalación estándar del Fulcro es cerrar sus puertas en el caso de que se declare una Estación.

—¿En caso de que la declare quién? —pregunta la hexanillada—. Antes de que llegasen hoy, no había por aquí ningún Guardián que hiciera declaraciones en ese sentido. Los Liderazgos de las comus de la zona no se ponen de acuerdo: algunos han declarado la Ley Estacional, otros el cierre de los muros, y otros se comportan como si no hubiera ocurrido nada.

—Y si todos hubieran declarado la Ley Estacional —empieza a decir Schaffa con la voz tranquila a la que recurre cuando ya sabe la respuesta y solo quiere oírla de tu boca—, ¿ya se habrían matado entre ustedes? Porque, como bien ha dicho, no hay Guardianes en el lugar para hacerse cargo de la situación.

Nassun consigue reprimir un sonido ahogado de sorpresa. ¿Matarse entre ellos? Eso sí, no es tan buena como para controlar su orogenia y no consigue evitar que esta se estremezca donde no debe. Los tres responsables del Fulcro la miran, y Serpentina sonrío un poco.

—Cuidado, Guardián —le responde a Schaffa mientras mira a Nassun—. A su mascota parece no gustarle la idea de un genocidio insensato.

—No le oculto nada —responde Schaffa. Y la sorpresa de Nassun se hunde entre el amor y el respeto. Schaffa taladra a la niña con la mirada—. A lo largo de la historia, el Fulcro siempre ha sobrevivido a costa de sus vecinos, siempre dependía de los muros y de los recursos de las comus vecinas. Y,

como durante una Estación es inviable recurrir a ellos, cabe esperar que los orogenes imperiales sean los primeros en abstenerse de consumir recursos para que la gente normal y saludable tenga más probabilidades de sobrevivir. —Hace una pausa—. Y ya que la existencia de los orogenes está prohibida en caso de no contar con la supervisión de un Guardián o del Fulcro... — Extiende las manos.

—De hecho, esto es el Fulcro, Guardián —dice el tercer instructor, cuyo nombre ha olvidado Nassun. Es un hombre de las Costeras occidentales, delgado, con el pelo liso, los pómulos marcados y una cara casi cóncava. También tiene la piel blanca, pero sus ojos son negros y fríos. Su orogenia parece ser ligera y tener muchas capas, como la mica—. Y aquí somos autosuficientes. Aunque consumamos recursos, aportamos servicios que las comunidades de la zona necesitan. Hasta hemos trabajado, sin que nos lo pidieran y sin que nos pagaran, para mitigar las réplicas de la Hendidura cuando han llegado tan al sur. Gracias a nosotros, pocas comus de las Antárticas han sufrido daños graves desde que comenzó la Estación.

—Es admirable —dice Umber—. Y muy inteligente por vuestra parte que os hayáis hecho indispensables. Pero vuestros Guardianes no lo habrían permitido. Supongo.

Los tres instructores se quedan quietos por un instante.

—Está en el de las Antárticas, Guardián —dice Serpentina. Sonríe, aunque eso no se refleja en sus ojos—. Somos una pequeña parte del Fulcro de Yumenes, poco más que veinticinco orogenes anillados y un puñado de balastos. Aquí nunca ha habido Guardianes de manera permanente. La mayoría se pasaba de visita durante sus viajes o venía para traernos nuevos balastos. No veíamos a ninguno desde que se produjo la Hendidura.

—Nunca hubo muchos Guardianes por aquí —afirma Schaffa—, pero sí que había tres, que yo recuerde. Conocí a uno. —Hace una pausa y, por un

instante, su expresión se vuelve distante, perdida y un poco confusa—. Recuerdo que conocí a uno. —Parpadea. Vuelve a sonreír—. Pero ahora no hay ninguno.

Serpentina se pone tensa. Todos los instructores están tensos. Nassun tiene la mosca detrás de la oreja, y cada vez más.

—Tuvimos que resistir varios ataques de comubundos antes de erigir los muros por fin —responde Serpentina—. Murieron como valientes. Murieron protegiéndonos.

La mentira es tan evidente que Nassun la mira boquiabierta.

—Bueno —dice Schaffa al tiempo que suelta la copa de salvaguardia y emite un pequeño suspiro—. Supongo que la situación ha ido todo lo bien que cabía esperar.

Y, aunque Nassun se imagina lo que va a ocurrir a continuación, aunque ya ha visto a Schaffa moverse a una velocidad que no es humanamente posible, y aunque la plata de su interior y del de Umber prende de improviso como una cerilla y centellea dentro de ellos un instante antes, el hecho de que Schaffa se abalance hacia delante y atraviese con el puño la cara de Serpentina la pilla por sorpresa.

La orogenia de la mujer desaparece justo cuando muere. Los otros dos instructores se han puesto alerta y empezado a moverse al instante: Lamprófido cae hacia atrás al intentar evitar la acometida de Umber, y la mujer hexanillada se saca una cerbatana de la manga. Schaffa abre los ojos todo lo que puede, pero tiene la mano atascada dentro de Serpentina. Intenta arremeter contra la hexanillada, pero tiene un peso muerto en el brazo. La mujer se lleva el arma a los labios.

Antes de que pueda disparar, Nassun está en pie, se ha enlazado con la tierra y ha empezado a hacer rotar un toro que será capaz de congelar a la mujer al instante. La hexanillada se sacude, sorprendida, y dobla algo que

hace trizas el toro de Nassun antes de que esta sea capaz de formar el todo. La madre de Nassun también lo hacía durante las prácticas, cuando Nassun hacía algo que se suponía que no podía hacer. Al verse en la misma tesitura, Nassun se tambalea y trastabilla hacia atrás.

«Su madre aprendió esa técnica aquí, en el Fulcro. Así es como la gente del Fulcro entrena a los jóvenes orogenes. Todo lo que Nassun conoce de su madre está mancillado por este lugar y siempre ha...»

Pero esa distracción es suficiente. Schaffa consigue liberar la mano del cadáver y, en un abrir y cerrar de ojos, se encuentra al otro lado de la habitación, agarra la cerbatana, se la arrebató a la mujer y la apuñala en la garganta antes de que pueda hacer nada. La hexanillada cae de rodillas mientras se atraganta e intenta enlazarse con la tierra, pero en ese momento una oleada recorre la estancia, y Nassun jadea cuando de improviso no es capaz de respirar nada de nada. La mujer también jadea y respira con dificultad mientras se araña la garganta. Schaffa la coge por la cabeza y le rompe el cuello con un movimiento rápido.

Lamprófido no ha dejado de moverse hacia atrás mientras Umber lo acosa. El instructor busca algo a tientas en su ropa, un objeto pequeño y pesado que se le ha quedado trabado en la tela.

—Aciaga Tierra —espeta mientras tira de los botones de su chaqueta—. ¡Estáis contaminados! ¡Los dos!

No consigue alejarse más, porque Umber se abalanza, y Nassun se estremece cuando algo le salpica en la mejilla. Umber ha aplastado la cabeza del hombre con el pie.

—Nassun —llama Schaffa mientras suelta el cuerpo de la hexanillada y lo observa desde arriba—, ve a la terraza y esperáanos allí.

—S-sí, Schaffa —dice Nassun. Traga saliva. No deja de temblar. Se obliga a darse la vuelta pese a lo que acaba de ocurrir, y sale de la estancia. Al fin y

al cabo, aún quedan otros veintidós orogenes anillados en el complejo, o eso es lo que había dicho Serpentina.

El Fulcro de las Antárticas no es mucho mayor que la ciudad de Jekity. Nassun sale de la casa grande de dos pisos que hace las veces de edificio administrativo. También hay unas pequeñas cabañas, que parecen ser el lugar donde viven los orogenes mayores, y unos barracones junto al gran invernadero de paredes de vidrio. Mucha gente entra y sale de los barracones y de las cabañas. Son pocos los que visten de negro, aunque algunos de los que llevan ropas de civiles dan la impresión de ser orogenes. Al otro lado del invernadero hay una terraza inclinada con algunas parcelas de jardín. De hecho, son demasiadas como para considerarlas un jardín. Es una granja. En casi todas las parcelas han plantado cereales y verduras, y varias personas trabajan en ellas, ya que hace un buen día y nadie sabe que los Guardianes se afanan en matar a todo aquel que se encuentre en el edificio administrativo.

Nassun camina rápido por el camino adoquinado de la terraza, con la cabeza gacha para no tropezar. No puede sesapinar nada desde que Schaffa le hizo lo que fuera que hizo a la hexanillada. Siempre ha sabido que los Guardianes son capaces de anular la orogenia, pero nunca lo había sentido hasta el momento. Se le hace difícil caminar cuando solo puede percibir el suelo con los ojos y los pies, y también ahora que no deja de temblar. Pone un pie delante del otro con cuidado y, de improviso, ve que tiene justo delante el pie de otra persona y se para en seco. El cuerpo se le queda rígido por la sorpresa.

—Cuidado por dónde pisas —le espeta la chica, sin pensar. Es delgada y tiene la piel blanca, así como una melena de pelo soplocinéreo de color gris pizarra. Debe de rondar la edad de Nassun. Se detiene y le echa a Nassun un buen vistazo—. Oye, tienes algo en la cara. Parece un bicho muerto o algo así. Qué asco.

Extiende la mano y lo aparta con un dedo.

Nassun se agita un poco, sorprendida, y luego recuerda que tiene que ser educada.

—Gracias. Y perdona por haberme metido en tu camino.

—No pasa nada. —La chica parpadea—. He oído que han venido unos Guardianes y han traído a una nueva balasto. ¿Eres tú?

Nassun la mira, confundida.

—¿B-balasto?

La otra chica arquea las cejas.

—Sí. ¿Aprendiz? ¿Futura orogén imperial? —Carga con un cubo lleno de suministros de jardinería, algo que no pega en absoluto con esta conversación—. Los Guardianes solían traer niños antes de que comenzase la Estación. Y así fue como llegué yo.

En teoría, también es la manera en que ha llegado Nassun.

—Los Guardianes me trajeron —afirma. No siente nada al respecto.

—A mí también. —La chica se pone seria y luego aparta la mirada—. ¿Ya te han roto la mano?

Nassun deja de respirar.

Al ver que se ha quedado en silencio, la expresión de la chica se vuelve más afligida.

—Sí, se lo hacen a todos los balastos antes o después. En los huesos de la mano o en los dedos. —Niega con la cabeza y luego toma una bocanada de aire de forma atropellada—. Se supone que no podemos hablar del tema. Pero, digan lo que digan, no tiene nada que ver contigo. Tú no tienes la culpa. —Vuelve a respirar rápido—. Nos veremos por aquí. Me llamo Ajae. Todavía no tengo nombre de orogén. ¿Tú cómo te llamas?

Nassun no es capaz de pensar. Solo oye el ruido del puño de Schaffa cuando aplasta el hueso.

—Nassun.

—Encantada, Nassun.

Ajae asiente con educación y luego se marcha escalones abajo hacia una terraza. Canturrea mientras balancea el cubo. Nassun la mira, mientras trata de descifrar lo que acaba de decir.

«¿Nombre de orogén?»

Mientras trata de no descifrarlo.

«¿Ya te han roto la mano?»

Este lugar. Este... Fulcro. Es la razón por la que su madre le rompió la mano.

La mano de Nassun se estremece a causa del dolor fantasma. Recuerda cómo su madre sostenía la roca y la levantaba. La recuerda quieta un instante. Y luego, cayendo.

«¿Estás segura de que puedes controlarte?»

El Fulcro es la razón por la que su madre no la quiso nunca.

La razón por la que su padre ya no la quiere.

La razón por la que su hermano está muerto.

Nassun ve cómo Ajae saluda con la mano a un chico mayor y delgado que trabaja la tierra con una azada. Es este lugar. Estas personas que no tienen derecho a la vida.

El de zafiro no está muy lejos. Flota sobre Jekity, lugar en el que ha estado desde hace dos semanas desde que Schaffa y Umber se marcharon para viajar hacia el Fulcro de las Antárticas. Lo sesapina a lo lejos, aunque está demasiado lejos como para verlo. Le da la impresión de que titila cuando su conciencia se acerca a él y, por un instante, le sorprende ser capaz de sentirlo de alguna manera. Se gira por instinto para encararlo. Para tenerlo en la línea de visión. No necesita los ojos ni la orogenia para usarlo.

(Es propio de los orogenes, le habría dicho el viejo Schaffa si aún existiera.

Los que son como Nassun reaccionan de manera innata a todas las amenazas del mismo modo: con una energía muy devastadora. Es lo que le habría dicho antes de romperle la mano para hacerle entender lo que es el control.)

En el lugar hay muchos hilos de plata. Los orogenes están conectados gracias a que practican juntos y comparten experiencias.

¿TE HAN ROTO LA MANO?

Termina después de que haya tomado aliento tres veces. Luego, Nassun se distancia de aquel azul trémulo y se queda en el lugar, temblando por lo que acaba de ocurrir. Un tiempo después, la chica se da la vuelta y ve a Schaffa delante de ella, junto a Umber.

—Se supone que no deberían haber estado aquí —espetea la niña—. Es lo que dijiste.

Schaffa no sonrío y está muy quieto, de una manera que Nassun conoce bien.

—Entonces, ¿lo has hecho para ayudarnos?

Nassun no es capaz de pensar lo suficiente como para mentir.

—Este lugar era un error —dice—. El Fulcro es un error.

—¿Lo era? —Nassun sabe que es una prueba, pero no tiene ni idea de cómo superarla—. ¿Por qué lo dices?

—Mamá estaba equivocada. El Fulcro la convirtió en lo que era. No debería haber sido un..., un..., una..., una aliada vuestra. —«Ni yo tampoco», piensa. Recuerda—. Este lugar la cambió. —No es capaz de articular sus pensamientos—. Este lugar hizo que se equivocara.

Schaffa mira a Umber. Umber ladea la cabeza y, por un instante, la plata parpadea; lo que los une parpadea. Las cosas que tienen alojadas en las glándulas sesapinales resuenan de una manera extraña. Pero Schaffa frunce el ceño, y la chica ve que se resiste a la plata. Le duele al hacerlo, pero lo hace de todos modos, y se gira para mirarla bien, con los ojos resplandecientes, los dientes apretados y el sudor perlándole la frente.

—Puede que tengas razón, pequeña —se limita a decir—. Es así: si pones a varias personas en una jaula, se centrarán en escapar y no en colaborar con los que los encerraron. Lo que ha ocurrido es inevitable, supongo. —Mira a Umber—. No obstante, sus Guardianes deben de haber sido muy negligentes para dejar que un grupo de orogenes se les impusieran. Esa de la cerbatana... es muy probable que haya nacido feral y le enseñaran algunas cosas que no debería haber sabido antes de llegar aquí. Fue una de las responsables.

—Guardianes negligentes —repite Umber, mirando a Schaffa—. Sí. Schaffa le sonrío. Nassun frunce el ceño, confundida.

—Hemos acabado con la amenaza —afirma Schaffa.

—Con la mayoría —replica Umber.

Schaffa lo admite, e inclina la cabeza con cierto aire irónico. Luego se gira hacia Nassun y dice:

—Has hecho lo que tenías que hacer, pequeña. Gracias por ayudarnos.

Umber no ha dejado de mirar a Schaffa. A la nuca de Schaffa, para ser más específicos. De improviso, el Guardián se gira para devolverle la mirada, con una sonrisa vacía y sin moverse un ápice. Un momento después, Umber aparta la mirada. Nassun los comprende: la plata se ha tranquilizado en el interior de Umber, o al menos está todo lo tranquila que puede estar en los Guardianes; pero las líneas resplandecientes del interior de Schaffa aún están vivas, activas, destrozándolo. Se enfrenta a ellas, y también está preparado para enfrentarse a Umber de ser necesario.

«Por ella», se pregunta Nassun, exultante. Por ella.

En ese momento, Schaffa se agacha y le acaricia la cara a la niña.

—¿Estás bien? —pregunta. Sus ojos se fijan en el cielo, en dirección al este. El de zafiro.

—Estoy bien —responde Nassun. Y lo está. Conectarse con el obelisco ha sido mucho más sencillo en esta ocasión: en parte porque no ha sido una

sorpresa, y en parte porque se ha ido acostumbrando a la aparición de cosas extrañas en su vida. El truco es dejarse caer en él, caer a una velocidad constante y pensar que no es más que una columna de luz.

—Fascinante —dice el hombre, y luego se pone en pie—. Vamos.

Dejan atrás el Fulcro de las Antárticas, con sus cultivos germinando en los campos, los cadáveres enfriándose en el edificio administrativo y una colección de estatuas multicolor y brillantes con forma humana desperdigadas por los jardines, los barracones y los muros.

* * *

Durante los días siguientes, mientras caminan por las carreteras y los senderos de los bosques que hay entre el Fulcro y Jekity y pasan la noche durmiendo en los graneros de desconocidos o alrededor de las fogatas que encienden, Nassun piensa.

Al fin y al cabo, lo único que puede hacer es pensar. Umber y Schaffa no hablan y se ha creado entre ellos una tensión inexistente hasta ahora. Comprende la situación lo suficiente como para no quedarse a solas en presencia de Umber. Le resulta sencillo, ya que Schaffa no se lo permite. No es que sea estrictamente necesario: Nassun cree que podría hacerle a Umber lo mismo que les hizo a Eitz y a los habitantes del Fulcro de las Antárticas. Usar un obelisco no tiene nada que ver con sesapinar y la plata no es orogenia, por lo que ni siquiera los Guardianes están a salvo de lo que podría hacerles.

Le gusta que Schaffa la acompañe a darse baños, y también que haya dejado de dormir, algo que al parecer pueden hacer los Guardianes, para vigilarla durante las noches. Le gusta mucho volver a contar con alguien, sea quien sea, que la proteja.

Pero. Piensa la chica.

A Nassun le incomoda que Schaffa se haya menoscabado a ojos de su compañero Guardián al decidir no matarla. Le incomoda aún más que el hombre sufra, que haga rechinar los dientes y finja que no es más que otra de sus sonrisas, aunque ella sea capaz de ver cómo la plata se agita y arde en su interior. Ahora no deja de hacerlo, y el hombre no la usa para aliviar su dolor porque de ese modo lo único que conseguiría es que la chica vaya más despacio y esté muy cansada al día siguiente. Nassun observa cómo resiste todo eso y odia esa pequeña cosa que el hombre tiene en la cabeza y que tanto le hace sufrir. Le otorga su poder, pero ¿de qué sirve el poder cuando es un arma de doble filo?

—¿Por qué? —pregunta la niña una noche en que se encuentran acampados en un bloque blanco y elevado que no parece ni piedra ni metal y es todo lo que queda de las ruinas de alguna civitusta. Han visto indicios de saqueadores o comubundos en la zona, y en la pequeña comu en la que se quedaron la noche anterior les recomendaron que fueran cautelosos; de ahí que pasen la noche en el bloque elevado: eso les aportará mucha ventaja en caso de que tenga lugar un ataque. Umber no está, se ha ido a preparar las trampas para capturar el desayuno. Schaffa ha aprovechado la oportunidad para tumbarse en el saco mientras Nassun monta guardia. La chica no quiere que esté despierto por su culpa, pero necesita saberlo—. ¿Por qué tienes eso en la cabeza?

—Me lo pusieron cuando era muy joven —responde. Tiene la voz cansada. Está agotado, después de enfrentarse a la plata durante días y noches en vela—. Para mí, no hay razón alguna. No es más que la naturaleza de las cosas.

—Pero... —Nassun no quiere repetir la pregunta e incomodarlo—. ¿Por qué las cosas son así? ¿Para qué sirve?

El hombre sonrío, aunque tiene los ojos cerrados.

—Estamos hechos para proteger el mundo de los peligros de los que son como tú.

—Eso lo sé, pero... —La chica niega con la cabeza—. ¿Quién te hizo?

—¿A mí en concreto? —Schaffa abre un ojo y luego frunce un poco el ceño—. No lo recuerdo, pero en general a los Guardianes los hacen otros Guardianes. Nos encuentran o nos crían, y luego nos llevan a Warrant para llevar a cabo el entrenamiento y... la alteración.

—¿Y quién hizo al Guardián anterior a ti? ¿Y al anterior? ¿Quién hizo al primero?

Se queda un rato en silencio, tratando de recordar, o eso le parece a la chica a juzgar por la expresión que ha puesto el hombre. Esa cosa afecta mucho a Schaffa, le abre agujeros a punta de cincel en sus recuerdos y le impone una presión similar a la de las fallas en sus pensamientos, pero es algo que Nassun tiene que aceptar. Es como es. Y ella tiene que saber por qué es como es... y, más importante, quiere saber cómo ayudarlo a mejorar.

—No lo sé —dice por fin, y la niña sabe que la conversación concluye ahí, por la manera en que el hombre exhala y vuelve a cerrar los ojos—. Al fin y al cabo, la razón es lo que menos importa, pequeña. ¿Por qué eres una orogén? A veces no nos queda más opción que aceptar lo que nos ha dado la vida.

Nassun decide quedarse en silencio y, unos instantes después, el Guardián se relaja hasta dormirse por primera vez en días. La chica no deja de mirarlo, con dedicación, y extiende el sentido de la tierra que acaba de recuperar para sentir a los pequeños animales y el resto de cosas que se mueven en las cercanías. También sesapina a Umber, quien no ha dejado de moverse metódicamente en los límites de su percepción mientras prepara las trampas. El Guardián es el motivo por el que la chica también entrelaza un hilo de la plata en la red de su conciencia. El hombre puede evitar su sesuna, pero la

plata no. También podrá detectar a cualquier comubundo que se ponga a una distancia adecuada para dispararles una flecha o un arpón. No dejará que a Schaffa le ocurra lo mismo que a su padre.

Aparte de algo pesado y caliente que camina a cuatro patas cerca de Umber, puede que buscando comida, alrededor no hay nada más que le preocupe. Nada...

... excepto. Algo muy extraño. Algo... ¿inmenso? No, su silueta es pequeña, no es mayor que la de una roca de tamaño medio o una persona. Pero se encuentra justo debajo del bloque blanco que no es piedra. Casi debajo de sus pies, a poco más de treinta metros.

Como si se hubiera percatado de su atención, la cosa se mueve. Lo hace de la misma manera en que se mueve el mundo. Nassun da un grito ahogado y se inclina hacia atrás, aunque lo único que cambia es la gravedad que la rodea, y solo un poco. Esa inmensidad se aparta de improviso, como si hubiera descubierto que la está examinando. Pero no va muy lejos y, un momento después, la inmensidad se vuelve a mover: hacia arriba. Nassun parpadea, y cuando abre los ojos ve una estatua en el borde del bloque, una estatua que antes no estaba ahí.

La chica no está confundida. Al fin y al cabo, quería ser acervista y se ha pasado horas escuchando cuentos sobre los come piedras y los misterios que rodean su existencia. Este que tiene delante no es como se los había imaginado. En los relatos de los acervistas, los come piedras tienen la piel marmórea y el pelo enjoyado. Este es del todo gris, hasta el blanco de sus ojos. Lleva el pecho al descubierto y musculado, y sonrío, con los labios retirados para mostrar unos dientes transparentes y de facetas afiladas.

—Eres la que convirtió en piedra el Fulcro hace unos días —dice el pecho de la criatura.

Nassun traga saliva y se queda mirando a Schaffa. Tiene el sueño

profundo, y el come piedras no habla en voz alta. Si grita, es probable que Schaffa se despierte, pero ¿qué puede hacer un Guardián contra una criatura así? La chica ni siquiera está segura de que pueda hacerle algo con la plata: el come piedras está inundado de ella, una maraña de hilos que refulgen, se arremolinan y giran en su interior.

No obstante, el acervo sí que acierta en una cosa sobre los come piedras: no atacan si no los provocan.

—S-sí —susurra—. ¿Tiene algo de malo?

—Para nada. Solo quería expresarte mi admiración por tu trabajo. —La boca no se le mueve. ¿Por qué sonríe tanto? A cada momento que pasa, Nassun está más segura de que esa expresión no es solo una sonrisa—. ¿Cómo te llamas, pequeña?

Se encrespa un poco cuando oye que la llama «pequeña».

—¿Por qué?

El come piedras da un paso al frente, despacio. Suena como el chirrido de una rueda de molino, y verlo moverse es tan extraño como sería ver hacerlo a una estatua. Nassun se estremece, asqueada, y la criatura se detiene.

—¿Por qué los convertiste en piedra?

—Porque estaban equivocados.

El come piedras vuelve a dar un paso al frente, hacia el bloque. Nassun tiene la esperanza de que se quiebre o se mueva debajo del terrible peso de la criatura, que sabe que es inmenso. Es como una montaña, de tamaño compacto y con forma de ser humano. Pero el bloque hecho de material de la civitusta no se quiebra, y la criatura ahora está tan cerca de ella que la chica es capaz de ver los detalles de cada uno de sus mechones de pelo.

—Tú eres la que se equivoca —dice, con su extraña voz cavernosa—. No se puede culpar a los habitantes del Fulcro ni a los Guardianes de las cosas

que hacen. Querías saber la razón por la que tu Guardián tiene que sufrir como lo hace. La respuesta es que no tiene por qué hacerlo.

Nassun se pone rígida. Antes de ser capaz de pedirle que le cuente más, la cabeza del comepiedras se gira hacia él. Y algo... titila. Un cambio tan pequeño e insignificante que es difícil de ver o sesapinar y... de improviso, la palpitación enérgica y feroz de la plata en el interior de Schaffa se apaga y queda en silencio. Solo queda activa en su interior esa mancha oscura y con forma de aguja que tiene en las glándulas sesapinales, y que se esfuerza por recuperar el control, sesapina Nassun. Schaffa por ahora se limita a exhalar con tranquilidad y se sume en un sueño más profundo. El dolor que lleva días haciendo mella en él se ha ido, por el momento.

Nassun jadea, en voz baja. Si Schaffa al fin puede descansar, no quiere ser la responsable de que se despierte.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunta al comepiedras.

—Podría enseñarte. Podría enseñarte a enfrentarte a su torturador y maestro. Si quisieras.

Nassun traga saliva.

—S-sí. Quiero. —Pero no es estúpida—. ¿A cambio de qué?

—De nada. Si te enfrentas a su maestro, también te enfrentas a mi enemigo. Nos convertiría en... aliados.

Se da cuenta de que el comepiedras lleva un tiempo espiándola de cerca, pero ya no le importa. Para salvar a Schaffa... Se humedece los labios, que le saben un poco a azufre. La ceniza se ha vuelto más densa durante las últimas semanas.

—De acuerdo —responde.

—¿Cómo te llamas? —Si la ha estado oyendo, ya sabrá su nombre. La pregunta no es más que una muestra de buena voluntad.

—Nassun. ¿Y tú?

—No tengo nombre alguno. Llámame como te plazca.

Necesita un nombre. Las alianzas no funcionan sin nombre, ¿verdad?

—A-acero. —Es la primera cosa que le viene a la cabeza al ver que es tan gris—. ¿Acero?

Cuando lo oye, sigue dando la impresión de que no le importa.

—Nos veremos más tarde —dice Acero—. Cuando podamos hablar sin interrupciones.

Un instante después ha desaparecido, se ha internado en la tierra, y la montaña se desvanece de la conciencia de la chica en segundos. Poco después, Umber sale del bosque que rodea el bloque de la civitusta y empieza a subir a la colina para reunirse con ella. La chica se alegra de verlo, aunque el hombre entrecierra los ojos al acercarse y comprobar que Schaffa está dormido. Se detiene a unos tres pasos, una distancia más que suficiente para la velocidad de un Guardián.

—Si tratas de hacer algo, te mataré —le advierte Nassun mientras asiente con solemnidad—. Lo sabes, ¿verdad? También lo haré si lo despiertas.

Umber sonrío.

—Sé que lo intentarías.

—Lo intentaré y lo haré.

Suspira, y su voz suena muy compasiva.

—No te haces una idea de lo peligrosa que eres. Muchísimo más que yo.

Es cierto que no lo sabe, y eso la incomoda mucho. Umber no actúa por crueldad. Tiene que haber una razón para que la considere una amenaza. Pero no importa.

—Schaffa quiere que siga viva —dice—. Así que seguiré viva, aunque tenga que matarte.

Umber parece reflexionar al respecto. La chica le echa un vistazo al titileo

argénteo que hay en el interior del Guardián y descubre, de improviso y por instinto, que la persona con la que habla ya no es del todo Umber.

«Su maestro.»

—¿Y si Schaffa decidiera que tienes que morir? —pregunta Umber.

—Pues moriría. —Está segura de que eso es lo que el Fulcro entendía mal. Trataban a los Guardianes como enemigos, y quizá lo habían sido en otra época, como dijo Schaffa. Pero los aliados deben confiar el uno en el otro, ser vulnerables. Schaffa es la única persona del mundo que quiere a Nassun, y Nassun morirá, matará o volverá a rehacer el mundo por él si hace falta.

Umber agacha la cabeza, despacio.

—Pues confiaré en tu amor por él —dice. Por un instante, su voz y su cuerpo resuenan por el suelo, reverberan en la distancia, a mucha profundidad —. Por ahora. —Después el Guardián pasa a su lado, se sienta junto a Schaffa y se coloca en pose de hacer guardia.

Nassun no entiende el razonamiento del Guardián, pero a lo largo de los meses ha aprendido una cosa sobre ellos: no se molestan en mentir. Umber dice que confiará en Schaffa. No: que confiará en el amor de Nassun por Schaffa. Porque hay una diferencia. Si ha dicho que significa algo para él, la chica puede confiar en él.

Por esa razón se tumba en su saco de dormir y se relaja a pesar de todo. Pero todavía tarda un rato en quedarse dormida. Quizá sea por los nervios.

Cae la noche. La tarde está despejada, a excepción de la ligera capa de ceniza que viene del norte y algún que otro cúmulo de nubes quebradas que se desplazan hacia el sur con la brisa. Salen las estrellas, que titilan entre la ceniza, y Nassun las observa durante un rato. Empieza a quedarse dormida. Por fin ha conseguido relajar la mente para dormir, y de pronto se da cuenta de que una de las pequeñas luces blancas se mueve en una dirección diferente del resto, como si se dirigiera hacia abajo mientras que el resto de estrellas

del firmamento se desplazan de oeste a este. Muy despacio. Es difícil dejar de fijarse en ello ahora que lo ha visto. También es un poco mayor y más brillante que las demás. Es raro.

Nassun se gira para darle la espalda a Umber y se duerme.

* * *

Estas cosas han estado aquí abajo durante toda una era del mundo. Es absurdo considerarlas huesos. Se convierten en polvo cuando las tocamos.

Pero los murales son más raros que esos huesos. Plantas que no he visto nunca y algo que podría ser un idioma, pero no parece más que formas serpenteantes. Y otra cosa: algo grande, redondo y blanco entre las estrellas que flotan en el firmamento. Da miedo. No me gusta. He hecho que el ropasbrunas destruya el mural.

Diario de la oficial Fogrid Innovador Yumenes,
registros de la Acreditación Geniera, este de las Ecuatoriales

Te reúnes con un viejo amigo, de nuevo

Me gustaría seguir contándotelo todo de la misma manera que hasta ahora: en tu mente, con tu voz; decirte lo que piensas y sabes. ¿Te parece irrespetuoso? Admito que lo es. Es egoísta. Cuando hablo solo por mí es difícil sentirme parte de ti. Me siento más solo. Por favor, déjame seguir un poco más.

* * *

Miras al comepiedras que ha salido de la crisálida de calcedonia. Se queda agachado y muy quieto, te mira de reojo a través de las ondas de calor del aire que rodea la geoda partida. Tiene el pelo justo como lo recuerdas de aquel momento irreal y onírico en el interior del obelisco granate: como una salpicadura congelada, que es lo que le sucede al pelo soplocinéreo cuando una fuerte corriente de aire lo echa hacia atrás. De un blanco translúcido como un ópalo en lugar de ser solo blanco. Pero a diferencia de la silueta más carnosa a la que te habías acostumbrado, la de este comepiedras es tan negra como lo eran las noches cerradas antes de la Estación. Descubres que lo que antes pensabas que eran grietas son venas marmóreas blancas y plateadas. Incluso el revestimiento elegante similar a ropa que cubre el cuerpo, un quitón sencillo que le cuelga de un hombro, es de un negro marmóreo. Lo único que no tiene ese aspecto marmóreo son los ojos, que ahora son una

oscuridad mate y lisa, ancestrales y tan perturbadores que tardas un momento en darte cuenta de que la cara que tienen alrededor es la de Hoa.

Hoa. Te basta un vistazo para comprobar que es mayor, que tiene la cara de un hombre joven, no la de un niño. Todavía es muy ancha y tiene la boca muy pequeña, unos rasgos raciales que no te suenan de nada. Puedes ver la ansiedad que ilumina esos rasgos, porque has aprendido a verla en la cara anterior, la que era más dulce y estaba diseñada para apelar a tu compasión.

—¿Cuál era la de mentira? —preguntas. Es lo único que se te ocurre.

—¿La de mentira? —Tiene voz de hombre. La misma voz pero más grave. Sale de algún lugar de su pecho.

Entras en la habitación. Aún hace un calor incómodo, aunque se ha enfriado muy rápido. Aun así, sudas.

—¿Tu forma humana o esta?

—Ambas han sido ciertas en momentos diferentes.

—Cierto. Alabastro me dijo que todos fuisteis humanos. Pero hace tiempo. Se hace el silencio durante un momento.

—¿Tú eres humana?

No puedes evitar reírte cuando oyes la pregunta.

—¿Oficialmente? Pues no.

—Lo que piensen los demás no importa. ¿Tú qué crees que eres?

—Humana.

—Pues yo también.

Se pone en pie entre las mitades del cascarón de la roca gigante de la que acaba de salir.

—Bueno, ya no.

—¿Debería hacerte caso a ti o a lo que yo me considero?

Niegas con la cabeza y te acercas lo máximo posible a la geoda. No hay

nada en el interior: no es más que una roca lisa sin cristales ni el revestimiento abrupto. Tal vez ni siquiera quepa considerarla una geoda.

—¿Cómo acabaste en el interior de un obelisco?

—Hice enfadar al orograta equivocado.

Te sorprendes al comprobar que la respuesta le hace gracia. Te quedas quieta y lo miras con fijeza. Es una risa incómoda. Él te mira como siempre lo ha hecho: con ojos grandes y llenos de esperanza. ¿Debería importarte que ahora los ojos sean tan extraños?

—No sabía que se pudiese hacer algo así —dices—. Atrapar a un comepiedras, quiero decir.

—Puedes hacerlo. Es una de las pocas maneras de detenernos.

—No os mata, al parecer.

—No. Eso solo se puede hacer de una forma.

—¿Y cuál es?

Hace un movimiento brusco para mirarte cara a cara. Parece instantáneo. En un momento, la postura de la estatua es muy diferente, rígida y serena, con una mano levantada, como... ¿un ofrecimiento?, ¿un llamamiento?

—¿Vas a matarme, Essun?

Suspiras, niegas con la cabeza y, movida por la curiosidad, extiendes una mano para tocar una de las mitades de la piedra.

—No lo hagas. Aún está demasiado caliente para ti. —Hace una pausa—. Así es como se limpian los míos. Sin jabón.

Un día junto a la carretera, al sur de Tirimo. Un niño que no dejaba de mirar una pastilla de jabón, primero confundido y luego dichoso. Aún es él. No puedes dejar de pensar en ello. Por eso suspiras y te olvidas de la parte de ti que quiere tratarlo como algo diferente, algo extraño y que da miedo. Es Hoa. Quiere comerte y ha intentado ayudarte a encontrar a tu hija, aunque

haya fracasado. Todo lo sucedido, por extraño que sea, tiene un componente íntimo, y lo consideras importante.

Cruzas los brazos y caminas despacio alrededor de él y de la geoda. Te sigue con la mirada.

—Pero entonces, ¿quién te dio una paliza?

Se le han regenerado los ojos y la mandíbula inferior que había perdido. Los miembros que le habían arrancado también vuelven a formar parte de él. Aún hay sangre en la sala de estar, pero todo lo que había en tu habitación ha desaparecido, al igual que una capa del suelo y de las paredes. Se dice que los come Piedras controlan hasta las partículas más pequeñas de la materia, por lo que les será sencillo reapropiarse de las sustancias que han perdido y reconfigurar el material sobrante sin usar. Supones.

—Sobre una docena de los míos. Y uno en particular.

—¿Tantos?

—Para mí eran críos. ¿Cuántos críos harían falta para acabar contigo?

—Tú eras un crío.

—Tenía aspecto de crío. —Baja la voz—. Lo hice por ti.

Hay una gran diferencia entre este Hoa y el anterior, y va más allá de su aspecto. Cuando el Hoa adulto dice este tipo de cosas, la atmósfera es diferente de cuando lo hacía el Hoa niño. No tienes muy claro que te guste esta nueva atmósfera.

—Así que durante todo este tiempo no has hecho sino meterte en peleas —dices, por cambiar a un asunto más distendido—. Había un come Piedras en Cima Llana. Uno gris...

—Sí. —No creías que para un come Piedras fuera posible poner gesto de contrariedad, pero Hoa lo hace—. Ese no es un crío. Es el que terminó por derrotarme, aunque conseguí escapar sin que me hiciera mucho daño.

Por un momento, te sorprende el hecho de que no considere que perder

miembros y la mandíbula inferior sea mucho daño. Pero también te alegras un poco. El come piedras gris hizo daño a Hoa, y tú le hiciste daño a él. Quizá sea una venganza efímera, pero te hace sentir que eres capaz de cuidar de ti misma.

Hoa aún parece estar a la defensiva.

—También fue imprudente por mi parte enfrentarme a él vestido de carne humana.

En la estancia hace un calor horrible. Te enjugas el sudor de la cara y te diriges hacia la sala de estar, luego corres la cortina de la puerta principal, la atas a un lado para dejar que circule aire fresco y te sientas a la mesa. Cuando te das la vuelta, Hoa se encuentra en la puerta de tu habitación, encuadrado bajo el arco. Como la estatua de un joven que te observa, cauteloso.

—¿Por eso has recuperado tu aspecto? ¿Para enfrentarte a él?

Cuando estabas en la habitación no has visto el fardo de tela en el que guardaba sus rocas. Quizá se haya prendido fuego y sea unas de las telas chamuscadas que hay por la estancia, ahora que ya ha cumplido con su propósito.

—He recuperado mi aspecto porque ya era hora. —Vuelve a poner ese tono de resignación. También lo hizo cuando descubriste su naturaleza. Como si supiera que es algo que va a hacer que lo veas de una manera diferente, no pudiera recuperarlo y no le quedara más remedio que aceptarlo... aunque no tenga por qué gustarle—. Solo habría podido mantener esa forma por un tiempo limitado. Tomé la decisión de reducir ese tiempo para aumentar tus posibilidades de sobrevivir.

—¿Cómo?

Detrás de él, en tu habitación, descubres de improviso que lo que queda de su concha o huevo se está fundiendo. O algo así. Se disuelve, pierde el color y se vuelve a mezclar con el material de color claro del cristal, deja atrás los

restos de tus pertenencias, vuelve a formar parte de la sustancia que lo conformaba y se solidifica. Miras por un instante, y luego apartas la vista de Hoa para mirar lo que ocurre detrás, fascinada.

Hasta que él dice:

—Te quieren matar, Essun.

—Matar... —Parpadeas—. ¿Quién?

—Unos de los míos. Otros solo quieren utilizarte. No dejaré que lo hagan.

Frunces el ceño.

—¿No dejarás qué? ¿Qué me maten o que me utilicen?

—Ninguna de las dos cosas. —La retumbante voz suena más aguda de improviso. Lo recuerdas agachado, con los dientes al descubierto como una bestia salvaje. Con la presteza de una epifanía, te das cuenta de que llevas tiempo sin ver comepiedras por los alrededores. A Melena de Rubí, Mantequilla Marmórea, Vestido Repugnante, Dientes Brillantes, en resumen, los de siempre, no los ves desde hace meses. Ykka incluso llegó a nombrar la súbita desaparición de la «suya».

—Te la comiste —espetas.

Hace una pausa.

—Me he comido a muchos —reconoce Hoa. Sin tono alguno en la voz.

Recuerdas cómo reía y te decía que eras rara. Recuerdas cómo se acurrucaba contra ti para dormir. Por los fuegos de la Tierra, te cuesta aceptarlo.

—¿Por qué yo, Hoa?

Extiendes los brazos. Son las manos de una mujer normal de mediana edad. Un poco secas. Ayudaste a los curtidores de cuero hace unos días y la disolución que usan te ha dejado la piel deshidratada y levantada. Te has frotado algunos de los frutos secos que había en tus suministros semanales de la comu, a pesar de que la grasa es muy preciada y deberías comértelos en

lugar de usarlos para acicalarte. En la palma derecha tienes una cicatriz pequeña, blanca y con forma de uña. Los días que hace frío te duelen los huesos. Las manos de una mujer normal.

—No tengo nada de especial —dices—. Tiene que haber otros orogenes con aptitudes para acceder a los obeliscos. Por los fuegos de la Tierra, Nassun... —No—. ¿Por qué estás aquí? —Lo que en realidad quieres preguntarle es que por qué se ha unido a ti.

Guarda silencio durante un instante. Luego dice:

—Me preguntaste si estaba bien.

En aquel momento, la respuesta no tiene sentido, pero luego recuerdas. Allia. Un día bonito y soleado sobre el que se cernió el desastre. Mientras flotabas, agonizante, en medio del núcleo resquebrajado y disonante del obelisco granate, lo viste por primera vez. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquella cosa? Lo suficiente para quedar enterrado en sedimentos y corales que se habían formado a lo largo de varias Estaciones. Lo suficiente para ser olvidado, como el resto de vetustas civilizaciones del mundo. Luego apareciste tú y le preguntaste cómo estaba. Aciaga Tierra, pensabas que eran imaginaciones tuyas.

Respiras hondo, te levantas y caminas hacia la entrada del apartamento. Por lo que ves, la comu está tranquila. Hay personas que hacen las tareas de siempre, menos de las que suele haber. Los que siguen la rutina no son reflejo que todo marche bien, en Tirimo todo el mundo realizaba sus tareas justo antes de intentar matarte.

Tonkee no ha pasado la noche en casa, pero en esta ocasión no estás segura de si se encuentra con Hjarka o en la habitación verde. Hay un catalizador actuando en Castrima, uno que acelera reacciones químicas invisibles, que facilita resultados inesperados.

«Uníos a nosotros y viviréis —había dicho el gris—. Pero sin vuestros

orogratas.»

¿Se pararán a pensar los habitantes de Castrima que ninguna comu de las Ecuatoriales quiere, en realidad, unirse a unos mestizos medlatinos y que si lo hace es para usarlos como esclavos o para convertirlos en su reserva de carne? Tu instinto maternal no para de advertirte que estés alerta.

«Cuida a los tuyos —te susurra en un rincón de tu mente—. Tenlos cerca y protégelos bien. Sabes lo que ocurre cuando les das la espalda aunque sea un momento.»

Te pones al hombro el portabastos, que aún tenías en la mano. Ni te planteas soltarlo. Luego te vuelves hacia Hoa.

—Ven conmigo.

Ves que Hoa vuelve a sonreír de improviso.

—Ya no camino, Essun.

Vaya. Cierto.

—Pues voy a casa de Ykka. Nos vemos allí.

No asiente, sino que se limita a desaparecer. No desperdicia ni un movimiento. Bueno, ya te acostumbrarás.

La gente no se fija en ti mientras cruzas los puentes y las pasarelas de la comu. Pero notas sus miradas en el centro de tu espalda al pasar. No puedes evitar volver a pensar en Tirimo.

Ykka no está en su apartamento. Miras alrededor, sigues con la mirada los patrones de movimiento de la comu y luego te diriges hacia Cima Llana. No puede estar allí aún. Tú has ido a casa, visto cómo un niño se transformaba en un come piedras y dormido varias horas. No puede estar.

Y ahí está. Ves que ahora solo quedan unas pocas personas en Cima Llana... Unas veinte personas que están sentadas o deambulando por la zona con caras de pocos amigos, irritadas y molestas. Solo ves a veinte, pero estás segura de que hay otros cientos que se reúnen en los apartamentos, los baños

y los almacenes para tener las mismas conversaciones en voz baja y en pequeños grupos. Ykka está aquí, sentada en uno de los divanes de su apartamento que le ha traído alguien, y no ha dejado de hablar. Cuando te acercas, oyes que está ronca. Basta un vistazo para entender que está agotada. Pero no ha dejado de hablar. Comenta algo de los suministros de una de las comus aliadas del sur y se dirige a un hombre que deambula en círculos con los brazos cruzados y se mofa de todo lo que dice. Es miedo; no la escucha. Aun así, Ykka intenta razonar con él. Es ridículo.

«Cuida a los tuyos.»

Atraviesas un grupo de gente, ves cómo algunos se alejan de ti al pasar, y te detienes junto a Ykka.

—Tengo que hablar contigo en privado.

Ykka interrumpe la conversación, te mira y parpadea. Tiene los ojos rojos y resecos. Lleva tiempo sin beber agua.

—¿De qué?

—Es importante. —Por cortesía, te diriges a las personas que están sentadas a su alrededor—: Lo siento.

La mujer suspira y se frota los ojos, que se le ponen aún más rojos.

—Muy bien. —Se levanta y hace una pausa mientras se coloca frente a la gente—. Votaremos mañana por la mañana. Si no os he convencido, pues bueno. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Observan en silencio mientras os marcháis.

En el apartamento, cierras la cortina delantera y abres las que llevan a las habitaciones interiores. Allí hay poca cosa que denote su condición: tiene dos palés y muchas almohadas, pero las ropas las tiene en una cesta, y los libros y pergaminos en un lado de la habitación apilados en el suelo. No tiene ni estanterías ni armarios. Su parte de los suministros de la comu también está apilada sin ton ni son contra una pared, junto a una calabaza que los

castrimenses suelen usar para almacenar agua potable. Te cuelgas al hombro la calabaza y de la montaña de comida coges una naranja deshidratada, un pedazo de requesón reseco que Ykka había dejado en remojo con unos champiñones en un cazo poco profundo y una pequeña loncha de pescado salado. No se puede considerar un almuerzo, pero es nutritivo.

—En la cama —dices mientras la señalas con la barbilla y le alcanzas la comida. Primero le pasas la calabaza.

Ykka, que lo ha observado todo y cada vez está más molesta, espeta:

—No eres mi tipo. ¿Por eso me has arrastrado hasta aquí?

—No exactamente, pero ya que estás aquí podrías descansar. —Se muestra reacia—. No puedes convencer a nadie de nada... —Y mucho menos a personas con un odio contra el que no se puede razonar— si estás demasiado cansada para pensar con claridad.

Gruñe, pero está tan cansada que se acerca a la cama y se sienta en el borde. Señalas la calabaza con un gesto, y bebe sin rechistar. Tres tragos y listo, como aconsejan los acervistas para evitar la deshidratación.

—Huelo mal. Necesito un baño.

—Deberías habértelo planteado antes de intentar convencer a una turba de borrachos linchadores.

Coges la calabaza y le pasas el plato de comida. Suspira y empieza a masticar con mirada sombría.

—No van a... —No continúa con la mentira, pero sí que se estremece y mira hacia algo que tienes detrás. Lo sabes antes de darte la vuelta: Hoa—. Mira, no. No en mi herrumbrosa habitación.

—Le dije que nos reuniéramos aquí —aclaras—. Es Hoa.

—Le dijiste... Es... —Ykka traga mucha saliva, se queda mirando un instante más y, al fin, sigue comiéndose la naranja. Mastica despacio y no deja de mirar a Hoa en ningún momento—. Entonces ¿se ha cansado de jugar

a ser humano? No sé por qué te molestabas, eras demasiado raro como para hacerte pasar por uno.

Te acercas a la pared junto a la puerta del dormitorio y te sientas en el suelo apoyada en ella. Tienes que quitarte el portabastos para hacerlo, pero te aseguras de tenerlo a mano. Luego dices a Ykka:

—Has hablado con los otros miembros del concilio y la mitad de la comu, táticos y orogratas, oriundos y recién llegados. La perspectiva que te falta es la de ellos.

Señalas a Hoa con la cabeza.

Ykka parpadea y luego mira a Hoa con renovado interés.

—Te pedí una vez que te sentaras en el concilio.

—No puedo hablar por toda mi especie, igual que tú no puedes hacerlo por la tuya —explica Hoa—. Y tenía cosas más importantes que hacer.

Ves que Ykka parpadea ante su voz y lo mira sin quitarle ojo de encima. Haces un gesto cansado con la mano a Hoa. Has dormido, no como Ykka. Aun así no puedes decir que descansaras bien en aquel apartamento abrasador mientras esperabas a que se rompiera el cascarón de la geoda.

—Si cuentas lo que sabes, nos ayudarás. —Luego el instinto te lleva a añadir—: Por favor.

Porque, por alguna razón, piensas que es reticente a hacerlo. El gesto de Hoa no ha cambiado. Su postura es la misma que la última vez, la del hombre joven en reposo con una mano levantada. Ha cambiado de lugar, pero no de posición. Quieto como una estatua.

La prueba de su reticencia llega cuando habla:

—Muy bien. —Lo notas en el tono de voz. Pero no te importa, la reticencia no te molesta.

—¿Qué quiere el come piedras gris?

Porque por el óxido que estás segura de que no quiere que Castrima se una

a una comu de las Ecuatoriales. Las políticas nacionalistas de los humanos no significan gran cosa para ellos, a menos que les sean útiles para lograr otro objetivo. Los habitantes de Rennanis no son más que sus peones.

—En estos momentos hay muchos de los nuestros —afirma Hoa—. Los suficientes como para que se nos considere un pueblo sin lugar a dudas.

Ante aquel sinsentido intercambias una mirada con Ykka, que te la devuelve como si dijera: «Es tu problema, no el mío.» Quizás eso sea relevante de alguna manera.

—Ah, ¿sí? —espetas.

—Algunos de los míos creen que para conseguir la paz solo puede haber un pueblo en este mundo.

Vaya, aciaga Tierra. Es lo que había dicho Alabastro. ¿Cuáles habían sido sus palabras? Facciones de una antigua guerra. Los que quieren dejar a las personas neutralizadas... neutralizadas.

«Como los comepiedras», había dicho Bastro.

—Queréis eliminarnos a todos —dices. Suspiras—. O... ¿convertirnos en piedra? ¿Lo mismo que le está ocurriendo a Alabastro?

—No todos los nuestros —susurra Hoa—. Y no todos los vuestros.

Un mundo habitado solo por gente de piedra. El mero hecho de pensar en ello hace que te estremezcas. Ves ceniza que cae, árboles marchitos y estatuas repulsivas por todas partes. Y algunas de estas últimas se mueven. ¿Por qué? Son imparables, pero hasta el momento solo se habían enfrentado entre ellos. (Que tú sepas.) ¿Pueden convertirnos en piedra a todos como han hecho con Alabastro? Y, si quieren deshacerse de la humanidad, ¿no podrían haberlo hecho antes?

Niegas con la cabeza.

—Nos hemos apañado para que en el mundo habiten dos especies, a pesar

de las Estaciones. Tres, si cuentas a los orogenes, que es lo que hacen los táticos.

—Pero eso no les gusta a todos los nuestros. —Ahora habla en voz aún más baja—. Que nazca uno de los nuestros es algo muy raro. Nos erosionamos sin cesar, mientras que los vuestros se alzan, se reproducen y se marchitan como setas. Es complicado no envidiaros. No codiciaros.

Ykka niega con la cabeza, confundida. Aunque su voz expresa esa actitud serena de siempre, ves que frunce un poco el ceño a causa de la sorpresa. Frunce también los labios, como si no pudiera evitar mostrar un poco de asco.

—Muy bien —dice—. Entonces, los come piedras erais como nosotros y ahora queréis matarnos. ¿Por qué deberíamos confiar en vosotros?

—Los «come piedras» no. No todos queremos lo mismo. Hay algunos que quieren que las cosas sigan como están. Algunos incluso quieren convertir el mundo en un lugar mejor... aunque no todos se ponen de acuerdo en el significado de esa frase. —Su postura cambia al instante: con las manos extendidas, las palmas hacia arriba y los hombros levantados. Un gesto de «qué le vamos a hacer»—. Somos personas.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —preguntas. Porque te has dado cuenta de que no ha respondido a la pregunta de Ykka.

Los iris plateados de su cara se mueven hacia ti, inertes. Te parece ver melancolía en sus estáticas facciones.

—Lo mismo que siempre he querido, Essun. Ayudarte. Nada más.

«No todo el mundo se pone de acuerdo con el significado de la palabra ayuda», piensas.

—Vaya, qué conmovedor —ironiza Ykka. Se frota los ojos cansados—. Pero no has explicado qué pasa aquí. ¿Qué tiene que ver la destrucción de Castrima con... que solo haya una especie en el mundo? ¿Qué planea ese hombre gris?

—No lo sé. —Hoa no ha dejado de mirarte. No te parece tan molesto como debería—. Intenté preguntárselo, pero no salió muy bien.

—Pues intenta adivinarlo —replicas. Porque sabes de buena tinta que hay una razón para que Hoa fuera a preguntar a Hombre Gris.

Hoa baja la mirada. Tu desconfianza le ha afectado.

—Quiere asegurarse de que no se vuelva a abrir el Portal de los Obeliscos.

—¿El qué? —pregunta Ykka.

Tú apoyas la cabeza contra la pared, anonada y aterrorizada mientras reflexionas. Claro. Alabastro. ¿Qué puede haber más sencillo para hacer desaparecer a un pueblo que sobrevive gracias a la comida y la luz del sol que dejar que esta Estación continúe hasta que se extingan? Eso dejaría a los comepiedras como únicos herederos de una Tierra marchita. Y para asegurarse de que ocurre algo así, lo ideal es acabar con la única persona con el poder necesario para solucionarlo.

La única persona además de ti, te das cuenta de improvisado al tiempo que notas un escalofrío. Eres capaz de manipular un obelisco, pero no tienes ni idea de cómo activar doscientas de esas cosas herrumbrosas al mismo tiempo. Además, ¿sería Alabastro capaz de volver a hacerlo en su estado? Cada vez que usa la orogenia muere poco a poco. Por el óxido descascarillado, eres la única que queda con el potencial necesario para abrir el Portal. Pero si el ejército personal de Hombre Gris os mata a ambos, conseguirá su objetivo de igual manera.

—Quiere decir que Hombre Gris quiere acabar con los orogenes en particular —le respondes a Ykka. No le mientes, pero estás resumiendo mucho. Eso es lo que te dices a ti misma. Es lo que tienes que decirle a Ykka para que no descubra que los orogenes tienen el potencial para salvar el mundo y que no intente acceder a los obeliscos por su cuenta. Es lo mismo que Alabastro ha tenido que hacer siempre contigo: contarte la verdad porque

mereces saberla, pero nunca la suficiente porque no desea que se convierta en un arma de doble filo. Luego se te ocurre que puedes decirle otra cosa para que pique—. Hoa quedó atrapado mucho tiempo en un obelisco. Ha dicho que es lo único que puede detener a los suyos.

Dijo que no era la única forma. Pero quizás Hoa también te esté contando la verdad a medias.

—Vale, pues ya está —dice Ykka, sorprendida—. Tú puedes hacer cosas con los obeliscos. Tírale uno.

Sueltas un quejido.

—No funciona así.

—¿Cómo funciona entonces?

—¡No tengo ni idea! Es lo que he intentado aprender de Alabastro durante todo este tiempo.

No le dices que no lo has conseguido, aunque Ykka se da cuenta.

—Genial. —Ykka languidece al instante—. Tienes razón, necesito dormir. He hecho que Esni movilice a los Lomocurtido para proteger las armas de la comu. Al parecer también van a prepararlas para poder usarlas en caso de que tengamos que enfrentarnos a esos de las Ecuatoriales. La verdad es que... — Se encoge de hombros y suspira. La entiendes. La gente está asustada. Mejor no tentar a la suerte.

—No puedes confiar en los Lomocurtido —susurras.

Ykka levanta la mirada.

—Tú no eres de Castrima.

Quieres sonreír, pero no lo haces porque sabes lo horrorosa que sería una sonrisa en esos momentos. Eres de muchos lugares. En todos ellos has aprendido que los orogratas y los tálicos no pueden vivir juntos. Ykka cambia el gesto al ver la cara que has puesto. Vuelve a hablar:

—Mira, ¿en cuántas otras comus podría haber vivido después de que se

enteraran de lo que soy en realidad?

Niegas con la cabeza.

—Les has sido útil. Es algo de lo que también se han aprovechado los orogenes imperiales.

»Pero ser útil para los demás no es lo mismo que ser igual que ellos.

—Muy bien, pues soy útil. Todos los somos. Mataremos o exiliaremos a los orogratas y perderemos Bajo-Castrima. Luego nos quedaremos a merced de un puñado de personas que nos tratarán absolutamente a todos como orogratas solo porque nuestros ancestros no fueron capaces de elegir una raza y ceñirse a ella...

—No dejas de decir «nosotros» —observas. Con amabilidad. No quieres acabar con sus ilusiones.

Se queda en silencio y ves cómo un músculo de su mandíbula se flexiona una o dos veces.

—Los tácticos aprenden a odiarnos. Podrían aprender algo diferente.

—¿Ahora que tenemos un enemigo a las puertas, literalmente? —Estás cansada. Muy cansada de toda esta mierda—. Ahora es cuando vamos a ver lo peor de lo que son capaces.

Ykka se te queda mirando durante un rato. Luego se desploma del todo, con la espalda arqueada, la cabeza colgando y el pelo soplocinéreo cayéndole a ambos lados del cuello de una manera ridícula, similar a una melena con forma de mariposa. La cara le queda oculta. Da bocanadas de aire largas y de cansancio que suenan como sollozos. O como una risa.

—No, Essun. —Se frota la cara—. Es que... No. Castrima es mi hogar, igual que el de ellos. Me he esforzado por él. He luchado por él. Castrima no estaría aquí de no ser por mí... y también por el resto de orogratas que a lo largo de los años han arriesgado sus vidas para que todo siguiera adelante. No me voy a rendir.

—Preocuparte por ti no es rendirse...

—Sí que lo es. —Levanta la cabeza. No era ni un sollozo ni una risa. Está furiosa, pero no contigo—. Dices que abandone a esas personas: a mis padres, los profesores de mi creche, mis amigos, mis amantes... Dices que los abandone a su suerte. Dices que no son nada. Que no son personas, sino bestias que solo piensan en asesinar. Dices que los orogratas no son más que... ¡que una presa y que nunca seremos otra cosa! ¡No! ¡No puedo aceptar algo así!

Parece muy decidida. Te afecta muchísimo porque hubo una época en la que te sentiste de la misma manera. Sería maravilloso poder volver a sentirse así. Tener algo de esperanza por un futuro de verdad, una comunidad de verdad, una vida de verdad... pero ya has perdido a tus hijos a causa de tu confianza en la buena fe de los tálicos.

Coges el portabastos y te levantas para marcharte mientras te atusas las rastas. Hoa desaparece al ver por tus gestos que la conversación ha terminado. Pues nos vemos. Pero cuando llegas a la cortina, Ykka te detiene con sus palabras:

—Cuéntalo por ahí —dice. Ya no hay emoción alguna en su voz—. Da igual lo que ocurra, no podemos dar el primer paso para nada. —Bajo ese énfasis tan sutil sientes que en esta ocasión el «nosotros» al que se refiere son los orogenes—. No deberíamos dar el último siquiera. Enfrentarnos podría dar lugar a una turba. Habla con los demás en pequeños grupos. Cara a cara si es posible, para que nadie piense que nos estamos juntando para conspirar. Asegúrate de que los niños también lo saben. Asegúrate de que ninguno de ellos se queda solo.

La mayoría de los niños orogenes saben muy bien cómo defenderse. Las técnicas que les enseñaste funcionan bien tanto para disuadir o detener a los atacantes como para congelar nidos de burbubajos. Pero Ykka tiene razón:

sois muy pocos como para poder enfrentarlos a ellos, al menos no sin destruir Castrima, lo que sería una victoria muy triste. Algunos orogenes van a morir. Vas a dejarlos morir aunque fueras capaz de salvarlos. Y no crees que Ykka sea tan insensible como para pensar así.

La sorpresa debe haberse reflejado en tus facciones. Ykka sonrío.

—Albergo esperanzas —dice—, pero no soy estúpida. Si tienes razón y todo se tuerce, no podremos evitar un enfrentamiento. Haremos que se arrepientan de haberse vuelto contra nosotros. Pero hasta que no lleguemos a ese punto de no retorno... Albergo esperanzas de que no tengas razón.

Sabes que tienes razón. La creencia de que los orogenes nunca llegarán a ser más que la carne de cañón del mundo está impregnada en las células de tu cuerpo, como la magia. No es justo. Solo quieres que tu vida importe.

Pero dices:

—Yo también espero no tener razón.

* * *

Los muertos no tienen anhelos.

Tablilla tercera, «Estructuras»,
versículo sexto

Nassun, enfrentada

Ha pasado tanto tiempo desde que Nassun no está orgullosa de sí misma que, cuando consigue ser capaz de curar a Schaffa, corre por toda la ciudad y sube a Luna Hallada para decírselo.

La palabra que usa es «curar». Ha pasado los últimos días en el bosque practicando la nueva habilidad. No suele ser fácil detectar lo que anda mal en un cuerpo: a veces tiene que seguir los hilos de plata del interior de las cosas con cuidado para descubrir dónde se encuentran los nudos y las torceduras. Las lluvias de ceniza son cada vez más frecuentes, por lo que casi todo el bosque está moteado de gris y algunas plantas han empezado a marchitarse o a hibernar. Es algo normal y, en esos casos, los hilos de plata lo corroboran al tener un flujo constante en su interior. Pero cuando Nassun las observa despacio y con mucho cuidado, encuentra otras cosas para las que esos cambios no son normales ni saludables. Una larva bajo una roca que tiene un bulto extraño por un lado. Una serpiente tiene una vértebra rota. (Ahora que ha empezado una Estación son más agresivas y venenosas, y hay que examinarlas desde lejos.) Una planta de melón cuyas hojas crecen de forma convexa y recogen más ceniza de la que deberían, en lugar de ser cóncavas y evitarla. Las pocas hormigas de un nido que han sido infectadas por un hongo parásito.

Nassun extrae todo lo que está mal en esas cosas y en muchas otras. Es un truco complicado de dominar, como practicar la cirugía usando solo un hilo y sin tocar nunca al paciente. Aprende a hacer que el extremo de uno de los

hilos se vuelva muy afilado y a hacer un nudo y enlazarlo con otro, también a cortar un tercer hilo y usar la punta ardiente para cauterizar. Consigue eliminar el bulto que tiene la larva, pero la criatura muere. Une los bordes de los huesos rotos de la serpiente, aunque con ello solo consigue acelerar el curso natural de los acontecimientos. Encuentra las partes de la planta que hacen que se curve hacia arriba y las convence para curvarse hacia abajo. Las hormigas son lo mejor. No puede quitarles la mayor parte de los hongos, pero sí que puede abrasar las conexiones del cerebro de las criaturas que hacen que se comporten de manera extraña y que ayudan a extender la infección. Está contentísima de poder trabajar con cerebros.

La culminación de las prácticas de Nassun llega cuando una banda de comubundos vuelve a atacar. Una mañana, cuando el rocío aún empapa la ceniza y la basura del suelo. La banda con la que acabó Schaffa ha desaparecido, estos son unos nuevos malhechores que no saben a qué peligro se enfrentan. A Nassun ya no le distrae su padre y tampoco está indefensa. Así pues, congela a uno de ellos, y casi todos los demás huyen. Pero en el último instante detecta que una tiene un cúmulo de hilos, y luego se sirve de la orogenia a la antigua usanza para hacer que se abra el suelo debajo de la saqueadora y dejarla atrapada en un pozo.

La mujer le tira un cuchillo a Nassun cuando la chica mira por el borde, y la suerte es lo único que la salva del ataque. Con cuidado y sin quedarse a la vista, la chica sigue los hilos y encuentra una astilla de nueve centímetros clavada en la mano de la saqueadora; es tan profunda que ha tocado hueso. Le está envenenando la sangre y no tardará en matarla. La infección está ya tan avanzada que la mano se le ha hinchado hasta el doble de su tamaño. Un doctor de comu o incluso un herrador decente podrían extraerla, pero para los comubundos es un lujo andarse con sutilezas. Su vida se fundamenta en la suerte, en la poca que puedan tener durante una Estación.

Nassun decide convertirse en la suerte de aquella mujer. Se acomoda cerca para poder concentrarse y luego, con cuidado y mientras la mujer jadea, insulta y grita «¿qué está pasando?», saca la astilla. Cuando vuelve a mirar al pozo, la mujer se encuentra de rodillas y gruñe mientras se sostiene la mano sanguinolenta. Nassun ha descubierto un poco tarde que tiene que aprender a anestesiarse, por lo que se vuelve a apoyar en el árbol y usa los hilos para intentar dar con un nervio. Le lleva algo de tiempo aprender a entumecerlo sin causar más dolor.

Pero aprende y, cuando termina, siente gratitud hacia la saqueadora, que no deja de gemir, conmocionada, en el fondo del pozo. Nassun ha aprendido que no debe dejar ir a la mujer: si vive, morirá de forma lenta y cruel, o regresará y la próxima vez pondrá en peligro a algún ser querido de Nassun. Por lo que la chica recurre a los hilos por una última vez y en esta ocasión hace un corte transversal con mucho cuidado en la parte superior de la columna de la mujer. Es indoloro y un destino mucho más amable que el que la mujer pensaba darle a Nassun.

Al terminar, corre colina arriba hacia Luna Hallada, eufórica por primera vez desde que mató a Eitz, con tantísimas ganas de ver a Schaffa que casi ni se percata de que el resto de niños del complejo dejan todo lo que están haciendo para recibirla con miradas distantes. Schaffa les ha explicado que lo que la niña le hizo a Eitz fue un accidente y le ha asegurado a la niña que terminará por convencerlos a todos. Nassun espera que tenga razón, porque echa de menos tener amigos. Aunque ahora nada de eso es importante.

—¡Schaffa! —Lo primero que hace es meter la cabeza en la cabaña del Guardián. En el lugar solo se encuentra Nida, en la esquina en la que suele estar y mirando hacia el horizonte con la mirada perdida. Pero cuando Nassun entra en el lugar parece recuperar la conciencia, y sonrío a la niña con ese gesto anodino.

—Hola, pequeña de Schaffa —dice la mujer—. Qué animada pareces hoy.

—Hola, Guardianiana. —Siempre es educada con Nida y Umber. Que quieran matarla no es razón para dejar a un lado la educación—. ¿Sabe dónde está Schaffa?

—Está en el crisol con Wudeh.

—Muy bien. ¡Gracias! —Nassun se marcha a la carrera, decidida. Sabe que Wudeh, que es el más habilidoso desde que Eitz no está, es el único niño que queda en Luna Hallada aparte de ella que tiene alguna posibilidad de conectarse a un obelisco. Nassun cree que es inútil, porque nadie puede entrenarlo de la manera que necesita que lo entrenen, al ser tan frágil y tan pequeño. Wudeh nunca habría sobrevivido a los crisoles de mamá.

Pero la niña es educada con él, a pesar de todo. Se acerca a la carrera hasta el borde del círculo de entrenamiento más alejado del centro, intentando no dar botes y manteniendo la orogenia lo más tranquila posible para no distraerlo mientras levanta una gran columna de basalto del suelo y luego intenta empujarla de nuevo hacia el interior. Jadea mucho a pesar de que la columna no se ha movido muy rápido. Schaffa lo mira, atento, con una sonrisa menos pronunciada de lo habitual. El Guardián también se ha dado cuenta.

Al cabo, Wudeh consigue volver a introducir la columna en el suelo. Schaffa lo agarra por el hombro y lo ayuda a acercarse a un banco. Es necesario porque, después de lo que acaba de hacer, el niño casi no puede ni caminar. Schaffa mira con fijeza a Nassun, y la niña asiente, se gira y se marcha corriendo hacia el comedor para traer un vaso de agua afrutada de la jarra que hay en el lugar. Cuando se lo da a Wudeh, el niño la mira y parpadea una vez. Luego parece avergonzado de haber dudado y coge el vaso mientras asiente, sonrojado, para darle las gracias. Schaffa siempre tiene razón.

—¿Necesitas ayuda para llegar a las habitaciones? —le pregunta Schaffa.

—Puedo volver solo, señor —responde Wudeh. Clava la mirada en Nassun, y la niña sabe que el chico agradecería esa ayuda, pero no está dispuesto a interponerse entre Schaffa y su alumna favorita.

Nassun mira al Guardián. Está emocionada, pero puede esperar. El hombre arquea una ceja, inclina la cabeza y extiende una mano para ayudar a Wudeh a levantarse.

Cuando Wudeh está a salvo y en su cama, Schaffa regresa al lugar y ve que ahora Nassun es la que está sentada en el banco. Gracias al retraso está más tranquila. Lo agradece, pues sabe que necesitará parecer calmada, serena y profesional para convencer al hombre de que una niña que no llega a adulta y no ha entrenado mucho quiere experimentar con él con magia.

Schaffa se sienta a su lado, intrigado.

—Pues ya está. Listo.

Nassun respira hondo antes de decir:

—Sé cómo sacarte esa cosa que tienes dentro.

Ambos saben muy bien a qué se refiere. La niña se ha sentado junto a Schaffa para ofrecerle su ayuda en voz baja, y él se ha acurrucado en el mismo banco agarrándose la cabeza con ambas manos mientras susurraba respuestas a una voz que la niña no puede oír y temblando mientras esa cosa lo mortificaba con latigazos de dolor argénteo. El Guardián siente un latido quedo y doloroso en su interior que lo obliga a obedecer. A matarla. La niña se muestra vulnerable porque sabe que su presencia calma el dolor del hombre y porque no cree de verdad que pueda matarla. Sabe que es absurdo. Que el amor no sirve de vacuna contra el asesinato. Pero necesita creer que, en este caso, sí lo es.

Schaffa la mira y frunce el ceño. Una de las razones por la que lo quiere es que no da señales de incredulidad.

—Sí. He sentido que últimamente has mejorado... poco a poco. Es algo que también les ocurría a los orogenes en el Fulcro cuando se les permitía llegar hasta este punto. Se convertían en sus propios instructores. El poder los guiaba por su propio camino, por los senderos de sus aptitudes innatas. —Arruga un poco la frente—. Aunque lo habitual era que nosotros los apartáramos de ese sendero.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso. Para todos, no solo para el orogén en cuestión. —Apoya en ella un hombro cálido y afable—. Has sobrevivido hasta el momento que acaba con la vida de la mayoría: cuando se conectan con un obelisco. Yo... recuerdo cómo murieron los demás al intentarlo. —Por un momento se muestra atribulado, perdido y confuso mientras sondea con cautela las esquivas aristas de sus destrozados recuerdos—. Recuerdo algo. Estoy contento...

Vuelve a torcer el gesto. En esa ocasión no es la plata la que le hace daño. Nassun supone que o bien está recordando algo que no le gusta, o bien es capaz de recordar algo que considera que debería.

La niña no será capaz de curarlo del dolor causado por aquella pérdida, por muy habilidosa que llegue a ser. La situación se tranquiliza. Sí que es capaz de hacer desaparecer el resto del dolor, y eso es lo que importa. Toca la mano del hombre y los dedos cubren las pequeñas cicatrices de las heridas que ha visto que el Guardián se inflige a sí mismo cuando el dolor es demasiado fuerte para aislarlo con una sonrisa. Tiene más que hace unos días, y algunas de ellas aún están abiertas.

—Yo no morí —le recuerda Nassun.

El Guardián parpadea, un gesto que se muestra suficiente para devolverle la conciencia.

—No, no lo hiciste. Pero Nassun. —Cambia las manos de sitio para ser el

que sujeta las de la niña. Tiene una mano enorme, y la niña no ve ni un centímetro de las suyas cuando las coge. Siempre le ha gustado que el hombre las rodee así por completo—. Mi pequeña caritativa. No quiero perder mi litonúcleo.

Litonúcleo. Ya sabe el nombre de su enemigo. La palabra no tiene sentido, porque está hecha de metal, no de piedra, y no es el núcleo de su cuerpo, sino que está en su cabeza. Pero no importa. El odio obliga a Nassun a apretar los dientes.

—Te hace daño.

—Es lo que tiene que hacer. Lo he traicionado. —El hombre aprieta los dientes durante un instante—. Pero he aceptado las consecuencias, Nassun. Puedo acostumbrarme a ello.

No tiene sentido.

—Pero te hace daño. Yo podría detener ese dolor. Podría incluso hacer que dejara de dolerte sin quitarlo, aunque solo durante un tiempo. Tendría que estar a tu lado. —Es algo que aprendió durante su conversación con Acero y al observar lo que hizo el come piedras. Los come piedras están llenos de magia, muchísimo más que la gente, pero Nassun puede aproximarse a esa cantidad—. Pero si te lo quito...

—Si me lo quitas, dejaré de ser un Guardián —afirma Schaffa—. ¿Sabes lo que significa eso, Nassun?

Significa que Schaffa podría convertirse en su padre. Ya lo es en lo más importante. Nassun no le da muchas vueltas al asunto, porque aún no está preparada para afrontar algunas cosas. (Aunque eso cambiará muy pronto.) Pero lo piensa.

—Significa que perderé mucha fuerza y vitalidad —responde ante el anhelo silencioso de la niña—. No seré capaz de protegerte, pequeña.

Mira de soslayo hacia la cabaña de los Guardianes, y la niña lo entiende

todo en ese momento. Umber y Nida la matarían.

«Intentarían matarla», piensa.

El hombre ladea la cabeza, como si hubiera percibido la resolución provocadora de la niña.

—No podrías derrotarlos a ambos, Nassun. Ni siquiera tú eres tan poderosa. Cuentan con trucos que aún no has visto. Habilidades que... — Vuelve a parecer compungido—. No quiero recordar lo que serían capaces de hacerte.

Nassun intenta que el labio inferior no se le venga hacia delante. Su madre siempre decía que eso era hacer pucheros, y que llorar y hacer pucheros eran cosas propias de los bebés.

—No deberías negarte por mi culpa.

Ella es capaz de valerse por sí misma.

—No lo hago. Solo lo he mencionado con la esperanza de que el deseo de supervivencia me ayude a convencerte. Pero, por mi parte, no quiero volverme débil y enfermizo y luego morir, Nassun, que es lo que ocurrirá si me quitas la piedra. Soy mayor de lo que crees... —El hombre recupera por un momento la mirada desenfocada, lo que le indica a la niña que no recuerda la edad que tiene—. Mayor de lo que yo mismo creo. Sin el litonúcleo para evitarlo, el tiempo se volverá en mi contra. En unos meses no sería más que un anciano y sufriría los tormentos de la senectud en lugar de los de la piedra. Y luego moriría.

—Eso no lo sabes. —La niña tiembla un poco. Le duele la garganta.

—Lo sé. He visto cómo ocurre, pequeña. Y es una crueldad que no tiene nada que ver con la misericordia. —Schaffa entrecierra los ojos, como si se afanara por cazar un recuerdo. Luego se centra en la chica—. Mi Nassun, ¿acaso yo te he hecho daño a ti?

Nassun rompe a llorar. No está segura de por qué, aunque... aunque quizá

sea porque lo que quería era esto. Es lo que se ha esforzado por conseguir. Quería ser capaz de hacer algo bueno con la orogenia después de haberla usado para hacer cosas muy terribles... y quería hacerlo por él. El hombre es la única persona del mundo que la entiende, que la quiere tal y como es, que la protege a pesar de ello.

Schaffa suspira y coloca a Nassun sobre su regazo, donde la niña lo rodea con los brazos y lloriquea contra el hombro del Guardián durante un rato, indiferente al hecho de que se encuentran en el exterior.

Cuando se apaga el llanto, Nassun se da cuenta de que el hombre no ha dejado de sostenerla con fuerza. La plata bulle y lo abrasa en su interior por tener a la niña tan cerca. Tiene la punta de los dedos del Guardián en la nuca. Qué sencillo le resultaría a este hacer presión, destruir las glándulas sesapinales y matarla con un pequeño esfuerzo. No lo hace. Ha resistido el impulso todo ese tiempo. Prefiere sufrir como lo hace a dejar que ella lo ayude, y eso le parece terrible.

Nassun aprieta los dientes y estruja la parte trasera de la camisa del hombre con las manos. Baila con la plata, fluye con ella. El de zafiro está cerca. Si pudiera hacer que fluyeran al unísono, sería algo rápido. Un tirón de una precisión quirúrgica.

Schaffa se pone tenso.

—Nassun. —El refulgir de la plata en su interior se aplaca y se apaga un poco. Como si el litonúcleo fuera consciente de la amenaza que supone la niña.

Es por el bien de Schaffa.

Pero.

Nassun traga saliva. ¿Se sentiría mal en caso de hacerle daño por amor? Si le hace mucho daño ahora para que sufra menos a la larga, ¿la convierte eso en una persona horrible?

—Nassun, por favor.

¿No es ese el verdadero significado del amor?

Pero ese pensamiento hace que recuerde a su madre, una fría tarde en la que las nubes cubrían el sol y una fuerte brisa la hacía temblar mientras los dedos de su madre cubrían los suyos y le presionaban la mano contra una roca plana.

«Si puedes controlarte a pesar del dolor, tendré la seguridad de que estás a salvo.»

Se zafa de Schaffa y se reclina en el asiento, asustada por lo que ha estado a punto de hacer.

Se queda quieta un rato más, arrepentida o aliviada. Luego el hombre dice, con serenidad:

—Has estado fuera todo el día. ¿Has comido?

Nassun tiene hambre, pero no quiere admitirlo. De improvisto, siente la necesidad de distanciarse de él. Con eso, el hombre la querría menos y aliviaría la necesidad de ayudarla a oponerse a su voluntad. De ese modo le afectaría menos.

Nassun se mira las manos y dice:

—Quiero... quiero ver a papi.

Schaffa se queda en silencio un rato más. No está de acuerdo. La niña no necesita verlo ni sesapinarlo para llegar a esa conclusión. A estas alturas, Nassun ya sabe lo que ocurrió el día en que mató a Eitz. Nadie oyó lo que Schaffa le dijo a Jija, pero muchos vieron como el Guardián tiraba al hombre al suelo, se agachaba sobre él y le sonreía con gesto sombrío mientras Jija lo miraba aterrorizado y con los ojos muy abiertos. Se puede imaginar por qué ocurrió algo así. Pero, por primera vez, Nassun intenta no darle importancia a los sentimientos de Schaffa.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta el Guardián.

—No. —La niña sabe cómo enfrentarse a su padre, y también sabe que Schaffa no lo soporta—. Volveré cuando acabe.

—Eso espero, Nassun.

El tono de voz es amable. Es una amenaza.

Pero Nassun también sabe cómo enfrentarse a Schaffa.

—Sí, Schaffa. —La niña levanta la cabeza para mirarlo—. No tengas miedo. Soy fuerte. Gracias a ti.

—Gracias a ti misma.

Tiene una mirada agradable y terrible. Los ojos geliris siempre causan esa impresión, aunque ve que hay amor tras su apariencia espeluznante. Nassun ya está acostumbrada a esa mezcla.

La niña se escabulle de su regazo. Está cansada, aunque no haya hecho nada. Las emociones siempre la agotan. Se dirige colina abajo hacia Jekity mientras saluda con la cabeza a la gente a quien conoce, aunque no reciba respuesta. También ve el nuevo granero que se está construyendo en la ciudad ahora que las lluvias de ceniza y la oscuridad del cielo aún son intermitentes y les permiten hacer acopio de provisiones. Es un día tranquilo como cualquier otro en esa comu tranquila y como cualquier otra. En ocasiones se le parece mucho a Tirimo. De no ser por Luna Hallada y por Schaffa, Nassun también la habría odiado como odiaba su anterior hogar. Nunca comprenderá la razón por la que su madre, que tenía todo el mundo ante sí después de ingeniárselas para escapar del Fulcro, eligió vivir en un lugar tan tranquilo y apartado.

Con su madre en mente, Nassun toca a la puerta de casa de su padre. (Tiene una habitación en la casa, pero ya no es su casa. Por eso toca a la puerta.)

Jija abre la puerta casi de inmediato, como si hubiera estado a punto de marcharse para ir a algún lado o esperando por ella. Una fragancia aromática

que huele a ajo flota por la casa desde el pequeño fogón que hay en la parte trasera. Nassun cree que puede ser pescado a la cazuela, ya que en los suministros que reparten en Jekity hay un montón de pescado y verduras. Es la primera vez en un mes que Jija la ve, y abre los ojos de par en par por un instante.

—Hola, papi —dice. Es una situación incómoda.

Jija se inclina y, antes de que Nassun sepa a qué viene el gesto, el hombre la coge, la levanta y la hunde entre sus brazos.

En Jekity se siente como en Tirimo, pero ahora la sensación es buena. Es lo mismo que sentía cuando todavía vivían con mamá, pero papi era el que la quería más y lo que había al fuego era pato a la cazuela en lugar de pescado. Si se encontraran allí ahora, seguro que mamá estaría gritando a la kirjusa que los vecinos tenían como mascota por robar repollos del jardín: la vieja señora Tukke nunca ataba a la criatura cuando tenía que hacerlo. El aire olería como lo hace ahora: a rica comida casera entremezclada con los aromas acres de la roca recién esquirrada y los químicos que papi usa para suavizar y alisar cuando esmera. Uche correría de un lado a otro, zumbando y gritando que se había caído mientras intentaba saltar hacia arriba...

Nassun se pone rígida en los brazos de Jija cuando de improviso lo recuerda: Uche. Saltar hacia arriba. Caer hacia arriba, o intentarlo al menos.

Uche, a quien papi había matado a golpes.

Jija siente cómo la niña se pone tensa. La suelta poco a poco y vuelve a dejar en el suelo con cuidado mientras su gesto se vuelve inquieto.

—Nassun —dice. Intenta mirarla cara a cara—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, papi. —La niña echa de menos que su padre la rodee con los brazos. No puede evitarlo, pero haber recordado a Uche ha hecho que se ponga alerta—. Quería verte.

La inquietud del gesto de Jija se relaja un poco. Duda y da la impresión de

que titubea al intentar decir algo. Al cabo, se hace a un lado.

—Entra. ¿Tienes hambre? Hay comida para los dos.

La niña entra y se sienta a la mesa mientras él recapacita sobre lo mucho que le ha crecido el pelo y lo bonitas que le parecen sus trenzas y su mata de pelo encrespado. ¿Se las ha hecho ella sola? ¿No está un poco más alta? La niña se ruboriza al darse cuenta de que podría ser, aunque sabe a ciencia cierta que ha crecido varios centímetros desde la última vez en que Jija la midió. Schaffa lo hizo un día porque pensó que quizá tenía que pedir ropa nueva la próxima vez que fuera a recoger los suministros destinados a Luna Hallada. Jija le dice que se ha hecho una niña muy grande con orgullo sincero en su tono de voz, lo que hace que Nassun baje las defensas. Tiene casi once años y es fuerte y preciosa. Se parece mucho a... El hombre flaquea. Nassun baja la vista hacia el plato porque Jija ha estado a punto de decir que se parece mucho a su madre.

¿No es ese el verdadero significado del amor?

—No pasa nada, papi —se obliga a decir Nassun. Que Nassun sea guapa y fuerte como su madre es algo terrible, pero el amor va unido a cosas terribles —. Yo también la echo de menos. —Y lo hace, a pesar de todo.

Jija se pone un poco rígido y un músculo de su mandíbula denota que está apretando los dientes.

—Yo no la echo de menos, mi niña.

Es una mentira tan evidente que Nassun se le queda mirando y se olvida de fingir que está de acuerdo con él. Se olvida de muchas cosas, al parecer, entre ellas el sentido común, ya que espeta:

—Sí que lo haces. También echas de menos a Uche. Estoy segura.

Jija se pone más rígido aún y también se queda mirando a Nassun con un gesto entre la sorpresa porque haya dicho algo así en voz alta y el miedo por

lo que acaba de decir. Luego, como Nassun sabe, ya que es normal para su padre, la sorpresa de lo inesperado se transforma con brusquedad en rabia.

—¿Eso es lo que te enseñan en ese... sitio? —pregunta de repente—. ¿A faltarle al respeto a tu padre?

Nassun está más cansada de improviso. Cansada de intentar bailar siempre al son de todo ese sinsentido.

—No te he faltado al respeto —responde. Intenta que su voz suene tranquila y sin entonación alguna, pero no puede evitar la frustración. Imposible—. Solo he dicho la verdad, papi. Pero no me importa que tú...

—No es la verdad. Es un insulto. No me gusta que uses ese lenguaje, jovencita.

La niña se muestra confundida.

—¿A qué lenguaje te refieres? No he dicho nada malo.

—¡Decir que alguien quiere a un orograta es algo malo!

—Yo... no he dicho eso. —Aunque sí lo ha hecho indirectamente. Mamá y Uche, está claro que los quiere y es sinónimo de que quiere a unos orogratas. «Pero yo también soy una orograta.» Se lo piensa mejor y no lo dice. Aunque no será por falta de ganas.

Jija abre la boca para replicar, pero luego parece recuperar la compostura. Aparta la mirada, coloca los codos en la mesa y une las puntas de los dedos de la forma en que lo suele hacer cuando trata de controlar su temperamento.

—Los orogratas —dice, y el sonido de la palabra parece veneno en su boca — mienten, mi niña. Amenazan, manipulan y usan a los demás. Son malvados, Nassun. Tan malos como el propio Padre Tierra. Tú no eres así.

Eso también es mentira. Nassun ha hecho lo que ha tenido que hacer para sobrevivir, y eso incluye mentir y asesinar. Incluso ha hecho algunas de esas cosas para sobrevivir a su padre. Odia haber tenido que hacerlo y la desespera

el hecho de que, al parecer, él no se haya dado cuenta. Que lo esté haciendo ahora mismo y él no sea capaz de verlo.

«¿Por qué lo sigo queriendo a estas alturas?», se sorprende pensando Nassun mientras no deja de mirar a su padre.

Pero en lugar de eso, dice:

—¿Por qué nos odias tanto, papi?

Jija se estremece, quizás al oír la manera tan natural con que la niña ha usado el plural.

—No os odio.

—Pero odias a mamá. También tienes que haber odiado a U...

—¡Mentira! —Jija se impulsa hacia atrás en la mesa y se pone en pie. Nassun no consigue evitar dar un respingo, mientras el hombre se da la vuelta y se pone a deambular por la habitación en círculos con pasos cortos y llenos de rabia—. Es que... sé de lo que sois capaces, mi niña. No lo entenderías. Necesitaba protegerte.

Como si de una epifanía tan potente como la de la magia se tratara, Nassun se da cuenta de que Jija no recuerda estar a horcajadas sobre el cuerpo de Uche con los hombros y el pecho moviéndose al ritmo de sus jadeos y los dientes apretados mientras pronunciaba: «¿Tú también eres uno?» Ahora cree que nunca la ha amenazado. Que nunca la ha tirado del asiento de un carro por una colina llena de piedras y pedazos de madera. Algo ha reescrito los recuerdos de su hija orogén en la mente de Jija, una historia que en la mente de Nassun está grabada en piedra y es inmutable. Quizá sea lo mismo que ha hecho que vuelva a considerar a Nassun como su hija y no una orograta, como si ambas cosas pudieran separarse de alguna manera.

—Descubrí que existían cuando era un niño. Más pequeño que tú. —Jija ya no la mira. Gesticula mientras habla y va de un lado a otro—. El primo de Makenba.

Nassun parpadea. Recuerda a la señora Makenba, una mujer tranquila que siempre olía a té. Lerna, el doctor del pueblo, era su hijo. ¿La señora Makenba tenía un primo? En ese momento, lo entiende.

—Un día lo encontré detrás del depósito de semillas de zapa. Estaba acucillado, temblando. Pensé que le ocurría algo. —Jija no deja de mover la cabeza de un lado a otro, mientras no deja de deambular por la estancia—. Conmigo iba otro chico. Solíamos jugar juntos siempre, los tres. Kirl se acercó a ver qué le ocurría a Litisk, y Litisk... —Jija se queda en silencio de improviso. Empieza a enseñar los dientes. Pone los hombros en la misma postura que aquel día—. Kirl gritaba y Litisk decía que no podía parar, que no sabía cómo hacerlo. El hielo subió por el brazo de Kirl y se lo rompió. La sangre caía helada al suelo. Litisk dijo que lo sentía, lloró incluso, pero no dejó de congelar a Kirl. No paró. Lo último que vi antes de escapar fue que Kirl intentaba correr hacia mí con un brazo extendido y las únicas partes de él que no estaban congeladas eran la cabeza, el pecho y ese brazo. Pero era demasiado tarde. Lo sabía. Ya era demasiado tarde antes de que saliera corriendo a pedir ayuda.

A Nassun no le consuela saber que hay una razón específica para lo que ha hecho su padre. «Uche nunca perdió el control así. Mamá no lo habría dejado», es lo único que es capaz de pensar. Es cierto. Mamá había podido sesapinar y aplacar la orogenia de Nassun desde el otro lado del pueblo algunas veces. Eso quiere decir que Uche no hizo nada para provocar a Jija. Jija mató a su hijo por algo que había hecho otra persona mucho antes de que el niño naciera. Es justo eso lo que le hace comprender al fin que no hay manera de buscarle sentido al odio de su padre.

Por esa razón, Nassun casi está preparada cuando su padre la mira de improviso y receloso por el rabillo del ojo.

—¿Por qué aún no te has curado a ti misma?

No hay manera, pero lo intenta, porque hubo un tiempo en el que aquel hombre lo era todo para ella.

—Quizá pueda hacerlo pronto. He aprendido a hacer cosas con la plata y cómo sacar cosas de la gente. No sé cómo funciona la orogenia ni de dónde viene, pero si también es algo que se puede sacar, pues...

—Ninguno de los otros monstruos que viven en ese campamento se han curado. He preguntado por aquí. —Jija empieza a deambular más rápido—. Suben a ese lugar y no mejoran. ¡Cada vez son más los que viven con esos Guardianes y ninguno de ellos se ha curado! ¿Es mentira?

—No es mentira. Si mejoro lo suficiente, podré hacerlo. —Lo ha entendido por instinto. Con el control suficiente y la ayuda del obelisco de zafiro, podría hacer casi cualquier cosa, pero...

—¿Y por qué no has mejorado lo suficiente ya? ¡Llevamos aquí casi un año!

«Porque es difícil», le gustaría decir, pero se da cuenta de que su padre no quiere oírlo. No quiere saber que la única manera de usar la orogenia y la magia para transformar algo es convertirse en un experto en usar la orogenia y la magia. Nassun no quiere responder porque no tiene sentido. No puede decirle lo que quiere oír. No es justo que haya llamado mentirosos a los orogenes y le esté pidiendo que mienta.

Se detiene y se pone a caminar alrededor de la niña. El silencio lo ha hecho sospechar de repente.

—No estás intentando mejorarte, ¿verdad? ¡Dime la verdad, Nassun!

Por el óxido, qué cansada está.

—Sí que intento mejorarme, papi —responde Nassun al fin—. Intento ser una mejor orogén.

Jija da un paso atrás, como si la niña le hubiera dado un golpe.

—¡No te he dejado vivir ahí arriba para eso!

Su padre no la ha dejado hacer nada, es Schaffa quien lo ha dejado a él. Ahora hasta se miente a sí mismo. Gracias a las mentiras que le dice y que le ha dicho, Nassun entiende de repente que toda su vida... Entiende algo que le parte el corazón. Al fin y al cabo, el hombre le ha dicho que la quería, pero está claro que no es cierto. No es capaz de querer a una orogén, justo lo que es ella. No es capaz de ser el padre de una orogén, y por eso no deja de pedirle que sea algo diferente de lo que es.

Y está cansada. Ya no aguanta más.

—Me gusta ser una orogén, papi —dice. El hombre abre los ojos como platos. Lo que ha dicho la niña es terrible. Es terrible que le guste ser como es —. Me gusta hacer que se muevan las cosas, usar la plata y caer en los obeliscos. Lo que no me gusta...

Está a punto de decir que odia lo que le hizo a Eitz y que lo que más odia es la manera en la que la tratan los demás ahora que saben de lo que es capaz, pero no tiene ocasión de hacerlo. Jija da dos pasos rápidos hacia ella y el dorso de su mano la alcanza tan rápido que Nassun no es capaz de verlo siquiera antes de que la tire de la silla.

Es lo mismo que ocurrió aquel día en la carretera imperial. El día en que, de repente, se vio en la falda de una colina, dolorida. En otra de sus breves epifanías se da cuenta de que para Uche debió de haber sido igual. Debió de haber visto cómo, en un momento dado, la normalidad de su mundo pasaba a convertirse en algo frágil e injusto.

«Al menos, Uche no tuvo tiempo para odiar», piensa, angustiada.

Y luego congela la casa al completo.

No es un acto reflejo. Lo hace a conciencia, con la precisión necesaria para que el toro cubra las dimensiones exactas de la casa. No pillará a nadie que se encuentre al otro lado de las paredes. También hace que el toro tenga dos núcleos: uno para ella y otro para su padre. La niña siente el frío en los

pelillos de su piel y el tirón de la bajada de la presión del aire en la ropa y en las trenzas de su pelo. Jija siente lo mismo y grita, con los ojos abiertos, desenfocados y llenos de rabia. Grita con el recuerdo de la muerte cruel y helada de aquel chico grabado en su gesto. Cuando Nassun se pone en pie y mira a su padre, ve que los separan placas de hielo sólido y escurridizo y que, al otro lado de la silla inservible que hay en el suelo, Jija se tambalea, resbala con el hielo, se cae y se desliza un poco hasta golpearse contra las patas de la mesa.

No hay peligro. Nassun solo ha manifestado el toro durante un instante para advertirle de que no use la violencia. Pero Jija no deja de gritar, y Nassun baja la mirada hacia su padre, que está en el suelo hecho un ovillo y aterrorizado. Quizá debería sentir pena o arrepentimiento. Pero lo que siente es una rabia distante hacia su madre. Sabe que es irracional. Que la única culpa de que Jija tenga tanto miedo de los orogenes como para no querer a sus propios hijos es del mismo Jija. Hubo una época en la que Nassun era capaz de querer a su padre sin reservas, pero ahora necesita alguien a quien culpar por haber perdido ese amor incondicional. Y sabe que su madre será capaz de soportarlo.

«Deberías habernos tenido con alguien más fuerte», piensa que le dice a Essun, dondequiera que esté.

Hay que tener mucho cuidado para caminar por el suelo resbaladizo sin caerse, y Nassun tiene que mover el nudo durante unos instantes para deshacerlo. Cuando lo consigue, Jija deja de gritar a su espalda, aunque aún oye sus jadeos y los pequeños gemidos que emite con cada exhalación. No quiere mirar atrás, pero se obliga a hacerlo porque quiere ser una buena orogén. Y las buenas orogenes no pueden permitirse engañarse a sí mismas.

Jija se estremece cuando la chica lo mira, como si fuera capaz de hacerlo arder con los ojos.

—Adiós, papi —dice.

El hombre no puede articular palabra para responder.

* * *

Y la última lágrima que derramó la mujer mientras el hombre la quemaba viva con el hielo se deshizo en el suelo como la del Desastre. ¡Protege con rocas tu corazón frente a los orogratas, porque tienen el alma llena de herrumbre!

Del cuento acervista «Besos de hielo»,
registrado en el cuadrante de Bebbec,

teatro de Msida por Whoz Acervista Bebbec

(Nota: una carta firmada por siete acervistas itinerantes de las Ecuatoriales asegura que Whoz es un «escritorzuelo acervista popular de poca monta». El cuento puede ser apócrifo.)

Tú, mientras se agota el tiempo

Cuando la mujer sanzédina se marcha, te llevo a un lugar apartado. En sentido figurado.

—Aquel a quien llamas Hombre Gris no quiere evitar que se abra el Portal —digo—. He mentido.

Te muestras tan recelosa conmigo. Te incomoda. Soy capaz de ver que quieres confiar en mí, aunque tus propios ojos te muestren la mentira por la que te he hecho pasar. Te limitas a suspirar y a decir:

—Sí. Suponía que no sería tan sencillo.

—Te matará porque no puede manipularte —digo, haciendo caso omiso de la ironía—. Porque si abres el Portal, restaurarás la Luna y será el final de las Estaciones. Lo que él quiere es que alguien abra el Portal para sus propios fines.

Ahora comprendes quiénes son los contendientes y también el juego. Frunces el ceño.

—¿Y cuáles son esos fines? ¿Que las cosas cambien? ¿Que se mantengan igual?

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—Supongo que no. —Te frota las rastas, que te has arreglado hace poco—. Parece que esa es la razón por la que intenta que echen a todos los orogratas de Castrima.

—Sí. Encontraré la manera de conseguir lo que quiere, Essun, si es

posible. Si no... dejarás de serle útil. O peor aún: te convertirás en su enemiga.

Suspiras con la pesadumbre de la Tierra y tu respuesta se limita a asentir con un gesto y marcharte. Siento miedo mientras te veo marchar.

* * *

Vas a ver a Alabastro, como has hecho en otras ocasiones en las que te has sentido angustiada.

Ya no queda mucho de él. Desde que perdió las piernas se ha pasado los días adormilado por las drogas y arropado por Antimonio como un cachorrito por su madre. Algunas de las veces en que vas a verlo ni siquiera le pides que te enseñe. Es un error, porque estás segura de que la única razón por la que se obliga a seguir viviendo es para legarte el arte de la destrucción mundial. Te ha pillado alguna que otra vez: despertabas acurrucada junto a su nido y lo encontrabas mirándote desde arriba. No te reprendía por ello. Tal vez no le quedasen fuerzas para hacerlo. Le estás agradecida.

Está despierto cuando te sientas a su lado ahora, aunque no se mueve demasiado. Antimonio se ha mudado del todo a su nido desde hace poco y ya no la ves en otra postura que no sea otra que esa «silla humana»: arrodillada, con las piernas abiertas y las manos sobre los muslos. Alabastro se apoya en ella ahora que las pocas quemaduras que tenía en la espalda se han curado y, por desgracia, ya no puede usar las piernas. La mujer no tiene pechos que hagan que aquella postura sea más incómoda y, al parecer, el material que finge ser ropa no es áspero ni afilado. Los ojos de Alabastro se mueven a tu paso mientras te sientas, como si fueran los de un come piedras. Odias que se te haya ocurrido una comparación así.

—Está volviendo a ocurrir —dices. No te molestas en explicarle lo que

quieres decir. Él siempre lo sabe—. ¿Cómo hiciste...? En Meov. Lo intentaste. ¿Cómo?

Lo preguntas porque ya no encuentras razones para luchar por este lugar ni para formar una vida en él. Tu instinto te dice que cojas el portabastos, reúnas a los tuyos y corras antes de que Castrima se vuelva en tu contra. Es posible que eso sea una sentencia de muerte ahora que la Estación se ha asentado en la superficie, pero quedarse parece aún más peligroso.

Ves cómo respira hondo y muy despacio, por lo que sabes que tiene intención de responder, pero le cuesta un rato hacer acopio de fuerzas para pronunciarse.

—No era mi intención. Estabas embarazada. Y yo... me sentía muy solo. Pensé que funcionaría. Un tiempo.

Niegas con la cabeza. Es obvio que sabía de tu embarazo antes que tú, pero eso ahora es algo irrelevante.

—Luchaste por ellos. —Cuesta un poco poner énfasis en la última palabra, pero lo haces. Tienes claro que luchó por Innon, por Corin y por ti, pero también lo hizo por Meov—. Sabías que, llegado el momento, también se habrían puesto en nuestra contra.

El día en que Corindón demostrase que era demasiado poderoso o si hubieran conseguido deshacerse de los Guardianes, marcharse de Meov y mudarse a cualquier otro lugar. Era inevitable.

Emite un sonido a modo de afirmación.

—¿Pues cómo?

Muy despacio, deja escapar un largo suspiro.

—Cabía la posibilidad de que no ocurriera. —Niegas con la cabeza. Es una perorata difícil de creer. Pero añade—: Merecía la pena intentarlo, aunque solo hubiera una pequeña posibilidad.

No dice que mereciera la pena por ti, pero eso es lo que sientes. Es un

subtexto que casi eres capaz de sesapinar bajo la superficie de las palabras. Merecía la pena para que vuestra familia pudiera tener una vida normal entre otros, como si formaran parte de ellos. Para que tuvierais oportunidades normales. Problemas normales. Lo miras con fijeza. Un impulso hace que extiendas la mano hacia su cara y le acaricies los labios que tiene llenos de cicatrices. Te mira mientras lo haces y te dedica una sonrisa. Tuerce un poco la comisura de los labios, lo máximo que puede hacerlo a estas alturas. Es más de lo que necesitas.

Luego te levantas y te diriges hacia el exterior para intentar lograr esa pequeña y resquebrajada oportunidad de salvar Castrima.

* * *

Ykka ha dispuesto una votación para la mañana siguiente, veinticuatro horas después de la «oferta» de Rennanis. Castrima tiene que dar una respuesta, sea cual sea, pero Ykka no cree adecuado que salga de su pequeño concilio informal. No ves qué diferencia puede marcar una votación, pero sí que sabes que si la comu amanece intacta será un herrumbroso milagro.

La gente no deja de mirarte mientras caminas por la comu. No bajas la mirada y te niegas a permitir que te afecte.

Con una visita pequeña y personal, transmites las órdenes de Ykka a Cutter y Temell y les dices que ellos hagan lo propio. Temell suele sacar a los niños de los cristales para darles clase, pero dice que en esta ocasión los visitará en casa y les dirá que formen grupos de estudio de dos o tres personas y se queden en los hogares de adultos de confianza. Te gustaría haberle dicho que no se puede confiar en ningún adulto, pero él ya lo sabe. No hay manera de evitarlo, por lo que tiene sentido decirlo en voz alta.

Cutter dice que se lo dirá al resto de los pocos orogratas adultos que

quedan. No todos tienen la habilidad para formar un toro ni controlarse bien. Todos, menos Alabastro y tú, son ferales. Pero Cutter se asegurará de que los que no pueden controlarse se junten con los que sí pueden. Pone un gesto impasible mientras preguntas:

—¿Y quién cuidará de ti?

Es una oferta. Te sorprende la manera en que las palabras te revuelven el estómago. Nunca has confiado en él, aunque no sabrías explicar la razón. Tiene algo que ver con el hecho de que haya estado oculto toda la vida, aunque es un sentimiento muy hipócrita teniendo en cuenta que pasaste diez años en Tirimo. Pero, por el óxido descascarillado, ¿es que no puedes confiar en nadie? Mientras haga su trabajo, da igual. Te obligas a asentir.

—Ven a reunirme conmigo cuando todo esté listo.

El hombre asiente.

Al terminar, decides descansar un poco. Tu habitación está hecha un desastre a causa de la transformación de Hoa y no estás muy dispuesta a dormir en la cama de Tonkee. Han pasado meses, pero aún recuerdas el moho. Además, te has dado cuenta de que no hay nadie que proteja a Ykka. Ella cree en la comu, pero tú no. Hoa se comió a Melena de Rubí, la única mínimamente interesada en mantenerla con vida. Le pides prestada una bolsa a Temell y metes en ella unos pocos suministros básicos. No llega a ser un portabastos, por lo que no crees que Ykka proteste. Luego te diriges a su apartamento. (Además, así también consigues que a Cutter le resulte más complicado encontrarte.) El sonido de la respiración que oyes a través de la cortina indica que la mujer aún está dormida. Los divanes de su casa son muy cómodos, sobre todo si los comparas con dormir a la intemperie cuando estabas en la carretera. Usas tu portabastos como almohada y te acurrucas para intentar olvidar durante un rato todo lo que te rodea.

Te despiertas cuando Ykka pasa a tu lado a toda prisa profiriendo una ristra

de impropiedades y casi raja una de las cortinas del apartamento. Te afanas por despertarte y te incorporas.

—¿Qué...?

Pero ya eres capaz de oír las voces que se alzan en el exterior. Gritos de rabia. Se está formando un tumulto.

Ha empezado. Te levantas, la sigues y coges tus cosas. Esto último no lo haces de manera inconsciente.

Hay un gentío reunido a nivel del suelo, cerca de los baños públicos. Ykka se abre camino hacia la parte baja de maneras que tú nunca pondrías en práctica: se desliza por escalerillas de metal, se deja caer por la barandilla de una plataforma para agarrarse de la que sabe que está debajo o corre por los puentes mientras se mecen de manera inquietante bajo sus pies. Tú descendes de manera tranquila y poco suicida, por lo que cuando llegas hasta donde se encuentra el grupo, Ykka ya está dando gritos para intentar que todos se callen, la escuchen y se separen de una vez.

Cutter se encuentra en el centro, ataviado con tan solo una toalla y, al fin, con una expresión que no demuestra indiferencia. Está tenso, los dientes apretados, desafiante y preparado para huir. A poco más de un metro, yace en el suelo el cadáver helado de un hombre, congelado mientras intentaba escapar de algo y un gesto de asco y terror grabado para siempre en su mirada. No lo reconoces. No importa. Lo que importa es que un orograta ha matado a un táctico. Es como si una cerilla encendida hubiese caído en medio de una comu que no es más que madera reseca e impregnada de aceite.

—¿Cómo ha ocurrido...? —grita Ykka mientras te acercas al grupo. Casi no la ves, ya hay unas cincuenta personas a tu alrededor. Podrías abrirte camino hacia ella, pero decides quedarte donde estás. No es buen momento para llamar la atención. Miras a tu alrededor y ves a Lerna al acecho entre la multitud. Tiene los ojos abiertos, aprieta los dientes y también te mira.

También hay... Vaya, por el óxido. También hay un grupo de tres niños orogratas. Una de ellos es Penty, quien sabes que es la cabecilla de algunos de los niños más valientes y estúpidos. Está de puntillas y estira el cuello para ver mejor. Cuando trata de abrirse paso por la multitud, te ve y le dedicas una de esas miradas de madre. Se aplaca y tranquiliza al instante.

—Por el óxido, ¿a quién le importa cómo ha ocurrido? —El que habla es Sekkim, uno de los Innovadores. Lo conoces porque Tonkee no deja de quejarse de que es demasiado estúpido como para formar parte de la casta y deberían expulsarlo y acogerlo en otra que sea innecesaria, como la de los Líderes—. Y justo por esto...

Una de las que está alrededor lo hace callar a gritos:

—¡Putos orogratas!

Otra persona le grita a su vez:

—¡Escuchad, por el óxido! ¡Es Ykka!

—A quién le importa lo que diga un herrumbroso monstruo orograta...

—Rumbriento hijo de un caníbal, te voy a reventar como vuelvas a...

Alguien empuja a otra persona. Los empujones se suceden, así como los insultos y las amenazas de muerte. Es una catástrofe.

Luego, un hombre sale corriendo de la multitud, se agacha junto al cadáver helado y hace todo lo que puede para rodearlo con los brazos. El parecido entre ellos es más que patente a pesar del hielo: hermanos, quizá. Su angustioso llanto hace que la multitud se suma en un silencio repentino fruto de la conmoción. Las personas se agitan, incómodas, a medida que los gritos se convierten en unos graves sollozos capaces de resquebrajar el alma.

Ykka respira hondo y da un paso al frente, aprovechando la oportunidad que le ha brindado aquel emotivo momento. Luego le dice a Cutter con tono severo:

—¿Qué te tenía dicho? Por el óxido, ¿qué te tenía dicho?

—Me atacó —zanja Cutter. Él no tiene ni un rasguño.

—Mentira —replica Ykka. Varios de los integrantes de la multitud repiten lo que acaba de decir, pero ella se los queda mirando hasta que desisten. Mira el cadáver y aprieta los dientes—. Betine no sería capaz de hacer algo así. Ni siquiera fue capaz de matar una gallina cuando le tocó cuidar el gallinero.

Cutter la mira fijamente.

—Lo único que sé es que quería bañarme. Me senté para lavarme y se apartó de mi lado. No le di más importancia y seguí a lo mío. Luego pasé a su lado para meterme en la piscina y me golpeó. Con mucha fuerza, en la nuca.

Después de la intervención se oyen en voz baja murmullos llenos de rabia y un ajeteo de preocupación. Se suele decir que la nuca es el mejor lugar para golpear a un orograta. No es cierto. Solo funciona si golpeas con la fuerza suficiente para causar una conmoción o romperle el cráneo, y es eso lo que los tumba, no el daño que reciben las glándulas sesapinales. No obstante, se trata de una leyenda urbana. De ser cierto, sería un motivo más que convincente para que Cutter hubiera respondido al ataque.

—Al óxido. —Es un gruñido. Lo emite el hombre que sostiene el cadáver de Betine, que emite un ligero siseo—. Bets no era así. Yeek, sabes que no...

Ykka asiente y se acerca para tocarle el hombro. La multitud vuelve a murmurar, ahora con mucha rabia contenida. La suya aún es débil.

—Lo sé. —Aprieta los dientes. Una vez. Dos veces. Mira a su alrededor—. ¿Alguien vio la pelea?

Varias personas levantan las manos.

—Yo vi cómo Bets se apartaba —dice una mujer, que traga saliva y mira a Cutter. Gotas de sudor perlan la parte superior de sus labios—, pero creo que solo quería estar más cerca del jabón.

—Me miró —espeta Cutter—. ¡Sé cuál es el significado de esa herrumbrosa mirada!

Ykka le indica que se calme con un gesto de la mano.

—Yo también, Cutter, pero cállate. ¿Qué más? —le pregunta Ykka a la mujer.

—Nada más. Aparté la mirada y, cuando miré de nuevo vi ese... remolino. Era de viento y de hielo. —Tuerce el gesto y aprieta los dientes—. Sabes bien cómo asesináis a las personas.

Ykka la mira fijamente, pero luego se estremece al oír gritos de apoyo a la mujer. Alguien intenta abrirse paso entre la multitud para llegar hasta Cutter. Otra persona detiene al atacante, pero ha estado cerca. Ves que Ykka es consciente de que no hay mucho que hacer. No va a lograr que los suyos lo entiendan. Se está formando una turba y no puede hacer nada por detenerla.

Bueno. En eso te equivocas. Sí que puede hacer algo.

Lo hace: se da la vuelta, coloca una mano sobre el pecho de Cutter y envía algo a través de su cuerpo. En ese momento no te encontrabas sesapinando a conciencia, por lo que solo percibes las consecuencias de lo que acaba de ocurrir, que es... es... ¿Qué? Es como... como la manera en que Alabastro golpeó una vez un punto caliente para aplacarlo, hace años y a muchísima distancia. Es lo mismo, pero a menor escala. Es como lo que ese Guardián le hizo a Innon, pero en un lugar concreto y sin ser tan terrorífico. No tenías ni idea de que los orogratas pudieran hacer algo así.

Sea lo que sea, Cutter ni siquiera tiene oportunidad de resoplar. Abre los ojos bien abiertos. Se tambalea hacia detrás. Luego se cae, con un gesto de sorpresa similar al de terror de Betine.

Todos se quedan en silencio. No eres la única que tiene la boca abierta.

Ykka recupera el aliento. Sea lo que sea lo que acaba de hacer, la ha dejado exhausta. La ves un poco agitada, pero luego recupera la compostura.

—Suficiente —dice al tiempo que se gira hacia la multitud—. Más que

suficiente. Se ha hecho justicia. ¿Veis? Ahora, dispersaos. A casa todo el mundo, por el óxido.

No esperabas que funcionase. Creías que acrecentaría las ansias de sangre de la multitud, pero lo que ocurre te demuestra que no tienes ni idea. La gente se inquieta un poco, murmura un poco más y luego empieza a dispersarse. Los sollozos de un hombre apenado cierran la marcha.

El cronometrador indica que es medianoche. Quedan ocho horas para la votación de la mañana.

* * *

—Tenía que hacerlo —murmura Ykka. Os encontráis de nuevo en su apartamento, y estás junto a ella. La cortina está abierta para que pueda ver a la gente, y ellos a ella, pero está apoyada en el umbral y no deja de temblar. Apenas es perceptible. No se aprecia desde la distancia—. Tenía que hacerlo.

La sinceridad con que respondes le demuestra tu respeto.

—Sí. Tenías que hacerlo.

Son las dos de la mañana.

* * *

A las cinco empiezas a pensar en dormir. Todo está más tranquilo de lo que esperabas. Lerna y Hjarka han venido a casa de Ykka para estar con vosotras. Nadie ve que estás de duelo, que te compadeces en silencio, que lamentas la muerte de Cutter, que esperas (otra vez) la destrucción del mundo, pero es lo que haces. Ykka está sentada en un diván con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza apoyada en la pared mientras reflexiona con la mirada vacía y agotada.

Cuando vuelves a escuchar gritos, cierras los ojos y piensas en hacerles caso omiso. Los gritos más agudos de niños te sacan de ese crimen de empatía. Todos os levantáis y salís al balcón. La gente corre hacia una de las plataformas amplias que rodean un cristal demasiado pequeño como para albergar un apartamento. También os acercáis allí. La comu usa esas plataformas como almacenes, por lo que está llena de barriles, cajas y jarrones de arcilla. Cuando llegáis a la plataforma veis cómo uno de estos jarrones rueda por el lugar, intacto. Esa imagen no explica nada de lo que ocurre.

Ves otra vez a las niñas orogratas. La banda de Penty. Dos de ellas no paran de gritar, empujar y golpear a una mujer que agarra a Penty contra el suelo por la garganta y le grita. Junto a ellas hay otra mujer que también les grita a las niñas, pero nadie le presta atención. Su cháchara solo sirve para provocarlas.

Conoces de algo a la mujer que agarra a Penty. Tendrá unos diez años menos que tú, es de complexión más recia y pelo más largo. Se llama Waineen y es una Resistente. Se ha portado bien contigo cuando has trabajado con ella en los almacenes de hongos o en las letrinas, pero también has oído cómo los demás murmuran a sus espaldas. Waineen fabrica los cigarrillos que Lerna fuma de vez en cuando, y también es quien destila el alcohol que beben algunos habitantes de la comu. Poco antes de que comenzara la Estación, la mujer obtenía unos ingresos adicionales muy abundantes ayudando a animar las vidas de los castrimenses contra el tedio de la minería y el comercio; además almacenaba sus productos en Bajo-Castrima para evitar que los inspectores tributarios del cuadrante los encontraran. Todo ello muy práctico, ahora que el mundo ha quedado destruido. El problema es que ella misma es su mejor cliente, y es muy

común verla dar tumbos por la comu, entre gritos, con el rostro inyectado en sangre y con un tufo bien cargado.

Waineen no suele comportarse como una borracha violenta, siempre comparte y nunca ha dejado de ir al trabajo, por lo que a nadie le importa lo que haga con sus cosas. Cada cual afronta las Estaciones a su manera. Pero en esta ocasión hay algo que la ha molestado. Penty la ha sacado de quicio. Hjarka y otros castrimenses corren hacia la mujer para apartarla de la niña y, mientras reflexionas sobre lo bueno que es el autocontrol de Penty porque aún no ha congelado la maldita plataforma, Waineen levanta un brazo y cierra el puño.

un puño que

«Viste las marcas del puño de Jija, cuatro moratones en paralelo en el estómago y la cara de Uche.»

un puño que

que

que

«no».

Estás en el de topacio y, casi al mismo tiempo, entre las células de la mujer. Lo haces sin pensar. No eres capaz de pensar, te hundes hacia arriba en la luz amarilla como si formarás parte de ella. Tus glándulas sesapinales se tensan entre los hilos argénteos y consigues juntarlos. Formas parte de todo: del obelisco y de la mujer, y no permitirás que ocurra, otra vez no, otra vez no, no pudiste detener a Jija, pero...

—Ni un niño más —susurras, y todos tus compañeros te miran, sorprendidos y confusos.

Luego dejan de mirar, porque la mujer que alienta la pelea ha empezado a gritar de improviso, y las niñas gritan aún más alto. Incluso Penty grita,

porque la mujer que tiene encima se ha convertido en una piedra reluciente y multicolor.

—¡Ni un niño más!

Sesapinas a los que tienes cerca, el resto de miembros del concilio, la borracha gritona, Penty y las niñas, Hjarka y los demás... a todos. A todos los de Castrima. Se hacinan entre los filamentos de tus nervios, los golpean inquietos y son como Jija. Te centras en la mujer borracha y sientes la necesidad instintiva de empezar a exprimir de ella el movimiento y la vida para reemplazarlos con lo que quiera que sea el resultado de las reacciones mágicas, esa cosa que se parece a la piedra. Lo mismo que está matando a Alabastro, el padre de tu otro hijo muerto. Por el óxido, NI UN NIÑO MÁS. ¿Durante cuántos años ha matado el mundo niños orogratas para que todos sus habitantes puedan dormir en paz? Es que todos son Jija, todo el maldito mundo es Schaffa, Castrima es Tirimo y también es el Fulcro. NI UNO MÁS, y te giras con la corriente de poder del obelisco fluyendo a través de ti para empezar a matar a todos los que se crucen en tu camino.

Algo sacude tu conexión con el obelisco. De improvviso tienes que luchar por el poder que hace poco habías conseguido sin inconveniente alguno. Sin pensar, enseñas los dientes. Sin oírte a ti misma, gruñes. Cierras los puños y gritas en tu mente: NO DEJARÉ QUE LO HAGA DE NUEVO. Y ves a Schaffa, aunque piensas en Jija.

Pero a quien sesapinas es a Alabastro.

Sientes fagonazos de zarcillos blancos que restallan contra tu enlace con el obelisco. Es la fuerza de Alabastro que se enfrenta a la tuya y... va perdiendo el combate. No consigue aplacarte de la manera en que sabes que es capaz. O de la manera en que pensabas que podía hacerlo. ¿Está más débil? No. Tú eres mucho más poderosa que antes.

De repente, a través de la fuga de recuerdos y terror en la que estás

atrapada, la importancia de esos golpes te devuelve a la fría y estremecedora realidad. Has matado a una mujer con magia. Has estado a punto de borrar Castrima del mapa con magia. Te enfrentas a Alabastro con magia... Y sabes que Alabastro no puede usar más la magia.

—Vaya, Tierra indolente —suspiras. Dejan de luchar al instante. Alabastro desmantela tu conexión con el obelisco: aún tiene un contacto más preciso que el tuyo. Pero cuando lo hace, sientes su debilidad. Sientes cómo su fuerza se ha deteriorado.

Al principio ni te das cuenta de que corres. Eso apenas tiene que ver con correr, porque el enfrentamiento mágico y la abrupta desconexión del obelisco te han dejado tan débil y desorientada que das tumbos entre cuerdas y barandillas como si la borracha fueras tú. Alguien te grita al oído. Una mano te agarra por el brazo y haces todo lo posible para zafarte mientras gruñes. De alguna manera llegas al nivel del suelo sin caer hacia la muerte. Ves caras emborronadas e irreconocibles al pasar. No las ves bien porque sollozas con fuerza mientras balbuceas: «No, no, no.» Sabes lo que has hecho, aunque lo niegues con palabras, y en cuerpo y alma.

Luego te encuentras en la enfermería.

Estás en la enfermería y miras hacia abajo, hacia una escultura de piedra pequeña pero muy precisa. Esta no tiene color ni está pulida, es opaca y de un marrón arenoso. Casi abstracta, arquetípica. «Hombre en sus últimos momentos.» «Espíritu seccionado.» «El paria inexistente.» «Encontrado, pero perdido.»

También podrías llamarla «Alabastro».

Son las cinco y media.

* * *

A las siete en punto, Lerna se acerca adonde estás acurrucada junto al cadáver de Alabastro. Apenas oyes cómo se acerca y te preguntas por qué razón está ahí. Es sensato. Debería irse antes de que te vuelva a pasar y lo mates a él también.

—Ykka ha convencido a la comu para que no te maten —expone—. Les he contado lo de tu hijo. Todos estaban de acuerdo en que Waineen podría haber matado a Penty a golpes. Lo exagerado de tu reacción es... comprensible. —Hace una pausa—. También ha ayudado el que Ykka haya matado antes a Cutter. Ahora confían más en ella. Sabe que no te defiende solo porque... —Coge aire, se encoge de hombros—. Seas de los suyos.

Sí. Es tal y como los profesores te habían contado en el Fulcro: los orogratas son todos iguales. El crimen que comete uno lo cometen todos.

—Nadie va a matarla.

Es la voz de Hoa. Claro que está contigo: tiene que proteger su inversión.

Lerna se agita, incómodo, al oírlo. Pero es otra voz la que repite:

—Nadie va a matarla. —Te estremeces porque es la de Antimonio.

Te incorporas despacio. Está sentada en la misma posición que siempre, no se ha marchado de allí, con el conglomerado de piedra que antes era Alabastro apoyado contra ella, como cuando estaba vivo. Tiene la mirada fija en ti.

—No puedes poseerlo —dices. Gruñes—. Ni a mí tampoco.

—A ti no te quiero —responde Antimonio—. Tú lo asesinaste.

Vaya, mierda. Intentas controlar esa rabia abyecta, usarla para concentrarte y encontrar el poder necesario para enfrentarte a ella, pero se disuelve y se convierte en remordimientos. Además, lo único que logras alcanzar es ese maldito obelisco con forma de cuchillo largo de Alabastro. El de espinela. Rechaza en el acto tu titubeante conexión, como si te escupiera en la cara. Mereces el desprecio, ¿verdad? Los come piedras, los humanos, los

orogenes... Incluso los descascarillados obeliscos lo saben. No eres nada. No, eres la muerte. Y has matado a otra persona a la que querías.

Te apoyas en las manos y las rodillas para incorporarte, vacía, rechazada y tan dolida que sientes como si tuvieras en el interior un mecanismo de relojería que hace resonar el dolor con cada movimiento de las agujas. Quizá los constructores de los obeliscos inventarán algo para paliar un dolor así, pero están todos muertos.

Un sonido te saca de la aflicción en la que estás sumida. Antimonio está en pie. Tiene una postura imponente, implacable con las piernas estiradas. Baja la mirada hacia ti. Tiene en brazos los restos marrones de Alabastro. Desde el ángulo en el que te encuentras, parece cualquier cosa menos humano. Oficialmente, no lo era.

—No —dices. Tu voz no indica desafío alguno; es más bien una súplica. «No te lo llesves.» Pero él lo había pedido. Es lo que quería. Quería que Antimonio tuviera sus restos, no el Padre Tierra, quien le había arrebatado tantas cosas. Esas son las opciones: la Tierra o los come piedras. Tú no estás en la lista.

—Te dejó un mensaje —dice la come piedras. Su voz carente de entonación no cambia un ápice, pero notas algo. ¿Es lástima?—. «El de ónice es la llave. Primero una red y luego el Portal. No lo mandes todo a tomar por óxido, Essun. Haz que mi amor y el de Innon no hayan sido en vano.»

—¿Qué? —preguntas, pero la criatura titila y se vuelve translúcida. Por primera vez reparas en que la manera en que los come piedras se mueven por la roca y la manera en que los obeliscos pasan de un estado sólido a otro irreal son la misma.

Es una observación inútil. Antimonio se desvanece en el interior de esa Tierra que te odia. Con Alabastro.

Te quedas sentada en el sitio donde te dejó la come piedras. En el sitio

donde te dejó Alabastro. No piensas en nada. Pero cuando una mano te toca el brazo, una voz dice tu nombre y una conexión que no es la del obelisco hace acto de presencia, te giras hacia todo eso. No puedes evitarlo. Necesitas algo, cualquier cosa, aunque no sea la familia ni la muerte. Te giras y lo agarras. Es Lerna, quien está ahí para ti, con hombros cálidos y suaves, y lo necesitas. Necesitas a Lerna. Solo un rato, por favor. Solo una vez, necesitas sentirte humana, sea cual sea la designación oficial. Y quizá si unos brazos humanos te rodeasen y una voz humana te murmurase: «Lo siento. Lo siento, Essun» al oído, solo así podrías sentirte también humana. Quizás incluso llegues a ser humana, aunque sea por poco tiempo.

* * *

A las ocho menos cuarto vuelves a estar sentada y sola.

Lerna se ha ido a hablar con uno de sus ayudantes, y quizá también con los Lomocurtido que te vigilan desde el umbral de la puerta de la enfermería. En el fondo de tu portabastos hay un bolsillo para esconder cosas. Por eso le compraste este en especial a un curtidor en particular, hace años. En cuanto te enseñó el bolsillo pensaste que querías meter algo en él. Algo en lo que, como Essun, no pensabas muy a menudo, ya que pertenecía a Sienita, y Sienita está muerta. Aunque conserves sus restos.

Rebuscas en el saco hasta que encuentras el bolsillo, metes los dedos y escudriñas en el interior. El fardo sigue ahí. Lo sacas y desdoblas el lino de baja calidad. En el interior, seis anillos de piedras semipreciosas y pulidas.

No son suficientes para ti, pues ahora eres una nonanillada, pero los cuatro primeros te dan igual. Repiquetean y ruedan por el suelo cuando los tiras. Te pones en los dedos índice de cada mano los dos últimos, los que él fabricó para ti.

Luego te levantas.

* * *

Las ocho en punto. Los representantes de todas las familias de la comu se reúnen en Cima Llana.

Hay un voto válido por cada familia. Vuelves a ver a Ykka en el centro del círculo, con los brazos cruzados y la cara con gesto inexpresivo, aunque eres capaz de sesapinar que la tensión que subyace en el ambiente es suya en gran parte. Alguien ha traído una vieja caja de madera y la gente se reúne alrededor, hablan entre ellos, escriben en pedazos de papel o cuero y luego los meten en la caja.

Caminas hacia Cima Llana, y Lerna te sigue de cerca. La gente no se percata de tu presencia hasta que estáis a punto de cruzar el puente. Hasta que casi estáis entre ellos. Luego alguien te ve venir y carraspea en voz alta. Otra persona grita, alarmada: «Por el óxido, es ella.» La gente sale en desbandada para apartarse de tu camino y casi se tropiezan entre ellos.

Está bien que lo hagan. En la mano derecha llevas ese cuchillo largo, rosado y ridículo de Alabastro, el obelisco de espinela en miniatura y remodelado. Lo has dominado, ya resuenas en su interior, ya es tuyo. Te había rechazado porque eras inestable y titubeabas, pero ahora sabes para qué lo necesitas. Has encontrado un objetivo. El de espinela no hará daño a nadie a no ser que lo permitas. Que lo permitas o no, eso ya es un asunto muy diferente.

Caminas hacia el centro del círculo, y el hombre que sostiene la caja de los votos se aparta de ti y la deja en el suelo. Ykka frunce el ceño, da un paso al frente y dice:

—Essun... —Pero no prestas atención. Te abalanzas hacia delante y, de

improviso, por instinto y con una facilidad pasmosa, coges la empuñadura del cuchillo largo y rosado con ambas manos, te giras, pivotas con las caderas y das un tajo. En el instante en el que la espada toca la caja de madera, esta queda obliterada. No la cortas, ni la destruyes: la desintegras en partículas microscópicas. El ojo procesa la información como polvo que se desperdiga y brilla a la luz antes de desaparecer. Como si se hubiera convertido en piedra. Muchos de ellos gritan y jadean, respiran las partículas, sus votos. Puede que no les haga daño. No mucho, al menos.

Luego te giras y levantas el cuchillo largo. Rotas mientras lo pasas por delante de la cara de todo el mundo.

—Nada de votos —dices. Todo queda tan en silencio que oyes cómo gotea el agua de las tuberías de los baños públicos a cientos de metros hacia abajo—. Marchaos. Uníos a Rennanis, si es que os acogen. Pero, si os quedáis, que sepáis que una parte de esta comu no va a decidir si cualquier otra parte es prescindible. Nada de votar para ver quiénes son personas.

Algunos se agitan y se miran entre ellos. Ykka no te quita ojo de encima, como si el peligro fueras tú, qué gracia. A estas alturas debería saber que no hay nada que hacer.

—Essun —empieza a decir, con la voz sosegada que reserva para las mascotas o los locos—, esto es...

Y se calla porque no sabe lo que es. Pero tú sí que lo sabes. Es un maldito golpe de Estado. Te da igual quién esté en el poder, pero cuando tiene que ver con este asunto en concreto, no te queda más remedio que ser una dictadora. No permitirás que Alabastro haya muerto en balde después de haber salvado a estas personas de ti.

—He dicho que nada de votos —repites. Pones la entonación adecuada para dirigirte a la audiencia, como si fueran los niños de doce años de tu antiguo creche—. Estamos en una comunidad. Tenemos que estar unidos.

Tenemos que luchar por los nuestros. Si no lo hacéis, os juro por el óxido que os mataré a todos y cada uno de vosotros.

En esta ocasión, el silencio es mucho más voluble. No se mueven. Tienen los ojos abiertos de par en par y un gesto tan aterrorizado que sabes que te han creído.

Bien. Te das la vuelta y te marchas.

Interludio

En las convulsas profundidades, resueno con mi enemigo. O, al menos, lo intento.

—Una tregua —digo. Una súplica. Se ha perdido mucho a estas alturas, en cualquier bando. Una luna. Un futuro. La esperanza.

Aquí abajo, es casi imposible escuchar una respuesta articulada con palabras. Lo que me llega es una reverberación rabiosa, fluctuaciones violentas de presión y gravedad. Al cabo, me veo forzado a escapar. Me habría aplastado y, aunque la retirada será temporal, no me puedo permitir quedar incapacitado en estos momentos. Las cosas están cambiando entre los tuyos, con la velocidad con que siempre hacéis las cosas cuando tomáis decisiones. Tengo que estar listo.

La rabia fue mi única respuesta, en cualquier caso.

Te preparas para el combate

Ha pasado un mes desde la última vez que fuiste a la superficie. Han pasado dos días desde que mataste a Alabastro por culpa de tu dolor y tu estupidez. Todo cambia durante las Estaciones.

Alto-Castrima ha sido invadida. El túnel por el que pasaste la primera vez para entrar en la comu está bloqueado: uno de los orogenes de la ciudad ha levantado un gran bloque de piedra de la tierra para sellarlo. Es probable que haya sido Ykka o Cutter antes de que Ykka lo matara, son los dos que tienen el control de la orogenia más preciso sin contarte a ti ni a Alabastro. Ahora dos de los cuatro están muertos, y el enemigo está a las puertas. Los Lomocurtido que están agrupados en el suelo de la entrada del túnel detrás del sello de piedra se ponen en pie de un salto cuando te ven entrar en el círculo de luz eléctrica, y los que ya estaban en pie se envaran aún más. Xeber, el segundo al mando de los Lomocurtido de Esni, sonrío al verte. Así de mal están las cosas. Así de preocupados están. Se han vuelto locos si te ven como su salvadora.

—Esto no me gusta —te dice Ykka. Ha vuelto a la comu y organiza las defensas necesarias en caso de que penetren en los túneles. El peligro de verdad llegará si los exploradores de Rennanis descubren los conductos de ventilación de la geoda de Castrima. Están bien escondidos, uno en la caverna de un río subterráneo y otros en lugares igual de recónditos, como si los que construyeron Castrima temieran el ataque de alguien; pero los habitantes de la comu tendrían que salir del lugar si se sellaran—. Y tienen

comepiedras entre sus filas. Eres peligrosa y por el óxido que sé que puedes enfrentarte a un ejército, Essie, pero nosotros no podemos hacer nada contra los comepiedras. Si te matan, perdemos nuestra mejor arma.

Te lo dice en el Mirador Pintoresco, que es el lugar donde soléis discutir este tipo de asuntos. Ambas habéis tenido un día complicado. Al prohibir la votación, socavaste la autoridad de Ykka y destruiste la ilusión de que los habitantes de la comu tenían algo que opinar sobre la gestión de la ciudad. Aún crees que era necesario: hay quien no debería tener la capacidad de decidir sobre las vidas que merece la pena salvar. Lo has hablado con Ykka, y ha admitido que está de acuerdo contigo. Pero ha salido malparada de igual manera.

No le pides perdón, pero sí has intentado limar las asperezas.

—Tú eres la mejor arma de Castrima —dices, convencida. Hasta lo dices en serio. Que Castrima se haya mantenido en pie durante tanto tiempo, y que exista una comu llena de tácticos que no han linchado a los orogratas que viven entre ellos abiertamente, es un milagro. Aunque el listón esté bien bajo y lo más que se puede decir es que «los habitantes aún no han cometido un genocidio», eso es mucho más de lo que pueden decir otras comunidades. Ykka se merece todos tus respetos.

La frase hace que os sintáis más cómodas.

—Bueno, límitate a no morir, por el óxido —te dice al fin—. Llegados a este punto, no estoy segura de poder mantener esto a flote sin ti.

A Ykka se le da bien conseguir que la gente sienta que tiene una razón para hacer las cosas. Por eso es la líder de la comu.

Y por esa razón caminas por un Alto-Castrima que ha sido tomado por los soldados de Rennanis a pesar de que tienes miedo. Siempre es más difícil luchar por los demás que por uno mismo.

Ya hace un año que la ceniza no deja de caer, y en la comu superior hay

una capa que cubre hasta las rodillas. Ha llovido al menos una vez y la ceniza se ha aplastado un poco, sesapinas una capa de barro debajo de la de polvo, pero incluso algo así es apenas un mero contratiempo. Hay soldados enemigos por los porches y las puertas de las casas que antes estaban vacías. Te miran, y la ceniza sin asentar que hay debajo de los tejados llega hasta media altura de las paredes en la mayoría de las casas. Tienen que excavar para dejar a la vista las ventanas. Los soldados tienen apariencia de... personas, porque no llevan uniformes, pero comparten algo que los hace parecer soldados: todos son sanzeditos o de una apariencia muy similar a los sanzeditos. Entre las ropas cubiertas de ceniza ves esas telas más bonitas, delicadas y coloridas que llevan atadas en la parte baja de los hombros, las muñecas o la frente. Ya no son habitantes de las Ecuatoriales sin un sitio al que ir: han encontrado una comu. Algo más antiguo y más primigenio que una comu: pertenecen a una tribu. Y han venido a llevarse lo que es tuyo.

Pero, quitando eso, no son más que personas. Muchos son de tu edad, o mayores. Supones que muchos serán Lomocurtido que sobran o comubundos que intentan demostrar que son válidos. Hay unos pocos hombres más que mujeres. Es lógico, ya que la mayoría de comus expulsan antes a aquellos que no pueden engendrar bebés. No obstante, a juzgar por las cifras queda claro que en Rennanis sobran las mujeres capaces de tener descendencia. Es una comu fuerte.

Te siguen con la mirada mientras caminas por la calle principal de Alto-Castrima. Sabes que llamas la atención, pues tu piel no está cubierta de ceniza, y tienes el pelo limpio y las ropas de colores lustrosos. Solo llevas unos pantalones marrones de cuero y una camisa blanca algo sucia, pero esos colores escasean en este mundo de calles grises, árboles marchitos grises y cielos grises y encapotados. También eres la única medlatina que ves. Eres muy baja en comparación con la mayoría.

No importa. A tu espalda flota la espinela, a treinta centímetros exactos de tu nuca, rotando muy despacio. No es cosa tuya que lo haga. En realidad, no sabes por qué lo hace. Solo para cuando la sostienes. Has intentado que se esté quieta en un lugar, pero siempre vuelve a flotar y se pone detrás de ti, tal y como hace ahora. Vaya, deberías haberle preguntado a Alabastro cómo controlarla antes de matarlo. Ahora titila un poco, oscila entre el color opaco y ese translúcido tan irreal y oyes, no sesapinas sino que oyes, el zumbido quedo de las energías de su interior mientras rota. Ves la cara que pone la gente cuando se da cuenta. Tal vez no sepan lo que es, pero sí son capaces de distinguir algo peligroso cuando lo oyen.

El centro de Alto-Castrima es un pabellón abierto y abovedado que Ykka te dijo hace tiempo que era el centro de reuniones de la comu, que se usaba para los bailes nupciales, las fiestas y las pocas reuniones multitudinarias. Ahora se ha convertido en una especie de centro de operaciones, o eso es lo que te parece mientras caminas hacia allí. Encuentras una multitud de hombres y mujeres en pie, acucillados o sentados; pero hay un grupo dispuesto alrededor de una mesa que antes no estaba ahí. Cuando te acercas lo suficiente, ves que discuten delante de un diagrama muy burdo de Castrima y un mapa de la zona. Te preocupas al ver que han marcado uno de los conductos de ventilación, el que se encuentra detrás de una pequeña catarata del río cercano. Puede que, en el afán por encontrarlo, hayan perdido a uno o dos exploradores: las orillas de los ríos están infestadas de nidos de burbubajos. Da igual, lo importante es que lo han encontrado, y eso es muy malo.

Tres de los que discuten sobre los mapas levantan la cabeza y te miran cuando te acercas. Uno de ellos golpea con el hombro a otro, que se gira y llama la atención de otro más mientras tú te adentras en el pabellón y te detienes a unos metros de la mesa. La mujer que se pone en pie y se frota la

cara mientras se dirige hacia los demás no parece muy impresionante. Tiene el pelo corto, por encima de las orejas y cortado a cuchillo. La hace parecer más baja, lo cual resulta difícil. Su torso no se diferencia demasiado de un barrilete: no tiene mucho pecho, pero sí una ligera barriga que parece haber gestado algún niño, y también unas piernas como columnas de basalto. Nada la diferencia de los demás, la faja que la distingue como miembro de la tribu es poco más que un pañuelo de un amarillo desteñido que le cuelga al cuello. Pero el aire adusto de su mirada soñolienta hace que te fijes en ella.

—¿Castrima? —te pregunta a modo de saludo. Es lo único relativo a ti que le importa de verdad.

Asientes.

—Respondo por ellos.

Apoya las manos en la mesa y asiente.

—Entonces os ha llegado nuestro mensaje.

Desvía la mirada hacia la espinela que flota detrás de ti y algo cambia en su expresión. Lo que distingues no es odio, pues el odio requiere emociones. Lo que acaba de ocurrir es que la mujer se ha dado cuenta de que eres una orograta y decretado que no eres una persona. La indiferencia es peor que el odio.

Bueno. No puedes responderle con la misma indiferencia, porque tú no puedes evitar verla como una persona. Que sea con odio, entonces. Lo más interesante de todo es que, de alguna manera, sabe lo que es la espinela y lo que significa. Muy interesante.

—No nos vamos a unir a vosotros —dices—. Si queréis luchar, que así sea.

Ladea la cabeza. Uno de sus tenientes suelta una risilla y se tapa la boca. Al momento, otro lo mira fijamente para que guarde silencio. Te gusta que lo haya hecho callar. Es respetuoso para tus capacidades, o para ti, además de

para Castrima, aunque crean que no tenéis la menor posibilidad. Lo cual es más que probable.

—Os habréis dado cuenta de que ni siquiera nos hace falta atacaros —dice la mujer—. Nos basta con quedarnos aquí sentados y matar a todo el que salga a cazar o a comerciar. Terminaréis por morir de hambre.

Te las apañas para no reaccionar a su discurso.

—Tenemos un poco de carne. Llevará un tiempo, al menos meses, hasta que el déficit de vitaminas se convierta en un problema. Por lo demás, nuestras reservas son copiosas. —Te obligas a encogerte de hombros—. Y hay otras comunidades que se las han apañado para sobrevivir a pesar de la escasez de carne.

La mujer te dedica una sonrisa. No tiene los dientes afilados, pero por un instante te da la impresión de que sus colmillos son más largos de lo que deberían. Quizá solo sea una impresión.

—Cierto, si os gusta. Por eso estamos tratando de encontrar vuestros conductos. —Toca el mapa—. Los cerraremos para asfixiaros hasta que estéis débiles, y luego destruiremos esas barreras que habéis colocado en los túneles y entraremos. Vivir bajo tierra es una estupidez cuando ya os han descubierto. Os convierte en un objetivo más vulnerable, no en uno más difícil.

Es cierto, pero niegas con la cabeza.

—Podemos apañarnos para ser difíciles si nos presionáis. Pero Castrima no es rica, y nuestros abastos son iguales que los de cualquier otra comu, a pesar de que estamos rodeados de orogratas. —Haces una pausa dramática. La mujer no se estremece, pero notas movimiento entre los demás que se encuentran en el pabellón. Bien. Eso significa que los has hecho pensar—. Hay muchos más lugares que atacar ahí fuera. ¿Por qué nos molestáis?

Sabes la razón. Es porque Hombre Gris anda detrás de los orogenes

capaces de abrir el Portal de los Obeliscos, pero no crees que sea lo que les ha contado. ¿Por qué motivo querría una comu fuerte y estable de las Ecuatoriales convertirse en una comu de conquistadores? Un momento: imposible. No puede ser estable. Rennanis se encuentra bastante cerca de la Hendidura. Aunque los responsables de los nódulos de la zona siguieran vivos, vivir en una comu así sería muy difícil. Habría fugas diarias de gases tóxicos. La lluvia de ceniza sería mucho peor que aquí, y la gente tendría que llevar máscara a todas horas. Lo peor llegaría en caso de lluvia, pues esta sería ácido puro; aunque, con el calor y la ceniza de la Hendidura tan cerca, quizá ni llovería. Y tal vez ni siquiera contarán con ganado, por lo que también deberían hacer frente a la escasez de carne.

—Porque este es el precio que hay que pagar por la supervivencia — responde la mujer, para tu sorpresa. Se yergue y cruza los brazos—. En Rennanis hay demasiada gente para pocos suministros. Todos los supervivientes del resto de comus de las Ecuatoriales han acampado a nuestras puertas. Si no hacíamos esto, la alternativa era enfrentarnos a un exceso de comubundos en nuestra zona. Darles armas para que se alimentasen por su cuenta y llevar a casa lo que quedara. Sabes que una Estación así no va a terminar nunca.

—Terminará.

—Lo hará, dentro de mucho tiempo. —Se encoge de hombros—. Nuestros mestros han calculado que, si cultivamos las setas suficientes y ejercemos un control muy estricto de la población, quizá podríamos sobrevivir hasta que termine la Estación. Obrando de esta manera tenemos más posibilidades que saqueando los abastos del resto de comus con que nos encontremos, de modo que...

No puedes evitar poner los ojos en blanco.

—¿Crees que el pan de los abastos va a durar miles de años?

O dos. O diez. Para luego tener que sobrevivir a una era glacial de cientos de miles de años.

Hace una pausa mientras terminas.

—... por lo que vamos a crear un circuito de suministros renovables en varias comus. Necesitamos algunas comus de las Costeras con recursos oceánicos, y también vendrían bien varias de las Antárticas con plantas que sobrevivan con poca luz. —Hace una pausa, también dramática—. Pero los medlatinos coméis demasiado.

Pues sí.

—Y por eso estáis aquí para borraros del mapa. —Niegas con la cabeza—. ¿Por qué no empezasteis por ahí? ¿Por qué esa tontería de querer eliminar a los orogenes?

Alguien que no se encuentra en el pabellón grita:

—¡Danel!

La mujer levanta la mirada y asiente, sin prestar mucha atención. Al parecer es su nombre.

—Siempre cabe la posibilidad de que os enfrentéis entre vosotros. Entonces nos bastará con entrar y apropiarnos de los restos. —Niega con la cabeza—. Pero se ve que queréis ponernos las cosas difíciles.

El zumbido quedo y constante que notas de improviso en las glándulas sesapinales es una advertencia mucho más obvia que un grito.

Cuando lo sesapinas ya es demasiado tarde, porque estás al alcance de la habilidad del Guardián para anular tu orogenia. Te das la vuelta a trompicones al tiempo que empiezas a hacer girar un toro enorme que sería capaz de congelar en un instante toda esa herrumbrosa ciudad y, como esperabas que te lo anularan y no habías creado otro toro para protegerte, un cuchillo de disrupción se te clava en el brazo derecho.

Recuerdas que Alabastro había dicho que estos cuchillos eran muy

dolorosos. Es pequeño, está fabricado como un arma a distancia y debería doler, porque se ha clavado a mucha profundidad en tu bíceps y tal vez haya tocado hueso. Pero lo que Alabastro no te dijo, y eso hace que te enfades muchísimo con él, ese estúpido y rumbriente inútil, a pesar de que lleva horas muerto, es que esos cuchillos tienen algo que hace que arda todo tu sistema nervioso. El fuego es aún más abrasador e incandescente en tus glándulas sesapinales, aunque estén lejos de tu brazo. Duele tanto que sufres espasmos en todos los músculos al mismo tiempo. Te caes de costado y ni siquiera puedes gritar. Te quedas tumbada mientras te retuerces y miras a la mujer, que transita entre un grupo de soldados de Rennanis, se acerca y te sonrío desde arriba. Para tu sorpresa, es muy joven, o eso parece. Pero las apariencias son lo de menos, porque es una Guardiania. Está desnuda de cintura para arriba y tiene una piel muy oscura que destaca entre tanto sanzedino. Los pechos muy pequeños, cubiertos casi por completo por la areola, te recuerdan a la última vez que estuviste embarazada. Pensabas que tus tetas nunca encogerían de nuevo después de haber tenido a Uche... También te preguntas si dolerá mucho cuando recuerdas la manera en que destrozaron a Innon.

Todo se vuelve negro. Al principio no sabes qué ha ocurrido. ¿Estás muerta? ¿Tan rápido? Todo sigue ardiendo y crees que estás intentando gritar, pero en ese momento notas algo diferente. Movimiento. Rápido. Algo parecido al viento. El roce de moléculas extrañas contra los receptores infinitesimales de tu piel. Es algo... que te proporciona una paz muy extraña. Casi olvidas el dolor.

Luego notas una luz que te deslumbra a través de los párpados. No habías reparado en que tenías los ojos cerrados. No puedes abrirlos. Oyes cómo alguien suelta improperios cerca de ti, se acerca aún más y te empuja hacia abajo con las manos. Eso te hace sucumbir al pánico, porque no puedes usar

tu orogenia con los nervios tan sobrecargados como los tienes. Pero entonces alguien te arranca el cuchillo del brazo.

Lo notas como si alguien hubiera apagado una alarma de terremotos que resonaba en tu interior. Te desplomas, relajada, y notas un dolor más llevadero que te permite abrir los ojos y controlar de nuevo los músculos voluntarios.

Ves a Lerna. Estás en el suelo de su apartamento y la luz proviene del cristal de las paredes. Tiene el cuchillo en la mano y te mira desde arriba. Detrás de él, ves a Hoa en una postura suplicante que debe de haber usado con Lerna. Mueve los ojos hacia ti, aunque no se molesta en cambiar de postura.

—Por los fuegos herrumbrosos —gruñes en un suspiro. Luego, como supones qué es lo que acaba de ocurrir, añades—: Gracias.

Se lo dices a Hoa. Es el que te metió en la tierra antes de que la Guardiania acabara contigo. No pensaste que llegarías a agradecerle algo así.

Lerna suelta el cuchillo y se da la vuelta para ir a por vendas. No sangras mucho, ya que el cuchillo penetró en vertical y en paralelo en lugar de cortar tendones, y tampoco parece haber afectado a la arteria. Es difícil saber a ciencia cierta lo que ha ocurrido cuando te tiemblan tanto las manos y sigues inquieta y conmocionada. Pero ves que Lerna no se mueve a esa velocidad casi inhumana a la que suele desplazarse cuando hay una vida en juego, por lo que te tranquilizas un poco.

De espaldas a ti mientras prepara sus cosas, Lerna dice:

—Doy por hecho que tu intento de negociar no ha ido bien.

Las cosas entre vosotros no han ido demasiado bien últimamente. Él ha dejado claro que está interesado por ti, pero tú no le has respondido. Tampoco lo has rechazado; de ahí que la situación sea tan extraña. En un momento dado, hace unas semanas, Alabastro te dijo que deberías darte un

revolcón con el chico de una vez, porque estar cachonda te pone más gruñona. Le dijiste que era un estúpido y cambiaste de tema. Pero Alabastro ha conseguido que no dejes de pensar en el asunto.

Y tampoco puedes dejar de pensar en Alabastro. ¿Sientes pena? Lo odiabas, lo querías, lo echaste de menos durante años, te obligaste a olvidarlo, volviste a encontrarlo, lo volviste a querer, lo mataste. Tu pena no es como la que sientes por Uche, Corindón o Innon. Más bien se parece a una herida en el alma que no deja de sangrar. La pérdida de Alabastro es más bien... como si hubieras perdido una parte de ti.

Y quizá no sea el mejor momento para reflexionar sobre lo catastróficas que resultan tus relaciones amorosas.

—No —respondes. Te quitas la chaqueta. Debajo llevas una camisa sin mangas adecuada para la temperatura de Castrima. Lerna se da la vuelta, se agacha y empieza a enjugarte la sangre con unas gasas de tela suave—. Tenías razón. No debería haber subido. Tienen una Guardiania.

Lerna te mira a los ojos y luego vuelve a concentrarse en la herida.

—He oído que pueden detener la orogenia.

—Esta no tuvo que hacerlo. Ese maldito cuchillo lo hizo en su lugar.

También crees que sabes por qué, ya que recuerdas lo que le pasó a Innon. El Guardián que lo atacó a él no anuló la orogenia. Quizá lo de la piel solo funciona en los orogratas que tienen activa la orogenia, y ella quería matarte de la misma manera. Lerna ya tiene los dientes apretados y quizá no necesite saberlo.

—No sabía nada de la Guardiania —dice Hoa de improviso—. Lo siento.

Lo miras.

—Yo tampoco esperaba que los come piedras fueran omniscientes.

—Dije que te protegería. —Su voz suena más apática, ahora que ya no tiene forma humana. O quizá tenga la misma voz, pero tú la oigas más apática

porque no usa lenguaje corporal alguno para acompañarla. A pesar de todo, parece... enfadado. Con él mismo, quizá.

—Eso dijiste. —Pones una mueca de dolor cuando Lerna empieza a envolver tu brazo con una venda y aprieta mucho. No te ha cosido. Algo es algo—. No es que yo quisiera que me arrastraran dentro de la tierra, pero has llegado en el mejor momento.

—Estabas herida.

Sí, está claro que está enfadado consigo mismo. Es la primera vez que le oyes el mismo tono que cuando era ese niño que parecía ser. ¿Será joven para los suyos? ¿Joven de espíritu? Quizá tan solo sea que es tan directo y sincero que suena así de joven.

—He sobrevivido. Eso es lo que importa.

Hoa se queda en silencio. Lerna trabaja también en silencio. No puedes evitar que el descontento que ambos exhuman por los poros te haga sentir un poco culpable.

Más tarde, dejas el apartamento de Lerna y te diriges hacia Cima Llana, donde Ykka ha montado su propio centro de operaciones. Alguien se ha encargado de llevar el resto de divanes que había en su apartamento, y ella los ha colocado formando un tosco semicírculo para realizar el concilio al aire libre. Prueba de ello es que Hjarka tiene las piernas estiradas sobre uno de los divanes, como suele hacer en las reuniones, la cabeza apoyada en un puño y se ha cogido uno de ellos por completo para que nadie más pueda sentarse. Tonkee camina de un lado a otro del semicírculo. Hay más personas alrededor, gente nerviosa o aburrida que ha traído sus propias sillas o está sentada en el duro suelo de cristal, aunque no son tantos como esperabas. Cuando te dirigías hacia Cima Llana te diste cuenta de que había mucha actividad en la comu: preparando flechas en una de las estancias por la que pasaste, fabricando ballestas en otra, un hombre joven y alto enseñaba a unas

treinta personas cómo realizar un ataque en la superficie o bajo tierra. En el Mirador Pintoresco ves a algunos Innovadores preparando lo que parecen ser trampas con rocas.

Los espectadores levantan la cabeza cuando Lerna y tú entráis en Cima Llana, qué gracia. Todo el mundo estaba enterado de que te habías ofrecido voluntaria para ir a la superficie y dar una respuesta al ofrecimiento de Rennanis. En parte, lo hiciste para demostrarle a todo el mundo que no te estabas haciendo con el control de la comu, que Ykka seguía al cargo. Pero la gente pareció tomárselo como una prueba de que tal vez estuvieras loca y de que tenían la suerte de que estuvieras de su parte. ¡Sus ojos estaban llenos de esperanza! Una esperanza que se apaga rápido cuando ven que has vuelto y que tienes una venda ensangrentada alrededor del brazo.

Tonkee no deja de quejarse por algo. Hasta ella está preparada para la batalla y se ha quitado la falda para ponerse unos pantalones bombachos muy holgados, se ha recogido el pelo en una maraña de rizos encima de la cabeza y atado dos cuchillos de cristal en ambos muslos. La verdad es que tiene un aspecto impresionante. Luego prestas atención a lo que dice:

—Debemos tener muchísimo cuidado con la tercera oleada. La presión es la que los hace estallar, ¿vale? Una diferencia de temperatura debería crear una corriente de aire y una bajada de presión suficientes. Pero tiene que ser muy rápido. Y sin temblores. Vamos a perder el bosque pase lo que pase, pero los temblores harán que se oculten en la tierra. Necesitamos que se muevan.

—Yo puedo encargarme —dice Ykka, aunque parece atribulada—. De una parte, al menos.

—No, hay que hacerlo todo a la vez. —Tonkee se queda en silencio y la mira—. Por el óxido, eso no es negociable.

Luego te mira y se queda en silencio. Se fija de inmediato en la venda que

te rodea el brazo.

Ykka se gira y pone cara de sorprendida.

—Vaya.

Niegas con la cabeza, cansada.

—Reconozco que merecía la pena intentarlo. Ahora ya sabemos que no se puede razonar con ellos.

Luego te sientas y la gente que hay en Cima Llana guarda silencio mientras compartes con ellos todo lo que averiguaste en tu viaje a la superficie. Que hay un ejército formado por las personas que les sobraban ocupando las casas, que tienen a una general que se llama Danel y que también hay una Guardiania. Además, añades lo que tú ya sabías: que tienen come Piedras y que cuentan con una ciudad en algún lugar de las Ecuatoriales. La cosa no pinta nada bien, pero lo más alarmante es lo que no sabes.

—¿Cómo sabían que tenemos escasez de carne? —La pregunta sobre la revelación del come Piedras gris no va dirigida a Ykka, al menos no en aquellos momentos, aunque todo el mundo sabe que Ykka era la que les ocultaba la información relativa a los suministros. Se supone que las líderes tienen que tomar ese tipo de decisiones—. ¿Cómo han encontrado los herrumbrosos conductos?

—Con la gente suficiente, no es difícil ponerse a buscar y... —empiezas a decir hasta que Ykka te interrumpe.

—Sí que lo es. Hemos usado esta geoda de una forma u otra desde hace cincuenta años. También conocemos el territorio, y nos llevó mucho tiempo encontrar los conductos. Uno de ellos se encuentra en un maldito lodazal cenagoso, siguiendo el curso del río. Está lejos, apesta a muerto y a veces se prende fuego. —Se inclina hacia delante en el asiento, apoya los codos en las rodillas y suspira—. ¿Cómo se enteraron de que estábamos justo aquí? Incluso la gente con la que comerciamos solo ha visto Alto-Castrima.

—Quizá también cuenten con orogenes —aventura Lerna. Después de varias semanas escuchándolo decir «orogratas», oírle decir «orogenes» de manera tan educada te suena muy forzado y artificial—. Podrían haber...

—No —interrumpe Ykka. Luego te mira—. Castrima es enorme. Cuando estabas por la zona, ¿te diste cuenta de que había un agujero gigante en el suelo? —Parpadeas, sorprendida. La mujer asiente antes de oír tu respuesta, como si tu expresión lo hubiera dicho todo—. Deberías, sí, pero hay algo en este lugar que... No sé. Que repele la orogenia. Cuando estás en el interior es todo lo contrario; eso sí, la geoda se alimenta de nosotros para extraer energía. Pero la próxima vez que estés en el exterior y, claro está, no estén a punto de asesinarte, intenta sesapinar este lugar. Verás que tengo razón. —Niega con la cabeza—. Aunque tengan orogratas bajo su control, no deberían haber sabido que estábamos aquí.

Sin dejar de murmurar, Hjarka suspira y rueda para tumbarse de costado. Tonkee le enseña los dientes, costumbre que le ha copiado a la mujer.

—Eso es irrelevante —espeta.

—Porque no quieres afrontarlo, chica —dice Hjarka—. Eso no quiere decir que esté equivocada. Te gustan las cosas fáciles, pero la vida no es fácil.

—Y a ti te gustan las cosas muy difíciles.

—Pues a Ykka lo que le gusta es que le expliquen las cosas —interrumpe Ykka, con énfasis.

Tonkee duda, pero Hjarka suspira y dice:

—No es la primera vez que creo que podría haber un espía en la comu.

Vaya, por el óxido. La gente que escucha empieza a murmurar y se agita de inmediato. Lerna mira a Hjarka y dice:

—Eso carece de sentido. Ninguno de nosotros tiene motivos para traicionar al pueblo de Castrima. Ninguno de los aquí presentes tenía otro sitio al que ir.

—Eso no es cierto. —Hjarka rueda y se incorpora sentada, con una sonrisa

en la cara y enseñando los dientes—. Yo podría haber ido a la comu en la que nació mi madre. Allí era Líder antes de que se marchara a la comu en la que nací yo. Quería ser la jefa, pero había mucha competencia. Me marché de mi comu porque no quería ser la jefa que la sucediera. Esa comu estaba llena de estúpidos. Pero no tenía manera de saber que me iba a pasar mi inútil existencia viviendo en un agujero en el suelo.

Mira a Ykka.

Ykka da un suspiro largo y apenado.

—No me puedo creer que sigas enfadada conmigo por no haberte abandonado a la ceniza. Te dije que necesitaba ayuda.

—Cierto. Pero es lo que digo: no me habría quedado si no me lo hubieras pedido en ese momento.

—¿Te habrías ido a una comu superpoblada de las Ecuatoriales empecinada, en sus delirios de grandeza, por convertirse en la nueva Antigua Sanze? —pregunta Lerna con el ceño fruncido.

—No —Hjarka se encoge de hombros—. Ahora me gusta vivir aquí, pero lo que quiero decir es que tal vez alguien prefiera Rennanis lo suficiente como para vendernos a cambio de un lugar en la comu.

—¡Tenemos que encontrar al espía! —grita alguien cerca del puente de cuerda.

—No —dices de inmediato con brusquedad. Es tu voz de profesora, que hace que todos den un respingo y te miren—. Danel me dijo que esperaba que Castrima se destruyera a sí misma. No vamos a empezar una caza de orogratas en la comu.

Lo que acabas de decir tiene doble sentido, pero no intentabas ser ingeniosa. Sabes muy bien que tu voz de profesora no es la única razón por la que todo el mundo se te ha quedado mirando con una intranquilidad muy

evidente. La espinela aún flota a tu espalda, después de haberte seguido desde la superficie.

Ykka se frota los ojos.

—Tienes que dejar de amenazar a la gente, Essie. Sé que creciste en el Fulcro y no lo tuviste fácil, pero no es el comportamiento más acertado cuando se forma parte de una comunidad.

Parpadeas. Ha conseguido desconcertarte y ofenderte a partes iguales. Pero... tiene razón. Las comus sobreviven gracias a un equilibrio muy frágil entre la confianza y el miedo. Tu impaciencia hace que la situación se desequilibre demasiado.

—Cierto —concedes. Todos se relajan un poco al ver que Ykka es capaz de razonar contigo y hasta se oye alguna que otra risilla nerviosa—. Pero no creo que sea el momento para discutir si tenemos o no un espía. Si lo hay, Rennanis sabrá lo mismo que nosotros. En tal caso, lo único que podemos hacer es urdir un plan que no sean capaces de anticipar.

Tonkee te señala y luego mira a Hjarka con un gesto que denota un claro «te lo dije».

Hjarka se inclina hacia delante, aún sentada, pone una mano en la rodilla y os taladra a todos con la mirada. No suele discutir, eso era más bien cosa de Cutter, pero ves que está decidida y aprieta los dientes.

—Sí que importa si ese herrumbroso espía sigue aquí. Va a ser complicado anticiparnos a nada si...

La conmoción empieza en el Mirador Pintoresco. Es difícil verla desde Cima Llana, pero alguien viene gritando en busca de Ykka. La líder se pone en pie de improviso y se encamina en esa dirección, pero la pequeña silueta de uno de los niños de la comu que trabaja como mensajero se cruza con ella antes siquiera de que haya llegado al puente principal que sale de Cima Llana.

—¡Un mensaje de los túneles de la parte superior! —viene gritando el niño antes de detenerse—. ¡Los renanienses están usando almádenas!

Ykka mira a Tonkee. Tonkee asiente con brusquedad.

—Morat dijo que las cargas ya estaban colocadas.

—Un momento, ¿qué? —preguntas.

Ykka no te presta atención. Luego le ordena al niño:

—Diles que se retiren y sigan con el plan. Venga.

El chico se da la vuelta y sale corriendo, aunque se detiene en un punto desde el que se ve bien el Mirador Pintoresco, levanta un brazo, cierra el puño y luego abre y extiende los dedos. Cuando envía la señal, se oyen por toda la comu una serie de silbidos y varios grupos de personas se reúnen para luego dirigirse hacia los túneles. Reconoces a algunos: Lomocurtido e Innovadores. No tienes ni idea de lo que ocurre.

Ykka parece muy calmada cuando se vuelve hacia ti.

—Vamos a necesitar tu ayuda —susurra—. Que usen almádenas es buena señal: quiere decir que no tienen orogratas. Aunque derrumbar los túneles solo los detendrá durante un tiempo si están decididos a bajar. Y tampoco es que la idea de quedarnos atrapados me guste demasiado. ¿Nos ayudarás a construir un túnel para salir?

Te retiras un poco, afectada. ¿Derribar los túneles? Claro, es la única estrategia que tiene sentido. Castrima no puede enfrentarse a un ejército que la supera en número, armas, aliados, come piedras y Guardianes.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Huir?

Ykka se encoge de hombros. Ahora entiendes que se muestre tan abatida. No solo tiene que lidiar con el hecho de que la comu haya estado a punto de enfrentarse a sus propios orogratas, sino también con lo que ocurrirá en el futuro.

—Es una eventualidad. Llevo días disponiendo el traslado de los

suministros más valiosos a las cavernas exteriores. No podemos cargar con todo. Ni con la mayoría de lo que tenemos, de hecho. Pero si nos marchamos y nos escondemos en alguna parte... Antes de que preguntes: hemos encontrado un lugar. Se trata de una caverna de almacenamiento que está a unos pocos kilómetros de aquí. De ese modo, aunque los renanienses entren en la comu, solo encontrarán un lugar oscuro e inútil en el que se asfixiarán si se quedan mucho tiempo. Cogerán lo que puedan, se marcharán y quizá podamos volver cuando hayan terminado.

Y por eso es la líder: mientras que tú te has obcecado con tus problemas, Ykka se ha puesto manos a la obra con todo lo demás. Pero...

—Les bastará con tener un orograta entre ellos para hacer funcionar la geoda. Se la quedarán y nos convertiremos en comubundos.

—Sí. Si el plan de contingencia falla, eso será lo que pase. —Ykka suspira—. Por eso me gustaría probar con el plan de Tonkee.

Hjarka se enfurruña.

—Por el óxido, te he dicho que no quiero ser la líder, Yeek.

Ykka pone los ojos en blanco.

—¿Prefieres ser comubunda? Apechuga.

Sigues la conversación con la cabeza, muy desconcertada.

Tonkee suspira, frustrada, pero se obliga a explicártelo.

—Orogenia controlada —dice—. Estallidos constantes y lentos de frío en la superficie, de manera concéntrica alrededor de la zona, pero cada vez más cerca y centrados en la comu. Así conseguiremos estimular a los burbubajos para que formen un enjambre. Los demás Innovadores estudian su conducta desde hace semanas. —Hace un movimiento rápido con un dedo, de manera inconsciente quizá, como si desacreditara la investigación—. Debería funcionar, pero alguien con la precisión y la resistencia necesarias tiene que

hacerlo rápido. De lo contrario, los bichos se meterán en la tierra para hibernar.

Y entonces lo comprendes. Es algo monstruoso, pero sí que podría salvar Castrima. Aun así... Miras a Ykka. Esta se encoge de hombros, pero crees notar algo de tensión en sus movimientos.

Nunca has entendido cómo Ykka hace lo que hace con la orogenia. Es una feral. En teoría, tiene la capacidad para hacer lo mismo que tú: un autodidacta muy dedicado sería capaz de dominar los fundamentos para luego empezar a refinarlos. Pero la mayoría de los orogratas autodidactas... no lo hacen. Has sesapinado a Ykka cuando usa sus habilidades y es obvio que en el Fulcro ya tendría anillos, aunque solo dos o tres. Es capaz de mover una roca, pero no un guijarro.

Aun así. De alguna forma ha sido capaz de atraer a Castrima a todos los orogratas en un radio de cientos de kilómetros. Por no mencionar lo que le hizo a Cutter, fuera lo que fuera. Posee una firmeza, una fuerza estable y resolutiva que no eres capaz de explicar ni aunque la hayas visto, lo que te hace dudar de que le sirviera de algo la ayuda del Fulcro. Un bi o trianillado no sesapina de esa forma.

Pero la orogenia es lo que es, y las glándulas sesapinales son lo que son. El cuerpo tiene sus límites.

—El ejército cubre Alto-Castrima y la cuenca del bosque —dices—. Te desmayarás antes de que puedas congelar la mitad de un círculo de ese tamaño.

—Quizá.

—¡Sin duda!

Ykka pone los ojos en blanco.

—Por el óxido, sé lo que estoy haciendo porque ya lo he hecho antes. Conozco una forma de hacerlo. Hay que... —No encuentra palabras. Decides,

si conseguís sobrevivir, que los orogratas de Castrima deberían empezar a inventar palabras para describir lo que hacen. Ykka suspira frustrada, como si oyera tus pensamientos—. ¿Puede que sea algo del Fulcro? Cuando corres con otros orogratas, ¿mantienes a todos al mismo ritmo, te conectas a las habilidades del menos poderoso, pero luego usas la resistencia del mejor...?

Parpadeas... Y luego un escalofrío te recorre el cuerpo.

—Por las montañas de óxido y los fuegos de la Tierra. Sabes cómo... —Alabastro te lo hizo dos veces, hace mucho tiempo: una para sellar un punto caliente y la otra para evitar que lo envenenaran—. Escalabilidad en paralelo.

—¿Así lo llamáis? Sea como sea, cuando formas un grupo para trabajar en paralelo es como... como una malla. Podía hacerlo con Cutter y con Temell... Bueno, también puedo hacerlo ahora. Usaré a otros orogratas. Hasta los niños pueden ayudarme. —Suspira. Ya sabes qué viene a continuación—. El problema es que la persona que nos mantenía a todos unidos... —El yugo, piensas, recordando la conversación acalorada que tuviste hace mucho tiempo con Alabastro—. Esa persona es la que se consume primero. Recibe... sufre la fricción de todos los demás. Tiene que hacerlo. De lo contrario, el resto de integrantes de la red se anulan los unos a los otros y no pasa nada.

Se consume. Muere.

—Ykka.

Eres cientos de veces más precisa y más habilidosa que ella. Puedes usar los obeliscos.

La mujer niega con la cabeza, desconcertada.

—¿Has... usado una malla con alguien antes? Te he dicho que requiere práctica. Y tienes otra cosa que hacer. —Te mira con gesto determinado—. He oído que tu amigo ha estirado la pata en la enfermería. ¿Le dio tiempo a enseñarte todo lo que tenía que enseñarte?

Apartas la mirada y notas un sabor agrio en la boca, porque no hay prueba

mejor de tu dominio individual de los obeliscos que el hecho de que lo has matado con uno. Pero aún no eres capaz de llegar a comprender cómo abrir el Portal. No sabes cómo utilizar varios obeliscos al mismo tiempo.

«Primero una red y luego el Portal. No lo mandes todo a tomar por óxido, Essun.»

Vaya, por la Tierra. Menudos estúpidos estáis hechos. Es un insulto dirigido a Alabastro, pero te incluyes en él.

—Enséñame cómo formar una... malla contigo —le espetas a Ykka. Una red.

Frunce el ceño.

—Te acabo de preguntar...

—¡Eso es lo que él quería que hiciera! Por el maldito óxido descascarillado. —Te das la vuelta y empiezas a deambular por el lugar, nerviosa, aterrorizada y furiosa. Todos te miran—. No se refería a unificar la orogenia, sino a crear una red... —Todas las veces que te hizo estudiar los hilos mágicos de su cuerpo y del tuyo para que sintieras cómo fluyen y se conectan—. Pero claro, no podía decirme cómo hacerlo, por el óxido. ¿Cómo iba a hacer algo tan sensato?

—Essun. —Tonkee te mira por el rabillo del ojo con gesto preocupado—. Estás empezando a parecerte a mí.

El comentario te hace reír, y no creías que pudieras volver a hacerlo después de lo que le hiciste a Bastro.

—Alabastro —dices—. El hombre de la enfermería. Mi amigo. Era un orogén decanillado. También es el hombre que fracturó el continente, al norte.

Se oyen muchos murmullos cuando lo dices. Tlino, el panadero, dice:

—¿Un orograta del Fulcro? ¿Era del Fulcro e hizo algo así?

No le prestas atención.

—Tenía sus razones. —La venganza y la posibilidad de crear un mundo en el que Corin pudiera haber sobrevivido, aunque ya no esté vivo. ¿Deberías contarles también lo de la Luna? No, no hay tiempo, y los confundiría demasiado, los dejaría igual de confundidos que tú—. Hasta ahora, no había entendido cómo lo había hecho. «Primero una red y luego el Portal.» Tengo que aprender a hacer lo que estás a punto de hacer, Ykka. No puedes morir sin enseñármelo.

Algo agita el ambiente. Es algo tenue, con una energía similar a la de un terremoto, y delimitado. Ykka, tú y el resto de orogratas de Cima Llana os dais la vuelta de improviso y miráis hacia arriba, hacia el lugar en el que se encuentra. Alguien ha activado una de las pequeñas cargas y derrumbado uno de los túneles de salida de Castrima. Poco después se oyen varios gritos que provienen del Mirador Pintoresco. Miras hacia allí. Hay un grupo de Lomocurtido, los mismos que protegían el túnel de la entrada principal cuando subiste a hablar con Danel y los renanienses, que llegan al trote y se detienen, agotados, con gesto desesperado y cubiertos de polvo. Han derrumbado el túnel y salido corriendo.

Ykka agita la cabeza y dice:

—Vamos a ponernos con el túnel de escape. Esperemos no matarnos entre nosotros mientras trabajamos.

Te indica con un gesto que la sigas, y juntas camináis al trote hacia el extremo opuesto de la geoda. Lo hacéis por acuerdo tácito, ambas sabéis por instinto dónde se encuentra el mejor punto para romper la geoda. Atravesáis dos plataformas y dos puentes para llegar a la pared del otro lado de la geoda, que se encuentra detrás de un grupo de cristales cortos y gruesos demasiado pequeños para albergar apartamentos. Bien.

Ykka levanta las manos y hace con ellas una forma rectangular que te deja sumida en la confusión hasta que sesapinas la intensa energía de su orogenia,

que perfora la pared de la geoda en cuatro puntos. Es fascinante. La has observado antes practicar la orogenia, pero esta es la primera vez que intenta usar la precisión. Y... no tiene nada que ver con lo que esperabas. Tal vez no sea capaz de mover un guijarro, pero puede delinear las esquinas y las rectas con tanta precisión que el resultado final parece realizado con una máquina. Lo ha hecho mucho mejor que tú. Y entonces reparas en algo: quizá no fuera capaz de mover un guijarro porque ¿quién necesita mover un herrumbroso guijarro? Esa es la forma en que el Fulcro pone a prueba la precisión. Ykka se limita a ser precisa con las cosas que requieren precisión. Quizás haya fallado tus pruebas porque lo que estaba equivocado era la prueba en sí.

Hace una pausa y sesapinas cómo su «mano» se extiende hacia ti. Estás en pie sobre una plataforma que rodea a un cristal demasiado estrecho como para albergar un apartamento, pero en el que hay almacenes y un pequeño cuarto de herramientas. Está casi recién hecho, por lo que la barandilla es de madera y no te atreves a confiarle tu vida. No obstante, te agarras a ella, cierras los ojos y, con tu orogenia, aceptas la conexión que te ofrece Ykka.

La mujer te sujeta. Si no estuvieras acostumbrada a ello gracias a Alabastro, habrías sufrido un ataque de pánico, pero ocurre lo mismo que entonces: la orogenia de Ykka se fusiona con la tuya y la consume de alguna manera. Te relajas y dejas que la mujer asuma el control, porque al momento descubres que eres más fuerte que ella y podrías, o deberías, asumir el control... Pero eres la aprendiz y ella, la profesora. Así que te contienes, porque quieres aprender.

Es como un baile. La orogenia de Ykka es... como un río lleno de torbellinos que se retuerce y fluye en patrones y a ritmos determinados. La tuya es más rápida, más profunda, más espontánea y más poderosa, pero ella la moldea con tanta eficacia que ambas empiezan a fluir al unísono. La tuya se vuelve más lenta y calmada. La de ella, más rápida, como si usara la

profundidad de la tuya para inocularle energía. Abres los ojos por un instante y ves a Ykka apoyada contra la columna de cristal y cayendo hacia el suelo sentada para no tener que prestar atención a su cuerpo mientras se concentra... y luego os encontráis en el interior del sustrato de cristal de la geoda. Estáis al otro lado de su cascarón y excaváis por la roca que la rodea, fluis a lo largo de tracerías de roca fría y antigua. Te desplazas junto a Ykka, con una facilidad pasmosa que te sorprende. Alabastro era más brusco, pero quizá cuando lo intentó contigo por primera vez no estaba acostumbrado a hacerlo. Ykka ya lo ha hecho con los demás y es tan buena profesora como cualquiera de los que has tenido.

Pero...

Pero. ¡Vaya! Ahora lo ves con mucha claridad.

Magia. Hay hilos de magia que se entrelazan en el flujo de Ykka, que respaldan y catalizan su movimiento cuando es más débil que el tuyo, que relajan los puntos de fricción entre vosotras. ¿De dónde viene todo? Lo extrae de la propia roca, lo que también es sorprendente, ya que hasta ese momento no habías reparado en que también hay magia en el interior de las rocas. Pero ahí está, revoloteando entre las partículas infinitesimales de silicio y calcita con la misma facilidad con que lo hacía entre las partículas de la sustancia de piedra que conformaba a Alabastro. Un momento. No. Entre la calcita y la calcita, para ser más exactos, aunque también roza el silicio. Se genera en la calcita que hay en la roca caliza de la piedra. Supones que en algún momento, hace millones o miles de millones de años, toda esta zona se encontraba en el fondo de un océano o quizás era un mar interior, que generaciones de vida marina han nacido y muerto aquí para luego pasar a formar parte del relieve oceánico, formando capas mientras se asentaba. ¿Y qué son esos pedazos de glaciación que ves? No puedes saberlo. No eres una geomestra.

Pero en ese mismo momento llegas a otra conclusión: que la magia deriva

de la propia vida. Que tiene vida, o la tenía, o incluso que estaba vivo en otra era y que ahora se ha convertido en algo diferente del todo. La epifanía hace que algo cambie en tu percepción y

y

y

De improvviso la ves: la red. Es una telaraña de hilos argénteos que se entremezclan en la tierra, permean la roca y hasta el magma de debajo, que se entrelazan, como cuentas que unen bosques, corales fosilizados y yacimientos de petróleo. Hay hilos en el aire, en las redes tejidas por las arañas. Hay hilos en las nubes, aunque son algo más finos y se entrelazan con los seres microscópicos que habitan las gotas de agua. Hay hilos hasta donde alcanza tu percepción, hilos que hasta llegan a rozar las mismísimas estrellas.

Pero los hilos se convierten en algo completamente diferente en el lugar en el que tocan los obeliscos. Los obeliscos que flotan en el mapa de tu conciencia, que de improvviso se ha vuelto muy extenso y cubre kilómetros y kilómetros ahora que no solo percibes con tus glándulas sesapinales, se han convertido en el nexo de unión de millones o billones de hilos. Es la energía que los mantiene a flote. Cada uno de ellos refulge de un color argénteo con latidos titilantes. Aciaga Tierra, los obeliscos se convierten justo en eso cuando adquieren esa forma irreal. Flotan y titilan, pasan de estado sólido a mágico para volver luego a sólido. En otro plano de existencia, resuellas sorprendida por su belleza.

Y luego vuelves a resollar, cuando te acercas y...

El control de Ykka tira de ti y al cabo te das cuenta de que había usado tu energía a pesar de que tú estabas absorta a causa de la epifanía. Hay un nuevo túnel que se inclina hacia arriba a través de capas de roca ígnea y sedimentaria. En el túnel hay una escalera de escalones amplios y de poca altura, que ascienden a pesar de contar con muchos rellanos. No se ha

excavado nada para hacer hueco a los escalones, sino que Ykka ha deformado y apartado la roca, comprimiéndola contra las paredes para formar las escaleras y usar el incremento de densidad para estabilizar el túnel contra el peso de la roca que lo rodea. Pero también se ha detenido por miedo a llegar a la superficie y, en ese momento, te desenmaraña de la red (has vuelto a usar la palabra). Parpadeas, te giras hacia ella y, entonces, lo comprendes.

—Puedes terminar tú —dice Ykka. Se pone en pie en la plataforma y se sacude el polvo del trasero. Tiene aspecto cansado. Intentar modular las fluctuaciones de tu sorpresa debe de haberle arrebatado la energía. No puede encargarse de realizar el trabajo que había decidido hacer. Se consumiría antes de rodear la mitad del valle.

Ahora no tiene por qué hacerlo.

—Tranquila. Yo me encargo.

Ykka se frota los ojos.

—Essie.

Sonríes. Por primera vez, el apodo no te molesta. Luego te vales de lo que te acaba de enseñar: la sujetas igual que Alabastro hizo contigo, y sujetas también a todos los orogratas de la comu. (Cuando lo haces, tiene lugar un estremecimiento colectivo. Están acostumbrados a que lo haga Ykka, pero sabes que el yugo que han sesapinado en esta ocasión es diferente.) Ykka se envara, pero tú no haces nada, te limitas a sostenerla. Ahora estás segura: eres capaz de hacerlo.

Luego te diriges hacia la geoda y te conectas con la espinela. Está detrás de ti, pero eres capaz de sesapinar el instante en que deja de titilar y emite un latido quedo que hace temblar un poco la tierra.

«Lista», te imaginas que dice. Como si hablara.

Los ojos de Ykka se abren de par en par cuando sesapina cómo la reacción del obelisco se... ¿carga?, ¿despierta? Se despierta... la red de orogratas. Es

porque ahora haces lo que Alabastro intentó enseñarte durante seis meses: usar juntas la orogenia y la magia de una manera en que se apoyen y fortalezcan la una a la otra para formar un todo mucho más robusto. Luego la integras en la red de orogenes con un único objetivo, lo que hace que todos juntos tengan mucha más energía que por separado, y la conectas a un obelisco que amplifica la energía de manera exponencial. Es maravilloso.

Alabastro no consiguió enseñártelo porque es como tú: lo entrenaron en el Fulcro y el Fulcro lo limitó. Aprendió a considerar el poder en términos de energía, ecuaciones y formas geométricas. Consiguió dominar la magia por su naturaleza, pero no llegó a entenderla del todo. Tú tampoco la entiendes, ni siquiera ahora. Ykka ha sido siempre la clave, porque es una feral y no la han limitado. Si no hubieras sido tan arrogante...

Bueno. No. No puedes afirmar que Alabastro seguiría vivo. Murió en el momento en que usó el Portal de los Obeliscos para partir el continente a la mitad. Las quemaduras ya lo estaban matando; tú acabaste con él por piedad. Es lo que terminarás por pensar.

Ykka parpadea y frunce el ceño.

—¿Estás bien?

Conoce la magia que hay en tu interior, ha paladeado tu aflicción. Intentas tragar el nudo que se te ha formado en la garganta, con cuidado, sin dejar de resistirte contra el poder contenido que hay en tu interior.

—Sí —mientes.

La mirada de Ykka denota que sabe lo que piensas. Suspira.

—Pues... si salimos de esta, que sepas que tengo una reserva de seredis yumenescí en uno de los abastos. ¿Te gustaría emborracharte?

Te entra tal ataque de risa que se te deshace el nudo que tenías en la garganta. El seredis es un licor destilado que se obtiene de una fruta del mismo nombre que se cultiva en las estribaciones que rodean Yumenes. Los

árboles no crecen bien en ningún otro lugar, por lo que la reserva de Ykka debe de ser la última que exista en toda la Quietud.

—Una borrachera de las caras.

—Una borrachera de las gordas.

Te dedica una sonrisa cansada, pero sincera.

Te gusta cómo suena.

—Si salimos de esta.

Aunque ya estás muy segura de que lo conseguirás. Hay energía suficiente entre la red de orogenes y la espinela. Conseguiréis que los tálicos, orogratas y el resto de habitantes de Castrima que estén de vuestra parte queden a salvo. No tiene por qué morir nadie, excepto vuestros enemigos.

Cuando termináis te das la vuelta y levantas las manos, extiendes los dedos al tiempo que tu orogenia, y tu magia, se dispersan.

Percibes Castrima, Alto, Bajo y toda la materia que hay en el interior, debajo y sobre ella. Tienes ante ti el ejército de Rennanis, cientos de puntos caloríficos y mágicos en tu mapa mental; algunos de ellos en el interior de casas que no les pertenecen, y el resto agrupados alrededor de las tres entradas de los túneles que llevan a la comu subterránea. En dos de los túneles han conseguido despejar las rocas que uno de los orogratas de Castrima había dispuesto para sellarlos. En uno de ellos, las rocas se han derrumbado y obstruido el camino. Algunos de los soldados están muertos y sus cuerpos han empezado a enfriarse. Otros se afanan por quitar las rocas. Supones que al menos les llevará un par de días.

Pero en el otro túnel, por el óxido descascarillado, han encontrado y desactivado las cargas. Paladeas la acidez de los químicos que no se han usado y el sudor amargo que causa el ansia de sangre. Despejan el camino hacia Bajo-Castrima y están a menos de medio camino de llegar al Mirador Pintoresco. En unos minutos llegarán los primeros, varias docenas de

Lomocurtido armados con cuchillos largos, ballestas, hondas y lanzas que atacarán las defensas de la comu. Mientras tanto, otros cientos entran por la boca del túnel que tienen detrás.

Sabes lo que tienes que hacer.

Amplías el alcance de tu visión. Ahora ves debajo de ti el bosque que rodea Castrima. Lo amplías aún más y paladeas los extremos de la llanura en la que se encuentra Castrima y la depresión adyacente que conforma la cuenca del bosque. Ahora ves con claridad que hubo un tiempo en el que aquello era un mar, y antes de eso, un glaciar. También ves con claridad los nudos de luz y fuego que conforman la vida de la región, desperdigados por todo el bosque. Hay muchos más de los que pensabas, aunque la mayoría hibernan, escondidos o protegiéndose contra el varapalo de la Estación. Las luces refulgen mucho más a lo largo del río: hay una infinidad de burbubajos en las orillas y en gran parte de la llanura y de la cuenca.

Empiezas por el río: con cuidado, enfrías el suelo, el aire y la piedra que hay por toda su extensión. Lo haces con ondas rítmicas: una onda, enfriar; otra onda, un poco más de frío. Haces que descienda la presión del aire justo en el interior del círculo de frío que estás formando, lo que hace que el viento sople hacia dentro, en dirección a Castrima. Es una advertencia, pero también un estímulo: «Moveos y viviréis. Quedaos y os congelaré hasta extinguiros, pequeños cabrones.»

Los burbubajos se mueven. Los percibes como una onda de calor refulgente que surge de los nidos subterráneos y las pilas de alimento que han formado alrededor de las muchas víctimas. Cientos de nidos, millones de bichos; no tenías ni idea de que el bosque de Castrima estuviera tan plagado. La escasez de carne sobre la que advirtió Tonkee ya da igual, era demasiado tarde: nunca podríais haberos enfrentado a unos depredadores tan eficientes.

De todos modos, tendríais que haberos acostumbrado al sabor de la carne humana.

No estás ni aquí ni allí. El anillo de frío que rodea el territorio de Castrima está completo y diriges la energía hacia el interior en oleadas: los impulsas y los arreas. Los bichos son rápidos y, por el herrumbroso infierno, pueden volar. Habías olvidado que lo que cubría su cuerpo eran alas.

Y... vaya, aciaga Tierra. De improviso te alegras de solo poder sesapinar lo que ocurre en la parte superior, no de verlo ni oírlo.

Lo que percibes está teñido por la presión, el calor, las reacciones químicas y la magia. Hay un grupo de soldados de Rennanis con un brillo muy activo que está encerrado entre madera y ladrillo mientras un enjambre de refulgentes burbubajos se acerca a ellos. A través de los cimientos de la casa sesapinas cómo los hombres dan pisotones, golpean las puertas y se chocan con una sensación carnosa entre ellos y contra el suelo. Sientes pequeños temblores de pánico. Las siluetas de los soldados se vuelven más brillantes contra el ambiente a medida que llegan los bichos y se ponen a hacer su trabajo: burbujear y expulsar vapor.

Terteis Cazador Castrima no tuvo suerte: solo lo atacaron unos pocos bichos. Por eso no acabaron con él. Aquí hay docenas de burbubajos por cada uno de los soldados, una cantidad capaz de cubrir cada centímetro de piel que está al descubierto, todo un acto de misericordia. Tus enemigos no se agitan durante mucho tiempo y, una a una, las casas de Alto-Castrima se vuelven a quedar tranquilas y en silencio.

(La red se estremece en el yugo que has formado. A nadie le gusta lo que acabas de hacer. Los sostienes con firmeza para que sigan a lo suyo. No puedes permitirte ni un ápice de misericordia a estas alturas.)

El enjambre se mueve hacia los sótanos y se abalanza sobre los soldados que están reunidos allí y para buscar los túneles que llevan hacia Bajo-

Castrima. En ese momento, te apoyas más en la energía de la espinela e intentas sesapinar qué puntos de los que hay en los túneles son soldados de Rennanis o defensores de Castrima. Luchan en grupos. Tienes que ayudar a los tuyos... Ay, mierda herrumbrosa. Ykka se rebela contra tu control y, aunque estás demasiado conectada a la red para oír lo que dice en voz alta, captas la idea.

«Sabes lo que tienes que hacer.»

Usas un trozo de piedra de una de las paredes para sellar los túneles. Algunos de los Lomocurtido e Innovadores de Castrima se quedan en el lado de los burbubajos; algunos de los soldados de Rennanis, en el lado seguro. Nadie consigue nunca todo lo que quiere.

No puedes evitar sesapinar las vibraciones que provocan los gritos a través de la piedra de los túneles.

Pero antes de obligarte a no prestarle atención, oyes otro grito, cercano, una vibración que percibes con los tímpanos, no con las glándulas sesapinales. Sorprendida, empiezas a dismantelar la red, pero no te da tiempo de hacerlo, ni de lejos, antes de que algo tire del yugo. De que lo rompa y haga que los otros orogratas y tú os entrechoquéis entre vosotros y os anuléis los toros cuando deshacéis la formación. Por el óxido, ¿qué acaba de pasar? Algo acaba de separar a dos de los tuyos.

Abres los ojos y descubres que te encuentras tirada en la plataforma de madera con un brazo en una posición dolorosa y aplastado por tu cuerpo y la cara apoyada en una caja de almacenamiento. Gruñes, confundida, ya que te flaquean las rodillas y ser el yugo demanda mucha energía. Al final te pones en pie.

—Ykka, ¿qué ha sido...?

Se oye un sonido al otro lado de las cajas. Un jadeo. Un quejido de la madera en la plataforma que tienes detrás, como si algo de un peso

descomunal hiciera rechinar los soportes. Un crujido en la piedra tan estrepitoso que te estremeces aunque te has dado cuenta de que ya habías oído ese sonido. Te apoyas en el extremo de la caja y en la barandilla y te incorporas sobre una rodilla. Suficiente para ver qué ocurre:

Hoa, en una postura que tu cerebro, de manera inconsciente pero automática, llama de «guerrero», se encuentra en pie con un brazo extendido. De su mano cuelga una cabeza. Una cabeza de come piedras adornada por rizos de madreperla y sin cara de labio superior hacia abajo. El resto del cuerpo, desde la mandíbula inferior, se encuentra delante de Hoa, congelado con los brazos extendidos, como si intentara alcanzar algo. Ves la cara de Hoa de perfil. No se mueve ni mastica, pero hay algo de polvillo de piedra blanquecina en sus labios de marfil negro tallados a la perfección. Ves una muesca del tamaño de un mordisco en lo que queda de la nuca del come piedras. Ese fue el crujido familiar que oíste.

Un instante después, los restos del come piedras se mueven y te das cuenta de que la posición de Hoa ha cambiado y ahora le atraviesa el torso con el puño. Luego, sus ojos se mueven para mirarte. No lo ves tragar, pero tampoco es que necesite la boca para hablar.

—Los come piedras de Rennanis van a por los orogenes de Castrima.

Oh, aciaga Tierra. Haces lo que puedes por incorporarte, aunque notas que te duele la cabeza y te tambaleas un poco.

—¿Cuántos?

—Los suficientes.

Sientes un movimiento y ves que la cabeza de Hoa se ha girado hacia el Mirador Pintoresco. Miras hacia allí y ves que hay un combate encarnizado: los habitantes de Castrima se defienden de los renanienses que han conseguido bajar por el túnel. Ves a Danel entre los atacantes, enfrentándose a dos Lomocurtido con sendos cuchillos largos. Ves que Esni pide a gritos

otra ballesta porque la suya se ha atascado. Suelta el arma inservible en el suelo y desenfunda un cuchillo esmerado de ágata que refulge de color blanco a la luz, para luego abalanzarse para luchar contra Danel.

Luego centras la atención a menos distancia, en un lugar en el que Penty se ha enredado con la cuerda de un puente. Ves la razón: en la plataforma de metal situada detrás de ella hay otro extraño comepiedras, de un color dorado y cetrino al completo, excepto por la mica blanquecina que tiene alrededor de los labios. Tiene una mano extendida y los dedos doblados en una invitación, como si hiciera señas para que alguien se acerque. Penty está lejos de ti, quizás a unos quince metros, pero ves que las lágrimas resbalan por la cara de la niña mientras intenta deshacerse de las cuerdas. Una de sus manos se balancea, inerte. Está rota.

La niña tiene la mano rota. Se te pone la carne de gallina.

—Hoa.

Se oye un ruido sordo contra la plataforma de madera cuando el comepiedras suelta la cabeza de su enemigo.

—Essun.

—Tengo que salir rápido a la superficie. —Sesapinas que está ahí arriba, una magia enorme que se cierne sobre el lugar. Siempre ha estado ahí, pero has intentado apartarte de ella. Es demasiada para lo que querías hacer antes, pero ahora es justo lo que necesitas.

—La superficie está infestada, Essun. Hay burbubajos por todas partes. —Ykka está en pie con la espalda apoyada en la pared del cristal y los brazos alrededor de su cuerpo. Te gustaría advertirle de que los comepiedras pueden atravesar los cristales, pero no tienes tiempo. Si te retrasas, aunque sea un poco, llegarán hasta ella de todos modos.

Agitas la cabeza y te tambaleas hacia Hoa. Él no puede ir hacia ti: es tan pesado que te parece todo un milagro que la plataforma de madera no se haya

derrumbado aún. Ha vuelto a cambiar de postura, ahora que el otro come Piedras no es más que un montón de pedazos desperdigados a su alrededor. Se ha movido para colocar una mano en la pared de cristal, aunque el resto de su cuerpo continúa girado hacia ti. Tiene la otra mano extendida, te invita a que la cojas. Recuerdas un día, en la ribera de un río, después de que Hoa se cayera en el barro. Le ofreciste una mano para ayudarlo a levantarse, sin saber lo que pesaban sus huesos diamantinos ni conocer las antiguas leyendas de los de su especie. No te confesó sus secretos, algo que te hizo daño, aunque intentaste que no te afectara.

Tiene la mano fría en comparación con la temperatura de Castrima. Es sólida, aunque te fascina que al sesapinarla no parezca piedra. Su carne tiene una textura extraña. Cede un poco a la presión de tus dedos. Tiene huellas dactilares. Eso te ha sorprendido.

Luego te mira a la cara. Ha cambiado el gesto de frialdad que tenía cuando destruyó a su enemigo. Ahora te dedica una pequeña sonrisa.

—Claro que puedes contar con mi ayuda.

Su gesto conserva tanto de aquel niño que estás a punto de devolverle la sonrisa.

No tienes tiempo de seguir analizando la situación, ya que toda Castrima se convierte en un borrón blanco a tu alrededor y luego ves oscuridad, la oscuridad de la tierra. Pero Hoa te tiene cogida de la mano y no cedas al pánico.

Luego te encuentras en el pabellón de Alto-Castrima, entre muertos y moribundos. En los caminos y baldosas que tienes alrededor yacen los soldados de Rennanis, cuerpos retorcidos que son difíciles de ver debido a las alfombras de insectos que los cubren. Algunos de ellos aún se arrastran y gritan. La mesa que Danel usó para planear el ataque está volcada cerca de ti, y los escarabajos reptan por su superficie. Vuelves a oler a lo mismo, a carne

encurtida. El ambiente está cargado por los burbubajos, y hay una ligera brisa causada por el descenso de presión que has provocado.

Uno de los bichos se abalanza contra ti, y te encoges. Un instante después, la mano de Hoa se encuentra en el mismo lugar en el que estaba la criatura. Chorrea agua hirviendo a medida que el silbido parecido al de una tetera que emite la criatura se apaga.

—Deberías formar un toro —advierte. Por el óxido descascarillado que sí. Empiezas a extraer energía de él y te aprieta un poco la mano—. No puedes hacerme daño con la orogenia.

La orogenia no es la única energía que tienes a tu disposición, y él lo sabe, así que no hay problema. Creas a tu alrededor un toro alto y estrecho que empieza a levantar nieve debido a la humedad, y los burbubajos comienzan a evitarte. Quizá detecten a sus presas por el calor corporal. Ya da igual.

En ese momento, levantas la mirada hacia la oscuridad que encapota el cielo. El de ónice no se parece a ninguno de los obeliscos que has visto. La mayoría no son más que esquiras: columnas hexagonales u octogonales y puntiagudas, aunque también has visto algunos que tienen forma irregular o de punta roma. Este es un cabujón ovoide y, cuando lo invocas, desciende muy despacio a través de la capa de nubes en la que estaba oculto desde su llegada hace unas semanas. No eres capaz de discernir sus dimensiones, pero cuando giras la cabeza para ver la inmensidad del cielo de Alto-Castrima, el de ónice cubre al completo ese cielo gris iluminado de rojo, de norte a sur. No refleja nada, y tampoco brilla. Cuando miras hacia él reparas en que es muy difícil hacerlo sin encogerse. La única indicación de que está ahí flotando a gran altura sobre Castrima son los bancos de nubes que tiene alrededor. Al mirarlo, te parece que se encuentra más cerca. No puedes evitar levantar la mano, aunque a una parte de ti le aterroriza hacerlo.

Los estratos se estremecen con un sonido quedo cuando la espinela cae al

suelo detrás de ti, como si le suplicara a un ser superior. O quizá solo sea que, al tener el de ónice delante tirando de ti, hacia su interior, hacia arriba...

... vaya, por la Tierra, lo hace tan rápido...

... que no puedes hacer nada para controlar ningún otro obelisco. No queda nada de ti. Caes hacia arriba, flotas por un vacío que, más que impulsarte, parece atraerte. Los otros obeliscos te han enseñado a someterte a las corrientes, pero algo te dice que no puedes hacer lo mismo con este. Si lo haces, el de ónice te acabará consumiendo. Pero tampoco puedes hacer nada por evitarlo: va a acabar contigo.

Lo único que consigues es alcanzar un equilibrio muy precario en el que tiras de él, pero al mismo tiempo te deslizas por sus intersticios. Hay demasiado de él en tu interior a estas alturas. Demasiado. Tienes que usar ese poder o... o... Pero no, algo anda mal, hay algo que rompe el equilibrio y, de improviso, notas a tu alrededor una luz que impacta contra ti y te das cuenta de que estás enredada en un billón o un trillón de hilos mágicos que te constriñen.

En otro plano de existencia, gritas. Ha sido un error. Parece que te está comiendo. Es algo terrible. Alabastro estaba equivocado. Es mejor dejar que los come piedras maten a todos los orogratas de Castrima y destruyan la comu que morir así. Es mejor dejar que Hoa te mastique con sus bonitos dientes hasta dejarte hecha pedazos; al menos, Hoa te gusta...

lo quieres

a a a amor

La magia que te constriñe restalla en todas direcciones. El entramado de luces refulge de improviso contra el negro. Puedes ver. Está tan lejos de tu alcance habitual que es casi incomprensible. Lo que ves es la Quietud, entera. Percibes la mitad del cascarón de este lado del planeta, paladeas algunos olores de la otra cara. Es demasiado, y por el magma que eres una estúpida.

Ya te lo había dicho Alabastro: primero una red y luego el Portal. No puedes hacerlo sola: necesitas una red más pequeña para amortiguar la mayor. Vuelves a titubear entre los orogenes de Castrima, pero no eres capaz de hacerte con ellos. A medida que te acercas para alcanzarlos, ves que cada vez son más escasos y que tienen demasiado miedo como para responder a tu llamada.

Pero allí, justo a tu lado, hay una pequeña montaña de fuerza: Hoa. No intentas siquiera acercarte a él, porque es una fuerza extraña y terrorífica, pero es él quien se acerca a ti. Te estabiliza. Te sostiene.

Y por eso lo recuerdas:

«El de ónice es la llave.»

Es la llave que abre un portal.

Y es el portal el que activa la red...

De improvviso, el de ónice emite un latido que resuena a tu alrededor con la profundidad del magma y el peso de la tierra.

«Por la Tierra, no se refería a una red de orogenes, sino a una de...»

La espinela es la primera, ya que se encuentra ahí al lado. El siguiente es el de topacio, que lega en ti su escasa energía con mucha facilidad.

Luego, el de cuarzo ahumado. El de amatista, tu viejo amigo, que no ha dejado de desplazarse muy despacio hacia ti desde que estabas en Tirimo. El de cuncita. El de jade.

«Vaya.»

El de ágata. El de jaspe, el de ópalo, el de citrino...

Abres la boca para gritar, pero no oyes nada.

el de rubí, el de espodumena EL DE BERILO, EL DE PERIDOTO, EL DE

—¡Es demasiado! —No sabes si has gritado en tu mente o en voz alta—.
¡Demasiado!

La montaña que está a tu lado dice:

—Te necesitan, Essun.

Y en ese momento todo vuelve a su cauce. Sí. El Portal de los Obeliscos solo se abre por una razón.

Debajo. Los muros de la geoda. Columnas titilantes de magia arcaica, el material del que está hecho Castrima. Sesapinas, sientes, sabes cuáles son los contaminantes que hay en su estructura. Pero permites que algunos se sigan arrastrando por su superficie.

(Ykka, Penty y el resto de orogratas, también los tácticos que dependen de ellos para sacar adelante la comu. Todos te necesitan.)

Pero también hay algunos que interfieren con su entramado de cristal, que recorren sus hilos de magia y materia, que acechan como parásitos que intentan penetrar en la roca que rodea el cascarón de la geoda. Ellos también son montañas, pero no son tu montaña.

Cuando lo recluyeron, Hoa dijo que había hecho enfadar al orograta equivocado. Sí, vaya si lo han hecho estos herrumbrosos comepiedras enemigos.

Vuelves a gritar, pero en esta ocasión es por el esfuerzo, por la embestida. Un CHASQUIDO, y rompes el entramado y los hilos mágicos para luego volver a sellarlos a tu manera. Un CRUJIDO, y levantas cristales enteros para tirarlos como lanzas y dejar empalados a tus enemigos. Buscas al Hombre Gris, el comepiedras que le hizo daño a Hoa, pero no se encuentra entre las montañas que amenazan tu hogar. Lo que ves solo son sus esbirros. Bien. Pues le harás llegar un mensaje, un mensaje rubricado con el miedo de los suyos.

Cuando terminas, has sellado al menos cinco de los comepiedras enemigos en cristales. Te resulta sencillo cuando han sido tan estúpidos como para viajar mientras acechabas. Se sincronizan con el cristal; tú lo único que haces es desincronizarlos y dejarlos atrapados como bichos en un pedazo de ámbar. El resto se da a la fuga.

Algunos huyen hacia el norte. No lo puedes permitir, y ahora la distancia no es un impedimento para ti. Ascendes, ruedas y bajas en picado. Ves Rennanis, rodeada por un entramado de nódulos, como una araña junto a su presa envuelta y exprimida. El Portal se usa para hacer cosas a escala planetaria. No te cuesta nada redirigir tu energía hacia abajo y usarla con todos los ciudadanos de Rennanis, como hiciste con aquella mujer que podría haber golpeado a Penty hasta la muerte. Los abusos siempre serán abusos. Te resulta muy sencillo retorcer la plata titilante que une sus células hasta que esas mismas células dejan de moverse y se vuelven sólidas. Se convierten en piedra. Se acabó. Has ganado la guerra de Castrima en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora sabes que es peligroso. Ahora lo entiendes: blandir el poder de la red de obeliscos sin tener un objetivo te convierte en su objetivo. Y te mata. Lo mejor que podrías hacer, ahora que Castrima está a salvo, sería desmantelar el Portal y desconectarte de él antes de que te destruya.

Pero. La supervivencia de Castrima no es lo único que anhelas.

Te das cuenta de que el Portal es como la orogenia. Sin un control consciente, responde a los deseos, aunque el deseo sea el de destruir el mundo. No quieres controlar eso que deseas. No puedes hacerlo. Es tu quintaesencia, de igual manera que lo son tu pasado o tu personalidad defensiva o ese corazón que te han roto tantas veces.

Nassun.

Tu conciencia se desboca. Al sur. La sigues.

«Nassun.»

Una interferencia. Duele. El de perla, el de diamante, el de

Zafiro. Se resiste a formar parte de la red del Portal. Casi no te habías dado cuenta, abrumada por las docenas, cientos de obeliscos restantes, pero ahora sí por

NASSUN

ES ELLA

Es tu hija, es Nassun, conoces su complejidad imperturbable tan bien como tu corazón y tu alma. Estás segura de que es ella, lo ves escrito en ese obelisco. Las has encontrado. Está viva.

Ahora que el objetivo (tu objetivo) se ha cumplido, el Portal empieza a desconectarse de manera automática. El resto de obeliscos se desvinculan y, al fin, el de ónice te suelta, no sin una reticencia distante. La próxima vez.

Tu cuerpo se retuerce y se inclina hacia un lado porque, de improviso, algo te desequilibra, unas manos te agarran y te incorporan. Casi no puedes levantar la cabeza. Notas el cuerpo distante, pesado. Es la misma sensación que cuando te encuentras en el interior de la piedra. Llevas horas sin comer, pero no tienes hambre. Sabes que te has extralimitado, pero no te sientes cansada.

Hay montañas a tu alrededor.

—Descansa, Essun —dice la montaña a la que quieres—. Cuidaré de ti.

Asientes, con una cabeza que te resulta pesada como una roca. En ese momento, unas nuevas presencias llaman tu atención y te obligan a levantar la cabeza por última vez.

Antimonio está a tu lado, impasible como siempre, pero hay algo reconfortante en su presencia. El instinto te dice que no es un enemigo.

A su lado hay otro comepiedras: es alto, delgado y va «vestido» de una manera que te resulta extraña por alguna razón. Es del todo blanco, aunque sus rasgos faciales son los de las Costeras orientales: labios carnosos, nariz larga, pómulos perfilados y un pelo de piedra esculpido como si estuviera encrespado. Lo único negro son sus ojos y, aunque te miran como si te reconociera vagamente, con un brillo desconcertante de lo que podrían (pero no debería) ser recuerdos... hay algo en esos ojos que te resulta familiar.

Qué irónico. Es la primera vez que ves a un comepiedras hecho de alabastro.

Y luego te desmayas.

* * *

¿Y si no está muerto?

Carta de Rido Innovador Dibars a la Séptima Universidad, enviada por mensajero desde el cuadrante y la comu de Allia después del resurgir del obelisco granate. Recibida tres meses después de que se comunicara la destrucción de Allia vía telegrama. Destinatario desconocido

Interludio

Caes en mis brazos y te llevo a un lugar seguro.

La seguridad es algo relativo. Has espantado a mis repugnantes hermanos, aquellos de los míos que te habrían matado por no ser capaces de controlarte. Pero desciendo a Castrima y emerjo en un lugar tranquilo y familiar, huelo el acero en el ambiente, entre los olores a mierda, alientos correosos y otros aromas de la carne, y también a humo. El acero también es uno de los aromas de la carne, la sangre contiene una variante muy similar. Fuera, hay cuerpos por las pasarelas y los escalones. Algunos incluso cuelgan de las cuerdas que se usan para deslizarse. Pero la batalla casi ha terminado, por dos motivos. El primero, que los invasores se han dado cuenta de que están atrapados entre una superficie infestada de insectos y sus enemigos, que son mayores en número ahora que la mayoría del ejército invasor está muerto. Los que quieren vivir se han rendido; los que temen una muerte peor se han clavado las espadas o arrojado a los cristales de Castrima.

El segundo motivo que ha detenido la batalla es el hecho ineludible de que la geoda está gravemente dañada. Los cristales que antes brillaban ahora titilan con latidos irregulares a lo largo de toda la comu. Uno de los más grandes se ha separado de la pared y se ha roto, lo que ha dejado el suelo de la geoda lleno de polvo y gravilla desperdigadas. En el nivel inferior, el agua caliente ha dejado de manar en los baños públicos, aunque de vez en cuando sale un chorro. Varios de los cristales de la comu están del todo oscuros,

muertos y resquebrajados, pero dentro de ellos se discierne una silueta aún más oscura, atrapada e inmovilizada. Una silueta humanoide.

Estúpidos. Os lo merecéis por haber molestado a mi orograta.

Te dejo en una cama y me aseguro de que tienes comida y agua cerca. Alimentarte será complicado ahora que he mudado la vaina más presta que llevé para que me reconocieras como amigo, pero es muy probable que llegue alguien antes de que me vea obligado a darte de comer yo mismo. Nos encontramos en el apartamento de Lerna. Te he dejado en su cama. Creo que eso le gustará. A ti también, cuando desees volver a sentirte humana.

No envidio ese tipo de conexión. La necesitas.

(No envidio ese tipo de conexión. La necesitas.)

Te dejo con cuidado para que te sientas cómoda. También dejo tu brazo sobre las sábanas, para que nada más despertar seas consciente de que tienes que tomar una decisión.

Tu brazo derecho se ha convertido en algo marrón y solidificado de magia concentrada. No hay nada vulgar en ello. Tienes la carne pura, perfecta y saludable. Cada átomo es lo que debería ser, el entramado arcano es resistente y preciso. Lo toco una vez, muy poco, aunque mis dedos casi no son capaces de discernir la presión. Es un acto reflejo de la carne que yo mismo llevaba hasta hace muy poco. Se me pasará.

Tienes la mano de piedra cerrada en un puño. Hay una grieta que la recorre por el dorso, perpendicular a los huesos de la mano. Aunque la magia te ha dado una nueva forma, te has resistido. (Te has resistido. Eso es justo a lo que debes aspirar. Siempre te has resistido.)

Vaya. Me pongo sentimental. Unas semanas inmerso en la nostalgia de la carne y me pierdo.

Luego espero. Horas o días después, Lerna regresa a su apartamento,

apestando a sangre de otras personas y a su propio agotamiento. Se para en seco al verme como un vigilante erguido en su salón.

Solo se queda quieto un instante.

—¿Dónde está?

Sí. Te merece.

—En el dormitorio. —Se dirige hacia allí de inmediato. No necesito ir detrás de él. Volverá.

Un rato después, tal vez minutos u horas, esas palabras cuyo significado conozco pero carecen de sentido, regresa al salón en el que me encuentro. Se sienta, fatigado, y se frota la cara.

—Vivirá —afirmo, aunque no sea necesario.

—Sí. —Sabe que estás en coma y cuidará bien de ti hasta que despiertes. Un momento después, baja las manos y me mira—. No habrás..., esto... —Se humedece los labios—. Su brazo.

Sé muy bien a qué se refiere.

—No sin que me dé permiso.

Tuerce el gesto. Siento un poco de asco, pero recuerdo que hasta hace muy poco yo también era capaz de realizar esos movimientos tan húmedos y constantes. Qué bien que ya se haya acabado.

—Eso te honra —dice, con un tono de voz con el que es probable que pretenda ofenderme.

No me honra más que el hecho de que él no se haya comido tu otro brazo. Hay cosas que se hacen por decencia.

Un tiempo después, que es probable que no hayan sido años porque no se ha movido pero sí horas porque da la impresión de estar agotado, dice:

—No sé qué vamos a hacer ahora. Castrima se muere. —Los cristales que tiene alrededor dejan de brillar por un momento, como si lo hicieran para darle más sentido a sus palabras, y la estancia queda a oscuras, iluminada

por la luz tenue que llega de fuera del apartamento. Luego la luz regresa. Lerna suspira, con su aliento perfumado por los aldehídos que desprende a causa del miedo—. Somos comubundos.

No tiene sentido señalar que también serían comubundos si sus enemigos hubieran acabado con la vida de Essun y el resto de orogenes. Es algo que terminará por descubrir, de esa forma suya plagada de sudor y movimiento. Pero como hay algo que no sabe, lo anuncio en voz alta.

—Rennanis ya no existe —afirmo—. Essun la ha destruido.

—¿Qué?

Me ha oído. El problema es que no se cree lo que acaba de oír.

—Te refieres a que... ¿la ha congelado? ¿Desde aquí?

No, ha usado magia, pero lo que importa es lo que respondo:

—Todos los que se encontraban en su interior están muertos.

Reflexiona al respecto durante varias eternidades, o quizá durante unos segundos.

—Una ciudad de las Ecuatoriales seguro que tiene abastos enormes. Lo suficiente para que nos duren años. —Luego frunce el ceño—. Viajar hasta allá y traer tantos recursos sería una tarea monumental.

No es estúpido. Reflexiono sobre el pasado mientras él decide qué hacer. Cuando jadea, le vuelvo a prestar atención.

—Rennanis está vacía. —Se me queda mirando, luego se pone en pie y empieza a dar saltos y golpes con los pies a lo largo de la estancia—. Aciaga Tierra... ¡A eso te referías, Hoa! Hay muros intactos, casas intactas, abastos... Y, por el óxido, ¿quién queda para protegerlos? Nadie con sentido común se dirigiría hacia el norte en tiempos como los que vivimos. Podríamos vivir allí.

Al fin. Regreso a mis cavilaciones mientras él murmura sin dejar de

deambular por el lugar, hasta que se ríe en voz alta. Luego, Lerna se detiene y se me queda mirando. Entrecierra los ojos, desconfiado.

—No haces nada por nosotros —afirma en voz baja—. Solo por ella. ¿Por qué te molestas?

Frunzo un poco los labios, y el asco le hace apretar los dientes. No debería haberme molestado.

—Essun quiere que Nassun tenga un hogar seguro —respondo.

Se hace el silencio. Quizá durante una hora. Quizás un instante.

—No sabe dónde está Nassun.

—El Portal de los Obeliscos proporciona la percepción necesaria.

Se estremece. Aún recuerdo las palabras para designar movimientos: estremecer, inhalar, tragar y gesticular.

—Por los fuegos de la Tierra. Entonces...

Se queda en silencio y se da la vuelta para mirar hacia la cortina del dormitorio.

Sí. Cuando despiertes querrás ir a buscar a tu hija. Veo cómo la cara de Lerna cambia cuando se da cuenta, cómo se relaja la tensión de sus músculos y su postura. No tengo ni idea de lo que significan todos esos movimientos.

—¿Por qué? —Tardo un año en darme cuenta de que la pregunta va dirigida a mí y no se la ha hecho a él mismo. Pero cuando lo descubro, él ya ha pronunciado el resto—. ¿Por qué te quedas con ella? ¿Es solo porque tienes... hambre?

Resisto las ganas de aplastarle la cabeza.

—Es porque la quiero.

Mejor así. He conseguido pronunciarlo de una manera civilizada.

—Claro.

La voz de Lerna es poco más que un susurro.

Claro.

En ese momento se marcha a comunicar a los demás líderes de la comu la información que le acabo de dar. Pasa un siglo, o una semana, en la que la actividad de la comu se vuelve frenética debido a que los habitantes empiezan a empacar sus cosas y reunir fuerzas para lo que seguro será un viaje largo, agotador y, para algunos, mortal. Pero no les queda elección. Así es la vida en una Estación.

Duerme, amor mío. Sana. Me quedaré a tu lado para protegerte y estaré a tu lado cuando te vuelvas a poner en camino. Claro. La muerte es una opción. Te lo dejaré claro. Lo haré por ti.

(La muerte no es una opción para ti.)

Nassun, facetada

Pero también...

Escucho a través de la tierra. Oigo las reverberaciones. Es el sonido de cuando se forja una nueva llave, una cuyos dientes al fin son tan afilados y robustos como para conectarse a los obeliscos y hacerlos cantar. Todos lo sabemos. Al menos, aquellos que tenemos la... esperanza de encontrar una. Se nos ha negado la posibilidad de convertirnos en esa llave, pero sí que podemos influir en su trayectoria. Cuando resuene un obelisco, ten claro que uno de nosotros estará acechando. Hablamos. Por eso lo sé.

* * *

Nassun se despierta en la negrura de la noche. Está oscuro en los barracones, pero al coger los zapatos, la chaqueta y atravesar la habitación, tiene cuidado de no pisar en los tablones que crujen más. Los demás ni se agitan, y mucho menos se despiertan o se dan cuenta. Muy probablemente pensarán que ha ido al baño.

Fuera está tranquilo. El alba empieza a iluminar el cielo por el este, aunque es difícil darse cuenta ahora de que las nubes de ceniza son más tupidas. Se dirige hacia lo alto del camino que desciende por la colina y ve que hay algunas luces encendidas en Jekity. Algunos de los granjeros y pescadores ya se han despertado. En Luna Hallada, por el contrario, todo está apagado.

¿Qué son esas sacudidas que siente en la cabeza? Es una sensación

exasperante y pegajosa, como si tuviera algo enredado en el pelo y la necesidad de tirar de ello para arrancárselo. Lo siente con más intensidad en las glándulas sesapinales. No... A más profundidad. Sacude la luz que hay en su columna, la plata que hay entre sus células, los hilos que la sujetan al suelo, a Luna Hallada, a Schaffa y al de zafiro que flota justo encima de las nubes de Jekity y que a veces se vuelve visible cuando se despejan un poco. Esa exasperación es culpa de... de algo... en el norte.

Ha ocurrido algo en el norte.

Nassun intenta seguir la sensación, asciende por la colina hasta el crisol y se detiene en el centro mientras el viento agita los mechones de su pelo. Desde arriba puede ver cómo el bosque que rodea Jekity se extiende ante ella como un mapa: ve las redondeadas copas de los árboles salpicadas por vetas de basalto. Una parte de ella percibe las energías cambiantes, las líneas que reverberan, las conexiones; como todo se amplifica. Pero ¿qué? ¿Por qué? Es algo inmenso.

—Lo que percibes es la apertura del Portal de los Obeliscos —dice Acero.

No le sorprende que haya aparecido de improviso detrás de ella.

—¿Más de un obelisco? —pregunta Nassun, porque es lo que sesapina. Muchos más.

—Todos los que se encuentran sobre esta mitad del continente. Cientos de partes del gran mecanismo que han vuelto a funcionar como deberían. —La voz de Acero es grave y sorprendentemente agradable, le suena melancólica. Nassun se sorprende haciéndose preguntas sobre la vida y el pasado del comepiedras, y sobre si alguna vez fue un niño como ella. Le parece imposible—. Tanto poder. El mismísimo corazón del planeta se canaliza a través del Portal... y esa mujer lo usa con un objetivo tan frívolo... —Un pequeño suspiro—. Pero bueno, lo mismo hicieron los que lo crearon, supongo.

Por alguna razón, Nassun sabe que, con «esa mujer», Acero se refiere a su madre. Mamá está viva y enfadada, y tiene muchísimo poder.

—¿Qué objetivo? —se obliga a preguntar Nassun.

Los ojos de Acero se desplazan hacia ella. Nassun no ha especificado a qué objetivo se refiere: si al de su madre o al de esa antigua civilización que creó y utilizó los obeliscos.

—La destrucción de sus enemigos, por supuesto. Un propósito nimio y egoísta que puede parecer justo en un momento dado, pero que no quedará impune.

Nassun reflexiona sobre lo que ha aprendido, lo que ha sesapinado y lo que ha visto en las sonrisas exánimes de los otros dos Guardianes.

—El Padre Tierra tomó represalias —dice la chica.

—Es lo que hay que hacer contra aquellos que buscan esclavizarte. Es comprensible, ¿o no?

Nassun cierra los ojos. Sí. Cuando piensa en ello, todo le parece muy comprensible. La manera en la que el mundo no se divide en poderosos que destruyen a los débiles, sino en débiles que engañan, envenenan y susurran al oído de los poderosos hasta que ellos también se vuelven débiles. Luego solo hay manos rotas e hilos plateados entretejidos como cuerdas, y madres que hacen que la tierra se mueva para destruir a sus enemigos pero no son capaces de salvar a un niño pequeño.

(A una niña.)

Nadie ha intentado nunca salvar a Nassun. Su madre le aseguró que nunca lo habría. Si Nassun quiere librarse del miedo, no le queda otra que forjar ella misma esa libertad.

Se da la vuelta, despacio, para encarar a su padre, que está en silencio detrás de ella.

—Mi niña —dice el hombre. Es la voz que solía poner para dirigirse a ella,

pero Nassun sabe que no es real. Tiene los ojos fríos como el hielo con el que ella congeló la casa hace unos días. También tiene los dientes apretados y el cuerpo le tiembla un poco. La chica baja la vista y mira hacia el puño cerrado del hombre. Sostiene un cuchillo. Es bonito, fabricado con ópalo rojo; su trabajo más reciente. Emite una pequeña iridiscencia y tiene un lustre exquisito que oculta lo afilado de su hoja esmerada.

—Hola, papi —responde la chica. Mira a Acero, que seguro que tiene muy claras las intenciones de Jija. Pero el come piedras gris no se ha molestado en apartar la mirada del paisaje boscoso de antes del amanecer ni de ese cielo septentrional en el que están ocurriendo tantas cosas capaces de cambiar el mundo.

Muy bien. La chica vuelve a encarar a su padre.

—Mamá está viva, papi.

El hombre no da señales de que esas palabras signifiquen algo para él. Se limita a quedarse quieto, mirándola. Mirándola a los ojos, para ser más precisos. La niña siempre tuvo los ojos de su madre.

De repente ya no importa. Nassun suspira y se frota la cara con las manos, con una pesadumbre similar a la que debe de tener el Padre Tierra después de tantas eternidades llenas de odio. El odio es agotador. El nihilismo es más sencillo, aunque no conozca la palabra ni vaya a hacerlo hasta dentro de unos años. Es lo que siente, a pesar de todo: una sensación abrumadora de que nada tiene sentido.

—Creo que comprendo por qué nos odias —le dice a su padre mientras deja caer los brazos a los costados—. He hecho cosas malas, papi, como bien suponías que haría. No sé cómo evitar hacerlas. Parece que todo el mundo quiere que sea mala y no pudiera ser otra cosa. —Duda y luego dice algo en lo que piensa desde hace meses, pero que no había verbalizado hasta ahora.

No creía que fuese a tener otra oportunidad de decirlo—: Me gustaría que pudieras quererme a pesar de todo, a pesar de ser mala.

No obstante, cuando lo dice piensa en Schaffa. Schaffa, el que la quiere a pesar de todo, como debería hacer su padre.

Jija deja de mirarla. En otro lugar, ese plano de conciencia que ocupan la sesuna y comoquiera que se llame la percepción de los hilos plateados, Nassun siente cómo su madre se desmaya. Para ser más específicos, siente el agotamiento de su madre al apagarse la red titilante y resplandeciente de obeliscos. Esa que no ha sido capaz de incorporar al suyo de zafiro.

—Lo siento, papi —dice Nassun, al fin—. He intentado no dejar de quererte, pero es muy difícil.

El hombre es mucho más grande que ella. Está armado, y ella no. Cuando se mueve, lo hace con la pesadez de una montaña: primero los hombros, luego todo su cuerpo, acelerando poco a poco hasta una velocidad imparable. Ella pesará poco más de cuarenta y cinco kilos. No tiene ninguna posibilidad.

Pero en el instante en el que nota cómo se crispan los músculos de su padre, las sacudidas reverberantes contra el suelo y el aire, orienta su conciencia hacia el cielo y da una única orden resonante.

La transformación del de zafiro es instantánea. Forma una enérgica corriente de aire que se desplaza para llenar el vacío. El sonido que hace es el más atronador que Nassun ha oído jamás. Jija, que está a mitad de su embestida, se sobresalta y se tambalea antes de mirar hacia arriba. Un momento después, el de zafiro se abalanza contra el suelo delante de Nassun y desmenuza la piedra central del crisol y un radio de unos dos metros de suelo alrededor de la chica.

Lo que ve no es el de zafiro como lo había visto hasta ahora, aunque hay algo en él que sí es igual y trasciende cualidades como la forma. Cuando extiende la mano para coger el cuchillo titilante de piedra azul, cae un poco

en él. Hacia arriba, fluye a lo largo de las trémulas facetas de luces y sombras. Hacia dentro, se interna en la tierra. Hacia fuera, lejos, se sacude contra el resto de partes que conforman el Portal. Lo que tiene en la mano es el mismo generador de energía monstruosa y montañosa de siempre. La misma herramienta, solo que mucho más versátil.

Jija mira el arma, y luego a ella. Vacila un instante, y Nassun espera. Y si el hombre se da la vuelta y sale corriendo... Ese hombre era su padre. ¿Se acuerda de aquella época? A Nassun le gustaría que lo hiciera. Las cosas nunca volverán a ser iguales entre ellos, pero a ella le gustaría que el pasado significase algo.

No. Jija se abalanza de nuevo sobre ella y grita mientras alza el cuchillo.

Y Nassun levanta la hoja del de zafiro de la tierra. Tiene casi el tamaño de su propio cuerpo, pero no pesa nada: el de zafiro flota, después de todo. Flota delante de ella en lugar de hacerlo encima. De hecho, se podría decir que no lo levanta. Cambia de posición a voluntad. Delante de ella. Entre ella y Jija. Por eso, cuando Jija se inclina para apuñalarla, el hombre no puede evitar toparse con el arma. La situación hace que sea más sencillo, inevitable, que el poder de la chica se interne en el cuerpo del hombre.

No lo mata con hielo. Nassun ha empezado a acostumbrarse a usar la plata en lugar de la orogenia durante la mayor parte del tiempo. El cambio en la carne de Jija está más controlado que lo que le hizo a Eitz, en buena parte porque es consciente de lo que está haciendo, y también porque lo hace con conocimiento de causa. Jija empieza a transformarse en piedra a partir del punto en el que ha tocado el obelisco.

Lo que Nassun no tiene en cuenta es el impulso, que hace que Jija no se detenga a pesar de haber rebotado contra el de zafiro, girado la cabeza para ver lo que le ocurría a su cuerpo y empezado a coger aire para gritar. No consigue gritar, porque los pulmones se le convierten en piedra antes de que

lo haga. Lo que sí consigue es terminar la embestida, aunque desequilibrado y fuera de control, por lo que parece más una caída que un ataque. A pesar de todo, es una caída con un cuchillo apuntándola, y Nassun recibe un tajo en el hombro. Jija apuntaba al corazón.

El dolor del golpe es horrible y repentino y rompe la concentración de Nassun en un instante. No es buena señal, porque el de zafiro refulge con el dolor, titila y pasa a ese estado irreal a medida que ella resopla y se tambalea. Jija está acabado en un instante, se solidifica por completo y se convierte en una estatua de pelo encrespado de color cuarzo ahumado, cara roja ocre y ropas de un azul oscuro cercano a la serendibita, porque llevaba ropas oscuras para poder acechar a su hija. La estatua se mantiene en equilibrio durante un instante, hasta que el titilar del de zafiro emite una onda a través de ella, como el tañido de una campana. No es muy diferente al golpe de energía orogénica con el que un Guardián destruyó desde el interior a un hombre llamado Innon.

Jija se desmenuza de la misma manera, quizá de una forma menos húmeda. Es quebradizo y débil, y está mal hecho. Los pedazos de su cuerpo ruedan a los pies de Nassun hasta quedar inertes.

Nassun mira los restos de su padre durante un rato largo y desolador. Detrás de ella, en Luna Hallada, y abajo, en Jekity, se empiezan a encender las luces en las cabañas. El trueno del de zafiro ha despertado a todo el mundo. Reina la confusión y se oyen gritos por todas partes. También nota cómo alguien sesapina, agitado, y sondea la tierra.

Acero mira hacia abajo para mirar a Jija junto a ella.

—Esto no se va a acabar nunca —dice—. Las cosas no van nunca a mejor.

Nassun no dice nada. Las palabras de Acero la golpean como una roca en la superficie del agua, pero sin formar pequeñas ondas a su paso.

—Terminarás por matar a todos aquellos a quienes quieres. A tu madre. A

Schaffa. A todos tus amigos de Luna Hallada. No puedes hacer nada para evitarlo.

Nassun cierra los ojos.

—No puedes hacer nada... Solo una cosa. —Hace una pausa calculada y premeditada—. ¿Quieres que te diga cuál?

Schaffa se acerca. Puede sesapinarlo, sentir el zumbido que emite, el tormento incesante de la cosa que tiene en el cerebro y que no deja que la ayude a quitarle. Schaffa, el que la quiere.

«Terminarás por matar a todos aquellos a quienes quieres.»

—Sí —se obliga a decir la chica—. Dime cómo no... —Se le quiebra la voz. No puede decir «hacerles daño» porque ya se lo ha hecho a demasiada gente. Es un monstruo. Pero tiene que haber una manera de contener esa monstruosidad, de terminar con la amenaza que supone la existencia de los orogenes.

—La Luna está regresando, Nassun. Se perdió hace mucho tiempo. Salió disparada como una pelota atada a un cordel, pero ese mismo cordel es el que la trae de vuelta. Si no se hace nada, pasará de largo y volverá a alejarse. Ha pasado antes, varias veces.

Nassun ve uno de los ojos de su padre encajado en uno de los pedazos de su cara y mirándola desde la pila de restos. Tenía los ojos verdes y ahora se han convertido en un peridoto oscurecido.

—Pero con el Portal puedes... darle un empujón. Solo un poco, para ajustar su trayec... —Se oye un sonido tenue y jocoso—. Para ajustar el camino que sigue la Luna. Para traerla a casa, en lugar de dejar que pase de largo y se vuelva a perder en la inmensidad. El Padre Tierra la echa de menos. Tráela a casa para que se encuentren.

Oh. Vaya. En ese instante lo entiende. Sabe por qué el Padre Tierra quiere que muera.

—Sería algo terrible —dice Acero en voz baja, muy cerca de su oreja, porque se ha acercado a ella—. Terminaría con las Estaciones. Terminaría con todas las estaciones. Pero... nunca volverías a sentir lo que sientes en estos momentos. Nadie volvería a sufrir nunca más.

Nassun se vuelve y mira a Acero. El comepiedras está inclinado hacia ella y la mira, artero, con una expresión que parece esculpida en su cara.

Luego Schaffa entra al trote y se detiene delante de ambos. Se queda mirando los restos de Jija, y Nassun ve en su cara el momento exacto en el que descubre lo que está viendo, como un movimiento sísmico en sus facciones. Levanta la mirada para observarla con sus ojos geliris, y la chica intenta descifrar la expresión de la cara del hombre con el estómago revuelto ante el dolor inminente.

Solo ve angustia en su gesto. Miedo por ella, pena por su conducta, inquietud al ver que tiene el hombro ensangrentado. Luego pasa a ser cautela, una rabia protectora cuando mira a Acero. El hombre aún es su Schaffa. El dolor que siente por Jija se desvanece cuando el Guardián la observa. Schaffa la querrá, con independencia de en qué llegue a convertirse.

En ese momento, Nassun se gira hacia Acero y dice:

—Dime lo que tengo que hacer para traer la Luna a casa.

Apéndice 1

Una lista de las quintas estaciones que se han registrado antes y desde la creación de la Afiliación Ecuatorial

Sanzedina, de la más reciente a la más antigua.

La Estación de la Asfixia: 2714–2719. Período Imperial. Causa más probable: una erupción volcánica. Lugar: las Antárticas, cerca de Deveteris. La erupción del monte Alok cubrió un radio de más de ciento cincuenta kilómetros de nubes de fina ceniza que se solidificaba en los pulmones y las membranas mucosas. El resultado fue cinco años sin luz solar, aunque el hemisferio boreal no se vio tan afectado (allí solo duró dos años).

La Estación del Ácido: 2322-2329. Período Imperial. Causa más probable: un terremoto de nivel superior a diez. Lugar: desconocido, en medio del océano. Un desplazamiento de placas repentino dio lugar a una cordillera de volcanes que se interpuso en una corriente en chorro. Esta corriente se acidificó, sopló hacia la costa oeste y, al cabo, a lo largo de toda la Quietud. La mayor parte de las comus costeras quedaron bajo el tsunami que tuvo lugar al principio, y las demás no salieron adelante o se vieron obligadas a mudarse cuando sus flotas y sus instalaciones portuarias fueron pasto de la corrosión y dejó de haber pesca. La oclusión atmosférica de las nubes duró siete años. Los niveles de pH en la costa siguieron siendo inaceptables durante muchos años más.

La Estación del Hervor: 1842-1845. Período Imperial. Causa más probable: una erupción con hipocentro debajo de un gran lago. Lugar: Surmelat, cuadrante del lago Tekkaris. La erupción precipitó al aire millones de litros de vapor y partículas, que provocaron lluvias ácidas y oclusión atmosférica en la mitad meridional del continente durante tres años. La mitad septentrional no sufrió efectos negativos, por lo que algunos arqueomestros no se ponen de acuerdo en considerarla una verdadera «Estación».

La Estación de los Jadeos: 1689-1798. Período Imperial. Causa más probable: accidente

minero. Lugar: Normelat, cuadrante de Sathd. Una Estación causada únicamente por humanos que dio comienzo cuando unos mineros que se encontraban en la frontera nordeste de los yacimientos de carbón de las Normelat prendieron un fuego subterráneo. Se trata de una Estación no demasiado acusada en la que hubo luz solar ocasional y no contó con lluvias de ceniza ni acidificación, excepto en la zona afectada. Unas pocas comus declararon la Ley Estacional. Unos catorce millones de habitantes de la ciudad de Heldine murieron en la primera explosión de gas natural. Los cúmulos de fuego se propagaban con rapidez, hasta que los orogenes imperiales consiguieron controlar y sofocar los focos externos para evitar que se siguiera propagando. El resto del fuego solo se pudo aislar y continuó ardiendo durante ciento veinte años. A causa de los vientos, el humo resultante provocó problemas respiratorios y asfixias en masa en la región durante décadas. La pérdida de los yacimientos de carbón de Normelat provocó un aumento catastrófico en el coste del combustible para la calefacción y el desarrollo de la calefacción geotérmica e hidroeléctrica, lo que provocó la creación de la Acreditación Geniera.

La Estación de los Dientes: 1553-1566. Período Imperial. Causa más probable: sismo oceánico que provocó la erupción de un supervolcán. Lugar: Grietas Árticas. Una réplica del sismo oceánico activó un punto caliente desconocido cerca del Polo Norte. Esto provocó la erupción del supervolcán. Algunos testigos certificaron que la explosión se oyó desde las Antárticas. La ceniza llegó hasta la exosfera y cubrió el mundo muy rápido, aunque las Árticas fueron el lugar más afectado. Si esta Estación causó más daño del habitual se debió a lo poco preparadas que se encontraban algunas comus: ya habían pasado novecientos años desde la última Estación y la creencia popular las consideraba meras leyendas. Se dieron casos de canibalismo desde las zonas septentrionales hasta las Ecuatoriales. Al final de la Estación, se creó el Fulcro en Yumenes, con instalaciones auxiliares en las Árticas y las Antárticas.

La Estación de los Hongos: 602. Período Imperial. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Ecuatoriales occidentales. Una serie de erupciones durante el monzón aumentaron la humedad y redujeron la luz solar en más o menos la quinta parte del continente durante seis meses. Pese a ser una Estación tranquila en comparación con las demás, llegó en un momento perfecto que hizo proliferar los hongos desde las Ecuatoriales hasta las medlat septentrionales y meridionales, lo que afectó a los cultivos establecidos del ya extinto miroq. La hambruna resultante duró cuatro años: dos para que la plaga fúngica terminara su ciclo de vida, y otros dos para que la agricultura y la

distribución de alimentos se recuperara. La mayoría de las comus afectadas pudieron sobrevivir con sus abastos, lo que ayudó a certificar la eficacia de las reformas imperiales y la preparación de las Estaciones. Además, el Imperio se mostró generoso y en las zonas que dependían de los cultivos de miroq repartió semillas que tenía almacenadas. Como consecuencia, muchas comus de las latitudes medias y regiones costeras se unieron por voluntad propia al Imperio, que duplicó su tamaño. De este modo comenzó la Era Dorada.

La Estación de la Locura: 3 antes del Imperio - 7 del período Imperial. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Picos de Kiash. La erupción de varias aperturas volcánicas de un antiguo supervolcán (el mismo responsable de la Estación Gemela que había tenido lugar unos diez mil años antes) expulsó al exterior grandes depósitos del mineral oscuro conocido como augita. Aquello tuvo como resultado diez años de oscuridad que fueron devastadores, no solo por el hecho de que se tratara de una Estación, sino también porque causó un incremento notable de las enfermedades mentales. La Afiliación Ecuatorial Sanzedina (conocida como el Imperio Sanzedino) se creó en esta Estación, cuando la caudilla Verishe de Yumenes conquistó muchas comus afectadas usando tácticas de guerra psicológica. (Véase VV. AA., *El arte de la locura*, Editorial de la Sexta Universidad.) Verishe se autoproclamó emperadora el primer día que regresó la luz del sol.

[**Nota del editor:** La mayor parte de la información sobre las Estaciones anteriores a la fundación de Sanze o bien es contradictoria, o bien no se ha podido confirmar. La siguiente lista de Estaciones se configuró durante la Conferencia Arqueométrica de la Séptima Universidad que tuvo lugar en 2532.]

La Estación de los Errantes: Circa 800 antes del Imperio. Causa más probable: cambio en los polos magnéticos. Lugar: imposible de determinar. Esta Estación conllevó la extinción de varios cultivos importantes para el comercio de la época y veinte años de hambruna debido a la confusión que experimentaron los polinizadores al desviarse el norte geográfico.

La Estación de los Vientos Cambiantes: Circa 4200 antes del Imperio. Causa más probable: Desconocida. Lugar: imposible de determinar. La dirección de los vientos dominantes cambió durante varios años antes de volver a la normalidad. Se ha establecido que se trata de una Estación pese a la ausencia de oclusiones atmosféricas, ya que lo único que puede haber dado lugar a un cambio de estas características es un acontecimiento sísmico (probablemente, en alta mar).

La Estación de los Metales Pesados: *Circa* 4200 antes del Imperio. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Surmelat, cerca de las Costeras orientales. Una erupción volcánica (se cree que del monte Yrga) causó una oclusión atmosférica que duró diez años, a lo que hay que sumar la contaminación por mercurio que se extendió por toda la región oriental de la Quietud.

La Estación de los Mares Amarillos: *Circa* 9200 antes del Imperio. Causa más probable: desconocida. Lugar: Costeras orientales y occidentales, y zonas costeras meridionales hasta llegar a las Antárticas. Esta Estación solo se conoce gracias a los escritos que se han encontrado en ruinas Ecuatoriales. Por razones desconocidas, una plaga bacteriana afectó a prácticamente todas las formas de vida marinas y causó enfermedades en la costa durante varias décadas.

La Estación Gemela: *Circa* 9800 antes del Imperio. Causa más probable: erupción volcánica. Lugar: Surmelat. Según las canciones y registros orales de la época, la erupción de un conducto volcánico causó una oclusión que duró tres años. Cuando se empezó a despejar, tuvo lugar una segunda erupción en un conducto diferente, por lo que la oclusión se prolongó otros treinta años.

Apéndice 2

Glosario de términos usados con regularidad en todos los cuadrantes de la Quietud

Abasto: Reserva de comida y suministros. Las comus tienen abastos protegidos y resguardados en todo momento en caso de que tenga lugar una quinta Estación. Solo los miembros reconocidos de una comu tienen derecho a compartir de un abasto, aunque los adultos pueden usar su parte para alimentar a niños y otros que no estén reconocidos. Los hogares individuales suelen tener su propio abasto personal, que también está protegido contra aquellos que no pertenecen a dicha familia.

Acervista: Persona que estudia el litoacervo y la historia desconocida.

Anillos: Se usan para indicar rangos entre los orogenes imperiales. Los aprendices sin rango deben superar una serie de pruebas para conseguir el primer anillo. El rango más alto al que puede aspirar un orogén es el decanillado (diez anillos). Cada anillo está fabricado con una piedra semipreciosa pulida.

Antárticas: Las latitudes más meridionales del continente. «Antárticos» también se utiliza como gentilicio para los habitantes de las comus de estas regiones.

Apellido al uso: Primer apellido de la mayoría de los ciudadanos, que indica la casta al uso a la que pertenece dicho individuo. Hay veinte castas al uso reconocidas, pero solo siete de ellas son comunes en la actualidad y desde la época del Imperio de la Antigua Sanze. Un individuo hereda el apellido al uso de su progenitor del mismo sexo, ya que se da por hecho que los rasgos más característicos son más propensos a heredarse así.

Apellido de comu: El segundo apellido que usa la mayor parte de los ciudadanos y que sirve para indicar la lealtad y los derechos que le corresponden de la comu a la que pertenecen. El apellido se suele conceder en la pubertad como prueba de que se ha alcanzado la edad adulta y para indicar que a dicha persona se la considera un miembro valioso de la comunidad. Los inmigrantes que llegan a una comu pueden solicitar el ingreso en ella y, después de ser aceptados, pueden usar el apellido de dicha comu con normalidad.

Árticas: Las latitudes más septentrionales del continente. «Árticos» también se utiliza como gentilicio para los habitantes de las comus de estas regiones.

Balastos: En el Fulcro, niños orogenes desanillados que no han superado el entrenamiento básico.

Bastardo: Una persona que nace sin casta al uso, lo que solo ocurre con los varones de padre desconocido. Aquellos que consiguen ser valorados pueden obtener el permiso para usar el nombre de la casta al uso materna en el apellido de la comu.

Carretera imperial: Una de las mayores innovaciones del Imperio de la Antigua Sanze. Se trata de vías rápidas (carreteras elevadas para caminar o para el tráfico a caballo) que conectan todas las grandes comus y la mayor parte de los grandes cuadrantes entre sí. Un equipo de genieros y orogenes imperiales construyen estas vías rápidas. Los orogenes se dedican a determinar la ruta más estable a través de las zonas con más actividad sísmica (o de reprimir dicha actividad si no hay una ruta estable), mientras que los genieros redirigen el agua y otros recursos importantes cerca de los caminos para facilitar los viajes durante las Estaciones.

Cebaki: Miembro de la raza cebaki. Cebak llegó a ser una nación (parte de un sistema político que cayó en desuso, anterior al Imperio) de las Surmelat, aunque se redistribuyó dentro del sistema de cuadrantes cuando el Imperio de la Antigua Sanze la conquistó hace siglos.

Comepiedras: Una especie humanoide consciente y no demasiado común cuya piel, pelo y demás elementos físicos tienen aspecto pedregoso. Se sabe poco de ellos.

Comu: Comunidad. La unidad sociopolítica menor dentro del sistema de gobierno del Imperio, que se suele corresponder con una ciudad o un pueblo, aunque las ciudades muy grandes pueden estar formadas por varias comus. Los miembros reconocidos de una comu son aquellos a quienes se les ha facilitado el derecho de compartir y proteger el abasto y que a cambio apoyan la comu mediante impuestos y otras contribuciones.

Comubundos: Criminales y otros indeseables a los que se le ha negado el reconocimiento en cualquier comu.

Costero: Habitante de una comu de la costa. Son pocas las comus costeras que se pueden permitir contratar a un orogén imperial para crear barreras de coral y protegerse de los tsunamis, así que las ciudades costeras deben reconstruirse una y otra vez. Por ello suelen tener pocos recursos. Los habitantes de la costa occidental del continente suelen ser pálidos, de pelo lacio y, en ocasiones, tener pliegue epicántico en los ojos. Los

habitantes de la costa oriental suelen ser de piel negra, pelo rizado y, en ocasiones, tener también pliegue epicántico en los ojos.

Creche: Lugar donde se cuida a los niños que son demasiado jóvenes para trabajar mientras los adultos realizan trabajos para la comu. Cuando las circunstancias lo permiten, también es un centro de enseñanza.

Cuadrante: La unidad sociopolítica intermedia dentro del sistema de gobierno del Imperio. Un cuadrante está formado por cuatro comus geográficamente adyacentes. Cada cuadrante cuenta con un gobernador ante el que responden los líderes individuales de las comus y que, a su vez, responde ante el gobernador regional. La comu más grande de cada cuadrante se convierte en su capital, y las capitales de los cuadrantes más grandes están conectadas entre sí mediante el sistema de carreteras imperiales.

Ecuatoriales: Las latitudes del ecuador y las que se encuentran en las inmediaciones, a excepción de las regiones costeras. «Ecuatoriales» también se utiliza como gentilicio para referirse a los habitantes de las comus de la región ecuatorial. Gracias a las temperaturas cálidas y relativamente estables de las llanuras centrales del continente, las comus ecuatoriales suelen ser prósperas y ostentar poder político. Las Ecuatoriales fueron en sus tiempos el corazón del Imperio de la Antigua Sanze.

Esmerador: Un artesano que utiliza herramientas pequeñas y trabaja la piedra, el cristal, el hueso y otros materiales. En las comus más grandes se puede dar el caso de que los esmeradores utilicen técnicas mecánicas o de producción en serie. Los esmeradores que trabajan el metal, o aquellos que son incompetentes, se llaman, de manera informal, «rumbrientos».

Estación de carretera: Estaciones dispuestas a intervalos a lo largo de cada carretera imperial y en muchas carreteras secundarias. Todas las estaciones de carretera cuentan con un surtidor de agua y se encuentran cerca de terrenos cultivables, bosques u otros recursos útiles. Muchas de ellas se encuentran en zonas de escasa actividad sísmica.

Estallo: Un volcán. También se los llama montañas de fuego en algunos idiomas de las Costeras.

Falla: Lugar en el que debido a las grietas en la tierra hay sismos frecuentes e intensos y las erupciones son comunes.

Fulcro: Una orden paramilitar que se creó en la Antigua Sanze después de la Estación de los Dientes (en el 1560 del período Imperial). El cuartel general del Fulcro se encuentra en Yumenes y hay dos instalaciones auxiliares en las regiones ártica y antártica, lo que permite controlar la totalidad del continente. Los orogenes que se entrenan en el Fulcro,

también denominados orogenes imperiales, son los únicos que tienen permitido practicar el arte prohibido de la orogenia bajo unas reglas organizativas muy estrictas y bajo la atenta vigilancia de la orden de los Guardianes. El Fulcro es autosuficiente y tiene un autogobierno. Los orogenes imperiales se caracterizan por sus uniformes negros, lo que les ha granjeado el nombre coloquial de «ropasbrunas».

Geniero: De «geoniero». Un ingeniero de lo relacionado con la tierra: mecanismos de energía geotérmica, túneles, infraestructuras subterráneas o minería.

Geomestro: Estudioso de la piedra y el papel que desempeña en la naturaleza. Término general para designar a un científico. En particular, los geomestros estudian litología, química y geología, que no se consideran disciplinas independientes en la Quietud. Algunos geomestros se han especializado en la orogénesis, es decir, el estudio de la orogenia y sus efectos.

Guardián: Miembro de una orden que dice controlar al Fulcro. Los Guardianes siguen, protegen, controlan y guían a los orogenes de la Quietud.

Herbaje: Una zona de tierra sin explotar que se puede encontrar intra o extramuros de la mayor parte de las comus, como dicta el litoacervo. Los herbajes de las comus se pueden usar para la agricultura o la cría de animales en cualquier momento, y también usarse como parques o terrenos en barbecho durante las épocas en las que no tiene lugar una Estación. Las familias también suelen mantener sus propios vergeles o jardines.

Hervor: Un géiser, una fuente termal o una fumarola.

Innovadores: Unas de las siete castas al uso. Los Innovadores son individuos que destacan por su creatividad y la manera en que utilizan su inteligencia. Son los responsables de resolver los problemas técnicos y logísticos durante una Estación.

Kirjusa: Un mamífero de tamaño medio que en ocasiones sirve de mascota o se utiliza para proteger hogares o ganado. Suelen ser herbívoros, pero durante las Estaciones se vuelven carnívoros.

Ley Estacional: Ley marcial que puede declarar cualquier líder de una comu, gobernador de un cuadrante, gobernador regional o un miembro reconocido de la Junta Yumenescí. Durante una Ley Estacional se suspenden los gobiernos de los cuadrantes y las regiones y cada comu funciona como unidad sociopolítica con autogobierno, aunque las normas del Imperio recomiendan encarecidamente la cooperación local con otras comus.

Lomocurtido: Una de las siete castas al uso. Los Lomocurtido son individuos que destacan por su habilidad física, que les permite realizar los trabajos más duros y encargarse de la seguridad en caso de que tenga lugar una Estación.

Medlat: Las latitudes intermedias del continente; es decir, las que se encuentran entre el ecuador y las regiones árticas o antárticas. «Medlatino» también se utiliza como gentilicio para las regiones de las medlat. A pesar de que producen la mayor parte de la comida, materiales y recursos importantes del mundo, estas regiones se consideran el erial de la Quietud. En la medlat hay dos regiones: la septentrional (o Normelat) y la meridional (o Surmelat).

Mela: Una planta de las medlat, familia de los melones de los climas ecuatoriales. Las melas son un tipo de plantas de guía que suelen dar frutos sobre el nivel del suelo. Durante las Estaciones, la fruta crece bajo tierra, como si se tratara de un tubérculo. Algunas especies de mela cuentan con flores que atrapan insectos.

Metalocervo: Una seudociencia refutada y repudiada por la Séptima Universidad, al igual que la alquimia y la astromestría.

Nódulos: Red de estaciones gestionadas por el Imperio que están repartidas por toda la Quietud para reducir o sofocar los acontecimientos sísmicos. Los nódulos suelen emplazarse en las Ecuatoriales, debido a la escasez de orogenes entrenados por el Fulcro.

Novacomu: Término coloquial que se usa para designar a aquellas comus que se han creado desde la última Estación. Las comus que han sobrevivido al menos una Estación se suelen considerar lugares más atractivos para vivir, al haber demostrado su resistencia y eficacia.

Orogén: Persona que posee la orogenia, la haya entrenado o no. Término despectivo: **orograta.**

Orogenia: Capacidad de manipular la energía térmica, cinética y otras relacionadas para intervenir en los acontecimientos sísmicos.

Pelo soplocinéreo: Una característica racial sanzédina que, según las reglas actuales de la casta al uso de los Sementales, es ventajosa. Por lo tanto, se le da prioridad en la selección. El pelo soplocinéreo es muy áspero y grueso, y suele crecer de punta. Cuando se lleva largo, cae y cubre la cara y los hombros. Es resistente al ácido, no retiene demasiada agua después de una inmersión y ha demostrado servir como depurador de ceniza en condiciones extremas. En la mayor parte de las comus, las reglas de los Sementales solo tienen en cuenta la textura, aunque los Sementales de las Ecuatoriales también exigen que tenga el color característico de la ceniza (entre gris pizarra y blanco, desde el nacimiento) para pertenecer a esta denominación tan codiciada.

Portabastos: Un abasto de suministros pequeño y fácil de transportar que muchas personas guardan en sus hogares en caso de que haya temblores o cualquier otra emergencia.

Quebraduría: Terreno que ha sufrido actividad sísmica muy reciente y pronunciada.

Quinta Estación: Un invierno prolongado (que dura al menos seis meses, por designación imperial) que tiene lugar cuando hay actividad sísmica u otra alteración medioambiental a gran escala.

Región: La unidad sociopolítica mayor dentro del sistema de gobierno del Imperio. Las regiones reconocidas por el Imperio son las Árticas, las Normelat, las Costeras occidentales, las Costeras orientales, las Ecuatoriales, las Surmelat y las Antárticas. Cada región tiene un gobernador ante el que responden todos los cuadrantes locales. El emperador designa oficialmente a los gobernadores regionales, aunque en la práctica la Junta Yumenescí suele seleccionarlos y elegirlos de entre sus filas.

Resistentes: Una de las siete castas al uso. Los Resistentes son individuos que destacan por su capacidad para sobrevivir a las hambrunas o las plagas. Son los responsables de cuidar a los débiles y los que se encargan de los cadáveres durante las Estaciones.

Salvaguardia: Bebida que se sirve tradicionalmente en negociaciones, primeros encuentros entre bandos hostiles en potencia y otras reuniones formales. Contiene una leche vegetal que reacciona ante la presencia de cualquier otra sustancia.

Sanze: En origen, una nación (parte de un sistema político que cayó en desuso, anterior al Imperio) de las Ecuatoriales, lugar de procedencia de la raza sanzedina. Cuando terminó la Estación de la Locura (año 7 del período Imperial), la nación de Sanze dejó de existir y se formó la Afiliación Ecuatorial Sanzedina, formada por seis comus de sanzedinos en su mayor parte bajo el gobierno de la emperadora Verishe Líder Yumenes. La Afiliación se expandió con rapidez gracias a las consecuencias de la Estación y consiguió aunar a todas las regiones de la Quietud en el año 800 del período Imperial. Cuando tuvo lugar la Estación de los Dientes, la Afiliación empezó a denominarse coloquialmente como el Imperio de la Antigua Sanze, o solo Antigua Sanze. Debido a los Tratados de Shilteen del año 1850 del período Imperial, la Afiliación cesó de existir y se pasó a llevar a cabo un control más local (bajo la supervisión de la Junta Yumenescí), ya que se determinó que sería más eficiente durante las Estaciones. En la práctica, la mayor parte de las comus siguen utilizando los sistemas de gobierno, económicos y educacionales propios del Imperio y la mayoría de los gobernadores regionales siguen pagando impuestos como tributo a Yumenes.

Sanzedinés: El idioma que hablan los sanzedinos y el oficial del Imperio de la Antigua Sanze. Se ha convertido en la lengua vehicular de la mayor parte de la Quietud.

Sanzedino: Miembro de la raza de los sanze. Para los estándares de los Sementales

Yumenescí, los sanzedinos deben tener la piel bronceada y el pelo soplucinéreo, cuerpo mesomórfico o entomórfico y una altura en edad adulta de más de un metro ochenta.

Semental: Una de las siete castas al uso más comunes. Los Sementales son individuos que se seleccionan por su salud y estructura envidiables. Durante las Estaciones, son los responsables de mantener saludables las líneas de sangre y de las mejoras en las comus o razas gracias a las medidas selectivas. A los Sementales nacidos en la casta que no reúnen los mínimos aceptables de la comunidad se les permite usar el nombre de la casta al uso de un familiar cercano en el apellido de la comu.

Séptima Universidad: Famosa universidad que estudia la geometría y el litoacervo, gestionada en la actualidad por el Imperio y que se encuentra en la ciudad ecuatorial de Dibars. Las versiones anteriores de esta universidad han contado con fondos privados o se han mantenido gracias a algunos colectivos. Nótese la Tercera Universidad de Am-Elat (del año 3000 antes del Imperio), que llegó a ser reconocida en la época como nación soberana. Las facultades regionales o cuadrantales más pequeñas pagan un tributo a la universidad a cambio de recursos y especialistas.

Sesuna: Conciencia de los movimientos de la tierra. Los órganos sensoriales que realizan esta función son las glándulas sesapinales, que se encuentran en el tronco del encéfalo. Dicha acción se denomina sesapinar.

Testático: Término despectivo que utilizan los orogenes para designar a aquellos que carecen de orogenia. Se suele utilizar la abreviatura «tático».

Tremor: Movimiento sísmico de la tierra.

Agradecimientos

Gracias a esta trilogía ahora siento muchísimo respeto por los autores que escriben sagas de millones de palabras que llegan a los cinco, siete, diez o más volúmenes. Os guste o no, penséis «bien» o «ni de broma» dejadme decir una cosa sobre las sagas: sabed que contar una historia larga y relacionada es muy difícil. Mis mayores respetos a los escritores de sagas.

Y, en esta ocasión, tengo que darle muchas gracias al jefe que tengo en mi trabajo fijo, que se las ha ingeniado para dejarme libre el tiempo que necesitaba para terminar esta novela en un año; a mi agente y mi editor, como siempre, quienes tuvieron que soportar mis gritos durante horas mientras me quejaba de que «todo se había ido al traste para siempre»; a Ellen Wright, la publicista de Orbit, que tuvo paciencia conmigo al olvidarme... de prácticamente todo (tienes que dejar de mirar el correo en vacaciones, Ellen); a mi compañera del Altered Fluid y asesora de salud Danielle Friedman, que realizó una lectura cero a la velocidad de la luz y sin previo aviso; a mi otra compañera del Altered Fluid, Kris Dikeman, que me ayudó a diseñar y fabricar mi propio volcán (es una larga historia); a WORD Books en Brooklyn, quienes me dejaron usar su espacio de manera gratuita para la Fiesta de Lanzamiento de Sismología Mágica; a mi padre, que me obligó a relajarme y coger aire; a las chicas del Octavia Project, que me ayudaron a darme cuenta de lo lejos que he llegado y de por qué hago lo que hago; a mi psicólogo; y también al payaso de mi gato, el *Rey Ozzymandias*, que parece haber perfeccionado el arte de saltar de las estanterías a mi teclado justo cuando sabe que necesito tomarme un descanso de escribir.

***El portal de los obeliscos* es la segunda parte de «La Tierra Fragmentada», serie que mezcla fantasía épica y ciencia ficción, y que ha hecho merecedora a su autora de dos Premios Hugo a la mejor novela consecutivos: 2017 por la presente y 2016 por *La quinta estación (La Tierra Fragmentada 1)*.**



Toda era tiene que llegar a su fin.

Ha dado comienzo una estación de desenlaces.

Empieza con una gran grieta roja que recorre las entrañas del único continente del planeta, una grieta que escupe una ceniza que oculta la luz del sol.

Empieza con la muerte, con un hijo asesinado y una hija perdida.

Empieza con una traición, con heridas latentes que comienzan a supurar.

El lugar es la Quietud, un continente acostumbrado a la catástrofe en el que la energía de la tierra se utiliza como arma. Y en el que no hay lugar para la misericordia.

Brillante... Un estilo magnífico y unos giros de la trama inesperados.»

Washington Post

N.K. Jemisin es una autora de Brooklyn cuyas novelas y relatos han sido candidatos en varias ocasiones a los premios Hugo y Nebula. Es especialista en creación de mundos y le interesa el «¿qué pasaría si...?». Sus trabajos se pueden encuadrar tanto en la fantasía como en la ciencia ficción, pero escapan a la clasificación de género. En su obra introduce temas como la justicia social y las complejidades del comportamiento humano. Cuando no escribe, a Jemisin le gusta el ciclismo, la aventura, los videojuegos y ejercer como psicóloga.

Título original: *The Obelisk Gate*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2016, N. K. Jemisin

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, por la traducción, David Tejera Expósito

© por los mapas, Tim Paul

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pèllicer

Ilustración de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1734-707-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El portal de los obeliscos

Mapa

1. Nassun, en las rocas
2. Tú, continúas
3. Schaffa, olvidado
4. Te desafían

Interludio

5. Nassun toma las riendas
6. Te unes a la causa
7. Nassun encuentra la luna
8. Te lo han advertido
9. Nassun, necesitada
10. Tienes un gran trabajo por hacer
11. Schaffa, tumbado
12. Nassun, cayendo hacia arriba
13. Tú, entre reliquias

Interludio

14. ¡Estás invitada!

15. Nassun, rechazada

16. Te reúnes con un viejo amigo, de nuevo

17. Nassun, enfrentada

18. Tú, mientras se agota el tiempo

Interludio

19. Te preparas para el combate

Interludio

20. Nassun, facetada

Apéndice 1

Apéndice 2

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre N. K. Jemisin

Créditos